

Emilio Rodríguez Demorizi

RUBEN DARIO Y SUS AMIGOS DOMINICANOS



Editorial Espiral

1997





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

RUBEN DARIO Y SUS AMIGOS DOMINICANOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Emilio Rodríguez Demorizi

RUBEN DARIO Y SUS AMIGOS DOMINICANOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ediciones *Espiral* Colombia
1948



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Copyright by Rodríguez Demorizi

Impreso en la Editorial Iqueima, carrera 10ª, número 21-22, Bogotá (Colombia), S. A.

*A NICARAGUA, patria de Rubén Darío,
y a la patria de José Asunción Silva y de
Valencia.*

(HOMENAJE DOMINICANO)

Bogotá, 1948.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EXPLICACION

En el maravilloso Quitandinha, alzado entre flores y montañas junto a Petrópolis, agreste reflejo del fascinante Río Janeiro, conviví durante las semanas de la Conferencia de 1947 con dos de los más íntimos amigos dominicanos de Rubén Darío: Tulio Manuel Cestero y Ricardo Pérez Alfonseca. De ambos, como antes en la intimidad de Fabio Fiallo y de Osvaldo Bazil, me parecía recibir la etérea irradiación del gran poeta. Así Darío, envuelto en su manto de semidiós, iba acercándose a nosotros, a nuestra Isla, iluminándola con su luz astral gracias a aquellos dominicanos, poetas y bohemios, que tan fervidamente nos aproximaron a la gloria del aeda.

Santo Domingo, pues, también oreó su espíritu al sol de esa gloria de América y de España. A recordarlo con hondo gozo y a proclamarlo con patrio orgullo se consagra este libro, que es también testimonio de que el pueblo dominicano sabe albergar su corazón en el divino reino de la poesía.

Recoge esta obra las páginas y cartas de Darío, algunas desconocidas, inspiradas por sus amigos dominicanos, así como los escritos de éstos consagrados al poeta, entre los cuales descuella la Biografía de Rubén Darío, inédita, por su más entrañable camarada de bohemia y de letras: Osvaldo Bazil.

Aquí, en tierra amada de Darío, en la culta Bogotá, doncella herida en la carne luminosa por los fieros puñales del 9 de abril, sale a luz este libro como un modesto homenaje dominicano a Nicaragua, Patria de Darío, y a la Patria de José Asunción Silva y de Valencia.

E. R. D.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DARIO Y SANTO DOMINGO

ANTECEDENTES

ERA EL 1884 cuando el nombre de Rubén Darío aparecía por vez primera en la vetusta ciudad de Santo Domingo. Diez y siete años contaba el desconocido adolescente: todavía le serían menester nuevas vigiliás, embriagarse aún más con el champaña de Hugo y de Verlaine y con el añejo zumo de los clásicos castellanos y salir de sus estrechos lares del Momotombo, para que los heraldos de su fama arrojasen a los sorprendidos ámbitos las primeras notas de sus clarines.

Darío acababa de publicar en León un juvenil breviario poético, ignorado por algunos de sus más autorizados biógrafos (1), primer mensaje lírico del rapsoda que vino a cautivar el alma dominicana. ¿Quién lo enviaba? Lo cierto es que llegó a la excelente publicación que dirigían el doctor Guillermo de la Fuente y nuestro gran poeta José Joaquín Pérez, la Revista científica, literaria y de conocimientos útiles, en cuya edición del 5 de mayo de 1884 el bardo de Fantasías indígenas publicó los siguientes conceptos augurales, tal vez el primer formal y autorizado pronóstico de lo que el poeta de los cisnes representaría en las letras españolas:

No conocíamos el nombre de este nuevo poeta nicaragüense, pero si antes de ahora lo hubiésemos conocido, de seguro que lo habríamos proclamado uno de los primeros de nuestra hermosa tierra americana.

El folleto de diez y seis páginas que contiene esta producción es digno de leerse. Escrito en redondillas con una sencillez maravillosa, el poeta da al arte cuanto el arte merece, por ser

Sello que imprime el Señor
en el que juzga mejor
ministro de lo sublime.

(1) "En fin, en 1885, dice Francisco Contreras, a la edad de dieciocho años, Rubén Darío publicó su primer libro, selección de sus últimos versos: *Primeras notas, epístolas y poemas*". Francisco Contreras, *Rubén Darío, su vida y su obra*. Santiago de Chile, 1937, p. 179.



Escaso sería todo el elogio que prodigásemos a obra tan acabada como ésta; y para que nuestros lectores por sí mismos la juzguen, empezaremos a reproducirla en el próximo número de la *Revista* seguros de que nos lo han de agradecer.

Es una hermosísima y rica producción, una joya de delicadísima filigrana.

En los mismos días la Revista Científica daba a conocer a uno de los más insignes pares y amigos de Darío, a José Martí, mas no como poeta sino como prosista. Así, en el lejano 1884, era proclamado como uno de los primeros poetas de América, quien, todavía años más tarde, según afirma Francisco Contreras, sería recibido "con indiferencia o con cierta ironía" por la mayoría de los escritores de la culta Santiago de Chile. Y no fue sino en 1888 cuando don Juan Valera publicó sus consagradorias Cartas Americanas acerca de Azul.

Santo Domingo, pues, tuvo el sugestivo privilegio de ser profética voz inicial de la excelsa gloria del genio americano de la poesía castellana. Desde entonces Rubén Darío quedó espiritualmente en nuestra casa y luego, al iniciarse el movimiento modernista de que fue la más alta frente, su olímpica influencia fue penetrando la poesía dominicana al par que varios de nuestros más brillantes poetas y prosistas se incorporaban al coro de sus más íntimos amigos, como si el alma quisqueyana se albergase, por derecho propio, en el fantástico imperio de su poesía.

FALSA MUERTE DE DARIO

A principios de 1895 consternó a Santo Domingo una noticia cuya falsedad no tardó en revelarse: la muerte de Rubén Darío (2).

El concepto que se tenía del poeta, en la patria de Deligne, está brevemente expresado en esta nota necrológica de Federico Henríquez y Carvajal, publicada en la revista Letras y Ciencias, en el mes de marzo:

Escritor nicaragüense de pura raza.

Poeta de lira de diamante sobre la cual se quiebra la luz en lluvia de colores. Artista de la prosa escultural y del verso áureo vaciada la una y tallado el otro en moldes amplios de peregrinas formas, fue uno de los más brillantes y prestigiosos *leaders* de la nueva generación literaria latino-americana.

(2) Con motivo de la falsa noticia, Fidelio Despradel publicó en la revista *El Estudio*, de Puerto Plata, un breve ensayo acerca de Darío.



Su libro *Azul* es joyel de maravillas artísticas. En el cielo azul brillan a miríadas los soles como notas del himno universal: el Cosmos. Así las joyas del libro *Azul* de Rubén Darío.

En la revista de los mozos de entonces, El Hogar, de marzo de 1895, que acostumbraba publicar versos de Darío, J. Contreras Ramos expresó con mayor extensión su juicio acerca del poeta, el más generalizado en esa época:

GENTE MOZA

Rubén Darío

Era un convencido.

Amaba una escuela literaria y la siguió hasta en sus extravíos.

Sintió la atracción de la literatura francesa contemporánea y fue francés.

Valera lo ha dicho. Ningún hombre de nuestra raza hubo nunca más saturado del espíritu galo, que Darío.

Ese fue a un tiempo su error y su acierto, su Calvario y su Tabor.

Talvez parezca una paradoja pero nada más exacto. El siguió su temperamento, aquel temperamento delicado y soñador.

Siguiéndolo, obedeciéndolo a la imperativa voz de su modo de ser, fue francés.

Y es que él no podía ser de otro modo.

Nacido en América, en estas tierras criollas tan dignas de ser amadas, fue traidor a la patria intelectualmente hablando. ¡Cuántos hay como él!

Así anda nuestra literatura de desmedrada y maitrecha, herida en el corazón por sus propios hijos.

Yo no he leído nunca nada más tristemente desgarrador, ni más blasfemo desde el punto de vista del americanismo que los versos publicados por Rubén Darío en la época del cuarto centenario del descubrimiento.

Ningún criollo verdadero, ninguno que ame a su América con toda el alma, escribirá nunca cosa igual.

El poeta, francés, europeo, encuentra muy malo, dañina, la independencia y sus resultados, y no la maldice pero coloca el indio salvaje por sobre el criollo civilizado.



Nó; yo protesto de semejante aberración.

Yo, que llevo abiertas aún las heridas del combate político, amo a España porque me siento altivo, quijote, rebeldé.

Yo, que he sido pisoteado tantas veces por el orgulloso europeo, venido de lejanas tierras, amo sin excepción al indio y al negro, porque aún me siento esclavo.

Yo, en suma, amo a España, a Africa, a América y siento palpar en mí glóbulos de sangre de las tres razas porque me siento criollo, es decir, me siento síntesis de todo lo más puro y soy americano.

Pero si los versos a Colón me entristecen, el cuento *Del buen Dios* me enajena y enamora.

No es tiempo ni oportunidad de hablar de escuelas literarias, ante el cadáver del ilustre escritor.

Naturalista, romántico, o decadentista, ¿qué más da?

Pero hay que ser criollos; americanos.

Los que como Casal y Darío, reniegan de la pobre patria criolla, por aquel París, sol que brilla allá lejos, serán grandes, pero si pueden ser sentidos, jamás serán amados.

Entiéndase bien; yo no reniego del modernismo, pero adaptemoslo a nuestro temperamento.

Gómez Carrillo es modernista y ama la triste patria criolla. Darío ha muerto joven, era un niño coloso, pero no amaba su tierra.

Acaso esta idea está muy repetida por mí, pero es que yo quisiera que todos nuestros jóvenes fueran fieles a las pobres democracias que lloran aquí en América.

En cuanto a mí, mientras más sufra mi gran patria americana, más la he de amar.

Criollo de nacimiento, francés de corazón, duerme en paz.

Algunos días después, ya en el mes de abril, Henríquez y Carvajal desmentía la noticia:

Nos aprovechamos de la inserción de ese fragmento (Samuel Blixen, *Batres Montufar y Rubén Darío*) en *Letras y Ciencias*, para con satisfacción justísima, rectificar la noticia infausta por la cual se anunció la muerte del brillante poeta y prosista nicaragüense. Periódicos de México y de Centro América han desmentido, como falsa, la noticia del fenecimiento de Rubén Darío. Que viva y produzca y deleite y civilice.

Ya existía en Santo Domingo, arraigado y vivo, el culto de Darío.



AMIGOS DOMINICANOS

No conoció el poeta la legendaria tierra amada de Colón, pero fueron dominicanos algunos de sus amigos más íntimos. Basta mencionar los nombres de Fabio Fiallo, Tulio Manuel Cestero, Osvaldo Bazil y Ricardo Pérez Alfonseca, con quienes convivió en entrañable y familiar camaradería. Otros compatriotas, entre ellos Américo Lugo (3), Max Henríquez Ureña y Andrejulo Aybar, tuvieron relación personal con el poeta, gozaron de su noble amistad y recibieron elogios de él, áurea dádiva superestimada por toda la gente de letras de su época (4).

"El Indio chorotega" correspondió a esa amistad dominicana, según lo atestiguan sus cartas, así como las brillantes páginas suyas que figuran en este libro, consagradas a Fiallo, a Cestero, a Bazil, a Pérez Alfonseca, en las que hizo cálido y entusiasta encomio de nuestra historia y nuestras letras. Por ellas desfilan "el popular Meso Mónica, de tan fino y autóctono ingenio", los Rojas y los Heredia; Félix María del Monte, "no privado del don de armonía"; Nicolás Ureña, que "ameniza el paisaje y las costumbres"; el "Varón de alma compleja y de vigor verbal, Meriño"; Emiliano Tejera; el historia-

(3) Debo al doctor Lugo la siguiente nota: "El 25 de junio llegué a Buenos Aires, trayendo algunas cartas de recomendación del señor A. W. Gache para Roberto Gache, doctor J. T. Gustavino, redactores de *La Nación*, y don Agustín Alvarez, Vicepresidente de la Universidad Nacional de La Plata, 1310 Carlos Calvo; y de Rubén Darío para el doctor Luis Mitre, Director de *La Nación*; don José Ingenieros, Director de la Penitenciaría Nacional, Leopoldo Lugones y Carlos Correa Luna, Director de *Caras y Caretas*. Las cartas de Rubén son muy amables: "Lugo, dice a Mitre, junta a la fuerza de pensamiento una gran virtuosidad literaria". A Lugones: "Le presento a uno de los maestros. Cuando conozca la labor mental de Américo Lugo será el uno de sus amigos". A Ingenieros: "Por lo que de ciencia saben él y tú se comprenderán en seguida, fuera de la simpatía literaria". A Correa Luna: "Américo Lugo: una personalidad americana y un completo *gentleman*". En nota posterior, del 29 de enero de 1948, ante mi insistencia en conocer mejor sus relaciones con Darío, me dice el doctor Lugo: "Mis relaciones con Rubén Darío son de usted conocidas. Usted sabe lo que opinaba de mí; que fuimos buenos amigos en París que se interesó por mi actuación en Buenos Aires, presentándose a sus amigos argentinos y poniendo en mis manos los dos volúmenes de la Tercera Conferencia; cómo nos reuníamos algunas veces, muy raras, él, Andrejulo Aybar, a quien llamaba "el músico-poeta" y estimaba mucho, y yo; que sentía impulsos de improvisar sobre su personalidad, perturbando la tranquilidad de los cabarets, y finalmente, de su decidida preferencia por Max, entre Max y Pedro Henríquez Ureña". "La Argentina conoce al valiente y atildado Américo Lugo", escribió Darío.

(4) Francisco Contreras, de los íntimos amigos de Darío, recuerda la amistad del poeta con algunos dominicanos: Lugo, Fiallo, Pérez Alfonseca. Dice: "A su retiro venían a verlo de continuo los escritores americanos o españoles que pasaban por París. Hoy, era Américo Lugo o Fabio Fiallo... Y no faltaban, por cierto, algunos jóvenes americanos que residían entonces en París: E. Carrasquillo Mallarino, Alejandro Sux, R. Pérez Alfonseca". Contreras, ob. cit., p. 149. Refiriéndose a una de las frecuentes tertulias de Darío, en París, dice Eufino Blanco Fombona: "Me parece que, entre otros, encontrábase allí presente el poeta antillano Pérez Alfonseca". (*El Modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, 1929, p. 175).



dor García; Mariano Cestero; Galván; Salomé Ureña, "vigorosa y pindárica, sin perder la gracia y el encanto de su alma femenina"; Pérez, el castizo cantor de "las leyendas y sufrimientos de los indios quisqueyanos"; César Nicolás Pénson; el egregio Federico Henríquez y Carvajal; Francisco Gregorio Billini; Gastón y Rafael Deline; Pellerano Castro; Eugenio Deschamps, "de rasgos geniales, combativo y dominador del verbo"; Américo Lugo, "docto y elegante, perito en cosas y leyes de amor y galantería"; Andrejullo Aybar (5); los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña... (6).

Dos amigos dominicanos de Darío recibieron de su estro el consagrador presente de una poesía: Fabio Fiallo, su fraternal camarada, y Ricardo Pérez Alfonseca. El poeta de los cisnes le dedicó el si-

(5) El poeta y músico Andrejullo Aybar, nacido en la ciudad de Santo Domingo en 1872, se contó entre los amigos de Darío. A esa amistad se refiere la siguiente esquela, del 22 de enero de 1945, que debo al escritor Pedro R. Contín Aybar: "Acerca de las relaciones de mi tío Andrejullo con Rubén Darío, debo decirte que no recuerdo ningún escrito suyo publicado, aunque sí me habló varias veces del admirable poeta, quien le conoció y trató mucho tiempo llamándole "el músico Aybar", hasta un día cuando leyó el estudio de Andrejullo sobre Heinrich Heine, que precede la primera edición de *El Cancionero*, según la traducción de José Antonio Pérez Bonalde, que se publicó en la Librería Ollendorf, bajo el rubro, por cierto de *Biblioteca Quisqueyana*. A Rubén le plació el trabajo y al encontrarle lo comentó reconviéndole:

—Cuando se escribe así no debe uno ocultarlo a los amigos.

—Y le pidió versos suyos.

A Andrejullo por su carácter sobrio, no debía serle muy grato el alcoholismo de Rubén. Una anécdota de ambos lo demuestra.

Parece que un día, de visita a casa de Darío, con otros amigos, entre ellos algún dominicano que no recuerdo, el poeta padecía una de sus terribles crisis, paseándose de un lado a otro como una fiera enjaulada. Andrejullo, disgustado, se sentó al piano y comenzó a tocar. El dominicano (¿Fabio? ¿Bazil? ¿Perecito?... No sé), reprochándole le suplicaba:

—Pero, Andrejullo, ¿no ves cómo está el pobre Rubén?

Andrejullo no hizo caso y continuó su juego, para decirlo a la francesa. Rubén se enardeció y, de pronto, cesó en sus carreras, dándose entonces lentos paseos hasta venir, rendido, a sentarse junto a mi tío a escuchar música. Ya calmado por completo, murmuró, tomándole las manos:

—Orfeo...

No me negarás que la anécdota es absolutamente, poética, digna de ambos.

Sobre el carácter de Rubén Darío le escuché a Andrejullo cuanto han dicho los demás: que era sumamente afable, de corazón generoso, en cierto modo, débil. Aunque tengo entendido que una relativa hurañez o cortedad, le hacía huidizo, poco propenso a los nuevos conocimientos y a las grandes reuniones. Aquel indio que a él le gustaba evocar en sus versos autobiográficos, pesaba, en verdad, sobre sí, determinando el movimiento inicial, cuando menos, de sus relaciones personales".

(6) Vivo afecto personal le profesó Darío al doctor Max Henríquez Ureña. Rubén le invitó a colaborar en *Mundial*, donde publicó, en primera página, el cuento *La Novela de Juanillo*, del ilustre escritor y diplomático dominicano, que figura en su obra *Cuentos insulares*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1947. En *Elegancias* también publicó Darío algunas poesías de Henríquez Ureña. Testimonio de la citada amistad son los escritos de Henríquez Ureña, *En honor de Rubén Darío* y *Recuerdos de Rubén Darío*, que figuran en esta obra. También le profesó Rubén cálida simpatía al doctor Pedro Henríquez Ureña, cuyo estudio, acerca de su obra poética, le había complacido mucho: me refiero al ensayo consagrado a Darío, que el insigne humanista dominicano recogió en su obra *Ensayos críticos*, (Habana, 1905), reproducido con algún retoque en *Horas de estudio* (París, 1910), y en este libro.



guiente soneto al poeta dominicano del amor, escrito en la Ciudad Luz en 1910:

A FABIO FIALLO

Lo que había en el silencio de mi vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oiré ya Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.

La esencia de la sangre de mi herida,
el misterio profundo de mi queja,
y lo que puso en mi panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida;

Todo lo que hay en mí de complicado,
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o extracto de pecado,

abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.

Un año después, en Hamburgo, siendo Darío huésped de Fabio Fialls, a la sazón Cónsul de la República Dominicana en la ciudad hanseática, dejó en el Album de la hija mayor de Fiallo uno de sus escasos versos en francés:

SOUVENIR

A Atala Fiallo.

Atala, douce fleur des bles, douce fleur
d'adolescence, toute amour, toute douceur,
souviens-toi de ce vers que de mes lèvres tombe:
fais dans le bois de Dieu ton devoir de colombe.

RUBEN DARIO.

También le dedicó a la hija del poeta y cuentista quisqueyano las siguientes estrofas:



E. RODRIGUEZ DEMORIZI

EN EL ABANICO DE ATALA FIALLO

¡Atala en flor! Ama a Fabio.
Amale profundamente:
con el lirio de tu frente,
con la rosa de tu labio.

Ten para él, dulces e intactas,
fe y esperanza. El te adora.
Tú eres lucero de aurora
y aún no ha aparecido Chactas . . .

Tan duraderas como elocuentes fueron las prendas recíprocas de la honda amistad que hubo entre ambos poetas. En su Diario, lunes 22 de agosto de 1910, dice Darío: "También escribo a Garnier, indicándoles la dedicatoria del libro Letras a Fabio Fiallo". En efecto, en la obra hay esta breve dedicatoria:

A Fabio Fiallo,
fraternamente,
R. D.

En cambio, una de las más bellas poesías de Fiallo, En el atrio, está dedicada a Darío, y su obra Canciones de la tarde (Santo Domingo, 1920), muestra esta significativa dedicatoria:

A Rubén Darío, mi siempre noble y grande
amigo, a través de la vida y a través de
muerte.

Ya en su semblanza de la poetisa cubana Dulce María Borrero de Luján, decía Darío: "Un poeta galante cual los que antaño eran caballeros y soñadores —indico a Fabio Fiallo— simboliza en los siguientes versos, que son un homenaje, la obra sentida y sentimental de la poetisa. . ." Y copia Rubén una de las más bellas poesías del cantor dominicano:

Sobre la esbelta mole de granito
que alegre arrulla el mar
con su canción romántica de espumas
se alza el noble castillo señorial . . .



Con justicia Rubén consideraba a Fiallo "como un hermano" y le llamaba "Santo de la amistad, el único que he conocido". De esa encendida fraternidad también queda el recuerdo de una conocida fotografía en que aparecen los dos poetas, en la plenitud de la gloria y de la edad. La divulgada estampa figura en varios libros de Fiallo: era su mayor orgullo (7).

En 1909 y en su natal Santo Domingo, apenas salido de la adolescencia, Ricardo Pérez Alfonseca dio a la imprenta su temprana cosecha lírica, Mármoles y lirios, en que aparece el siguiente soneto:

RUBEN DARIO

A Osvaldo Bazil.

Tu verso es como el agua de las paganas fuentes
que ocultas en antiguos jardines medievales
contemplaron idilios y oyeron madrigales,
quebraduras de espadas y tropeles de gentes.

Todos esos misterios en tus versos ardientes
hay, porque cantan en tus interiores rosales
las aguas de esas fuentes paganas e inmortales
con todos sus secretos que tú rimas y sientes.

¡Oh! no es tuya esta edad de brutal movimiento;
tu estirpe está en la Italia de aquel renacimiento
artístico, ¡oh hermano de Leonardo y Rafael!

Tú eres en el Arte el D'Annunzio del verso
y vives la gran vida de un ya muerto Universo:
con una dogaresa, un caballo y un lebrél!

(7) Fabio Fiallo nació en la ciudad de Santo Domingo en 1866 y murió en La Habana en 1942. El soneto *Fabio Fiallo*, con la dedicatoria *Para Ateneo*, se publicó en la revista *Ateneo*, Santo Domingo, número 11, diciembre de 1910, y número 13, de 1911. Figura, entre otros libros de Fiallo, en *Canciones de la tarde*, Santo Domingo, 1920. En la citada revista, número 23, de noviembre de 1911, se publicó el *Souvenir* de Darío en el Album de Atala Fiallo. Rufino Blanco Fombona, que estuvo en Santo Domingo, como otros de sus hermanos, particularmente Horacio, y que en una ocasión fue nada menos que Cónsul de la República Dominicana en una de las urbes estadinenses, decía de su amigo Fabio Fiallo que era "poeta de exquisiteces de sentimiento mas bien que de exquisiteces de verbo". Para él el poeta dominicano era "un hijo de Musset y de Heine, que ha leído a Catulle Mendés". También le dedicó a Fiallo un breve capítulo de su obra *El modernismo y los poetas modernistas*, Madrid, 1929, p. 345.



Al año siguiente, en 1910, Pérez Alfonseca llegaba a París en calidad de estudiante de derecho y tenía la gloria, no obstante su mocedad, de hacer de secretario de Darío (8). El inmortal poeta, no sólo le consagró su bella página en prosa Un Benjamín, sino también este soneto, escrito allí en 1914:

A RICARDO PEREZ ALFONSECA

La Gloria será tuya si tu alma retiene
lo que está en la profunda voluntad de Infinito
que el Amor o el Dolor nos explica en el grito
que en el suspiro espera o que en el llanto viene.

¡Tú sí me eres carísimo!, pues tu espíritu tiene
una gracia divina que espera un nuevo mito...
¡Que en tus jardines nunca perfume lo maldito,
ni oigas al Fauno-Diablo que su siringa suene.

Pero marcha, Poeta, con tu flauta y tu lira
a donde Dios te llame y tu instinto te lleve,
y, meditando en lo que la vida te inspira,

Haz tus versos de noche, haz tus versos de nieve;
dilúcida en la aurora y en la tarde suspira,
con al dácilo dúctil y con la danza leve.

Con viva pasión recuerda a Rubén Darío el ilustre dominicano que fue, sin dudas, de sus amigos más dilectos: Tulio Manuel Cestero. Desde 1907 les unió intensa amistad, como lo testimonian las cartas de Darío al eximio autor de La Sangre y de Ciudad Romántica. Para Darío, Cestero era joven que cursaba "la vida intensa y la gracia del arte... espíritu inquieto ante la vida, nacido para los esfuerzos y las bregas... lírico de la prosa... alma gentil..." Era también el hombre de armas cuyas hazañas deleitaban al poeta, tan extraño a las lides guerreras. Cestero —decía— "sabe por propia experiencia lo que son revoluciones, pronunciamientos. Ha andado con su fusil, o su sable, por los montes patrios, entre fieras, víboras, negros hostiles, bajo los tórridos fuegos, guerreando por su caudillo, o por su presidente... Soles y vientos de aquellas latitudes le han amacizado el

(8) Ricardo Pérez Alfonseca nació en la ciudad de Santo Domingo en 1892. Actualmente figura en el servicio diplomático de su patria.



cuerpo y el alma. Ello no es un inconveniente para que haya labrado finas páginas en libros suaves..."

Cestero, por su parte, profesa aún el culto del poeta; conoció su alma, vivió su vida, escanció el burbujeante vino de su obra, y en la gracia y donosura de su estilo nos dio la más hermosa, real y justa visión de Darío (9).

Quizá fue Osvaldo Bazil el más entrañable, apasionado y fervoroso de todos los amigos de Darío, y aquel cuya vida guardó mayores semejanzas con la dramática vida del glorioso nicaragüense. La poesía les unió y el demonio del alcohol les identificó en fraternal bohemia y les condujo paralelamente hacia la misma muerte, trágica y triste, falta de amores y plena de satánicos excesos.

Desde La Habana, en 1910, hasta la muerte de Rubén, salvo breves interregnos, están juntos los poetas amigos (10). Cuando todos abandonan a Darío, perdido en los infiernos de su alcoholismo, Bazil le acompaña. Lo recuerda la amante de Rubén, Francisca Sánchez, en el patético Diario de sus dolores: "Todos los buenos amigos de Rubén fueron desapareciendo. Sólo quedaban el Cónsul Dominicano, Osvaldo Bazil, y el de Nicaragua, señor Terán".

A través de la muerte quedó viva la pasión de Bazil por el desdichado genio de la poesía. Y nadie, ninguno de los amigos de Rubén, se dedicó tan fervorosamente a recordarle. Artículos, poesías, conferencias, eran el perenne testimonio de esa devoción, a la que él quiso dar forma definitiva en la Biografía de Rubén Darío, que figura en esta obra.

Desde antes de conocer a Darío, Bazil ya se había entregado a la ferviente admiración que inspiraba el poeta en el mundo intelectual de habla española. Prenda de esta devoción fue la siguiente poesía juvenil, de 1907, en que no se oculta el astral influjo de Rubén:

(9) El modernismo "tuvo a fines del siglo un entusiasta propagandista en Tulio Manuel Cestero que no sólo ensalzó y dio a conocer en trabajos de crítica impresionista las figuras principales del movimiento, sino que además, en prosa rica en vocablos e imágenes nada vulgares (con un eco armonioso y directo de D'Annunzio, que gozaba entonces de enorme boga) ejerció indudable influencia sobre algunos de sus contemporáneos", dice Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río Janeiro, 1945, p. 186. (Cestero nació en la ciudad de Santo Domingo en 1877. Es actualmente, 1948, Embajador de la República Dominicana en Chile).

(10) Al llegar a La Habana fue la Legación de a República Dominicana, a cuyo frente se hallaba Osvaldo Bazil, el primer lugar visitado por Darío. Así lo recuerda en su *Diario*: "Viernes, 2 de septiembre. A las doce y media anclamos en La Habana... un repórter de *La Discusión* me visita y sostiene conmigo una conversación. La termino cuando me anuncian que se hallan detenidos en la escala los señores Catalá, el Ministro de la República Dominicana y otros. En una lancha de gasolina, que ellos tienen dispuesta, hacemos el trayecto hasta el puerto. De él nos trasladamos a la Legación Dominicana". (A. Ghiraldo, *El Archivo de Rubén Darío...*, p. 390). Osvaldo Bazil y Leyba nació en Santo Domingo el 9 de octubre de 1884 y murió allí el 5 de octubre de 1946.



LOS CISNES DE RUBEN DARIO

*A Santo Domingo de Guzmán.
Para la Cuna de América.*

El profético cisne de Darío,
mitológico y blanco y pensativo,
abre sus alas en el pecho mío
y me envenena su actitud de esquivo.

¡Oh gran cisne, que sabes la tormenta
que estremece los músculos de América
en una fuerte crispación violenta
y en una altiva conmoción homérica!

Vidente anunciador, es el momento
que, en la quietud solemne de tus lagos
elevas hasta Dios el pensamiento
en una turbación de signos vagos.

¡Hay muchas patrias jóvenes sin suerte
que esperan con la faz adolorida
en la contienda sin igual la muerte
o en la contienda desigual la vida!

¡Oh milagroso pájaro erudito!,
raro y bello cantor entre las olas,
al morir, como tú, darán un grito
las vírgenes de vestes españolas.

¡Y en el grito postrer dejar la vida
en la campaña singular, y todo!
¡Que en el fondo del mar desaparecida
es la vida mejor que sobre el lodo!

Hay una patria joven que respira
a través de un perfume de amaranto:
es una patria joven que en mi lira
ya se yergue en un grito, ya en un canto.

Es mi patria, la patria siempre bella
de poetas que cantan la fortuna
a la faz inquietante de una estrella,
bajo el beso de plata de la luna.



Y no podrá morir, desamparada
de blasones que elogien su memoria,
porque tiene una página grabada
en pleno sol en su fatal historia.

¡Oh cisne! ¿Qué me dice tu plumaje
que mueves en un ritmo impenetrable?
¿Acatas mi sentir? ¿Es un mensaje,
pavoroso y fatal y abominable?

¿O es acaso que marchas al desierto
a levantar tu voz para esta América
que parece dormir, pero no es cierto,
en un sueño dúlcido de histérica?

¿Abre tus alas blancas en el medio
de la bandera fúlgida que flota
sobre todo dolor y sobre el tedio,
sobre el escudo y la fortuna ignota?

¡Oh cisne, que conoces al poeta,
y pasas por sus rosas musicales
llevándote en las alas la incompleta
tremulación acerba de sus males!

¿La ciencia de la magia, grave y fuerte,
de tu pupila absorta y comprimida,
no sabe del dolor ni de la muerte
ni sabe del amor ni de la vida?

¡Y nada respondiome el cisne adusto,
su silencio es más grave todavía;
está pálido y mudo el cisne agosto,
su silencio está pleno de agonía...!

Y una estrella se pierde en lo imprevisto.
El cisne sufre. El cielo sigue grande.
¡Y un águila se va, porque la han visto
sobre la enorme magestad del Ande!



En su Canto a Rubén Darío, escrito en 1908, Bazil ofrecía la visión lírica del rapsoda y maestro cuya gloria pregonaba con los radiantes entusiasmos de su creciente admiración. Era el común estado de alma de los jóvenes poetas de América frente al mago de la poesía:

CANTO A RUBEN DARIO

A Jacinto Peynado.

¡Pasional y devoto de tu fuente sagrada,
alabo los prodigios de la triunfal cascada,
que salta y bulle y canta en tu jardín de amor,
en donde deposita sus oros la mañana,
sus ópalos la luna, compasiva y lejana,
y sus altas tristezas el viejo ruiseñor!

¡A pesar de tus *Cantos de Vida y Esperanza*,
y tus *Tierras Solares*, donde el amor descansa
entre líricos remos bajo un fragante tul,
a pesar del encaje de tus *Prosas Profanas*,
y del sueño que cantan tus viejas *Caravanas*
el corazón no olvida las páginas de *Azul*!

¡Tú siempre genializas sobre todas las cosas
que rimas en tu lira y conviertes en rosas,
con un poder que nadie ha logrado igualar!
Y la lírica copa de tus triunfos se llena
de milagros fragantes que recorren la vena
del errante misterio de la onda del mar...

Y si algún segador, con ánimo inclemente,
penetra en tu jardín de luz resplandeciente,
donde baten sus alas mil dísticos de amor,
y deshoja una rosa en su brutal empeño,
o hiere la corola de algún lírico ensueño...
¡quede seca la mano del hosco segador!

Y, si arranca la flor, si acaso la deshoja,
¡qué importa! es una flor que un dulce bien aloja,
y que ya duerme en manos de la Posteridad.
(¡Es una flor de gloria, cubierta de rocío,
del jardín luminoso del gran Rubén Darío,
que tiende sus dos alas sobre la Eternidad!).



¡Rosales milagrosos, ritmos universales,
heráldicas insignias de tiempos ideales,
princesas y bacantes, canta tu bandolín,
y cisnes que blanquean tu manto de poeta,
y sátiros que adulan tu soledad secreta,
y sonos de siringa y acordes de clarín!

¡Oh, Maestro y divino señor Rubén Darío!
¡El alma de tus rosas se colma de rocío,
y el vino de tus viñas de un sol de juventud;
desciendan los rosales de tu azul primavera,
mientras pasa la gloria, tal como una bandera,
por sobre los asombros de la gran multitud!

Bazil se hallaba en su natal Santo Domingo cuando recibió la angustiada noticia de la muerte de Darío. Su dolor de poeta y de hermano quedó reflejado en su más doliente página, oliente a incienso y sonora a responso (11). "Recuerdo que me indicaste varias veces como el amigo tuyo que tú deseabas que escribiera un libro sobre ti después de tu muerte, porque según tú yo era de los que más te conocían... ", decía Bazil en el aciago instante, y desde entonces dióse al fervoroso empeño de escribir ese libro.

Allí mismo, años más tarde, en la adorada Ciudad Romántica, adonde había vuelto tras largas ausencias, ya mortalmente herido en la entraña por las infernales dagas del alcohol —al igual que Darío en su dramático retorno a Nicaragua— se fue tristemente de la vida. Junto a los fríos despojos estaba, como junto al lecho de un moribundo la espada con que fue cumplida una promesa heroica, el libro, manuscrito aún, ansiado por Darío. En sus hojas revueltas, estrujadas, estaba el último calor de la mano del poeta.

ALABANZAS DE SANTO DOMINGO

Hasta nuestras pasadas contiendas fratricidas merecieron las simpatías de Darío. En sus páginas delicadas a Tulio Manuel Cestero se detiene ante el inusitado espectáculo de las revoluciones dominicanas y se lamenta de que Europa no conozca aún "el libro que brillante

(11) La página citada figura en esta obra. La primera noticia de la muerte de Darío la dio el *Listín Diario*, de Santo Domingo, escuetamente, el 19 de febrero de 1916: "El egregio poeta y literato Rubén Darío, según carta traída por el *Santiago de Cuba*, acaba de fallecer en su país natal. Es ésta una pérdida verdaderamente irreparable para las letras castellanas, que pierden con la muerte del distinguido cantor una de sus más altas cumbres".



e intensamente diga tanta cosa extraordinaria, terrible y pintoresca, porque ese libro no se ha escrito todavía". Seguramente que esas visiones de nuestras guerras civiles las conocía Darío por sus amigos Cestero y Fiallo, hombres de letras y también, como Garcilaso, hombres de armas.

Entre sus alabanzas de Santo Domingo brillan estas: "La Isla preferida por Colón ha sido fecunda en talentos. Tiene brillo y vitalidad por su sol de cielo tropical y por su sol interior. Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa... Santo Domingo de Guzmán, la Ciudad ardiente en las lejanas Antillas... Isla fecunda y sola, que fue deleite de los ojos del iluminado y profético Navegante... Deseo ser útil, en lo que me sea posible; a la culta y fuerte República Dominicana, la bella isla colombinoespañola..."

No sólo en la fulgurante prosa de Darío hay nombres y recuerdos de nuestra tierra. El milagroso Rey Midas de la Poesía escribió este breve canto A la República Dominicana, en que se mezclan elogios y ansias de conocerla:

Olor a nardos, y olor a rosa,
lo que adivino, lo que distingo,
el sol, los pájaros, la mariposa,
¡Santo Domingo, Santo Domingo!

Yo te adivino, yo te distingo
lo que algún día me puedas ser.
¡Santo Domingo, Santo Domingo,
que yo algún día te pueda ver!

Dios permitiera que yo algún día
llegara a costas que bellas son,
por sus historias, su melodía,
sus entusiasmos y su Colón.

¡Oh, República Dominicana,
tú que debías estar,
como virgen en su altar,
en toda patria americana;
tú, que eres la sublime hermana
que nos dio nuestro despertar,
mereces la voz soberana:
toda la tierra y todo el mar!



No se cumplieron los votos de Darío, pero en el simbólico monumento que junto al mar Caribe le erigió la devota admiración dominicana, está el poeta: sobre austera columna de piedra una lira de bronce, como sobra la vida y la muerte y el olvido se alza su gloria inmarcesible.

INFLUENCIA DE DARIO EN LA POESIA DOMINICANA

La poesía de Rubén Darío llegó plenamente a Santo Domingo y comenzó a ejercer su invencible influencia cuando se apagaban los ecos lejanos de la canción erótica de Scanlan, el airoso juglar caído en 1887 en la antigua Ciudad Romántica, en la Era Becqueriana de nuestra poesía.

Desde el poeta quisqueyano de mayor prestigio entonces, José Joaquín Pérez —quien dio a conocer a Darío en Santo Domingo y “se interesó profundamente en las nuevas orientaciones literarias, y manejó con maestría nuevas formas, como se ve en sus Contornos y Relieves— hasta jóvenes principiantes como Pedro Henríquez Ureña, recibieron el excelso influjo de Darío, que ya sacudía “el colonialismo literario de América”, según la frase de Domingo Moreno Jiménez (12).

Uno de aquellos mozos que se iniciaban en la lírica lid bajo la flameante bandera del modernismo, Rafael Damirón (1882), recuerda hoy cómo era aquel bello instante de nuestra vida literaria: “Hablar de Rubén Darío en esta tierra, es hablar del ruiseñor que cantó en todos los amaneceres de nuestra juventud. Por Rubén han sido muchos de los que quisieron ser poetas y se arriesgaron a ensayar un madrigal, a escribir un soneto... es como el punto inicial de nuestra aspiración a los grandes triunfos del arte y por el arte. Primero que su verso, se amó su prosa... Cuando el verso de Rubén comenzó a ser exponente inequívoco de buen gusto..., revolucionó para colocar en una cima más alta el pensamiento de la lírica dominicana”.

Los adalides del modernismo están de moda entonces: Darío,

(12) Una de las primeras poesías de sabor genuinamente modernista, si no la primera, de autor dominicano, fue *Flores de Otoño*, por Pedro Henríquez Ureña, publicada en 1901. (V. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río Janeiro, 1945, p. 187, nota 219). En efecto, en la iniciación poética del ilustre hijo de Salomé Ureña, que luego dejó el verso por la prosa, presidió el poeta de los cisnes. Acerca de Darío y el modernismo en la América, véase Max Henríquez, *El Retorno de los galeones*, Madrid, 1930, particularmente el *Estudio sobre el intercambio de influencias literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años*. También trata del modernismo y de Darío el doctor Pedro Henríquez Ureña, en su obra póstuma *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947. En cuanto al modernismo en Santo Domingo véase en el Apéndice de esta obra *Comienzos del modernismo*, por Valentín Giró.



José Martí, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva. Pero los jóvenes poetas del Ozama se someten preferentemente a la imperante hegemonía lírica de Darío. Valentín Giró, en el verso; Tulio Manuel Cestero, en la prosa, figuran en las resueltas avanzadas (13).

En la generación dominicana del novecientos la influencia de Darío es bien visible. En algunos los áureos reflejos no se limitan al inevitable ascendiente del modelo poético preferido, sino que yendo más lejos de la reminiscencia y del influjo recibido libremente, pasan a la inocultable imitación de las maneras, del vocabulario, de la métrica, de los temas, de las tendencias y fluctuaciones de la poesía rubeniana, más allá de la influencia de que hablan los teólogos, la gracia e inspiración que Dios envía interiormente a las almas.

Gran parte del caudal poético dominicano, esencialmente en las dos primeras décadas del siglo, tomó sus fuentes en Azul, en Prosas Profanas, en Cantos de Vida y Esperanza. Los ejemplos vienen fáciles a la memoria:

En el lírico vasallaje quizás sea el primero el adolescente Pedro Henríquez Ureña, en Flores de Otoño (1901):

Es que sueñan...
...con Cipango, en lejanísimo Japón?

Valentín Giró, en Virgínea (1907), "exactamente como la Princesa Eulalia", apuntaba irónico Deligne:

...todas las estrellas reían... reían...

Pérez Alfonseca, en Crepúsculo (1910), que a Darío le parecía "ligerero y delicioso":

El cisne de nieve
sobre el agua queda,
cristalina y leve
sueña, sueña en Leda...

(13) En *Horas de Estudio* (Paris, 1910, p. 200), Pedro Henríquez Ureña le atribuye el comienzo del modernismo en Santo Domingo a Fiallo y a Cestero. Dice: "La corriente del modernismo europeo y americano, que se inició tímidamente en Fabio Fiallo y llegó a su apogeo en los primeros trabajos de Tulio Cestero, no logró hacer invasión total, pero su influencia hizo aparecer novedades y elegancias en muchos poetas y escritores no afiliados a secta: en Lugo, en Garrido, en los Deligne, en Pellerano Castro, en Fenson, en Bartolomé Ojeda Pérez, en José Joaquín Pérez (*Contornos y relieves*), en la misma Salomé Ureña, de cuya severamente clásica (*Páginas Intimas. Última Resurrección*).



Tienen el mismo son del arpa de Darío los versos Del lavandero, de Bermúdez:

Es la fiebre intensa de un austero Agosto;
el sol va a fundirse trepando al zenit...

Y en Serenamente gris:

La lluvia, tornadiza, como una polvareda,
mas flota que desciende, serenamente gris...

Así el cantor de Darío, Armando Alvarez Piñeyro, en Mi desvelo (1915):

Amo el donaire gentil
de que tu gracia está llena,
tu garganta de sirena
y tu seno de marfil...

Y en Noche:

Las estrellas destilan su refulgencia
en la atmósfera tibia, clara y serena;
de los campos áspiro la grata esencia
y me digo, soñando: "la vida es buena..."

Así Porfirio Herrera, en La fuente:

Como una ninfa hilandera
la fuente hila, que hila...

Rafael Damirón, en Rapsodia íntima (1916):

¿Eres tú, Margarita, mi Traviata bohemia,
la que pasas mimando tus camelias en flor?
Ya la copa del chipre con que el beso nos premia,
lleva adentro el acíbar de un aciago dolor.

Y en Pro Filis:

Y que sonrisas de aleluya riegue
la carne que mi carne hizo de amores,
cuando la hoz demoledora siegue
el jardín de mis mundos interiores...



En Domingo Moreno Jiménez, que muy pronto se liberó de la escuela de Darío para crear su propia secta, el postumismo, también hubo influencias rubenianas, tal en el soneto Urania:

Sobre la austera noche de su duelo fulgura
 su divino semblante melancólico y grave.
 En sus sueños parece que se remonta un ave,
 hacia el azul, que eternos porvenires augura...

Tampoco se sustrajo a la excelsa influencia el admirable Díaz Ordóñez, Ligio Vizardi, en Canción de Otoño:

Afina Otoño su apacible coro...

Y en La muerte de Pierrot:

...perdidas en lo azul de lo distante,
 había margaritas deshojadas...

En Primitivo Herrera, Visión de La Habana; en Humberto Ducoudray, Naití; y así en otros bardos de la misma generación, la influencia de Darío es también clara y frecuente (14).

Es curioso que Fabio Fiallo, insensiblemente dócil al movimiento modernista y amigo y camarada de Darío, no siguiese sus formas. Ello podrá explicarse recordando que para Fiallo, poeta eminentemente erótico, el verso no podía ser esfuerzo de larga e intensa premeditación. Su vida, fácil y variable, de político y de hombre de armas, corresponde justamente a su vida de poeta: bardo de breves creaciones, cincel que apenas caía grácil y fugaz sobre el mármol de la creación poética. Por eso no podía ser influido decisivamente por Darío, cuya poesía, sujeta a la más difícil diversidad métrica y saturada de vasta sabiduría literaria y artística, era siempre el producto de profunda labor previa —aprendizaje y estudio de la mocedad— a que fue ajeno el cantor dominicano. El poeta y cuentista tuvo así el gran acierto de no ser adocenado imitador de Darío, aunque cediese a otras influencias más consonas con su temperamento poético: Bequer, Musset, Heine.

En Osvaldo Bazil y en Pérez Alfonseca, que al igual de Fiallo fue-

(14) Entre los poetas dominicanos que le consagraron a Rubén alguna poesía, se cuentan Bazil, Pérez Alfonseca y Armando Álvarez Piñeyro —que figuran en esta obra—, Luis Perozo, (*Rubén Darío*, soneto, en la revista *Renacimiento*, S. D., número 47, noviembre 1916), y Enrique Aguiar, (*La muerte del cisne y Padre nuestro*).



ron entrañables amigos de Darío, si hay influencias del gran poeta. Puede afirmarse que en Bazil ese influjo fue lo mismo en la prosa que en la poesía. Fue, como observa el doctor Max Henríquez Ureña, "uno de los pocos poetas que en su generación militaron desde un principio bajo las banderas del modernismo: esto se advierte desde los indecisos primeros pasos de su libro Rosales en Flor, publicado en 1906". Pérez Alfonseca, por su parte, vio de cerca y en desnuda intimidad el dramático espectáculo de la vida de Darío, y dejando de lado lo diabólico que había en el poeta, contrariamente a Bazil, siguió las altas huellas de su maestría en el verso y el ejemplo de su excelsa vocación filosófica, sorprendentemente manifestada en su Oda de un yo, una de las más bellas y originales joyas del Parnaso dominicano:

A través del camino sin fin vibra la oda
del Verano; la Tierra es una inmensa oda
de silencio que piensa y de rumor que habla.
Sobre una piedra blanca del gran camino, le habla
a un joven un anciano: el uno es un poeta
ya pleno, el otro, un germen preclaro de poeta.
Las rosas sonreían al viejo como labios
inocentes, y al joven besaban como labios
pecadores; los montes invitaban al uno
al reposo, y al otro a la ascensión; el uno
miraba siempre a Dios al mirar en sí mismo,
el otro, le ignoraba pues fuera de sí mismo
lo iba buscando; el viejo, sin buscarle, le hallaba,
en tanto el joven le buscaba y no le hallaba.
—¿Qué hay que hacer, maestro, para que yo conozca a Dios?
—Conociéndote a ti conocerás a Dios. . .

¿Influyó Darío en nuestro poeta nacional, en Gastón Fernando Deligne, "el más notable de los ingenios dominicanos, de la actual generación", como le llamaba Menéndez y Pelayo en 1910? La contestación justa es bien difícil, aunque al simple examen de la obra poética de Deligne puedan señalarse los siguientes ejemplos en que, aparentemente, hay reflejos de Rubén:



La Nueva Jerusalén (1886):

Y quise, cual Moisés, del alto monte
de la ilusión, mirarte, ¡oh gran Solima!...
Y te vi del futuro allá en la cima,
aún envuelta por nieblas de horizonte...

Y olvidé en Juan de Patmos, las visiones
de los delirios pavorosos, llenos
lo mismo que de bestias y dragones,
de trompetas, relámpagos y truenos...

Y en Ritmos (1906):

Por Heracles al cabo fue el titán libertado;
pero el Cristo inefable en la cruz expiró:
mientras misericordes son el Mito y el Hado,
la crueldad de la vida es completa y feroz.

Como en estas dos estrofas, en la poesía de Deligne se descubren frecuentemente los raros nombres que encontramos en Darío; pero no es ello servil imitación, ni siquiera reminiscencia, sino coincidencia, recreación en las mismas fuentes líricas, y vida, como la de Darío, en la irradiación de las preferencias artísticas de sus contemporáneos, de Mallarmé, a que alude Marasso (15); el culto de Mallarmé de que habla Alfonso Reyes, o el estado de adoración que recordaba Paul Valéry: "¡pero qué resultados intelectuales y qué efectos morales producían en aquel tiempo la revelación de los menores escritos de Mallarmé! Había un ambiente religioso en el aire de aquella época, en la que algunos se formaban en sí mismos una adoración y un culto por lo que encontraban tan hermoso que era preciso denominarlo sobrehumano... Mallarmé creó, pues, en Francia, la noción del autor

(15) Arturo Marasso, *Rubén Darío y su creación poética*. Buenos Aires, p. 363. ¿Puede aplicarse a Deligne, con exactitud, el concepto de Marasso acerca de las preferencias artísticas de Darío, de la irradiación de Mallarmé? El culto de Mallarmé, en Deligne, merece más amplio examen. En 1903 —en el Proemio de la obra poética del malogrado Mariano A. Soler y Meriño—, decía Deligne: "La belleza esencial de las artes de la palabra, Claridad y Verdad, ahogada la una miserablemente en el gongorismo de Mallarmé, y reducida la otra a meras excursiones de bibliotecas..." Y agregaba que "la mala moda traída de Lutecio no dejó rastro" alguno en el estilo de Soler y Meriño. En carta de 1911, refiriéndose a estudios críticos de su compatriota Pedro Henríquez Ureña, hablaba de "las inuchas extrañezas de sus juicios sobre D'Annunzio y Rubén Darío, en quienes sólo ve motivos de alabanzas, a pesar de las desastrosas caídas que han tenido uno y otro". Véase Gastón P. Deligne, *Páginas olvidadas*. Colección de E. Rodríguez Demorizi. C. T., 1944, p. 23 y 34.



difícil. Introdujo expresamente en el arte la obligación para el espíritu de hacer un esfuerzo (16)". Esta es, precisamente, la clave del misterio poético de Deligne: conocedor de Mallarmé, creó en su patria la noción del autor difícil, libre y al margen del apasionante auge de Darío.

Deligne permanece siempre autóctono. Su Heracles no es el Heracles de Darío, ni su armonía es la armonía del gran nicaragüense. No está bajo su dócil influjo, sino junto a los precursores del modernismo, de los cuales se aparta para crear su propio género, el poema psicológico, o para ofrecer en Olooi, como señala Pedro Henríquez Ureña, "una muestra sorprendente de forma germinal de una poesía futura (17)".

¿Por que, pues, ese parentesco entre cierta poesía de Deligne y la poesía de Darío? Es que ambos acudieron desde temprano a idénticas fuentes líricas; ambos fueron devotos de la Mitología y de la Biblia, conocedores de los clásicos castellanos y de la poesía francesa, Deligne poseía idiomas, era hombre de superior cultura, se deleitaba en traducir a Hugo (1893) (18), a Longfellow (1887), a Verlaine (1904), a Chenier (1904-1907), a Félix George (1907), a Marta Dupuy (1907), a Georges Rodembach (1912), a Jean Richepin (1912). Darío, huelga decirlo, adoraba a Hugo y Verlaine; en su poesía hay reminiscencias de Chenier, de Rodembach, de Richepin; y, como Deligne, se complacía en traducir a Hugo y a Longfellow. Darío y Deligne eran poetas de culturas paralelas, diferenciadas por las desviaciones de la máxima genialidad y la suprema vocación poética que había en Rubén, y por la infecunda estrechez del ámbito insular en que lanzó su honda, a las sombras y al vacío, el grande y desconocido cantor dominicano.

Nada más "opuesto a la ligereza y a la brillantez del modernismo triunfante, observa Vicente Llorens Castillo, que la índole profunda, la manera sobria y el sentido de la estructura del gran dominicano". En efecto, la "singular autarquía" que le atribuye Pedro Henríquez

(16) Paul Valery, 4 maestros franceses. Stendhal, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé. Bogotá, 1944, p. 115 y 118.

(17) Al referirse al momento inicial del modernismo, dice Pedro Henríquez Ureña que los indicios de cambio en el gusto se advierten en poetas como González Prada, Manuel José Otón, Gastón F. Deligne, "muy original y agudo en breves poemas psicológicos o filosóficos", y otros, citados. (V. su obra póstuma *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, 1947, p. 140).

(18) Se alude a la admirable paráfrasis de *El Silfo*, de Hugo, hecha por Deligne en 1893, inserta en *Galarippos*, Ciudad Trujillo, 1946. Puede compararse, para advertir su sobresaliente factura, con la traducción de *El Silfo*, por Manuel M. Flórez, que aparece en la obra *Victor Hugo en América*. Traducciones de ingenios americanos, coleccionados por José Antonio Soffía y José Rivas Groot. Bogotá, 1889, p. 43.



Ureña, concuerda con sus afinidades con Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, que van borrándose en él, sin que deje arrastrarse por "la caudalosa corriente del movimiento modernista". Es curioso observar la actitud de Deligne frente al modernismo. En 1897 satirizaba la nueva forma en Ars nova scribendi:

... Mal de moda y porvenir,
que invade la tierra toda,
que se infiltra hasta en la moda
de los modos de escribir.

¡ Cuán lánguido se espacia
o se recuesta inseguro,
metiendo una *be* en *obsuro*
y una *hache* en *harmonía!*

¡ Con qué ilusión paregórica,
despliega como amuleto,
venga o no venga al objeto,
la pedrería metafórica!...

Topacio en el *Lager-beer*;
esmeralda en el *absintho*;
con el *champaña*, *jacinto*,
y con el *azur*, *zafir!*...

La sátira parecería escrita contra Darío, si no hubiese estado de por medio la confusa cohorte de sus imitadores. Pero esa actitud tenía un antecedente, explicado en Quid divinum, en 1889:

Mariposa del arte, no pregunto
si el pétalo radiante que me llama
es o no regular; humilde abeja,
al color antepongo la sustancia...

Pero donde expresa con más desenfado sus ideas acerca del modernismo, es en carta de 1904 a Pedro Henríquez Ureña, en la que alude a Darío: "Cúmpleme darle explicaciones acerca de la actitud de Rafael Deligne (su fenecido hermano) y mía frente a lo que se ha dado en llamar impropriamente modernismo. Esto supone que lo pasado era antigüismo, cuando en su época fue absolutamente moder-



no; y en parte sigue siéndolo, y lo será. Ni el desaparecido ni yo, hemos hecho nunca apreciaciones de términos: para él como para mí, hay gente que puede hacer buen trabajo en Arte, y hay gente que nó. Para él, como para mí, en todas las épocas no ha existido sino la individualidad (19), el rasgo especial que hace que una cara no se parezca a la de nadie. . . Nuestra tirria no ha ido sino contra los memos (no Rubén Darío, mal aconsejado imitador de Paul Verlaine; éste ingenuo, el otro deliberado) que nos han hartado de la época del Rey Sol, de las lises, de las Pompadours y de las frivolidades Watteau".

En 1911 todavía insistía Deligne en la impropiedad del término modernismo. Decía que la "crítica habría podido percatarse de que la mencionada denominación era demasiado arbitraria para unos procedimientos que carecen de fisonomía propia; que están íntegramente indicados y contenidos en la composición Arte poética del mismo Verlaine, y que, por tanto, debían llevar el nombre de Verlainismo".

En su memorable disertación acerca de la "realidad misteriosa" de la poesía pura, el Abate Brémond sustentó en cierto modo, sin cococerlo, el concepto de Deligne, "al color antepongo la sustancia". En una de las afirmaciones fundamentales de su discutida tesis, dice: "Cascabeles de la rima, flujo y reflujo de las aliteraciones, cadencias ya previstas o ya disonantes, ninguno de esos bonitos ruidos alcanza la profunda zona donde fermenta la inspiración, donde sólo se percibe, con el Pericles de Shakespeare, la música de las esferas (20)". ¿No hay en Deligne, en el breve universo de la poética americana, esa solemne música de las esferas? Ciertamente sí para los que sepan echar la sonda en el inestable mar de la poesía y en el atormentado oleaje de su espíritu, donde él mismo provocó el naufragio inevitable. Deligne, como Longino, prefería "los defectos de lo sublime" a lo "mediocre perfecto". En cualquier versificador para certámenes hay "lo mediocre perfecto", pero "los defectos de lo sublime", en la poesía dominicana, sólo se encuentran en Deligne y en Domingo Moreno Jimenes.

(19) No obsta la individualidad de que habla Deligne, para que hayan sido bien fuertes y perceptibles las influencias extrañas en poetas de tan viva personalidad como Julio Herrera y Reissig. Si, como observa Guillermo de Torre, Leopoldo Lugones adolece de mal gusto y su amor a la *Rima rica* le traiciona, "llevándole con demasiada frecuencia a visiones y sonoridades prosalcas; si Herrera y Reissig pagó un tributo desmedido a los clisés de su época, incurriendo en una exuberancia de joyeles, con abuso de mitologías confusas y exotismos algo carnalescos", también pueden señalarse en Deligne estos defectos. Con todo, como se ha dicho de Neruda, Deligne es un poeta a pesar de sus defectos, "de sus aguas turbias y de sus frutos sin sazonar". Julio Herrera y Reissig, *Poesías completas*. Estudio preliminar por Guillermo de Torre. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, p. 28).

(20) Henri Brémond, *La poesía pura*. Buenos Aires. 1947, p. 22. Acerca del tema puede verse estudio de doctor Pedro Henríquez Ureña, *En busca del verso puro*, en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, año IV, número 3, p. 225-249.



Darío conoció, quizás escasamente, la obra de Deligne, a quien llamó "notable poeta", y cuyo juicio acerca de la poesía de Pérez Alfonseca citó con vivo encomio. No hubo entre ambos el fecundador contacto de sus espíritus, entregados a la misma deidad, pero en distintos ritos. Ni hubo el coloquio que todavía buscamos, sin encontrarle, en la vida de dos próceres de la libertad y la cultura en las Antillas, que al par libraban la misma cívica contienda: Hostos y Martí.

En las últimas generaciones, la presente, no ha dejado de asomarse, ya desvaída, la influencia de Darío: patente está en el verso del fenecido Gladio Hidalgo, en la cambiante poesía de Manuel Cabral, en el Franklin Mieses de los primeros años.

¿Qué es lo muerto y qué lo que pervive de la influencia de Darío en nuestra poesía? De la belleza queda lo bello. Mas lo que importa no es eso sino la radiante perennidad del culto de Rubén en el espíritu de los dominicanos, poetas o no, para quienes el máximo deleite en la evocación poética — en la callada introspección del recuerdo o en la flor de la palabra— siempre estará en el verso incomparable de Darío.



LETRAS DOMINICANAS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



LETRAS DOMINICANAS (21)

Por RUBEN DARIO

EXISTE UNA LITERATURA en los momentos actuales, que presenta un carácter inconfundible en su variedad: la literatura en que expresan su alma, sus voliciones y sus ensueños, la Joven España y la Joven América española. Las nuevas ideas han unido en una misma senda a los distintos buscadores de belleza. Mas en tal unión no pierde nada el impulso del individuo ni la influencia de la tierra, sin contar, por supuesto, en este caso, a los natos desarraigados en el espacio y en el tiempo. Una de las ventajas que han tenido nuestras dos últimas generaciones, es la de la comunicación y mutuo conocimiento. Si aún algo queda que desear, ya no sucede como antaño, que se ignoren; de nación a nación, los séguidores de una misma orientación filosófica o estética, los correligionarios de un mismo culto de arte.

Entre toda la producción argentina, pongo por caso, de hace unos veintitantos años, tan solamente los nombres de Andrade, Guido Spano y luego Obligado y Oyuela, se impusieron a la atención de las Repúblicas hermanas. Hoy la obra de un Lugones adquiere proporciones continentales, mas no se ignoran, en el Sur ni en el Centro de América, ni en las Antillas, los esfuerzos, o la obra realizada, de otros artistas de la palabra, de otros hombres de pensamiento, ni la constante virtud del entusiasmo que anima a los consagrados de la juventud. Hay mayor intercambio de ideas. Se comunican los propósitos y las aspiraciones. Se cambian los estímulos. Hay muchas simpatías trocadas y muchas cartas. Los imbéciles no evitan el afirmar: sociedad de elogios mutuos. No se hace caso a los imbéciles. Los libros y las cartas se siguen trocando. No otra cosa se hacía, en latín, entre los sabios humanistas del Renacimiento.

(21) Figura como Prólogo en la obra de Tulio M. Cestero, *Hombres y piedras*, Madrid, 1915. Antes se publicó en *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de enero de 1908, con el título de *Prólogo del libro Por los Caminos*, que Cestero substituyó por *Hombres y piedras*.



Entre los escritores que desde hace algún tiempo se han dado a conocer, está Tulio M. Cestero, originario de la República Dominicana. Es joven; cursa la vida intensa y la gracia del arte. Su florecimiento en Santo Domingo no es sino propio de un país que ha dado a las bellas letras hispano-americanas desde pasadas épocas, figuras de gran valer. Por Menéndez Pelayo conocemos algo del período colonial, en que se ufana gentilmente aquel popular Meso Mónica, de tan fino y autóctono ingenio. La cesión a Francia, por el tratado de Basilea, y la ocupación por los haitianos, durante veintidós años, de la parte española de la isla, produjeron la emigración a Venezuela y Cuba de gran número de familias principales, gloriosas en los líricos y literarios anales; de ahí los Rojas venezolanos, los Heredia, a que pertenecieron los dos José María, y cuya casa solariega existía, según tengo entendido, en la capital dominicana, hasta hace algunos años, frente al cuartel edificado en el reino de Carlos III; y los Delmonte, de Cuba. Después de la proclamación de la República en 1844, las personalidades eminentes, en las letras, no han sido pocas. Allá en la época romántica hay un Félix Delmonte, no privado del don de armonía, como su amiga y preferida la alondra. Apartándose un tanto de la influencia europea, Nicolás Ureña, ameniza el paisaje y las costumbres. Un varón de alma compleja y de vigor verbal, Meriño, es a un mismo tiempo jefe del Estado y de la Iglesia. Luégo surge Emiliano Tejera, escritor, investigador, que escribió su célebre folleto aclarando la verdad sobre los restos de Colón y sosteniendo que son los que están en Santo Domingo. Aparecen el historiador García, el polemista Mariano Cestero; y el que es considerado como el primero en su patria, el novelista Galván. Una musa es justamente famosa, Salomé Ureña, vigorosa y pindárica, sin perder la gracia y el encanto de su alma femenina. Pérez, modernizado en los últimos años, cantó castizamente las leyendas y sufrimientos de los indios quisqueyanos. Billini, presidente, no desdeña ni los dones apolíneos ni los atractivos de la novela. Por todos los géneros espiga el talento de un Henríquez y Carvajal. Penson vuelve la vista al pasado y busca la tradición y el tema legendario. Más recientemente aparecen Gastón Deligne, poeta, que hoy se siente atraído por nuestro movimiento reformador. Rafael Deligne, poeta, crítico y dramaturgo. Pellerano que se distingue por amante del color y de la vida locales: Fabio Fiallo, espíritu nobilísimo y elevado que en su *Primavera sentimental* celebrada por Díaz Rodríguez, inició sus delicadezas ideológicas y su culto de la hermosura exquisita. Un hombre potente, de rasgos geniales, combativo y dominador del verbo, Deschamps. Américo Lu-



go, docto y elegante, perito en cosas y leyes de amor y galantería; el poeta Aybar, los hermanos Henríquez Ureña, de los cuales Max ha escrito páginas de crítica que yo prefiero y guardo con alto aprecio. Osvaldo Bazil, en lo florido de su juventud, hoy en Cuba, bajo la advocación divina de la Lira. Ya veis que hay sus motivos para que Tulio Cestero haya nacido en esa isla fecunda y sola, que fue deleite de los ojos del iluminado y profético Navegante.

Cestero es un espíritu inquieto ante la vida, nacido para los esfuerzos y las bregas. Este lírico de la prosa, cuya cultura es completamente europea, ha tenido que desarrollar sus energías de carácter y de intelecto en un medio hostil a las dedicaciones al puro arte. El sabe, por propia experiencia, lo que son revoluciones, pronunciamientos. Ha andado con su fusil, o su sable, por los montes patrios, entre fieras, víboras y negros hostiles, bajo los tórridos fuegos, guerreando por su caudillo, o por su presidente. Conoce las excursiones por los bosques y los movimientos de las guerrillas. Alma gentil, escribe su *Jardín de los sueños*; mas tiene un admirable y práctico sentido de la realidad. Si se le ocurre, escribirá lindamente a una mujer: "Bella, sé piadosa, y convierte tus ojos milagrosos al alma —océano de aguas muertas y profundas— del amante prosternado que arrancará a las entrañas de la tierra avara el oro virgen para el anillo de tus bodas". Y si se le ocurre, mandará fusilar en las maniguas al coronel criollo sublevado. Soles y vientos de aquellas latitudes le han amacizado el cuerpo y el alma. Ello no es un inconveniente para que haya labrado finas páginas en libros suaves. El poema en prosa después de la acción, la lírica después de la estrategia, o antes. El bregador que existe en él ha publicado también páginas de campaña en que el estilo se revela apto también a ejercicios de músculo y a manera de fortaleza. Yo le veo vagar por la montaña. Si encuentra flores, formará un ramo para la primera gallarda moza que le captive, si no, desgajará un árbol para encender fuego y hacer su barbacoa con el primer venado que alcance su carabina. Algo de Gastibelza, si gustáis, de un Gastilbelza de tierra ardiente, a quien si su Doña Sabina y el aire de la montaña le vuelven loco, le hacen decir bellos decires de amor y de combate.

Hace tiempo leí sus *Notas y escorzos*, capítulos de crítica literaria; sus impresiones de viaje *Por el Cibao*, de las que casi nada recuerdo. Su *Del Amor*, es obra de despertamiento, de pasión exuberante de juventud y de savia temprana. Mas su folleto político *Una campaña*, publicado en 1903, llamó grandemente mi atención por el modo robusto de narrar amena y bizarramente sucesos que no han



tenido en la América nuestra sino señaladas plumas de valor que los traten. Hemos sido célebres por nuestras revoluciones; y Europa no conoce aún el libro que bellamente e intensamente diga tanta cosa extraordinaria, terrible y pintoresca, porque ese libro no se ha escrito todavía.

En *El jardín de los sueños*, este autor está seducido por el esteticismo y muestra una viva preocupación del estilo. Hay sutileza, escritura "artista", prosa galante, paisajes al *claire de lune*, relentes románticos e influencias simbolistas. Se advierte el amor de las gracias plásticas, del ritmo, de la concreción de la expresión noble. Sus lecturas son de la más reciente literatura; y cuando creéis encontrar una reminiscencia de Laforgue, pasa el soplo d'annunziano. Hay ideas, plasticidad y música *avant toute chose*.

Al madrigalizar eleva los asuntos, poetiza el medio, se transporta a otras épocas más bellas, o dora, con el oro de la ilusión o de la fantasía, el tema inmediato. Veo sobre todo a un poeta, al parecer, en ocasiones, sentimental, y en ocasiones impasible en la labor de orfebrería que prefiere. Después viaja. Los viajes son bienhechores y preciosos para los poetas. "Navegar es necesario; vivir no es necesario". Navega, pues, para venir a esta Europa que todos ansiamos conocer. La moderna literatura nuestra está llena de viajeros. Casi no hay poeta o escritor nuestro que no haya escrito, en prosa o verso, sus impresiones de peregrino o de turista. Se pasa, como Robert de Montesquieu, "del ensueño al recuerdo". Como todo está dicho, en lo que se refiere a lo contenido en ciudades y museos, no queda sino la sensación personal, que siempre es nueva, con tal de apartar la obsesión de autores preferidos y la imposición de páginas magistrales que triunfan en la memoria. Es esto difícil antes de que la tranquilidad de la vida reflexiva llegue.

Cestero, en sus narraciones de viaje, se aparta dichosamente de los escollos del bedekerismo y de los peligros de la obra recordada. Esto no quita que le acompañen el recuerdo de espíritus amados de sus períodos. Mas noto que los viajes en él, las frecuentaciones diplomáticas y los contactos de París, han marchitado un tanto la frescura franca de las floraciones de antaño. Parece que el entusiasmo, sal del arte, no está en él con la abundancia de los pasados días.

Yo no le pido una fe señalada, pero sí una fe. En verdad, el paulatino conocimiento de las asperezas del mundo, crea los peores escepticismos; para librarse de esto sirve tan solamente la voluntad, la elevación de la conciencia, la virtud de un ideal. Si ha de poner Europa sobre esa amable psique el peso de un materialismo que le im-



pidas el vuelo, quédese el artista y el combatiente haciendo sabrosas prosas y nuevas revoluciones en el país dominicano. Y si ha de perder, Dios no lo quiera, su original nobleza de espíritu, su respeto y adoración por la sinceridad, su pasión por lo sagrado del arte, si ha de aprovechar los dones divinos en el daño y en la mentira, si ha de mirar el misterio demiúrgico de la palabra como arma de malhechor o como útil de saltimbanqui, si ha de abandonar lo que, privilegio singular, trajo desde el materno vientre por la volición suprema, la pureza y la dignidad mentales, la única razón moral de existir, que en la primera revuelta en que lo tome el general contrario, sin formación de causa, le fusile. Mas si no, suya será la gloria.

París, octubre de 1907.

RUBEN DARIO



PARIS Y LOS ESCRITORES EXTRANJEROS (22)

ACABO DE LEER un pequeño libro del escritor dominicano Tulio M. Cestero. En estas páginas hay una sensación de París, expresada en un diálogo de transparente fondo psicológico. El autor expresa el encanto, el embrujamiento parisiense en el espíritu hispanoamericano, y el peligro del torbellino que atrae. No sé que haya permanecido largo tiempo en la ciudad luminosa. Lo que sí sé es que ha peleado ruda y bravamente en las revoluciones de su país, que es, entre los de la América revolucionaria, el país de las revoluciones. "Hemos hecho la guerra, dice, desde los días del descubrimiento. En el alma nacional lidian la tristeza del indio, el dolor del negro esclavo y la nostalgia del español aventurero, terrible herencia de odios que nos ha hecho un pueblo triste y levantisco". Ha descrito, en prosa orgullosa y gallarda, escenas de las luchas arduas en que ha tomado parte. Deja ver ingenuidades de roca nativa, y en ellas el más puro oro cordial y diamantes generosos. Aun perfumada el alma del soplo de las patrias selvas, llega a Lutecia. Está en el bulevar. Párrafos del diálogo que he citado nos darán la impresión que buscamos:

"*Marcelo.*—El bulevar... ¿Has leído la reciente novela del corrosivo ironista *La Jeunesse*? Cuántos pensamientos en nuestras tierras de América se orientan hacia esta congestionada arteria donde el placer y el dolor forman una ola impetuosa. Venir a París, trotar por el bulevar, es la aspiración tenazmente perseguida de los intelectuales, políticos, mercaderes y mundanos de nuestras tierras calientes. Y casi tienen razón. Es única esta vía que encierra un mundo en algunos metros; ni Picadilly, de Londres, ni Unter den Linden, de Berlín, ni Broadway, producen esta impresión de onda que acaricia y flagela al mismo tiempo; es una corriente que arrastra. Sí, pero es un río formado por los apetitos, las ambiciones, los dolores, las alegrías en delirio que bajan rugientes de Montmartre, de Batignolles, del barrio latino, de más lejos aún, de los cuatro puntos cardinales del globo, y en confluencia forman esta corriente que pa-

(22) Fragmento. Acerca de la breve obra de Cestero, *Citerea*, Madrid, 1907. El artículo figura en *Dario*, *Letras*, París, Editorial Garnier Hermanos.



rece mansa y es pérfida, poderosa, cuyos remansos son las terrazas de los cafés. ¡Qué gloria enfrentarla y domarla; pero qué energías formidables se necesitan! Sondear su fondo me marea, y las bascas amargan mis labios.

Andrés.—Por el contrario, yo siento una sensación de fuerzas nuevas, alegres, un vehemente anhelo de conquistar el aplauso de esos hombres y el amor de esas mujeres; de erigirme un pedestal con las cabezas erguidas bajo las plumas o las sedas de los sombreros caros, y me digo cada vez: “París, tú serás mío”.

Marcelo.—Ilusión.

Andrés.—París es inconquistable, indomable; olvida en la noche sus amores del alba. Es inútil empeño querer aprisionar el agua en el puño. Es en las tierras de América, que nuestros padres han regado con sangre, donde hemos de realizar la acción de nuestros sueños. A París viene todo el oro de nuestras minas, en monedas y en pensamientos; y a los que llegan fuertes, jóvenes, sanos, con la primavera en el alma, París los devuelve enfermos, viejos, rotos. Café de la Paix, American, Maxim's, cocotas, sombreros, sonrisas, grupas. Marcelo ha de sentir el influjo, la atracción, y después de una noche blanca después de una borrachera, ha de exclamar al ir en el frío de una madrugada parisiense: “Me envuelve la ola, me desarraiga, me arrastra, en el torrente, voy aguas abajo... Este cielo es un trapo sucio y no hay sol, no hay sol... el sol”. Ciertamente, en París no sólo hay grupas y sonrisas de venta, y cafés alegres. Mas, entre todos los que vienen, nadie prefiere Madame Curie a Mademoiselle Liane de Pougy. Y París, sobre todo, es mujer. Es la hembra. Y Cestero se va al Congreso de La Haya y luego partirá para Santo Domingo, a pelear quizá con los revolucionarios. Pero donde, por dentro y por fuera, tendrá el sol. Su sol.

RUBEN DARIO



FABIO FIALLO (23)

EN MIS ARTICULOS sobre letras de Hispano América, me he ocupado varias ocasiones en la producción dominicana. La isla preferida por Colón ha sido fecunda en talentos. Tiene brillo y vitalidad por su sol del cielo tropical y por su sol interior. Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa. Actualmente, desde el egregio don Federico Henríquez y Carvajal, el amigo de Martí, que recibiera la última carta del Héroe, hasta los más recientes benjamines, la literatura dominicana está dignamente representada en el acervo castellano. La Argentina conoce al valiente y atildado Americo Lugo. Y he hablado en *La Nación* de otros meritorios. Hoy me complazco en tratar de uno de los más exquisitos, finos y nobles espíritus que decoran la riqueza mental y moral del ramillete de islas de las Antillas: Fabio Fiallo.

Conocí el valor de Fabio Fiallo por una página casi poemática en que se refería a uno de sus libros uno de los primeros escritores de Hispano América, el admirable venezolano Díaz Rodríguez. Concluía aquella página sutil y delicada, que hubiera querido reproducir toda: "El poeta continúa bajando con la aurora, de lo alto de la colina que está en la parte de Oriente, en la hostil región de los "ismos". Canta, y sus canciones breves parten hacia el éter sedientas de azur, como abejas de oro. Aun cuando hablan de dolor, cuelgan estalactitas de miel en las asperezas de la ruta. De las canciones, apenas oyen los "ismos", un rumor apagado que despierta en ellos, como un eco, blasfemias y envidias. Luégo se oyen distintamente algunas palabras. Luégo, versos y estrofas. Por último, el Poeta llega y dice con suma sencillez: "Cantaba el Ruiseñor"; y la turba enmudece.

Fabio Fiallo, en efecto, ha sido de esos poetas. Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El "deus" para él no tiene que ver con escuelas ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es

(23) Publicado con el título de *Cantaba el ruiseñor* y la dedicatoria *Para el Figaro*, en *El Figaro*, La Habana, 1911; en *La Cuna de América*, Santo Domingo, número 15, julio 1911; y en las obras de Fiallo, *Canciones de la tarde*, S. D., 1920, y *La canción de una vida*, Madrid, 1926. Figura igualmente en el volumen XV de las *Obras completas* de Darío, ordenadas y prolongadas por Ghirardo.



la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra, sin que exista la parentela zorrillesca. En sus versos como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta. Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. Ni en sus prosas ni en sus estrofas deja de ser sencillamente pulcro y sentimentalmente elegante. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón.

Personalmente es una figura interesante. Es un caballero, un hidalgo arcaico, que voluntariamente y por gracia de su temperamento, quiere ignorar las bajezas y miserias de la vida contemporánea. Su fondo de gentil hombre está intacto e impoluto, y su dignidad y bondad ingénitas dominan los más crespos y peligrosos caracteres. En cuanto al amor y la galantería, es un apasionado antiguo.

Creo firmemente en el patriotismo, en la amistad, en la generosidad. Ante el hecho de un mal hombre se asombra más que se irrita. Su intachable consecuencia es probada y conocida en política, en relaciones sociales, en simpatías intelectuales. No es el sereno y frío gentleman, antes bien el cordial y abierto y fraterno latino, o mejor, el criollo sensitivo y sincero, con mucho de la dignidad gentilicia, herencia de los abuelos españoles.

¿Y el poeta?

Vais a ver algo de él.

Allá en la imperial New York... de hierro, junto a los edificios babélicos y las oficinas de negocios, por Broadway o por Wall Street, a donde le llevaron sus funciones diplomáticas, Fabio y yo, entre el horror de la ciudad comercial, hablábamos de arte, de belleza, de poesía, viendo aún poesía, belleza y arte aun en el trabajo y tráfigos de aquellos cíclopes. Y luégo, en mi cuarto del Astor, o en nuestras sobremesas del Delmónico o en el Restaurante Martín, oía yo recitar a mi amigo, a mi buen amigo, sus versos de patria o de amor, de amor sobre todo, pues, "a pesar del tiempo terco", guarda un frescor de ilusiones y una sana virtud de emoción que es hoy raro encontrar en los más petulantes efebos que se atreven, con todo y sus prematuras fatigas y pesimismo, a madrigalizar. Y al oírle, yo pensaba no en nuestros maestros del simbolismo, en nuestros *mauvais maitres*, Verlaine y demás, hartos perseguidos por los nuevos; sino en los Bécquer y los Heine de antaño, dolorosos y amargados, cisnes muertos de pena amorosa:



*Destumbradora de hermosura y gracia
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.*

*Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.*

*Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
ay, ¡todos menos yo!*

Canta al amor que llega: hace que la naturaleza misma se unifique con la hermosura de la mujer amada. Tiene ternuras y congostas inusadas, que parecen notas arrancadas al arpa que se veía en el ángulo oscuro del salón o a los laudes inmemoriales. Así se adoraba antes; así ama todavía el lírico que conserva granos de los pretéritos incienso, de las pasadas mirras —¡las en forma de lágrimas!— y que los quema fervoroso siempre junto al altar del ídolo, del femenino eterno.

Y hé ahí al melodioso pájaro de la noche y de la luna que da nombre al libro que acabo de leer y que inspirará la prosa musical de Díaz Rodríguez. Fiallo canta un plenilunio, al recordar los versos de una dulce musa cubana, Dulce María Borrero:

*Fue un suave rozar de labios
sobre sedosos cabellos.*

Y dice el poeta:

*Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo;*

*la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.*

*Y la dije... no sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...*

*En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó:*



*¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?
Guárda ¡oh luna! el secreto de mi alma,
cállalo, ruiseñor!*

Ello tiene una rara reminiscencia germánica, un eco de *lied* que aún pasado por Sevilla guarda su melancolía original. Mas la inspiración inmediata ha sido calentada por un fuego del trópico. De tal guisa en las poesías *Astronomía, Rosas y Lirios* y otras. Mas la descendencia castiza se advierte de pronto, brota en sonoridades tradicionales como en estas estrofas tan ortodoxas en que apenas disuena tal o cuál epíteto de modernidad:

*La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suenan el piso bajo el oro
de su empinado tacón.
Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante,
con fragancia de azahar.
Luégo, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.
Mirándola así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.*

Hay en el fondo y aún en la expresión de todas las poesías de Fabio Fiallo, como en los homenajes amorosos de ciertos caballeros legendarios, una gran castidad: no la castidad cerebral poeana, sino una como religiosa y cordial. El piensa en veces en "las leyendas de viejos castillos",



*con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella,
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...*

A través de varios cortos poemas se transparente una historia sentimental, cierta, vivida, sufrida. Se entrevén odios, recelos, enemigos, horas solitarias de padecimientos. Asuntos de terribles políticas, llevan a la prisión a ese amable y sensible rimador de eróticas querellas, y desde su celda ha de seguir cantando a las damas hermosas:

*Princesitas del mágico ensueño,
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas,
cada día bajáis al Ozama...*

¿Hay varias pasiones, varias amadas? Es posible, tratándose, sobre todo, de un poeta. Pero una sobre todas, aparece flagrante y ardiente en la parte del volumen que se titula *Tristezas de un amanecer*. Allí se habla de un nombre que nunca se dice en alta voz, de una dulce victimaria, de "la amada querida y eterna, la novia del alma", de una saeta mortal, de una noche de fiesta en que estallan los más candentes celos, de una faz tan pálida, "que entre los muertos mismos honda impresión causara", "de cierta alegría impúdica", de una mujer fatal y engañosa, mujer, de una mujer, en fin, cuyo recuerdo emponzoña la memoria del que la recuerda...

La parte que se llama *Flores del Sendero* es de elegancias y declaraciones galantes. Allí se demuestran naturales y claras simpatías. Traduce a Musset, se expresa madrigalizador y romántico. Y en lo último del libro un final autumnal, una blanda y resignada tristeza, todo siempre bajo el vuelo de la armonía.

Pocas veces he escrito sobre un poeta con tanto placer como ahora. Yo amo las almas de perla y los tratos de seda.

París, 1911.

RUBEN DARIO



UN BENJAMIN (24)

Hé aquí que habita en París quien es de seguro el Bejamín de los poetas hispanoamericanos: el dominicano Ricardo Pérez Alfonseca. Me refiero a los poetas que han publicado libros o *plaquettes*, pues, inéditos, conozco, tanto en España como en América, poetas y poetisas mucho menores que el delfín de Rostand, príncipe de Cambo.

Estos casos de precocidad literaria no son raros como en Jacqueline Pascal o en Víctor Hugo. De mí sé decir que a los diez años ya componía versos, y que no cometí nunca una sola falta de ritmo. Cuestión de don natural musical. Maurice Rostand, a quien ciertas gacetas han tratado con excesiva acidez, porque tiene dinero y es porfirogénito, es un joven poeta que escribe versos muy agradables, digno hijo de su padre, que es un apolonida y de su madre, que es su musa. Sólo que se encontró la celebridad ya hecha en una casa en que es de uso cotidiano la felicidad.

Ricardo Pérez Alfonseca tendrá más o menos la misma edad de Maurice Rostand. Ha nacido en la República Dominicana y reside en París desde hace algún tiempo. Cuando publicó en su país su primera colección de poesías, *Mármoles y Lirios*, un notable poeta, compatriota suyo, Gastón F. Deligne, le decía, entre otras cosas: "Las dotes de comprensión, asimilación y adivinación psicológicas que, a tan corta edad como la suya, pone de manifiesto su libro, y ese hábito personal, y ese ambiente propio que se deslizan a través del mismo, me infunden la lisonjera esperanza de que la precocidad de usted no será como la de ciertas plantas que, luego de abrir en floraciones multifolias, se agotan en minúsculas, casi imperceptibles estrellitas, sino que, fundadamente, deberá ser una precocidad como la de Mozart, D'Annunzio o Menéndez Pelayo, disparada hacia inminente y pleno desarrollo. ¡Sea cuanto antes!" Y luego: "Ello, pues, el saber hacer, el instinto de que el ritmo puede modular inusitadas cadencias dentro de los moldes conocidos sin obtener artificialmente combinando

(24) Publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 1910. Reproducido en la obra de Pérez Alfonseca, *Palabras de mi madre y otros poemas*. Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1925.



renglones caprichosos; la laudable sobriedad en la expresión de los pensamientos; las anticipaciones de justeza intelectual, hacen de su libro una agradable lectura. Y me sirven de fundamento para esperar que el nombre de usted llegará a ser una de las prominencias de esas como cordillera ideal en que se empina cada nación para hacerse ver a distancia”.

El entusiasmo de Deligne es de lo más legítimo. Es el que se tiene cuando se siente gozo y esperanza, cada vez que uno se encuentra con un nuncio de buenas nuevas, con un *enfant sublime*.

Yo he leído esos primeros versos de este tan joven poeta y me hacen pensar a la inmediata en la diferencia que hay entre el estado de alma de los infantes de hoy y el de los de mi generación y los anteriores del romanticismo acá.

Cuando, niño aún, yo comencé a escribir versos, la inspiración iba por la limitada selva de Núñez de Arce, por los vastos dominios de Zorrilla, por el jardín de Becquer, por las heredades de Campoamor, todo bajo la sombra de la montaña de Hugo; mas, sin mayores complicaciones y siguiendo un rumbo casi tradicional. En cambio hoy... Este primigenio breviario íntimo supone el conocimiento de la creación wagneriana, el simbolismo, la obra del Imaginífico, nuestra revolución mental americana, Lugones:

Columna de silencio y de ideas andante eres;

el versolibrismo, la transformación de los modos en España; y todo lo que hasta ahora hemos logrado en el reino de la palabra musical.

El efebó aedo celebra sus adoraciones con manera, si a veces inexperta, siempre suntuosa y armoniosa. Hay cosas que simplemente las adivina, pues se tiene entendido que cuando ha escrito tales estrofas está en la adolescencia, y no ha salido aún de Santo Domingo de Guzmán, la ciudad ardiente en las lejanas antillas. Ciertamente allí han brotado en época reciente escritores como Américo Lugo, Galván y otros; poetas de la prosa y el verso como ese encantador Fabio Fiallo, Deligne, Cestero, y precursores de la talla de la ilustre señora Ureña de Henríquez. Mas, con todo, el caso de este espíritu tan precoz, llama vivamente la atención.

Muy natural es que al leer algunas de sus estrofas, reconozcáis tal preferida influencia, tal parentesco, tal origen ideal o formal; ello suele advertirse en líricos mayores y de producción copiosa.

De un próximo libro que he tenido ocasión de conocer, voy a citaros algo, ligero y delicioso:



CREPUSCULO

*El cisne de nieve
sobre el agua queda,
cristalina y leve
sueña, sueña en Leda.*

*Cae, y el agua mueve,
de entre la arboleda,
una lluvia breve
de rosas de seda.*

*Penumbra. Misterio.
No ser. Cementerio.
Claridad de luna.*

*Sobre la laguna
perfume halagüeño.
Una flor. Ensueño.*

Ya notaréis que en esta fina "fiesta galante" prevalece el concepto de la música: de la *musique avant toute chose*. Y no por ser tan espontáneo es menos sabio y bello. El poemita es todo de insinuaciones. Se diría que se desliza como una libélula.

Impregnado de savias de vida y lleno de deseos juveniles, había ya en su primer florilegio consagrado al amor, este poético paje, una delicada *suite* toda compuesta de sonetos libres cual los que prefiere el admirable español Villaespesa, y de un gusto por otra parte, muy italiano. Por ejemplo, el que empieza:

*Tu amado soy, el que por vez primera
cantó en sus versos tu gentil belleza,
y en tu cálida boca de faunesa
bebió carmín de rosa en primavera.*

Es, pues, Ricardo Pérez Alfonseca, un benjamín que conoce los secretos de su aurora interior, y que, seguramente, en el mundo del arte, dará a su Patria orgullos de gloria. Y él sabe bien que el arte es largo y que la vida es breve.

En medio de mi voluntario aislamiento en esta selva humana, la visita de este prematuro soñador me es grata, porque jamás me ha traído una tristeza, un desengaño, una idea oscura ni un bajo



sentimiento. Siempre ha sido digno de su edad en flor, y no ha mostrado esas desesperanzas ni esas secas filosofías de última hora que suelen ser hoy patrimonio de almas apenas púberes. Su sentido no ha sido contaminado por las flaquezas de París. Es una buena fortuna: así, su obra será, por de pronto, sana, fresca, natural... Ya tendrá tiempo para sufrir con venideros conocimientos y experiencias amargas.

He explicado repetidas veces mi sentir respecto a los estímulos que se deben a la juventud, y no me cansaré de persistir en tal manera de pensar; y he de hacer, con convicción, mi ademán de aliento cada vez que encuentre un artista joven, generoso y brillante como Ricardo Pérez Alfonseca.

París, diciembre, 1910.

RUBEN DARIO



LOS DIPLOMATICOS POETAS

OSVALDO BAZIL (25)

A Cuba suelen llegar hombres de sentimiento y de pluma de las otras Antillas, especialmente de Santo Domingo. Esto sucede desde el tiempo de los Heredia y otros antiguos. A unos los ha traído la política, a otros la aventura.

Al poeta Osvaldo Bazil como al conocido y brillante Tulio Cestero, lo ha traído la diplomacia.

Entre los diplomáticos poetas quizás el actual Encargado de Negocios de Santo Domingo en Cuba, sea el Benjamín. Pero es un Benjamín tan firmemente convencido de su primavera, y tan profundo culto rinde a la fuerza de la vida, que haría sonreír de complacencia a Jacob.

Nació Osvaldo Bazil en la Antilla colombina por excelencia, en donde según se cree, guárdanse aún las cenizas del gran Cristóforo. En la isla cara por sus recuerdos marítimo-franceses, a poetas como el inefable Francis Jammes, o mi amigo Levey —el misterioso cónsul de un solo libro, que sueña allá en las remotas Filipinas—; le doró rostro y mente este sol bello, y el don Apolíneo fue completo con la adoración a la Lira y a la Mujer.

(25) Publicado en *Listín Diario*, S. D., 9 mayo 1911 y reproducido en Osvaldo Bazil, *Campanas de la tarde*, La Habana, 1922, con la siguiente nota del mismo Bazil: "El artículo que aparece como joya liminar en este libro, fue escrito por Rubén en el año 1911, en La Habana, y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires. Pero años después en Barcelona, Rubén lo amplió, esmaltándolo con párrafos de generoso encomio que me daba su cariño. Al ponerlo de nuevo en mis manos me recomendó que lo colocara como prólogo de algún libro mío. Guardé esa joya muchos años, mas, la adversidad quiso que en mis andanzas por el mundo, extraviara o perdiera el breve tesoro. ¡Apolo me perdone!

Al publicar hoy este libro sentiría sobre mí la garra de un remordimiento si no trajese a estas páginas el artículo siquiera sea tal y como fue publicado por Rubén en *La Nación*, de Buenos Aires, cuando como él dice unía en La Habana, sus sueños a los míos de entusiásticos porta-lira de veinte años. Y, como después de todo, para venerarle mantengo la más fresca, juvenil y vehemente pasión de los años mozos, nada importan que parezcan hoy retrasadas o viejas esas palabras de Rubén, al frente de un libro nuevo. Es todo lo contrario: mis producciones de hoy adquieren bajo la efusión cordial de esas palabras del Maestro un valor ante mi corazón, que me inunda de confianza y de aliento, como si de la virtud de sus frases le nacieran nuevas hojas al árbol de mi fe apolínea.

Sea este libro, si Dios le depara tan alta fortuna, como un cálido ramo de homenaje que el maestro reciba contento en la gloria de su inmortal descanso!"



Supo lo que valía el orgullo de su juventud fragante y se consagró a su ideal, y hé ahí que al Dios Apolo, se jutó el Semidiós Protocolo. Y en una oficina consular de la sabia Boston —diríase que por propósito de Atenea— cultivó los números, en las facturas y en los versos. Allí el amor y la ilusión hablan inglés, como en New York.

Luégo hablarán otros idiomas, hasta el retorno al suelo patrio, en que una inspiradora, la prometida de por siempre, le hará hablar al armonioso vernáculo que ha de complacer dentro de poco al amable himeneo.

¡Excelente Osvaldo, paladín de ensueños, en verdad te digo que mereces ser feliz!

Hé aquí un libro de Bazil: ¿qué canta este bizarro lírico en plena juventud? Lo que conviene, lo que corresponde: la alegría de amar y de vivir, las esperanzas, y el milagro de ensoñar. De cuando en cuando, puesto que también en la primavera hay crepúsculo, alguna vaga nota elegíaca. Aquí un homenaje como Garcilaso a una Flérida; allá en *Los Misterios de la Hora*, en alejandrinos de seda, aparecerá el eterno y doble misterio femenino, luégo, saudades por la amada que está lejos; endecasílabos que dicen *El éxodo de un perfume*; o melancólicas asonancias que hacen entrever con visible exageración romántica, *Muchas tumbas en el alma*. Felizmente, un relicario otoñal es consagrado a la *Nueva Amada*. Leo un *Canon Eterno*, que me atrevo a recomendar por su fácil melodía y su intención ideológica. Celebrará los ojos dilectos, acercándose a la reja de Julieta con un *Ramo de rosas en la mano*. Habrá de tanto en tanto, una tregua para consagrarse a la naturaleza. La amada es más que el mundo es cierto, pero está en el mundo. O enviará en doliente recuerdo, una elegía, al sepulcro sonoral; va su rui señor al cementerio. Después, de nuevo, a la vida. Y llenará del mejor vino de su viña para la *Novia Lírica* una ánfora epitalámica. ¿Por qué entonces, diréis, retornar a los nocturnos parajes de tristeza en donde se medita ante *El Silencio de las Estrellas*? El poeta lo explicará diciendo como

*Todas las horas viven un íntimo poema,
poema de amargura o canto de alegría...*

en un *Cántico a las horas*, que en verdad es armónicamente bello. Y así, en la producción de este amador de ritmos y de imaginaciones —con una que otra excepción patriótica—, los bouquets de estrofas siempre llevan un perfume venusino. Y para quienes aman las inspiraciones que tienen por tema la tierra propia, hay también pági-



nas de brío y de brillo, y con valor de trópico y aromada tibieza de enredadera de jazmines.

Mas, uno de los más comprensivos y cordialmente profundos poemas de Osvaldo Bazil, es el dedicado al infeliz e ilustre presidiario de Reading. Me imagino la sorpresa agradecida, por lo exótico y lo lejano del homenaje, que hubiese tenido el pobre Wilde al conocer este canto tan sentido, sincero y pleno de verdad y de música. Seguramente que se hubiera afianzado más en su creencia en el poder de una aristocracia mental que domina tiempos y distancias en todas las épocas. Bajo un puro concepto de belleza estiman amadores y comprendedores la obra del más raro de los ingleses de su siglo —así Gide, Simons, Ross— y en esta poesía fácil, sonora y sentimental de Osvaldo Bazil se rememora el grito de aquel cisne cuyo blanco plumaje apenas pudo empurpurar la sangre de la vergüenza.

En La Habana he conocido a Osvaldo Bazil, y me fue personalmente, como me había sido intelectualmente, grato. Juntos, o en la gentil compañía de ese espíritu fino y perspicaz y alado que se llama Giacomo Mondello, digno Ministro de su maravillosa Italia, hemos departido de cosas de arte y de poesía, amén de otros paganos tópicos, en las pintorescas noches de Miramar Garden, al son de los violines de los *tziganes* criollos y de color y hemos evocado al mismo Orfeo y al mismo Eros al compás de una aria fonográfica, o de la lasciva aunque sentimental *Cañandongu*. O bien cuando hemos recorrido las calles de San Rafael o del Obispo, por las cuales discurre una cantidad de hermosura y voluptuosidad, que hacen pensar en alguna inaudita y moderna Bagdad, o Basora, u otra ciudad miliunanochesca, en donde fuese permitido a las vivientes huríes andar con rostro libre y ojos en guerra, causando incendios incesantes y encendiendo con ellos deseos y fantasías.

Y como en mi espíritu ha de perdurar, Dios mediante, la juventud hasta el final, he unido muchas veces mis sueños en nuestras conversaciones a los del noble aedo quisqueyano, y hemos recorrido países de lo posible y de lo imposible, en yacht, en aeroplano, en todos los vehículos enumerados en el preludeo de mi *Cañto Errante*, y sobre todo, en pegaso.

Sea fiel a su ideal el entusiástico portalira; continúe en el amor de amar, y vaya a las Cancillerías siempre con la comprensión de las máscaras, y la pasión de la Lira!

RUBEN DARIO.





E P I S T O L A R I O



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



I.—CARTAS A TULIO M. CESTERO (26)

Intima

La Pagode, Queleron, 34 Rue St. Marc, 23 de junio 1907.

Querido Tulio:

Te deseo estés como yo, animado, sano de espíritu, de cuerpo, de razón, *de vida*. Me siento con algunos años menos. Y creo de esta vez mi rumbo será otro. Cuéntame cosas de esas gentes de esta Conferencia. (Te encargo de hagas amigo de Holguín, el de Colombia (27). Dime cuáles son sus impresiones respecto de mí. Porque me parece que me han hecho daño en su ánimo. Eramos amigos. Y, de pronto, ha cambiado, hasta no contestarme una carta). D. Crisanto Medina (28) parece que no me quiere bien. ¿Será él el que me hace mal, como me dicen? Todo me tiene sin cuidado, y el delirio persecutivo está muy lejos de mí. Diviértete y trabaja. Recibí (ya te lo dije), tu folleto de hombre de acción. Muy bien. Eso hay que hacer: una cosa y otra. Para hacerte una cosa de mi agrado, para *El Figaro*, espero un momento propicio. Aquí los tengo con bastante frecuencia. Pero estoy saliendo de mi enorme atraso con *La Nación*. Escríbeme pronto y largo. Francisca te saluda y yo te envío un buen abrazo, porque eres una buena persona siendo un poeta.

Tuyo,

RUBEN DARIO

(26) Debo la copia de estas cartas a su ilustre destinatario, doctor Tulio M. Cestero. Son inéditas, salvo la del 19 de agosto de 1907, publicada por Ghirardo en *El Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1943, p. 484.

(27) Jorge Holguín, Delegado de Colombia en la II Conferencia de La Haya.

(28) Crisanto Medina, Ministro de Nicaragua en París. En una hoja suelta de la época, circulada en París, se decía que el padre de Medina le había dado muerte al abuelo de Darío. En su obra *Rubén Darío*, Madrid, 1918, Vargas Vila menciona varias veces, con su acostumbrada virulencia, a Medina.



La Pagode-Queleron-en-Roscauvel.
(Finisterre)

11 julio 1907.

Mi querido Tulio:

Estoy como te he dicho con excelente salud, y ánimo, y con gran cantidad de labor. Celebro que esté allí pasando gratas horas y que hayas conocido al Conde Prozor y a su admirable hija. Tu artículo se va pronto. Aquí te daré la copia, cuando vengas, y si no te la mandaré.

Dá mis recuerdos a Prozor, a Blixen, a Tible, a Carrillo, cuya poetisa debe ser dulce y sabrosa (29). ¡Y Holguín!

Escríbeme, mándeme la lista de la Conferencia.

Muy tuyo,

RUBEN DARIO

Franca. te saluda.

Pagoda.

26 de julio 1907.

Querido amigo:

Te envió aunque sean dos palabras. Ya sabes que mi viaje a América es un hecho. Así, imposibilidad completa de acompañarte en tu tórrida peregrinación a Santos Lugares.

Carrillo, en efecto, está en París, de donde me ha remitido, una nueva emanación suya. En momentos en que acababa de enviar a Buenos Aires dos artículos en que hablo de él con bastante cariño, me remite un recorte de su artículo del *Imparcial*, en que ha creído molestarme. Siempre niño.

Dá mis recuerdos a Pérez Triana y demás amigos y devuelve a Lora su saludo, con mucho afecto. Es un excelente muchacho y un escritor de talento.

Franca. te saluda y te abraza tu amigo (30),

RUBEN DARIO

(29) Prozor, Ministro de Rusia en Río Janeiro. Estaba en La Haya. Fue traductor de Ibsen. Samuel Blixen, escritor Uruguayo. José Tible Machado, guatemalteco, tío de E. Gómez Carrillo. La poetisa aludida es Anie Pierret, amante de Gómez Carrillo, autora del libro *Voici mon coeur*.

(30) Enrique Gómez Carrillo. Santiago Pérez Triana, escritor colombiano. José E. Lora, escritor peruano. Francisca Sánchez, la amante de Rubén.



Hotel Continental-Brest.

Brest, le 31 Julio 1907.

Mi querido amigo:

Me apresuro a avisarte mi nueva dirección. Permaneceré aquí por algún tiempo. Escíbeme y vente a pasar en agosto unos días por aquí.

Un abrazo de tu

RUBEN DARIO

Hotel des Voyageurs, Brest, agosto 19 de 1907.

Mi querido Tulio:

He estado un tiempo en otros puntos de Bretaña. Hé ahí por qué no ha habido respuesta a la tuya del 7.

Enrique me escribió una carta muy bonita y muy seria, que le contesté con mi triste humor habitual, y el incidente está cerrado. Me ha prometido no volver nunca a ocuparse de mí. Así quedamos los mejores amigos del mundo. Yo sí me ocuparé de él, como siempre lo he hecho, sin peligro para él.

Nó, no he enviado aún el artículo para *El Figaro*. Hablo de ti en un artículo enviado a *La Nación*. Vente por Brest, y aquí tendrás tu artículo completo para *El Figaro*. En verdad, tengo grandes deseos de verte y de charlar antes de mi partida.

Te abraza tu amigo,

RUBEN DARIO

Recuerdos de Franca.

Confidencial.

Hotel des Voyageurs, Quenot, Brest, 26 agosto, 1907.

Querido Tulio:

Dos palabras; tengo que irme para París dentro de cuatro o cinco días. Allí nos veremos.

Muy tuyo,

R. DARIO.

Estoy con un trabajo enorme que tengo que despachar para el viaje. *El Canto Errante* está en prensa en Madrid.



Pagode.
 Queleron-en-Roscauvel,
 (Finisterrè).

Querido Tulio:

Escribiré algo sobre ti, en *El Figaro* de La Habana. ¡Leí tu librito que me place! Ya diré lo que se me ocurre.

Con Gibbes creo que no habrá nada. Yo no vendo la "propiedad" por un plato de frijoles (31).

No recibí tu folleto.

Para *Cantos de V. y Espa.* espérate. No hay aquí más que un ejemplar que me hace falta. Ya te mandaré la nueva edición.

No digas a mucha gente la dirección de mi sastre. Esas cosas, como todo lo de arte, no son para todos.

Recuerdos de Franca.

Te abraza tu amigo,

R. DARIO

Estoy muy bien y trabajo mucho.

3 Rue Corneille.

París, 19 Sept. 1907.

Querido Tulio:

No he recibido aún la serviette. Espero que no se perderá; y si se pierde me enviarás en castigo otra mejor. Creo que pronto estará, a mi gusto, el prólogo, aunque sufro de un desgano mental que felizmente pasa en pocos días. ¿Cuándo vuelves?

Muy tuyo,

R. DARIO

Jueves.

Querido Tulio:

Te espero para que hablemos de la semblanza.

Tuyísimo,

R. DARIO

(31) La Librería Ollendorf, cuyo Sub-gerente era el dominicano Lucas Gibbes, a quien se alude, rechazó un libro de Rubén Darío que le llevé, por 200 francos (\$ 40.00), por la razón de ser de *refrito*: crónicas publicadas en *La Nación* de Buenos Aires. *La Nación* le pagaba 180 francos por cada crónica, 4 al mes, y el pago lo efectuaba la Agencia en París, contra entrega del original. (De unas Notas manuscritas de T. M. Cestero).



3 Rue Corneille.

París, 24 Sept., 1907.

Querido Tulio:

No es desgano. Son mil y una cosa que me tienen en tensión de espíritu continua. Pero el prólogo estará listo para cuando lleves a la imprenta el original del libro.

Recibí la serviette. Un millón de gracias. No ha llegado aún el número de *La Nación*. Francisca se fue ya a la clínica. Estoy solo. Lora me acompaña por la noche.

Muy tuyo,

R. DARIO

París, 3 Oct. 1907.

Mi querido Tulio:

Apenas dos líneas que te explicarán mi tardanza. Francisca en una clínica de Nully, estuvo anteayer y hoy gravísima. Tuvo un niño. La gravedad continúa, aunque alguna mejoría. Qué hemorragia. ¡Te he deseado tanto en estos momentos en que he necesitado de amigos! No me he vuelto loco porque me he impuesto absoluta sobriedad.

Tengo un libro para Ollendorff. Si tú estuvieras arreglarías eso bien. Y ahora necesito vender bien.

Muy tuyo,

RUBEN DARIO

3 Rue Corneille.

París, 9 Oct. 1907.

Mi querido Tulio:

Puedo ya escribirte con relativa tranquilidad. Francisca, que tuvo una enorme hemorragia, va mejorando poco a poco (32). El chico bien. Mi viaje en suspenso, pues aunque he recibido carta del

(32) En *La Prensa*, de Lima, edición dominical, septiembre de 1945, Gustavo Adolfo Otero publicó un artículo según el cual Rubén, huésped del Ministro de Bolivia en Madrid, raptó a la camarera de la esposa de éste, Paquita, y después en París se disculpó invitando al Ministro comer callos a la madrileña (mondongo), preparados por Paquita. ¿Sería Francisca Sánchez? Esta, en su *Diario*, dice haber conocido a Darío en una pensión de la calle de Alcalá, en la cual servía. Era de Avila. Muerto Darío, Francisca Sánchez casó con un cuñado, viudo, leñador, y en 1929 la encontré en Madrid de editora de las obras de Rubén. Agradecida de Fabio Piallo, reeditó un libro de éste. (De unas Notas manuscritas de T. M. Cestero).



Presidente, no tengo comunicación ninguna del Ministerio, ni sé si don Crisanto ha recibido orden de allá referente a mí.

El libro para Ollendorff está como te dije listo. Pero prefiero esperar tu venida. Es mejor. No tengas cuidado del prólogo que será bello.

Muy tuyo,

RUBEN DARIO

Telegrama.

Cestero.—Hotel Central.—La Haya.

París, 17906. 12 14/10.8.5.M.

Vente enseguida. Partiré 25. Escribo Medina.—RUBEN.

Telegrama.

Cestero.—Hotel Central.—La Haya.

París, 99715. 6 15/10 7.45

Ven.—DARIO.

Dirección y Redacción de *El Alba*.—León, Nicaragua.

León, Nicaragua, 12 febrero 1908.

Mi querido Tulio:

Ya comprenderás el deseo que habré tenido de comunicarte mis impresiones de la patria, y el éxito del viaje que tanto ocupó nuestras conversaciones. Mas la agitación de la llegada y mil y una manifestaciones que me han tenido en perpetuo movimiento, y mi salud a menudo claudicante, me han impedido toda expansión epistolar. Sabrás ya que, como lo pensábamos, fui nombrado Ministro en España. Todavía permaneceré aquí algunos días antes de ir a hacerme cargo de la Legación.

¿Apareció tu libro? Espero que, según nuestros planes, nos veremos en Madrid en breve. Bien sabes el afecto que te profeso y la sinceridad de mi amistad. Yo de aquí iré a México; de México a Francia y de Francia a España. Desco estés bien de salud y te envío un abrazo cordial, como tu amigo afmo.,

RUBEN DARIO

(El texto a máquina).



Legación de Nicaragua.
(Particular).

Serrano 27, Madrid, 12 de octubre, 1908

Señor Tulio M. Cestero.—La Habana.

Querido amigo:

Mucho he sentido que no hayas realizado tu deseo de venir por acá. En cambio me alegro que estés en La Habana, en donde diplomática e intelectualmente tienes que ser muy bien acogido.

En esa cuento con amigos excelentes, entre los cuales está el gran poeta Pichardo (33), de quien acabo de leer un heráldico soneto admirable.

No creas de ninguna manera que yo me sienta feliz; la gloria no es todo en este mundo...

Te envía un abrazo tu amigo,

RUBEN DARIO

(Escrita a máquina).

Rubén Darío.—4 Rue Hershel.—París.

París, le 27 febro. 1911.

Mi querido Tulio:

Te necesito urgentísimamente.

Tuyo,

RUBEN.

133 Rue Michel Ange.

21 de marzo, 1913.

Mi querido Tulio:

Sabía que ibas a Roma. ¿Cómo no, si tienes un presidente arzobispo (34)?

Puedes venir a cualquier hora, prefiriendo de diez a doce.

Quedo tu afectísimo amigo que te saluda,

RUBEN DARIO

(33) Manuel Serafín Pichardo, poeta cubano de origen dominicano.

(34) Alude a Monseñor A. A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, Presidente de la República Dominicana.



II.—CARTAS A FABIO FIALLO (35)

León, Nicaragua, febrero 11 de 1908

Mi muy querido Fabio: Bien sabe Dios que hubiera querido escribirte largas cartas, desde mi llegada a estas tierras; pero bien sabe Dios también las agitaciones en que he vivido, la continuidad de fiestas abrumadoras, y, después de todo, la inevitable mala salud.

Grandemente te agradecí el cumplimiento de mi encargo para París. Ya sabía yo que tú eras así.

Sabrás que, como lo esperábamos, fui nombrado Ministro en Es-

(35) Las cartas del 11 febrero y 2 junio de 1908; 2 junio, 18 julio y 11 agosto de 1910; 26 julio, 20 agosto, 27 septiembre, 2 octubre, 20 y 24 noviembre de 1911, proceden de la obra de A. Ghiraldo, *El Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, 1943. Las del 6 de junio 1908 y 27 mayo de 1910, inéditas, las debo al Lic. Antinoe Fiallo R.; y la del 29 de noviembre de 1911 al señor P. R. Contín Aybar. La siguiente carta de Fiallo, relativa a su correspondencia con Darío, fue publicada por Ghiraldo, en la obra citada:

Noviembre 12 de 1927.

A Alberto Ghiraldo en Madrid.

Distinguido compañero:

Dígole en verdad que siento muchísimo gusto en sostener esta agradable correspondencia que el cariño mutuo a Rubén ha establecido entre usted y yo.

Tras su amable del 1º de octubre llegóme una postal de Guicho y una carta de Francisca. También me llegaron catorce volúmenes de la *Colección Darío* que publica el señor J. Villacastín. De todo esto he quedado contentísimo y agradecido.

He pensado que usted tiene razón, muchísima razón, en querer publicar las cartas de nuestro pobre e inmortal amigo. A diario leía, antes, todo cuanto se escribía sobre Rubén. Hoy desecho tales lecturas, porque regularmente descubro en ello, más que un noble propósito de esclarecer aquella portentosa vida, el prurito miserable de sacar a luz de escándalo lo que estos falsos amigos consideraban sus debilidades y sus defectos. No pudiendo alzarse hasta su genio, buscan rebajarlo a la manera de Procusto, quitándole altura, cercenándolo. Y quedándose muy satisfechos porque miranle ya a su propio nivel.

Contra esa miserable campaña de envidia disfrazada so capa de amistad y camaradería, va la labor de usted con la publicación de su *Epistolario*. En éste, el alma desnuda y exquisita de Rubén aparece tal como ella fue de inocente, sana, dulce e ingenua, sin mal deseo para nadie, ni aun para aquellos que pagaban su bondadosa acogida, sus elogios, el inmerecido prólogo de un libro, con la saeta disparada al volver de una esquina o el puñado sangrante de cabellos arrancados desde la encrucijada de cualquier periódico.

De la colección que poseo he escogido algunas cartas cuyas copias le remito. Tal vez sean las más insignificantes; pero son las que se pueden publicar sin levantar protestas, ni provocar disgustos. Usted lo sabe bien, amigo mío: Rubén no gustaba de murmuraciones, menos aún de escándalos. Muy rara vez dijo sus tristezas contra el amigo convertido en detractor. Y cuando en tales ocasiones hablaba algo, decíalo tan al oído del amigo que era su hermano, que apenas si su voz sonaba como el susurro de una abeja que no tuviera ponzoña, o que no quería aprovecharla ni aun para defenderse... De éstas quizás vayan dos. ¡Y basta!

He enviado al señor Villacastín el ejemplar de Garnier que conservaba, haciéndole, por mediación de Francisca, la reclamación consiguiente para la próxima edición del volumen *Letras*.

Quisiera tener alguno de sus libros, el que sea más de su gusto, más de su cariño; el que tenga más de su alma.

¿Querrá darme esta prueba de amistad y afecto? Y créame muy suyo, FABIO FIALLO.



pañá. Pero todavía creo que pasaré aquí algunos días, antes de ir a ocupar mi puesto. Antes, iré a Méjico. Y no sé si tomo el vapor en Veracruz, o vaya a embarcarme en New York.

Rufino (36) está publicando en la revista de Carrillo unos apuntes íntimos, en los cuales no hay ninguna prudencia ni consideración. Yo, que lo quiero, le aconsejé que dejase eso para su Póstuma. No me ha hecho caso. ¿Creerá que se ha muerto? Lástima de hermoso talento. Yo le he guardado siempre toda clase de consideraciones. El pasa sobre todo. Quizá sean los malos consejeros.

Mucho te encargo des mis recuerdos al señor Velásquez (37). Como te digo, haré todo lo posible por pasar por New York, para verte. Hasta pronto, pues, y recibe un abrazo de tu amigo

RUBEN DARIO

Madrid, junio 20 de 1908.

Señor don Fabio Fiallo, New York.

Mi querido Fabio: A mi llegada te escribí cuatro letras e indudablemente la carta se ha extraviado.

Fui recibido por el Rey. La Legación está instalada en la calle Serrano número 27.

De *Ella* no te puedo decir nada, pues no he tenido ninguna noticia. Todavía espero...

Acabo de recibir *El Figaro* de La Habana, en donde viene nuestro retrato fraterno (38).

(36) Rufino Blanco Fombona.

(37) Federico Velásquez y Hernández.

(38) Alude al conocido retrato en que aparecen Darío y Fiallo, al que éste se refiere en la siguiente carta, publicada por Ghiraldo:

"New York, junio 1º de 1908.

Mi querido Rubén:

En vano he esperado tus noticias, y esta es la hora en que aún no sé nada de tu travesía, ni mucho menos de tu instalación de Ministro. ¡Quisierate ver!

Con mi amigo y paisano Américo Lugo te envío un ejemplar de aquel famoso *couplé* que nos hizo Marceaux. Ya en su marco para que no ruede entre tu equipaje y se estropee, sino que llegue a puerto de salvación en manos carifiosas. ¿Y *ella*?... ¿Cómo has resuelto el problema? No te extrañe mi pregunta; sé que el caso es uno de los problemas de tu vida, y todo lo que es un afán tuyo es un interés para mí.

Yo embarco mañana para Santo Domingo, y allí permaneceré dos meses en labor política. ¡Quién sabe! Acaso nos veamos muy en breve por Europa; y siendo para tí, entonces, el buen amigo que mi corazón me dicta y que tú necesitas.

Mi libro *Cuentos frágiles* saldrá a luz dentro de una semana. He dado orden de que inmediatamente se te envíe un ejemplar. No el tuyo, pues ese será uno de los 25 que he hecho tirar en papel del Japón. Si su lectura no, ojalá que el cariño te inspire algunas líneas sobre mi libro. ¿Qué menos podrás hacer en favor de quien tanto te quiere?

¡Adiós! Te abraza, FABIO FIALLO".



Ojalá de Santo Domingo te vengas para Europa. Avísame con tiempo, para prepararte hospedaje en la Legación.

Ahora hago muy poca literatura; puede decirse, ninguna. Resulta que aquí en los diplomáticos no está bien visto que escriban en los periódicos. Ya veré cómo arreglo eso, aunque sea adoptando un pseudónimo.

Sin más recibe un abrazo de tu amigo

RUBEN DARIO

Legación de Nicaragua.—Particular.

Serrano 27, Madrid 6 de Nov., 1908.

Mi querido Fabio:

No me juzgues ni ingrato ni olvidadizo. Pensaba escribirte muy detenidamente muchas cosas y hablarte sobre tu libro y en particular sobre el lindo cuento que me dedicas. Te iba a manifestar mi agrado por estas páginas bellas que hablan de ti, de tu espíritu y de tu arte, al comienzo del volumen; te iba decir muchas cosas más. Pero ¡hélas! he pasado días amargos, no por enfermedad, pues cuido ahora cuanto puedo mi salud, sino por otros motivos que solamente pueden decirse de palabra. Algo semejante a la crisis porque tú pasaste y que yo no percibí, pues nada me dijiste de ello, en New York. Mi Gobierno ha tomado ciertas medidas de economía (y esto te lo digo muy confidencialmente e íntimamente) que me han tocado también a mí, dejándome hoy con menos sueldo y lleno de compromisos. Yo he escrito ya, y si las cosas no se componen, renunciaré. Que nadie sepa esto que te escribo.

Gracias, pues, mi fraternal Fabio, por la dedicatoria de tu joyita postrera de tu libro (39). Haz lo posible por venir a pasar unos días. Y si lo haces, avísame con tiempo para prepararte alojamiento en la Legación, pues tengo una casa espaciosa.

Ya sabrás la desgracia de Chocano (40). Aunque, por lo que veo en ciertos versos suyos, es lo que llaman los franceses *crâne*. Valiente. ¡Ay de mí, que tiemblo ante las menores cosas de la vida!

(39) Se refiere a la obra de Fabio Fiallo, *Cuentos frágiles*. El cuento *Las cerezas*, tiene esta dedicatoria a *Rubén Darío*. La citada obra figuró luego en la *Biblioteca Rubén Darío*, publicada en Madrid en 1929.

(40) En una carta a Rubén, del 11 de diciembre de 1908, le dice José Santos Chocano: "Acabo de leer la carta en que le hablas a Fiallo de mí y tu soneto *A un poeta*, que sin duda es para mí..." Fiallo y Chocano también fueron cordiales amigos.



Es otoño. Estoy triste. ¿Por qué no se irá al diablo la tristeza?
Te abraza tu

RUBEN DARIO

Rubén Darío.—4 Rue Herschel.

París, le 27 Mayo 1910.

Mi noble perdonador y siempre mi mismo Fabio: ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? Y aquí sí que quiero entiendas tú tanto como yo, la verdad y sinceridad de nuestra amistad. Sí, quiero que comprendas mis silencios; quiero que te des cuenta —y desde luego lo has hecho— de mis apuros, diplomáticos y sobre todo, ¡otros! —que me han hecho no ser contigo— ni con la anciana que me crió y que aún vive, allá en Nicaragua! —lo afectuoso epistolarmente que debería haber sido, pues a ti te considero como de mi familia, como un hermano.

Te remito un artículo que he publicado hoy en el diario de la *élite* intelectual de París. Ahora no dirá B. Fombona que yo adulo al Aguila N. americana (41).

Ven pronto. Lo más pronto que puedas, pues no sé si tengo que ir en seguida a tierras calientes, y avísame por telégrafo, cuando salgas.

Sí, haré en el *fazzolietto* lo que me pidas para esa dama bella y amiga de mi poesía. ¿Pero por qué esa rima y no algo más gentil y menos *romántico*?

Contéstame de todo en seguida. Es posible veas al doctor Debayle en Hamburgo. Salúdalo en mi nombre.

Muy tuyo,

RUBEN DARIO

P. S.—No te olvides de telegrafiar.

(41) El artículo aludido fue comentado por Federico Henríquez y Carvajal en la revista *Ateneo* (Santo Domingo, número 7, de agosto de 1910: "RUBEN DARIO.—El insigne poeta, Ministro que fue de Nicaragua en Madrid, se hallaba en París cuando Mr. T. Roosevelt fue agasajado huésped de Francia, lo mismo que de la mayoría de las naciones europeas. Y mientras el infatigable expresidente recibía, en los círculos oficiales o científicos toda suerte de demostraciones de adhesión y de simpatías, y mientras la universalidad de los periódicos saludaban al hábil estadista con no pocas hipóboles de concepto en honra del leader del imperialismo norteamericano, dejése oír, serena e insinuante, la voz del ilustre nicaragüense, —en sobrio escrito que *Paris Journal* reproduce— para decir al potísimo jefe del partido republicano de la Unión Americana que sea justo e influya en pro del respeto debido a la soberanía del Estado de Nicaragua. Es una cívica defensa de su patria, y con ella de todos los pueblos latino-americanos, a la vez que un viril llamamiento a la gran nación federal, en la persona de Mr. Roosevelt, en favor de la moral internacional y del augusto derecho de los pueblos libres, de los Estados constituidos, soberanos e iguales, aunque pequeños y débiles todavía. Esa página, ese gesto, honra a Rubén Darío."



París, junio 2 de 1910.

Mi querido Fabio: ¿Qué haces? ¿Por qué no llegas? ¿Sabes que estás haciendo una falta de todos los demonios? Tu cuarto te espera. Francisca te espera. El chico te espera. Todos te esperamos; y tú no apareces por ningún tren. ¡Hélas! Si tú supieras...

Tu hermano

RUBEN DARIO

París, julio 18 de 1910.

Querido Fabio: Creí que fueras más psicólogo; más filósofo. No me has conocido. ¡Qué vamos a hacer! Desde que partiste estuve bastante mal de salud. Luégo, mil cosas, mil molestias.

Ningún refugio mejor que el silencio. No he escrito a nadie. Este mundo es un vasto conjunto de egoísmos. Y los excepcionales, como tú, que en verdad eres un santo de la amistad —¡el único que he conocido!— en veces no comprendes. ¡Qué vamos a hacer!

Y puesto que no te he escrito a ti, no he escrito a nadie. Debayle se fatigó de mi silencio. Tiene razón. Tienes razón. Todos tienen razón. Pero yo también *tengo razón*.

A otra cosa. Me envían como E. E. y M. P. a Méjico para el Centenario. Tengo ya que estar allá. Así es que partiré pronto.

Cuando menos lo esperes, he de cumplir intelectualmente contigo.

Hasta que nos veamos. Estoy en las cien agitaciones de los preparativos de viaje.

Te abraza

RUBEN DARIO

4 Rue Herschel.

París, agosto 11 de 1910 (42).

Muy querido Fabio: No te he escrito antes porque no sabía fijamente el día de mi partida. Hoy lo sé. Me embarco el 21 en Saint Nazaire en *La Chappagne*, directamente para Veracruz. Acepto, en

(42) El original de esta esquela obra en poder de la dama dominicana Luz María del Castillo de Bosch Pearson. En ella hay la siguiente nota manuscrita, del destinatario: "Hoy sábado, 10 de diciembre de 1938 desprendo de mi cariño esta carta de Rubén Darío para ponerla en las manos muy queridas de mi amiga Luz del Castillo. Fabio Fiallo".



tu recuerdo, la botonadura. Te escribiré antes de la salida. Estoy con mil afanes y arreglos.

Un abrazo fuerte, fraternalmente tuyo,

RUBEN

París, julio 26 de 1911.

Caro Fabio: *Guicho*, o el *petit Rubén*, te saluda y te agradece tu caballo, con el cual se va a retratar.

Envíame un cuento dominicano, pronto, para hacerlo ilustrar bien.

¿Viste las cosas de R. (43)? Pues si llego a elogiarlo más, ¿qué me pudiera suceder, *mon dieu*? Suavemente, me aparto, me alejo.

¿Cuándo vienes? Te estoy esperando con ansias de mente y corazón. Hace aquí un calor horroroso. Yo no salgo ni a la calle. Salud, buena. Recuerdos a Atala y René (44); y quedo tu amigo,

RUBEN DARIO

París, agosto 20 de 1911.

Mi querido Fabio: Ya lo creo que iré a Hamburgo a verte; pero dentro de algunos días. Desde luego, hasta que no me entreguen tu dibujo para la carátula.

Aquí no hay *Cantos de vida y esperanza*; pero te llevaré *Letras*, que es tu libro. Verás cómo esta gente de Garnier han *bouleversé* la dedicatoria so pretexto de que no habían entendido una línea de mi escritura. *Au diable les éditeurs!*

Te llevaré también el retrato del chico en su caballo. Aquí, de salud, va bien la gente. Polo Lugones sanó, después de una batalla bien librada. Felicita a los padres, que me agradecieron mucho tu linda poesía y te estiman profundamente.

Anoche hablamos de ti en buena reunión. Cada uno halló algo que alabar. Yo hablé de dos cosas exquisitas: el cuento de *Las cerezas* y tu fino trato.

Recibí *La Cuna de América*, dos números, que no me mandaste

(43) Rufino Blanco Fombona.

(44) Hijos de Fiello.



tú, sino Agustín de la Rocha (45). Buena y justa página la de Rufino Blanco Fombona sobre ti, quien sigue en su misma casa de la Rue Gay Lussac, aunque según entiendo se ha ido a Londres por unos días.

Llegaré, pues, pronto a tu lado, que es caer en un remanso. Que tu salud mejore.

Un abrazo.

DARIO

París, septiembre 27 de 1911.

Mi querido Fabio:

Por Agustín de la Rocha supe que seguías enfermo. Creí por lo tanto que no estabas para que yo te saliese con literaturas. Di el retrato de la joven ardiente al fotograbado, aunque no para el número de *Elegancias* que tú señalabas, pues ha habido un gran cambio que todo lo ha *bouleversé*.

Elegancias aparecerá mensualmente y será exclusivo de modas, con alguna lectura. De todos modos haré publicar el retrato. Pero... ¿me meteré en camisas de once varas si te hago alguna reflexión, sobre todo, en el momento que atenacee la pierna, o los lomos la pinza feroz del reumatismo o la neuritis?

Es el caso que esos versos... dada tu ya establecida fama *donjuánica*, ¿no serán peligrosos? ¿no habrá murmuración? Porque aquí, al leer los versos y ver el retrato, se ha visto pasar algo faunescó, tropical, erótico, donde quizá no haya sino una inocente galantería de poeta. ¿No podrías hacer otros versos para acompañar el retrato? Pero si crees que así va bien se publicarán los que has enviado y allá te las verás con la maledicencia de lengua de fuego, sobre todo en la zona tórrida nuestra.

Avísame pues; hazme una seña.

Nó he remitido los libros, 1º: porque suponía que Mata vendrá de Berlín a París. 2º: por millones de pequeños inconvenientes que el maldito trabajo me pone a cada instante. Ya irán.

Ave et vale

RUBEN DARIO

(45) Agustín de la Rocha a quien menciona el Presidente Zelaya en carta a Rubén Darío (Bruselas, enero 5, 1911), ¿no sería el que escribió sobre la Deuda dominicana en una revista de París? (Nota de T. M. Cestero).



París, 2 Oct., 1911.

Mi querido Fabio:

Irán los versos e irá el retrato encendedor de sangres. ¡Oh trópico! ¡Oh mis pánicas tierras! Me explico los versos viendo el retrato. Tú y yo pronunciamos la palabra "inocente". Pero, ¿hay nada más inocente que Pan, ante los ojos del bosque?

No sé de Mata nada más sino que está en Madrid.

Van los libros. Espero qu te habrás mejorado.

Sonríes de mis tareas pequeñas y molestas. Feliz mortal, ¡si vieras!

Mata la tristeza y la enfermedad con París.

Tuyo siempre,

RUBEN DARIO

París, noviembre 20 de 1911.

Mi querido Fabio:

He escrito ya al señor Tejera Bonetti (46), rogándole me represente en el bautismo de mi ahijada Julia Amelia (47). He hecho grabar la medalla. Yo hubiera deseado hacerla acuñar; pero ello no me ha sido posible, y he ordenado lo que por el momento encontré factible.

De sobra hay tiempo para remitirla, ya sea que te la envíe a Hamburgo, o que la mande yo de aquí; aunque, mejor, te la mandaré.

Presenté los recibos a los administradores, y creo que se entenderán contigo directamente; yo no quise insistir.

Si de Londres a acá te das un corto brinco, todo lo hubiéramos arreglado en dos días.

Muy tuyo,

RUBEN DARIO

París, noviembre 24 de 1911.

Mi querido Fabio:

Comprendo tu estado de ánimo con los sucesos de Santo Domingo. Yo me explico el atentado, simplemente, con mi sentido que va a la filosofía de las cosas profundas que hay en los libros santos: *El que a hierro mata...* (48). Por lo demás, sé que el Presidente

(46) Don Emilio Tejera Bonetti, hijo del eximio dominicano Emiliano Tejera.

(47) Julia Amelia Fiallo de Rodríguez Peguero.

(48) El general Ramón Cáceres había dado muerte, en 1899, al famoso Presidente Ulises Heureaux, Liliís.



Cáceres era excelente persona. Si tengo alguna noticia te la enviaré. La medalla para la ahijada está lista, con la cadenita, pero no te la puedo enviar hasta el 30: tú calcularás por qué. Es mi deseo que sea, *por ahora*, ese, mi obsequio a Julia Amelia; y, además del recuerdo material, escribiré algo —una balada— para ella.

Tenme al corriente de lo que resuelvas sobre tus decisiones políticas; si te vas o no; o si vendrás a París, aquí a tu casa. Quizás esto será lo mejor. Encontrarás paz, tranquilidad, cariño fraterno. ¿Vienes?

Te abraza,

RUBEN DARIO

París, 29 nov., 1911

Mi querido Fabio:

¡Antes de acabar el mes, imposible enviarte la cadenita! Lo cual me deja desolado. Te remito la medalla. Mandaré los versos en seguida, y a ti una copia. Te envío ese recorte. Entre esos dos partidos, ¿cuál es el tuyo? ¿Velásquez? ¿El otro?

Luégo te escribiré más. No estoy muy bien de salud, aunque sí de *voluntad*.

Tuyo,

R. DARIO

III.—CARTAS VARIAS

París, abril 30 de 1911.

Señor don Américo Lugo (49), Santo Domingo.

Mi querido amigo:

Le envío el primer número de la revista *Mundial*, que se publica bajo mi dirección literaria. De más decirle que la pongo bajo su digna, buena y noble protección dominicana.

Ruego le diga usted al señor Presidente (50) que estoy completamente a sus órdenes en cuanto sea dar a conocer el progreso y la vida activa de ese país: literaria y gráficamente. Aparte, escribo a un amigo mío en esa, el Ministro de Hacienda y Comercio, señor

(49) Las cartas a Lugo y a Velásquez proceden de Ghiraldo, *El Archivo de Rubén Darío*; y la dirigida a D. Emilio Tejera, inédita, la debo al distinguido destinatario.

(50) Ramón Cáceres.



don Federico Velásquez y Hernández, a quien desde hace mucho tiempo estimo y con quien, siempre que se tratara de Santo Domingo, tendría que contar.

Me urge que su colaboración venga en seguida; si es posible, con muchas fotografías, pues la característica de la revista es la ilustración gráfica.

Ruégole ordene a su representante en París —o hágalo usted directamente— enviar su cuenta a la administración de *Mundial*, pues tengo como base no aceptar ningún trabajo sin su remuneración correspondiente.

Al mismo tiempo le agradecería mucho me consiguiera la colaboración de aquellas intelectualidades dominicanas que usted crea útiles, bajo las condiciones que dejo expresadas.

Crea, mi querido señor y maestro, que al aceptar usted la representación y la revista en Santo Domingo, le hace una honra a la empresa y a mí.

Así, como siempre, su afectísimo y s. s.,

RUBEN DARIO

París, abril 30 de 1911.

Señor don Federico Velásquez, Santo Domingo.

Mi muy distinguido amigo:

Desde aquella vez, feliz, que tuvo usted la gentileza de invitarme a almorzar en el hotel Astoria, en unión de nuestro amigo Fabio Fiallo, no he vuelto a comunicarme con usted.

Mas hoy hallo la oportunidad de hacerlo directamente, en ocasión de anunciarle la aparición de la revista *Mundial*, que tengo la honra, en mi calidad de director de la misma, de ponerla bajo el amparo de usted, y a su absoluta disposición, en lo que toca a su objeto, que es el de servir de propaganda literaria y gráfica, de la cultura y la actividad vital de nuestro continente hispanoamericano. Así, pues, mi muy distinguido señor Ministro y amigo, yo espero que la revista *Mundial* podrá recibir las órdenes de usted, y servir en esta forma a la causa de la propaganda dominicana, cosa que, al mismo tiempo que dará mayor interés a la revista, será el cumplimiento de mi personal deseo de ser útil, en lo que me sea siempre posible, a la culta y fuerte República Dominicana, la bella isla colombinoespañola.

Tengo mucho gusto en aprovechar esta ocasión para presentarle el testimonio de mi más distinguida consideración, y ofrecerme respetuosa y afectuosamente como su obsecuente y seguro servidor,

RUBEN DARIO



París, 20 noviembre, 1911.

Señor don Emilio Tejera Bonetti, Santo Domingo.

Mi muy distinguido señor:

Sé los vínculos de familia que unen a usted con mi muy querido amigo Fabio Fiallo, y teniendo el placer de que me honren con desear que apadrine a su niña Julia Amelia, me permito rogar a usted quiera aceptar mi representación en el acto de cristianar.

Crea usted que agradeciéndole desde ahora tal amabilidad, es para mí muy grato encontrar esta ocasión para ofrecerme de usted, muy cordialmente, su afectísimo S. S. y amigo,

RUBEN DARIO



DARIO Y SUS AMIGOS DOMINICANOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



RUBEN DARIO, EL HOMBRE Y EL POETA

Por TULIO M. CESTERO (51)

EN LA PRIMAVERA de 1916, recién muerto Rubén Darío, el poeta Osvaldo Bazil me regaló una fotografía hecha en Valldemosa. Luce en ella el hábito pardo de los hijos de San Bruno. La capucha vuelta. El tórax lacertoso, el cuello robusto, sostén de la cabeza de fauno, en cuyos rasgos resaltan las “gotas de indio chorotega nagrada-no, y de negro” mezcladas a la española, a pesar de sus manos de marqués; blancas y finas.

En la rútila isla mediterránea, el poeta era en 1913 huésped de los señores de Sureda. Una tarde, en la cual contrito se prosternara ante el confesor, Bazil, según escribe el propio Darío, se empenó en vestirle de cartujo. “A los Sureda les supo bien la gracia y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba”.

En sus últimos instantes, en León de Nicaragua, Rubén Darío recibió los auxilios de la religión; Cristo visitó su morada interior. A propósito de esa postrera actitud del poeta, el celo confesional ha encendido disputas. Rubén Darío, fue siempre católico, apostólico y romano, mas no practicante, ni menos místico. Era, sí, sincero en sus creencias, con esa dualidad de pecado y fervor, que arrodilla a Rodrigo Borgia a los pies de Jesús en el fresco Vaticano de Pinturicchio.

“Por influencia de mi tía Rita, comencé a frecuentar la casa de los Padres Jesuitas, en la iglesia de la Recolectión. Debo decir que desde niño se me infundió una gran religiosidad, religiosidad que llegaba a veces hasta la superstición. Cuando tronaba la tormenta y se ponía el cielo negro en aquellas tempestades únicas, como no

(51) Publicado en folleto: *Rubén Darío, el hombre y el poeta*. La Habana, 1916, 16 p. Reproducido en el diario *La Nación*, de Ciudad Trujillo, el 5 de julio y el 25 de noviembre de 1944, y en la revista *Atenea*, Concepción, Chile, agosto 1945, p. 151-162. Al presente estudio se refiere la breve eskuela del sabio maestro cubano Enrique José Varona: “Vedado, 20 de agosto, 1916. Mi buen amigo: permítame que le felicite por su estudio sobre Rubén Darío, especialmente por la conclusión, que me parece un juicio definitivo. Muy bien, muy bien”.



he visto en parte alguna, sacaba mi tía abuela palmas benditas y hacía coronas para todos los de la casa; y todos coronados de palmas rezábamos en coro el trisagio y otras oraciones”, cuenta en el libro de su VIDA. Tales impresiones permanecieron indelebles en su ánimo. Educado en ambiente femenino, en regazo de beatas, se crio en él un espíritu medroso, igualmente pálido por los puños fornidos como ante el misterio, y, además no tuvo en su infancia el calor de los maternos cuidados de tan benéfica y honda influencia en la sensibilidad. Apenas si a los cincuenta años, cuando recoge sus memorias, evoca “a una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros ¿negros? no lo puedo afirmar seguramente... mas así la veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo, blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella”.

En la casa colonial, “cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su pozo, árboles”, en cuyos aleros anidan las lechuzas, el niño Rubén, que a los tres años sabía leer, siente miedo en las noches. Le “contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña... Se me mostraba no lejos de mi casa, la ventana por donde, a la Juana Catina, mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios por el aire, que hacían un gran ruido y dejaban un hedor de azufre”.

Tales visiones de imaginación entelerida subsistieron en él y se advierten en el íntimo escrutinio de su psicología, pueril y sencilla a las veces. Así, aquel perspicuo y vario espíritu, catador de todas las mieles de la vida, aleccionado por sus amarguras, curioso del más allá del bien y del mal, creía por igual: en los dogmas católicos, en la doctrina cristiana, en las verdades filosóficas, en la metempsicosis budista, en el éliseo pagano, en las prácticas maniqueas, en las ciencias ocultas de Stanislas de Guaita y en la dama blanca, la clueca con pollos y el clérigo bigardo, que según las consejas populares, purgan al conticinio en grimosas callejas y plazuelas aldeanas. Jamás olvidaré esta escena. En París, de noche, en el número 4 de la rue Herschel, cerca del atrio en donde impera el Pensador de Rodín. Había acudido al incesante reclamo del poeta por la tercera vez en el día, para mediar en acre desavenencia doméstica. Darío, envuelto en una bata marrón, a cuadros, con aire de bonzo, al rescoldo de la chimenea, en la cual ardía el cok con flamas sangrientas. En el um-



bral, en vela, en los lindes de la desesperanza, la paciente mujer que con devoción servil le acompañaba. Molesto, urgido también, pues iba camino de un baile de máscaras, aconsejé la reconciliación. Sus pupilas alucinadas por el alcohol fulguraron y con voz esotérica prorumpió: "es muy buena, sí, pero tiene un gesto... un gesto, porque en otra vida, ella fue bruja y yo inquisidor y la quemé..."

No era un místico, su religiosidad, su fe, no alcanzó nunca a la "unión con Dios". No hay en él, los sentimientos intensos y fecundos de Gabriel y Galán, el poeta que labrando la tierra castellana yergue la frente y topa con el cielo; ni como a Laurent Tailhade le seducen la pompa estética de las vidrieras góticas y de la liturgia romana; ni la ternura que en la adversidad de la cárcel belga pone en la canción de Verlaine a la Virgen ingenua, acento inimitable, aun cuando más tarde, libre, peque y se arrepienta, cada día, paralelamente; ni como Huysmans, por crisis intelectual fermentada por atavismos flamencos llega hasta la heroica virtud del mártir nutrida en la lenta, suplicante agonía de su carne pútrida. Fue, como esos griegos decadentes de Alejandría, que a un tiempo mismo, sacrificaron a Dionisio y a Jesús. En dos de sus más bellos poemas se perpetúa esa doble actitud mental: *El coloquio de los centauros* y *Los motivos del lobo*.

En Valldemosa, entre cuyos pinos susurran aún los besos de Chopin y George Sand, tuvo Darío devaneos místicos: "vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que sería mi mejor obra y que abriría las divinas puertas confiadas a San Pedro". En sus buenos tiempos de prosador, él había imaginado a Castelar, fraile dominico, derramando su estupenda elocuencia desde la Cátedra del Pescador. "Quimeras, polvo de oro de las alas de las rotas quimeras, ¿por qué no fui lo que yo quería ser, por qué no soy lo que mi alma llena de fe, pide, en supremos y ocultos éxtasis al buen Dios que me acompaña? En fin, acatemos la voluntad suprema". Y allí, en la tierra de maravillas en la que Lulio soñara el arte universal, él, entonó su letanía, impetrando de Dios: la muerte del orgullo perverso y de la carne maligna; la unción de la divina mano; oír la música teológica del cielo; darle al fauno que había en él, la ciencia que estremece las alas del ángel; exorcizar con la penitencia y la oración a las diablasas malas; ojos que no se gocen como los "de los sátiros locos mediochivos" con "redondeces de nieve y labios rojos", boca de asceta, purificada por el fuego, de la gula "de hombre y de poeta", de los besos y del vino, manos disciplinantes y no las suyas de "amante que acarician las pomas del pecado"; sangre, sin ardor, que aquiete venas y sesos.



*Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño
o al silencio y la paz de la Cartuja.*

Cuando Edmond Lepelletier ensayó en su grueso volumen reabilitar a Paul Verlaine disfrazando de burgués el relapso parroquiano del Café Vachette, Rubén Darío jubiloso le consagró una de sus correspondencias en *La Nación* de Buenos Aires. Gómez Carrillo, con visible intención contradictoria defendió en *El Liberal* de Madrid el Pauvre Lelian vicioso y saturnino. A Darío le supo esto a diatriba. El poeta americano, tan gaudente, aspiraba a la plácida y regular existencia burguesa.

Quienes frecuentaron a Rubén Darío por los años de 1906 y 1912, podían fácilmente observar sus empeños de elegancia en el vestir; proyectos de brillante carrera de funcionario diplomático; de matrimonio de razón (había incoado demanda de divorcio); el deseo de adquirir por espontánea merced la ciudadanía argentina, y ciertos asomos de manía de grandeza, prontos a derrumbarse por el demonio alcohólico. Por entonces, invistió funciones de Secretario de la Delegación de Nicaragua en la Tercera Conferencia Panamericana de Río Janeiro; de Cónsul en París; de Ministro en Madrid y Enviado Especial, cuando el festival centenario, a México.

Complacíase en el comercio de los ricos, en ambientes de lujo. En la "Bodega", de la rue Rivoli, "aquí, solía prevenir, la propina es siempre blanca". En la "Tour d'Argent", encanto de *gourmets*, por el óptimo *canneton* a la *rouanaise*. En el comedor del Ritz y otros hoteles, con biografía, de la Place Vendome, en donde, Enrique Rodríguez Larreta, millonario, autor de *La Gloria de Don Ramiro* y Ministro de la República Argentina en Francia, le mostrará al hidalgo vienés que presumía de haber asesinado al archiduque Leopoldo de Habsburgo.

Ningún ataque le mordió más cruelmente, que esta frase del escritor chileno Vicuña Subercasseaux en libro publicado por aquellos mismos días: "Es un gran poeta y un pobre hombre". Su hora venturosa fue sin duda, aquella en la cual desfilara por la Puerta del Sol, ceñido en el uniforme azul y oro, en la "carroza de París", el caballerizo al estribo, a la diestra del Conde de Pie de Concha, hacia el Palacio de Oriente, cuyos regios peldaños, ascendió titubeante, para presentar en la antesala sus credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario a S. M. Don Alfonso XIII, Rey de España y de Jerusalem.



En el admirable ensayo de José Enrique Rodó a propósito de *Prosas Profanas*, se lee: "no es el poeta de América". Es exacto: pero sin embargo, él inicia y representa un momento largo en la evolución de las letras americanas: el modernismo, período de transición, de reacción y de innovación al par. De éste arranca nuestro pensamiento independiente. Como él, en la febril incertidumbre de esta hora, poetas y escritores, desasidos de la realidad circunstante, cuya acción padecen mal su grado, peregrinan mentalmente por la Grecia de Pericles y la Francia de Versalles. Dos individualidades huellan poderosamente, influyen en la América continental e insular: Rubén Darío y Vargas Vila, y a ambos les es común el marchamo de exotismo.

En la última época, sin que su valimiento, en cuanto a poeta haya menguado, no es ya el caudillo. Las mentes americanas se emancipan y no es él su libertador. Hoy, está más cerca de los peninsulares que de la gente moza trasatlántica y mejor que la falda de la ingente montaña andina, serían paisaje propicio a su mármol las rosaledas del Buen Retiro, asilo antaño de amoríos reales.

Ramón Pérez de Ayala, poeta y escritor cimero en España, de enjundia y prestancia literarias, en capítulo de *La Ofrenda de España a Rubén Darío*, afirma: "Rubén Darío es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado en lengua castellana. De las más de las poesías de Rubén Darío se puede asegurar que dondequiera que se reciten, han de cautivar como una música encantada, aun cuando no las comprendan quienes las están oyendo..." En cuanto a la métrica de Rubén Darío, su estudio exigiría demasiado espacio. Baste decir que no hay metro alguno de los empleados en la poesía castellana, desde sus orígenes, que Rubén Darío no haya conocido en su más secreto mecanismo y tratado en consecuencia con peregrina gracia e insuperable maestría."

El castellano en tierras de América sufre las transformaciones propias de los organismos vivientes. El clima lo macera; las hablas regnícolas y los aportes africanos lo adoban. Además, por la proximidad de otras lenguas, se le incrustan términos expresivos de cosas, sentimientos e ideas nuevos. Nuestro castellano se diferencia del metropolitano, tan claramente, como el genio del hispanoamericano del genio del español. Palabras desaparecidas en España, existen frescas en esta orilla de la mar oceánica. El léxico enfático de los Carlos y Felipes, importado por el conquistador, es este mismo que pronunciamos con superior dulzura y escribimos con más flexibilidad y riqueza de matices; pero veta abundante de rancios vocablos per-



manecen inmóviles con su prosodia añeja, tal como cuando el indio o el negro los aprendieron de los labios del amo godo, y así, los arcaísmos usuales en Argentina son los mismos que sirven en su tráfico al campesino dominicano.

.El latín vulgar que el soldado romano lleva a Hispania se ayunta con el vascuence vernáculo y procrea el romance, en el cual Berceo canta el *Sacrificio de la Misa*. Cuando el castellano posee lozanía y músculos, y el Arcipreste de Hita, lo maneja, rico, recio, pujante, embalsamándolo en los terrones nativos, el latín muerto ahita la prosa pedante del *Tratado del arte del cortar del cuchillo* de don Enrique Villena. El marqués de Santillana, empingorotado lo desdeña, él que con bríos esgrime el hierro, mas el Arcipreste de Talavera pone olores de pueblo en la prosa galana, máscula, desgarrada de *El Corvacho*. El mester de clerecía, fruto enteco, sin aroma ni miel, de la erudición reclusa, corresponde al casticismo académico de hoy, ciego y sordo a las palpitaciones de la vida, como si todas las aventuras espirituales, las sensaciones y emociones, estuviesen recolectas en las páginas de los clásicos.

En esta renovación del idioma, complemento necesario de la revolución emancipadora, Rubén Darío, que supo alumbrar en Berceo el metro autóctono y en el jardín de Góngora la palabra de oro, parte con su obra en verso y prosa, el campo; aunque no tan radicalmente, como si hubiese sentido y comprendido en toda su potencia la naturaleza y el hombre que en el continente y las islas combinan fuerzas e inteligencia, la América grávida de la más generosa civilización, que él, cantor oficial de la Argentina, su poema de mayor aliento, apreciara con infantiles ojos tímidos:

*Tú, india virgen y hermosa, de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histérica de convulsivos nervios y
(frente pálida...*

*Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste.
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!*

Ya el laurel prospera en la tumba de Rubén Darío. En el curso de los días, a su sombra, medrará la personalidad del poeta, a quien por la técnica y la gracia, excelsas virtudes de arte, ni los más altos aventajan en el idioma de Castilla; pero a la vez, decrecerá el interés de su humanidad, ni abatida ni encumbrada por la energía o por cruentas tragedias.



"No cabe imaginar —dice Rodó—, una individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo". Estuvo exento de pasiones: ni el prójimo, ni las cosas, ni las ideas se le entrañaron. Ni siquiera afectos domésticos. El artista devoró al hombre. Tuvo imitadores, cortesanos, envidiosos, no amigos ni enemigos, ni menos verdaderos discípulos. No habría sabido, como el Maestro ateniense, moribundo, seguir el ritmo de la vida en la cabellera del discípulo juvenil.

Era un epicúreo: exprimía de lo bello y grato, carne venusina o copa de vino, las más armoniosas canciones. La crítica escardará su obra hasta demarcar cuanto de su sensibilidad e ideología, resta en la cultura de las nuevas generaciones de habla española de ambos mundos. Hace años, para modificar una observación mía acerca de la vibrante sensualidad pagana en capítulo de *Peregrinaciones* acerca de Nápoles, Rubén Darío me confesó que éste había sido escrito por Amado Nervo, su camarada de romería, a la sazón de encontrarse Rubén Darío enfermo y urgido por sus deberes de corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. Consigno la noticia, pues vale para la inquisición erudita, cuyas malsinerías se placen en rastrear la colaboración de colegas amigos y de oscuros discípulos en obras famosas (52).

Rubén Darío, por el don lírico prodigioso, pudo ser un poeta mayor, en el sentido latino, de estro eterno, encarnación y voz de su gente, pero le faltó un amor: amor de Dios; amor a la patria; amores de hombre; siquiera una gran pasión carnal, exaltadora de ambiciones, fuente de dolor, para que su palabra plena de música y color repercutiese lacerante y formidable, pcr los siglos de los siglos.

(52) En *Obras de Juventud de Rubén Darío* (Chile, 1927, p. 82), dice Armando Donoso refiriéndose a las crónicas que el poeta escribía en Chile: "Le hemos oído recordar a Eduardo Poirier que muchas de estas crónicas tuvo que escribirlas él, improvisadamente, al vuelo, a fin de evitar que Rubén fuese suspendido en sus colaboraciones por no cumplir el día fijado para su entrega. No fue ésta ni la primera ni la última vez que el poeta tuvo que ser auxiliado por sus amigos en sus obligadas colaboraciones de los periódicos. ¿No ha recordado Tulio Cestero que hace años..." Y aquí reproduce Donoso el pasaje de Cestero que figura en el texto.



ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DARIO

Por TULLIO M. CESTERO (53)

Señoras y señores:

Una tarde de primavera de 1907, en París, ascendí la estrecha escalera del número 3 de la Rue Corneille. En el primer piso me detuve un tanto perplejo frente a la pequeña puerta de la izquierda. Enrique Heine había sufrido la misma sensación en camino hacia la morada de Goethe; Teófilo Gautier en el umbral del tonante Hugo en 1830. Del otro lado de la puerta, el ídolo, el hombre que había personificado la revolución literaria en América, de quien nuestra

(53) Días antes del acto en que fue leído este trabajo, Aniceto Valdivia (Conde Kostia), en artículo *Un aniversario. El de Rubén*, escribió en *Diario de la Marina, de La Habana*, enero 1º de 1917, acerca de la conmemoración proyectada por El Ateneo:

"Se ha tratado de hallar al hombre que en Cuba puede en la tribuna literaria del Ateneo—encresponada esa noche—hablar del que fue Rubén Darío con toda la competencia garantizada por un trato continuo, por una afinidad de alma y por una compenetración total con el poeta. Y un nombre ha surgido de todos los que en la primera reunión íntima bocetaban el programa de la conmemoración: el de don Tulio Cestero.

Yo creo que difícilmente podría encontrarse en Cuba alguien más digno por su parentesco intelectual con el autor de *Los Raros*, que el sub-director del *Heraldo de Cuba*.

De todo lo que se ha escrito sobre el bardo muerto hará pronto un año, lo más completo psicológica y literariamente es el folleto *Rubén Darío* publicado recientemente por el escritor de *Ciudad Romántica*. Es un trabajo decisivo, donde no sólo indirectamente explica el señor Cestero en Rubén el hecho psico-fisiológico llamado "genio", sino que con una independencia que no quita nada a su admiración por la métrica "rubeniana", señala los errores, las "gongorinadas" y las audacias de mal gusto del Hugo y el Verlaine de la América Central.

El señor Cestero ha conocido íntimamente a Rubén Darío en los paseos de éste por América y Europa. Ha asistido a las reuniones literario-peripatéticas tenidas en uno de los "Rats" de Montmartre o en el "Napolitain" del "Boulevard" o en el "Francois I" —tan frecuentado por Verlaine— por el grupo que se reunía alrededor de Moreas a la bohemia poética del nuevo París y en donde Rubén y Cestero se embriagaban de teorías "versibristas" y de "theories" de "bocks". Y oyendo a Moreas, y oyendo a La Jeunesse, y oyendo a Pierre Quillard, y oyendo a Du Plessys, y oyendo a Rubén y justando con ellos aprendía por infiltración lenta y segura a conocerlos, penetrarlos y comprenderlos a todos. De ellos el que más le interesaba era Darío. Cuando alzaba el vuelo más allá de la media noche, Rubén y Cestero se iban juntos; Rubén hablaba y Cestero oía y apreciaba. Alguna que otra interrupción para reforzar más con la réplica, literaria y colorista, de Rubén, su opinión sobre el Maestro americano.

¡Ah! todos ellos han muerto... De la caravana diaria han caído a tierra de sus Pe-



personalidad copiara palabras sin entenderlas y cuyas rimas en las quietas ciudades del trópico, encendían nuestra imaginación.

En la quietud vibró la campanilla. Unos segundos de malestar y luego, pródigo, lacertoso, envuelto en bata color marrón, a cuadros, Rubén Darío apareció ante mí, extendida, con ademán sencillo, la "blanca mano de marqués". La sala abría dos balcones fronteros a la galería del Odeón, en donde lectores infatigables, en pie, hojean los últimos tomos y leen con fruición lo que no pueden comprar.

Habíanme prevenido: Rubén habla poco. Sin embargo, esa tarde, su charla animada, rememoró complacido hombres y cosas de América, y con deleite sus manjares. Con gula de sibarita enumeraba, describía, y mentalmente saboreaba, suculentos guisos de la cocina nicaragüense. En aquella hora, se inició la amistad, a veces íntima, hasta donde era posible en habitantes de una y otra orilla del Atlántico y que es la única excusa de mi presencia en esta tribuna.

gasos ideales y reales, Moreas, Quillard, Merat, Rubén... Sólo quedan La Jeunesse medio anquilosado por la guerra y Cestero, tan robusto y tan nutrido de ideas como entonces.

Todos aquellos asiduos a "Brebant" y a "La Grande Taverne" son capas de polvo añadidas al seno de la madre tierra. Y a éstos podría repetirse el melancólico epitafio de otro gran poeta muerto en la aurora de la vida y que prometía a la Inglaterra un deslumbrador hermano de Byron y Shelley. Podría de aquellos repetirse lo que Keats murmuraba ante el recuerdo de sus hermanos en poesías desaparecidos:

*Souls of poets dead and gone,
What Elysium have you known,
Happy field or mossy cavern
Choicer than Modern Tavern?*

Ayer, en la primera junta de los individuos que forman la comisión para el tributo a Darío, se ha designado al señor Cestero para la conferencia que ha de abrir la Velada-apoteosis. Se ha temido que el ilustre amigo del genial panteísta-discípulo de Maurice de Guérin se recusase. Yo he respondido al muy digno Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo, señor Chacón y Calvo, por Tulio Cestero. Su modestia no puede encerrarse —tratándose de su amado Rubén—, en una torre de marfil que sería, en este caso, una verdadera torre de Ugolino —torre de egoísta piedra donde pereceríamos de hambre de oírle, devorando nuestros propios hijos— nuestros propios deseos. Porque, lealmente, si yo conociera en Cuba a alguien más a propósito por derecho de amistad, por derecho de compenetración intelectual y por derecho de raza, yo no hubiera dado tanta importancia a la elección del señor Cestero.

Pero se quiere dar al homenaje a Darío una grandeza de primer orden. Y, en primer orden entre los apreciadores de Rubén Darío se halla Tulio Cestero.

Por lo tanto, puede el señor Chacón y Calvo enviar con toda seguridad su carta de invitación—ruego al valioso escritor, escrita desde ayer y retenida por un inexplicable escrúpulo.—CONDE KOSTIA." (La Conferencia de Cestero apareció en la revista *El Figaro*, que dijo al respecto: "Leyó el distinguido escritor dominicano la admirable Conferencia que aparece en esta página..." Ilustraba el texto un dibujo de Valderrama: Rubén Darío vestido de Cartujo. En *Puerto Rico Ilustrado*, número 415, San Juan, P. R., 9 febrero, 1918, se reprodujeron párrafos de la Conferencia, ilustrado el texto con un retrato de Rubén, de uniforme diplomático, de Ministro en Madrid, y el dibujo de Valderrama).



En el Otoño volvimos a reunirnos en París, fui su vecino. El poeta había pasado el estío en un repliegue de la costa bretona, entre el plácido comercio intelectual de uno de los más raros escritores del país de Francia, Saint-Paul-Roux —el Magnífico— y las inquietudes de un problema doméstico, originado catorce años antes y el cual, planteábale dilema imperativo en la fecunda estación autumnal de su vida. Partía a Nicaragua en pos del divorcio. En su mente proyectos futuros edificaban castillo: normal vida burguesa, matrimonio de razón, brillante carrera diplomática, elegancia, automóviles, fortuna, ambiente, propicio a sueños de grandeza, amores, vinos añejos, nuevos laureles. En el andén, áspera realidad se irguió ante él, con muda imprecación, pena de mujer, la misma reflejada en sus pupilas en la hora de la muerte. En París, quedaba un florecimiento de su carne y de su espíritu en otra naciente vida.

Mientras el tren corría por la campiña normanda aplastando sombras, a ratos en el pasillo, ora en el compartimiento, entre sorbo y sorbo de vino de Coca Mariani, Rubén Darío hizome el cuento, la confesión de su existencia, que no he de referir aquí, sino en cuanto importe a la mejor comprensión de su obra literaria. En la tórrida ciudad centro-americana, en la calle solitaria, antigua casa colonial: techos altos, paredes enlucidas, amplios cuartos seguidos, por los cuales repercute la voz y martilla en el silencio nocturno la gota del tinajero. En el patio grandes árboles a cuya sombra el niño lee, otros aroman el aire con sus flores capitosas, y el pozo, profundo, de brocal de piedra, tapizado de musgo por fuera y en la garganta por donde trasiegan los cubos de bambú, helechos que empinan al sol sus hojas frágiles; el pozo, que evocado ahora, prodúceme sensación de frescura y poesía, al cual se asoman las doncellas a la hora meridiana del día de San Juan, para mirar en la pupila líquida, en lo hondo, el rostro del novio por venir. Hogar sin calor de madre, sin ternuras nutricias de alma, gérmenes de salud en la sensibilidad adulta. En su *Autobiografía*, publicada años después, el poeta refiere: “la casa era para mí temerosa por las noches. Anidaban lechuzas en los aleros, me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos, los dos únicos sirvientes, la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana toda blanca por los años y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedo, me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía, como una araña. Se me mostraba no lejos de mi casa, la ventana por donde, a la Juana Catina, mujer muy pecadora y loca de su cuerpo, se la habían llevado los demonios”.



El hogar es devoto, próximo a la iglesia. Desde el alba las campanas tañen, llaman a misa o plañen agonías. En la hornacina de la alcoba, ante imágenes bendecidas arde siempre lamparilla de aceite. En los fierros de la ventana, se mustia la palma galana del Domingo de Ramos. Con sus hojas corónanse para rezar en coro el trisagio y oraciones en los días de tormenta. En la fiesta de la Santa Cruz, regido el coro por la abuela, después de las preces y jaculatorias repiten mil veces la palabra Jesús. En la casa hay dos enanos, como los bufones que pintó Velázquez, "arrugados, feos", madre e hijo, le "inspiraban miedo e inquietud". En las noches se reúne la tertulia en la puerta de la calle, los hombres hablan de política y de revoluciones. El niño se duerme en el regazo de la tía. A su padre lo cree su tío. Un día, en casa de una vecina, "una señora vestida de negro" le abraza y besa entre lágrimas: "es tu verdadera madre, le dicen, se llama Rosa y ha venido a verte desde muy lejos". Otro, presencia la riña de dos carreteros, "cerca de una yunta de bueyes, a orillas de un pantano", los machetes relucen, una mano cae cercenada y del muñón brota caliente la sangre. Su propio nombre se transforma, del Félix Rubén Ramírez, registrado en el libro de bautismos de la Catedral de León, hace la gente el Rubén Darío, que andando el tiempo, le parecerá a don Ricardo Palma, pseudónimo romántico.

En tal ambiente se crió el espíritu del poeta, su influencia es visible en su obra, en su psicología, mecerá las energías, la fe, el vigor mental. Flaco de ánimo se sobrecoge ante la fuerza o el misterio, y en la intimidad su pavora o su pasmo, abiertos los ojos, prorrumpen con frecuencia. ¡Qué cosa! Es religioso e indiferente al par, escruta el bien y el mal, la curiosidad literaria le conduce a todas las aras: a la pagoda de las transmigraciones; a los misterios paganos de Eleusis; al culto de las dos potencias; escucha a Stanislas de Guaita, gran sacerdote de las ciencias ocultas, cree en aparecidos, en agüeros, y sin embargo, conserva la religiosidad de los primeros años, agua viva que le calma cuando sufre o teme y es igualmente sincero si goza entre las garras de los siete pecados capitales o si se arrodilla junto al confesionario al amparo de los pinos de Valldemosa.

Pero jamás alcanza "la unión de Dios con el centro del alma", el camino de perfección mística, éxtasis en la doctora de Avila, serenidad suprema en el de León. Verlaine, con quien tiene Rubén Darío más afinidad espiritual, posee en la plegaria tiernos acentos insuperables. No inflama el ánimo del poeta americano la devoción que obra, como enseña la de Jesús, ni la pasión que salva. Ni luz di-



vina, ni calor humano; padeció las torturas de la lujuria sin el goce del amor que Byron y Musset subliman; ni los efectos de solidaridad humana a que la caridad bien entendida sacrifica; por eso, su poesía, música y color, deleite y encanto, no calienta el ánimo.

Mas, hablemos un poco de su obra, la más preciosa en las letras americanas. Nadie antes que él suscitó tantas ideas, vivificó tantos gérmenes. Es el iniciador, el renovador de nuestro pensamiento literario. Por la sola virtud de su corazón, sin prédicas, sin teorías, sin dogmatismos, Rubén Darío, ha revolucionado la poesía castellana. Es el mismo caso de Verlaine en la francesa, ninguno de los dos profesan, cantan y nada más. Desde que aparece domina, se impone a la vulgaridad, a la servidumbre académica. El decadentismo francés, fue reacción contra el naturalismo de Medan. "Entendemos por decadentismo, escribía Verlaine en 1888, la literatura de una época de decadencia, que no la siga, sino se revele y combata por lo delicado, alto y si se quiere, refinado de sus tendencias, contra las necesidades, las ignominias y otros ambientes, sin exclusivismos, con franca hermandad".

El modernismo americano fue una acción contra el clasicismo gramatical y el romanticismo adventicio, ambos estériles juegos de retóricos, sordos y ciegos al tumulto de la vida circundante. El modernismo era también, parásito, pero rompió trabas, moldes, ídolos, y devolviendo a cada uno la propia autonomía, marcó el camino de regreso de París, por donde poetas y escritores, han encontrado la América.

Por la técnica, ningún poeta de la lengua le supera, es dueño de todas los secretos del número, y de la rima y los mismos metros populares ganan en su acento tal gracia, que sorprenden, como extraordinaria novedad a la crítica peninsular. "Es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado la lengua castellana", opina Ramón Pérez de Ayala. Ninguno como él ha exprimido tantos y tan complejos estados de alma ni tiene precedentes por lo exquisito, ni ha extraído tan rica variedad de tonos y matices del léxico de Castilla. Y por eso, su figura literaria señala una era. Ochenta millones de hombres hablan español en América, lo viven intensamente, en naturaleza distinta a aquella en que se formó el genio de la lengua. Cada día, el idioma se transforma, razas diversas le aportan modos de sentir y de pensar. Palabras muertas en la península, persisten lozanas, cosa viva, en nuestras tierras; otras, soterradas en los campos, permanecen inertes, rancias, comunes en el decir del hombre de la pampa argentina y del de las Islas del Caribe.



En un mismo crisol se depuran, y esa lengua, ágil, flexible, fuerte, más rica en número y en color, será el instrumento propio de la civilización latino-americana.

“No es el poeta de América”, se ha afirmado. Un día su voz habló por toda la generación, que peregrinara por los boscajes del Trianon, y por las ruinas de Grecia, pero el maestro permaneció allende el mar. Espíritu débil, el oro, la aristocracia, el poder, infúndenle temor supersticioso; con las pupilas enteleridas por las visiones de la infancia miraba hacia nuestras tierras sin advertir en el pueblo que se arma y en el dictador que lo oprime, las fuerzas nuevas que se equilibran en la forja de una civilización de hombres, libres, en tierras libres. En nuestros bosques no hay graciosas estatuas de mármol, en los ríos torrentosos no retozan ninfas desnudas; la montaña ingente no tiene las suavidades de los paisajes galantes del siglo XVIII. Todavía el hombre no ha domado la naturaleza. La poesía se cuaja en la entraña. En hora memorable los estudiantes de México le esperaban para aclamar en él a su patria en desventura. Tuvo miedo de Porfirio Díaz. En el “Canto a la Argentina”, el sople lírico vuela por sobre los mástiles del ancho santuario, abarca la ciudad fastuosa y desmaya en los trigales de la pampa, pero no es el poema nacional de la República del Plata. Ni el amor a la patria pequeña ni el patriotismo continental alientan sus estrofas. En 1910, Rubén Darío nutría un proyecto; el poema de los filibusteros, de los bucaneros, hombres de hazaña y de rapiña, que un día asaltaban los galeones, repletos de oro del Rey, y otro las ciudades almenadas, que vivían vida libre entre el mar y el cielo. El poema está aún preso entre las páginas arcaicas del holandés Oxmelin, cuyas tapas rugosas su fina mano solía acariciar.

“No fue el poeta de América”, repite nuestro dolor ante esa lira enmudecida por siempre. El indio vencido, expoliado, siervo cinco veces secular, que puso gotas de sangre en su eugenesia, espera al poeta vengador que esgrima “la alta espada del Canto” con el odio con que en “Miramare” de Carducci, el implacable dios azteca, acecha al rubio descendiente de Carlos V. El conquistador que dióle sangre, lengua y religión, aguarda aún al bardo que cante la más estupenda aventura que raza alguna haya realizado sobre la tierra. El criollo, en la concreción sublime de Bolívar, máximo héroe latino, al vate que anime y plasme, al caudillo de tropas desnudas, hambrientas en las nieves de Pisba, que engendra al día siguiente en Boyacá a Colombia; al púgil, que salta un caballo de la cola a la cabeza; al que ama y seduce en Lima; al guerrero que en la noche asesina de



Bogotá debe al pecado la vida; al moribundo de San Pedro Alejandrino, sobre él que fue millonario, sólo, él que tuvo todo el poder, en el último instante de la más eminente, noble y generosa existencia, superior a la de Alonso Quijano el Bueno, porque el Libertador de América realiza lo que su progenitor imagina. Rubén Darío ha muerto en la hora precisa del poeta de América. El poeta precede a los imperios y les sobrevive. Homero, es primero, luego Pericles y cuando ni un grano de mármol distinga el solar de Atenas, Anacreonte brindará su ambrosía. Horacio, antes que las Aguilas romanas limiten la tierra con su vuelo y cuando en las siete colinas ni una piedra señale la grandeza de Augusto, Virgilio será el mentor. Shakespeare antes que Victoria y cuando las dos quillas no señoreen el Océano, la canción de Byron se extenderá de costa a costa. Goethe antes que Hohenzollern, y el verso de Heine será flecha en la última torre que el Rhin copie en sus aguas. Corneille presente al Corso y cuando el Sena no susurre a la vera del Louvre, juveniles corazones amantes transmitirán de labio a labio las "Noches" de Musset. Dante alumbra el Renacimiento y cuando sean polvo los colosos de Miguel Angel, las rimas de D'Annunzio exaltarán los sentidos. Rubén Darío ha muerto, señores, en la hora del poeta de América.

En el tránsito hacia la eterna paz, teorías de vírgenes canéforas, trazaron con pétalos sendero al cadáver de Rubén Darío por las calles de León. En el claustro de la Catedral de Maguncia, sobre cabeza de piedra duerme el trovero Henry de Meisen. Allí le condujeron en féretro cubierto de lirios y mirtos, ocho mujeres, las más nobles y las más hermosas. Una mañana de Otoño, frente a esa tumba, que por siglos acendra la fragante leyenda, me arrobó la canción de un ruiseñor. Desde un ramaje cercano, los arpegios impetuosos, ardientes, aspiraban al cielo. Un día, señores, el turista, en una ciudad de nuestra América, en las orillas del Plata o en las márgenes del Caribe, se detendrá ante una estatua. Mármol florido de rosas, rosas de sangre, rosas de nieve, rosas de oro, los capullos treparán hasta la boca voluptuosa que libó besos y vinos y ceñirán, la cabeza de fauno, nido de tan armoniosas, de tan bellas canciones.

TULIO M. CESTERO



RUBEN DARIO

Por TULLIO M. CESTERO (54)

PARIS, MAYO 18 de 1907. El pintor mexicano Montenegro, para quien fue escrita, inspirándose en uno de sus dibujos, *La hembra del pavo real*, me comunica la dirección del maestro, recomendándome la reserva: 3 rue Corneille, frente al Odeón. Portera gruesa, patio gris, escalera de madera. Tiro del cordón y la campanilla sorprendida ladra en el silencio de la casa. Minuto de espera, la puerta se abre y colma el estrecho espacio una figura fuerte, de color ligeramente bronceado, envuelta en bata de seda a flores, marrón, el continente sereno de un budha. Un amigo me previno: "es de poco hablar", y cuando me despedí, podía afirmar lo contrario. Le escuché conversar durante dos horas, espiritualmente, de hombres y cosas de América, y sobre todo de la cocina de Nicaragua, de manjares que su imaginación evoca enriqueciéndolos, que saborea con deleite cuando los nombra, y mientras, seguí el curso de esa leve raíz que extrae savia de nuestras tierras, percibiendo lo que es en su espíritu de América, magüer el helenismo, cuatrocentismo y el siglo XVIII.

Mayo 23. Luis Bonafoux y yo, hemos sido escogidos para testigos de un documento consular que se relaciona con su demanda de divorcio. Nos reunimos en casa del poeta que se ha hecho con esmero el nudo de la corbata. Una hora de impaciente espera, la portera enviada a buscar un automóvil llega, pedestre y sofocada. Ya está, pues, cerrado el Consulado General de Nicaragua. Salimos. El paso medroso del poeta revela las huellas del último quebranto físico. En la verja del Luxemburgo tomamos un coche. Cálida tarde primaveral, las acacias florecidas inciensan, la parisién de gracia maleante, es el motivo dominador en el concierto de la estación: los sentidos del poeta perciben la vida intensa que le rodea, se dilatan las narices, llamean los ojos de fauno y exclama: "Cómo las encuentro

(54) Publicado en *El Figaro*, número 23, La Habana, 6 junio 1909, con la siguiente nota: "La amistad de Pichardo desglosa estas notas de un Diario íntimo, escritas con honesta buena intención. *Honnét soit qui mal y pense*, mi querido y admirado Rubén Darío".



bellas a todas". En el boulevard nos trasladamos a un automóvil, negro y guiado por chauffeur español, por lo cual opinó Bonafoux que nos estrellaremos. Estación en la Bodega de la rue Rivoli. El poeta advierte: "Aquí las propinas son siempre blancas", y paladeando el cocktail, recuerda que éste era el medio en el cual el Des Esseints de Huysmans realizaba sus imaginarios viajes a Londres. El automóvil corre por las avenidas del Bosque, los ojos del fauno persiguen las hamadriadas, hay muchas faldas claras tendidas en el césped de la gran floresta latina de injerto heleno, el poeta mira complacido y asombrado, niño y sabio a la vez, Bonafoux relata aventuras del terrible anarquista Morral, destila filosofía aliñada con chistes dro-láticos, y yo pronuncio palabras llenas del calor y sol del trópico que resultan perfectamente cursis en la serenidad del ambiente. Nueva dilatada estación en la Bodega, luégo el Grand Chatam, pues alguien dice que sus cocktails son superiores, y allí de tal modo y tan en voz alta nos intrincamos en asuntos de América Latina y su posición en la próxima Conferencia de La Haya, que un inglés, partícipe con nosotros del dominio de la sala, se indigna marchándose sin los postres. Comemos por elección del poeta en el restaurant del Bal Tavarin: huevos, helados, carne sangrienta, rociados con viejo burdeos. Alguien se siente calamocano, Bonafoux fiel a Asnière deserta a las 11. La colina sagrada está encendida. Bajo las aspas rojas del molino famoso, la alegría pánida de Monmartre se desborda, animada por las cuadrillas del Tavarín, danzas españolas del Rat Mort, Champagne y más que todo, ¡la primavera!... Luégo he visto al poeta enfermo, lamentablemente poseso, pero siempre grande, así la naturaleza, madre de la espina y de la rosa.

Septiembre 7. Días atrás en La Haya recibí un telegrama del poeta anunciándome su partida para Nicaragua y su deseo de verme antes, por lo cual a pesar de los encantos de Brujas la Muerta, abrevié mi peregrinación por el país de Flandes. El mismo había tomado para mí una habitación en el Hotel Corneille, número 5. Al darme la bienvenida en su casa me hace notar que las flores que la perfuman han sido cortadas en mi obsequio y en grata charla de sobre-mesa, me cuenta sus días veraniegos en La Pagode, un rincón de Bretaña propicio a los sueños; uno de los cuales fue huésped de Saint Paul Roux —le Magnifique— quien le agasajó con largueza, encantándole la gracia de la esposa del colega francés; tranquila vida trunca a destiempo por un eslabón de su cadena conyugal, incidente que es un paso de comedia y que a sus ojos temerosos tiene aspecto trágico. Tras una pausa, agrega que Remy de Gourmont,



acompañado de su hermano Jean, le visitó hace dos días, exponiéndole su propósito de traducir al francés una colección de sus poesías y editarlas precedidas de un estudio de Gourmont; me lee: *La balada en honor de musas de carne y hueso*, prólogo lírico para la *Casa de la Primavera*, de Martínez Sierra, y entonces con la intención de escribir un prólogo para un libro mío, pide una botella de champagne, me despido a las 10, para encontrar a Gómez Carrillo en el Café D'Harcourt, y el poeta demanda, una vez más, versos al diablillo que bulle en la copa de oro...

Octubre. Hay varias notas en mi diario, en las que se ligan elementos heterogéneos a la simple vista: los Hors d'oeuvres de la *Braserie Universelle* y *Azul*; *Prosas Profanas*, y el Pilaf del Café la Paix; las ancas de rana de Chez Margueritte y *Era un aire suave*; *El Coloquio de los centauros* y los picantes de un sórdido figón oriental del Barrio Latino; el candor y la sabiduría de *Cantos de Vida y Esperanza*, con el *canard rotis* de la Tour d'Argent; su emoción de hinojos ante León XIII y las romerías por callejuelas grávidas de pecado. El poeta vive y canta en su época, en su mente se alían todos los placeres; le place el buen vino añejo y la Biblia, el automóvil y el castillo medioeval; la Venus Mutila y la equívoca chicuela que trota por los boulevares al crepúsculo; el sayal franciscano, las levitas inglesas y su uniforme diplomático; frecuenta excelentes cocineros y autores inmortales, y si peca, Señor, como el místico de *Sagesse*, ofrece paralelamente y a guisa de penitencia, diarios milagros de bellezas.

Octubre 25. Después de comer detestablemente en la Gare Saint Nazaire, de reír los chistes de Bonafoux, embarcamos en el tren de Le Havre. En el andén quedan, entre los adioses, una actitud heroico-cómica del carlista señor Romajarra y un gesto de ira hecho contra el poeta por las manos que fueron bendecidas enlazadas a las suyas. El tren corre por los campos dormidos, el poeta apura vino de coca Mariani y me relata su vida, largo infortunio, lleno de poesía: un abuelo asesinado, el padre descaecido, una tía que sembró el ánimo infantil de temores que aún perduran y le dio este nombre, que a D. Ricardo Palma le plugo pseudónimo; el amor de Stella, el viaje a España, y luego esta cadena que en breve romperá el divorcio, y nuevas peregrinaciones, desventuras y triunfos. Y hoy, propósitos de fortaleza, de método en la obra, fama y honores. Y siento en la noche cristalizarse una lágrima, el dolor y la debilidad se deslían en el reconstituyente Mariani. El tren se detiene junto a La Provence.

Y cuando el trasatlántico zarpa rumbo a New York, ignorando



que conduce gloria positiva, el más alto poeta de la raza en esta hora, el arado vigoroso que ha roto la tierra renovando el pensamiento poético en el solar español de ambos mundos, me alejo soñoliento por las calles del puerto normando y a pesar de la niebla, del coche y las casas ciudadanas, de la envidia y las rivalidades, de él, de mí mismo y de todos, contemplo un ala blanca, águila o paloma, que vuela por campiñas en flor.

TULLIO M. CESTERO



DARIO Y LA CULTURA AMERICANA (55)

“SOLO EL HOMBRE que ha captado con la cámara de su experiencia y de su talento las fotografías sociales de los paisajes del mundo, es digno de la vida”, dice Zawonovich. Y a nadie más que a Tulio M. Cestero se le puede aplicar este concepto del gran filósofo polonés, porque ya lo escribió Henry de Bronteux: “Tulio M. Cestero es un varón cuya lucidez mental le permite hacer presagios ineluctables y que habla por sus labios la experiencia de todos los siglos. Infatigable viajero que desde 1907 hasta hoy ha vivido en La Haya, en Washington, en Madrid, en Roma, en La Habana, en París, en Buenos Aires, en Montevideo, en Río de Janeiro, en México, en Caracas, en Lima, en Santiago de Chile, auscultando las palpitaciones del mundo”. La erudición de Cestero no es el archivo frío y árido de fechas y nombres. Es la enciclopedia vivaz y espiritual en la que la perspicacia se confunde con la adivinación”. Con efecto, tiene la figura corporal de los grandes hombres, y con su aguda inteligencia se ha ido por todos los caminos del orbe a recoger en sus alforjas peregrinas de sociólogo la idiosincracia de los pueblos.

Novelista de incommensurable sentido psicológico para inculcarles a los personajes el hálito humano, que los mueve a obrar. Ensayista de acertado contenido conceptual. Orador parlamentario y académico de verbo suelto y ágil como su estupenda pluma de prosista. Hombre que capta con asombrosa universalidad los más variados problemas, los que trata sin amaneramientos, con la sencilla belleza de su estilo. Es un diplomático nato, que se caracteriza por la parquedad de sus palabras, por la responsabilidad de sus conceptos, por la agudeza de su talento, por la elegancia de sus modales y la original finura de su exquisita conversación. Es un hombre sencillo y de elegante pulcritud en el vestir.

(55) Con el título de *Habla un confidente de Rubén Darío. El Embajador Cestero y la cultura americana*, el periodista colombiano Félix Raffán Gómez publicó en *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, julio 1º de 1944, la presente entrevista con el doctor Cestero, que en su parte fundamental se refiere a Darío. Se reproduce íntegra.



Me acerco a él en uno de los pasillos del Hotel Granada, en donde discurre con paso lento y ademán pensativo. Su Excelencia, quiero hacerle un reportaje para *El Nuevo Tiempo*, ¿gusta concederme unos cuantos minutos? Sí, con muchísimo gusto. Comenzamos y lo interrogo:

—¿Cómo inició su carrera literaria y a qué instituciones pertenece?

—Me inicié en el periodismo de mi patria antes de los diez y siete años y aún no cumplidos los diez y ocho sustituía a Fabio Fiallo, poeta, cuentista y amigo dilecto, en la dirección de la revista *El Hogar*, en Santo Domingo.

A los diez y ocho años, atraído por el fulgor del modernismo, en 1895, realicé mi primer viaje al extranjero: a Caracas, la Sultana del Avila, que Pérez Bonalde consagra así en poema famoso. Allí los “nuevos” agrupábanse en dos revistas: *Cosmópolis*, dirigida por Pedro Emilio Coll y Pedro César Dominici, y *Letras*, por Leopoldo Torres Abándaro y Santiago Key Ayala; y los “viejos”, en el *Cojo Ilustrado*, en cuyas páginas también figuraban los de la generación intermedia, entre otros, Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, César Zumeta, Andrés Mata, Gabriel Muñoz, Vicente Romerogracia, Gonzalo Picón Febres.

Dos personalidades literarias erguíanse entonces en el Continente: Rubén Darío en Buenos Aires y José María Vargas Vila, éste a la sazón en Caracas. El tremendo Sagitario tenía su tribuna en *Hispano-América*, revista que editaba en New York, en donde para entonces había publicado *Los Providenciales* y *Copos de Espuma*. Todavía no firmaba enfáticamente Vargas Vila y rompió su última lanza contra el Modernismo en brillante prólogo de *Pentélicas*, de Andrés A. Mata.

Ocupaba Vargas Vila en Caracas los altos de una talabartería lo que aprovechaba para agudos chistes, pues el gran panfletario era ingenioso y cáustico en la *causerie*. Vargas Vila puso en mis manos un libro de Villemain, el Secretario de la Academia Francesa, mientras César Zumeta me recomendaba la lectura del formidable don Francisco de Quevedo y Villegas: yo prefería a Maurice Barrés.

Las tertulias literarias se reunían en casa de Vargas Vila, unas, y otras, al aire libre en tarde y noches bajo las acacias de la Plaza de Bolívar, como opinaba el académico Julio Calcaño que debía decirse y no Plaza Bolívar, y éstas, algunas noches terminaban en los cafés o se prolongaban hasta los jocundos amaneceres entre las frondas de la colina de El Calvario.



En la primavera de 1896, abandoné la jovial bohemia caraqueña por New York, la metrópolis del País de Hierro, que dijo Rubén Darío en su canto al “buen viejo y sereno y santo” que fue Walt Witman. Encendida de nuevo la guerra libertadora en Cuba, rebosaba New York de emigrados patriotas cubanos, entre ellos dos próceres de las letras: Enrique José Varona, poeta y filósofo, maestro por la ciencia y el civismo y Manuel Sanguily, fulgurante en la tribuna y apasionado y disertado en la polémica. Y el poeta Enrique Hernández Miyares, director de *La Habana Elegante*, la revista que fue la antorcha del numen de Julián del Casal, uno de los precursores del modernismo. También había plantado su tienda de proscripción en New York, años antes, el venezolano Nicanor Bolet Peraza, escritor donoso y espíritu cordial que acogía a unos y a otros, es decir, a todas las escuelas y tendencias, en su revista *Las Tres Américas*, la cual hacía a la vez la propaganda de las “Píldoras Tocológicas”, patentizado muy en boga que heredara de su padre el doctor Nicanor Bolet. De ahí, que la mordacidad de Vargas Vila sindicara a los colaboradores de esa revista de “reputaciones tocológicas”. Mas dominaba el ambiente latino de la isla de Hierro, el verbo de maravilla de José Martí, caído meses antes de “cara al sol” en la ardiente manigua cubana.

De regreso en mi patria en 1897, participé activamente en el periodismo y en la revista literaria *La Cuna de América*, que dirigía Miguel Angel Garrido, vibrante periodista y uno de nuestros más gallardos prosadores. En 1898 publiqué mi primer libro *Notas y Escorzos*, con el formato de los *Croquis Parisienses* de Huyssman (Pour epater les bourgeois). Impresiones, de un temperamento de veinte años, a través de libros de Vargas Vila, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro César Dominici, Pedro Emilio Coll, José Enrique Rodó y Pierre Loys, y armado con él, volví a Caracas a fines de ese mismo año y permanecí en Venezuela hasta fines del siglo, es decir, de 1899. Entonces ya la gente moza predominaba en *El Cojo Ilustrado*. *Las Montañas de Oro* de Leopoldo Lugones suscitaban aplausos a través del Contingente y en los corrillos literarios, en las redacciones y de la Plaza Bolívar encendería a poco los comentarios de plumas y lenguas el poema *Los Burritos*, que le siguió, del gran poeta trágicamente muerto en 1937, sin que su personalidad hubiese menguado en la admiración continental.

Figuré, pues, en el grupo modernista caraqueño, en ambas estadas, a tal punto, que Gonzalo Picón Febres me incluye como venezolano en su *Historia de la Literatura Venezolana*, e incurre ade-



más en otro error de monta, atribuyéndome influencia en ese movimiento literario, que ya había logrado frutos tan en sazón como *Sensaciones de Viajes*, de Díaz Rodríguez; *Palabras*, de Pedro Emilio Coll, y las novelas *Tristeza Voluptuosa* de Dominici y *Sangre Patriótica* de Díaz Rodríguez que, como el primero de los libros citados, escritos en Europa, y *Mimi* de Cabrera Malo, que seguía la tendencia realista iniciada años antes por *Peonía*, de Pedro Vicente Romero-gracia.

No he pertenecido a instituciones ni academias exclusivamente literarias. Sí soy miembro del "Instituto de Derecho Internacional Americano", y correspondiente de la Academia Nacional de la Historia Argentina y del Instituto Argentino de Derecho Internacional y del San Martiniano de Colombia.

—¿Cuál ha sido su carrera diplomática y en qué países la ha ejercido?

—Ingresé en el Servicio Exterior de mi patria en 1906 como Cónsul General en Hamburgo y desde entonces he representado a mi patria como Jefe de Misión en Cuba, dos veces; en Argentina, tres; en España y en Chile, dos veces en cada uno; en Italia, en Brasil, Uruguay, México y Caracas. Y en Misiones Especiales en Roma, en su cincuentenario como capital del Reino de Italia y en Lima en el Primer Centenario de la Batalla de Ayacucho. Y en la Segunda Conferencia de la Paz y de La Haya, en 1907, como Primer Secretario de la Delegación y como Plenipotenciario en las Conferencias Panamericanas de Santiago de Chile (1923), La Habana (1928), Montevideo (1933) y Lima (1938) y en la Inter Americana de Consolidación de la Paz, de Buenos Aires (1936).

—Refiérame algo acerca de su amistad con el gran Rubén Darío.

—Frecuentaba en París en la Primavera de 1907 el taller de Tito Salas, a quien solía servirle de modelo para la figura del Libertador en el magnífico tríptico que decora el Capitolio de Caracas, y en una de esas ocasiones, el pintor mexicano Montenegro, me dio la dirección de Rubén Darío, 3 rue Corneille, frente al Teatro del Odeón, advirtiéndome que el Maestro escondíase a los visitantes.

UN APRES MIDI, toqué la puerta del primer piso que ocupaba Rubén Darío, y el FAUNO (sea dicho para completar el título del célebre poema de Mallarmé), envuelto en bata marrón me abrió en persona. Después de una media hora de conversación, advertí que no me había nombrado. Repúsome: "Cestero" lo he reconocido por los "retratos". Referíase sin duda a los que aparecían en revistas americanas. Rubén Darío era parco en la conversación, pero en aque-



lla primera entrevista, versó mayormente acerca de guisos de nuestro trópico que el Maestro evocaba con deleite, en especial, el MONDONGO de su nativa Nicaragua. Seguí frecuentándole por aquellos días, y alguna vez en compañía de Luis Bonafoux, en excursión gaudiente nocturna. En el otoño, Rubén Darío partió para Nicaragua, a donde proponíase incoar proceso de divorcio. Le acompañé hasta El Havre en tren, y en el trayecto me refirió toda su vida, para que escribiera, díjome, de ella, después de muerto. En subsiguientes estadas en París en 1910, 1911, 1912 y 1913, continuaron nuestras amistosas relaciones. Una vez, Rubén Darío expresóme el deseo de que pusiese yo prólogo a un libro suyo. Le expuse con franqueza, que sólo la expresión de la verdad justificaría un prólogo en un libro suyo. "Déjame, pues, pensarlo", replicóme, y días después, me dijo: "Es mejor que no lo escribas". A fines de 1913, en vísperas de regresar a mi patria, una tarde me encontraba en un bar del Boulevard con Enrique Gómez Carrillo, cuando recibimos recado de Rubén Darío, que se encontraba en otro cercano para que nos reuniéramos con él; pero Gómez Carrillo, declinó la invitación. Jamás fueron cordiales ni asiduas las relaciones entre ambos ilustres centro-americanos. Los dos muy sensibles a la crítica y que Gómez Carrillo, solía interrumpir con alusiones injustas y aun con menciones mortificantes en la prensa madrileña. Rubén Darío, generoso de ánimo y con orgulloso concepto de su superioridad indiscutible, años antes en comentario íntimo conmigo tuvo esta donosa definición de la actitud de Gómez Carrillo: "qué tiene que ver la BELLA OTERO con SARAH BERNHARD (56)".

(56) En su artículo *Rufino Blanco Fombona*, publicado en el diario de Bogota, *El Tiempo*, del 26 de noviembre de 1944, dice el doctor Cestero:

"En publicaciones bogotanas he leído ahora, referencias, una, de un duelo de Rufino Blanco Fombona con Enrique Gómez Carrillo y otra de haber terminado la amistad entre ambos porque Blanco Fombona le rompió a palos la cabeza a Gómez Carrillo que le defendiera a Rubén Darío de despectivo desplante. Jamás supe de tales ocurrencias. No habría Gómez Carrillo asumido tal actitud, pues puso siempre punzantes espinas en sus relaciones con el máximo poeta de América y tampoco habría sufrido tal afrenta. Gómez Carrillo no rehuía los duelos, antes bien los provocaba como propaganda de su personalidad y como esgrimista; se escribió en *Le Temps*, en ocasión de un lance de honor en que hirió a su contrincante, que la esgrima de Gómez Carrillo era "tres dangereuse par ce que pleine de surprises".

En cuanto a temperamentos disímiles, nunca hubo dos que lo fuesen tanto como el de Rubén Darío, pusilánime, tranquilo, benevolente, y el de Rufino Blanco Fombona, impulsivo, batallador e intolerante. Si les separó poco tiempo desavenencia pueril por haber pretendido Blanco Fombona que Darío, como director (que lo era titular no más) de *Mundial*, le apoyara en una reclamación pecuniaria contra la administración de esa revista, y ante la negativa de Darío, Blanco Fombona dio colérico tal puñetazo en una de las paredes de la habitación en que se encontraban, que el recuerdo persistió en la imaginación de Rubén, a tal punto, que cuando mucho después, acaso dos años, a fines de 1910, le di la noticia de la próxima llegada de Rufino Blanco Fombona a París, en la



¿—A qué movimiento de la generación literaria de su patria pertenece?

El modernismo se inició en ella conmigo y en cuanto a mi ubicación nítida en determinada generación no la intentaría, pues aquellos que fueron amigos y camaradas de letras me superaban por lo menos en una década y por la forma y los sentimientos habrían de clasificarse clásicos y románticos. Fabio Fiallo, en cuya canción galante influían Heine y Becquer; Américo Lugo, prosador castizo, comentarista brillante del Juan Montalvo de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y de los *Siete Tratados*; Arturo Pellerano Castro, cuyo pseudónimo BYRON lo definía; Enrique Henríquez y los hermanos Gastón y Rafael Deligne, que en el verso y en la prosa continuaban las normas clásicas aunque les penetraba como a todos la "Nueva Sensibilidad", para usar una expresión en varios años posterior.

—Refiérame algo del movimiento científico y artístico de su patria.

—Desde la creación de la República Dominicana, en 1844, hasta su restauración política en 1865 los dominicanos lucharon por las armas heroicamente, primero (doce años, de 1844 a 1856) para separarse de Haití que los había sojuzgado veinte años con vilipendio de su cultura tradicional y en seguida, de 1861 a 1865, contra España, a la cual había sido anexada la República por infidente gobierno. Y una vez reafirmada la independencia, en esta segunda empresa libertadora, advino poderoso el espíritu nacional, que no obstante las vicisitudes trágicas propias de las penurias económicas y las revoluciones generadas por el caudillaje, logra consustanciar la independencia con la cultura tradicional, la hispano-americana, que en aquella tierra tuvo cuna gloriosa.

En las dos últimas décadas del siglo XIX, dos grandes personalidades señorean el ambiente cultural encauzando ese movimiento: La una, Monseñor Fernando Arturo de Meriño, adalid contra las tendencias anexionistas y en defensa de las libertades públicas, que presidió al par el Estado (como presidente constitucional) y la Iglesia (como gobernador eclesiástico) de 1880 a 1882, y que pasó del solio del Poder Ejecutivo a la Rectoría del Instituto Profesional, en

misma habitación, me repuso: "Nos matará a todos" y señalando la intacta pared, agregó: "Ahí pegó, ahí pegó", como si en ella estuviese la huella del puño. Pero no obstante y además de otras opiniones igualmente acerbas y apasionadas, las relaciones continuaron cordiales entre ellos y más de una vez nos reunimos complacidos en casa de Rubén Darío, en el número 3 de la rue Herschell."



receso de nuestra Universidad, la más antigua de América, pues fue creada en 1538, y a la del Seminario Conciliar, y en 1885 a la Silla Episcopal Primada de América como Arzobispo de Santo Domingo.

La otra: Eugenio María de Hostos, nacido en Puerto Rico, pero con sangre dominicana en las venas, que después de haber luchado con singular denuedo por la independencia de Cuba y de Puerto Rico, en el Continente, desde New York hasta Magallanes, con etapas en Cartagena de Indias, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires y Río de Janeiro, cuando le sorprendió la tregua de 1878, plantó su tienda en Santo Domingo, que él denominó la Antilla-Centro, o sea, el centro de la Unión Antillana, el sublime ideal que impulsara como director de nuestra Escuela Normal de 1880 a 1889, al mismo tiempo que abría surcos a los conocimientos científicos para la conquista de la Verdad.

Meriño, eximio orador sagrado y parlamentario, hombre de acción y de pensamiento, era MAGISTER PER SE; y Hostos, una de las más augustas personificaciones del pensamiento americano, sabio y soñador, derramó las luces de su mente en la Normal y en el Instituto Profesional, en lecciones que, recogidas por sus discípulos, forman los volúmenes de su *Moral Social, Derecho Constitucional y Sociología*. En la primera hornada de Maestros Graduados en la Escuela Normal, Hostos pronunció un discurso que Antonio Caso, ilustre pensador mexicano, ha calificado como el ápice de la filosofía en la América de habla española.

A la par alcanzaron plenitud las manifestaciones artísticas: en música con José Reyes el autor del Himno Nacional, uno de los cantos más viriles y hermosos de cuantos interpretan los anhelos de libertad y dignidad en América. En pintura y escultura con Luis Desangles y Abelardo Rodríguez; el primero, hijo de francés, de factura clasicista, y el segundo que unió las dos artes mencionadas, crio-llo romántico; pero ambos autodidactas y que dignificaron la raza indígena en la tragedia del Cacique Caonabo, el primero en rebelarse contra el Conquistador hispano. Luis Desangles en cuadro que exhibióse en la Exposición de Chicago, conmemorativa del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, y Abelardo Rodríguez en estatua que si todavía espera la perdurabilidad del bronce, lo será sin duda en breve, pues en el país se cuenta hoy con los elementos adecuados para fundirla.

Dos figuras se han destacado en el curso del presente siglo, entre otras, en el movimiento científico: Luis Manuel Betances, médico cuyos estudios y experimentos sobre la sangre humana le dieron



fama en Europa e infortunadamente interrumpidos por la muerte en París, que fue el centro de sus meritísimos esfuerzos en luchar contra la pobreza, sufrida con estoicismo para no trocar su ciudadanía por una cátedra universitaria, como le urgieron colegas franceses. La otra, Rafael María Moscoso, que ha consagrado más de medio siglo a las investigaciones acerca de la flora de nuestra isla, en la escuela y en el terreno, trepando hasta las cumbres de la Cordillera Central, a más de tres mil metros de altura. Tan prodigioso esfuerzo ha cuajado en una obra: "Catalogus Florae Domingensis" (Catálogo de la Flora Dominicana), cuya parte ISPERMATOPHYTA (volumen de 732 p.), publicose en New York en 1943 dedicado a Eugenio María de Hostos, "Magistro Carissimo viro illustrissimo educatori at que philosopho eminente factorio benevolentissimo", por disposición de la Universidad de Santo Domingo y con el patrocinio del Presidente Trujillo. En la Era de Trujillo, la extraordinaria obra realizada por el estadista y gobernante que conduce los destinos de la República, sin precedente en el país, que como exposición máxima de dominicanidad ha cerrado con sólido broche de oro el primer siglo de nuestra cultura autóctona, el movimiento científico y artístico ha alcanzado grande auge: en la enseñanza vigorosa e inteligentemente reformada desde la Escuela Primaria a la Universitaria con un presupuesto de dos millones de dólares en cuatro años y cuya primera unidad inaugurase en el presente. El Departamento de Bellas Artes es parte de la Secretaría de Estado de Educación Pública y en la ocasión fausta de nuestro primer centenario, una exposición ha reunido centenares de pinturas de jóvenes artistas dominicanos y nuestra orquesta sinfónica puede parangonarse con las de otros países hispanoamericanos.

—Cuénteme en forma suscita el valor en su concepto de las figuras más excelentes de su patria en el orden poético.

—Aunque no soy juez para ello, quiero citar aquellos que más han sobresalido: Salomé Ureña de Henríquez quien con estro viril esgrimió "la alta espada del canto" (según la feliz expresión de Díaz Mirón y también eminente como educadora. José Joaquín Pérez, uno de los primeros de América en inspirarse en la raza autóctona, en sus *Fantasías Indígenas*. Arturo Pellarano Castro que aportó a nuestra poesía la estampa del campesino y la amena belleza de nuestros campos. Varios otros sería justo citar, pero por el imperativo de tiempo he de limitarme para completar el resumen que se me pide a reproducir el siguiente párrafo de una conferencia, breve exégesis del primer siglo de nuestra cultura autóctona, en el que evocé con honda emoción a cuatro poetas:



“Rafael A. Deligne que purifica su mente en el martirio de su vida; Gastón F. Deligne que ante el destino sañudo rompió el más opulento numen de nuestra poesía. Enrique Henríquez, tan generoso de los bienes materiales como de los dones del espíritu; y el último, que acaba de rendir el penacho lírico con la vida en la tierra hermana de Cuba, Fabio Fiallo, galante y viril, cuya canción patriótica vibrará por siempre en el corazón dominicano y cuya canción de amor aleteará perenne en las rejas de las bellas mujeres”.

—¿Cuáles han sido sus obras escritas?

—En gracias a la brevedad sólo he de mencionar los libros literarios e históricos:

La primera, ya citada, *Notas y Escorzos* y *El Jardín de los Sueños*, editadas en la patria. *Citerea*, *Sangre de Primavera*, *Hombres y Piedras* y *Estados Unidos y las Antillas*, en Madrid. *Ciudad Romántica* y *La Sangre*, novelas, en París. *Colón*, (Conferencia sobre la nacionalidad y la tumba del Descubridor de América), en Buenos Aires, y *César Borgia*, la última, en México, D. F., en 1937.

De la novela *La Sangre*, en la que osé interpretar a mi generación, el distinguido profesor universitario Alberto H. Gorberich, que actualmente reside en Bogotá como agregado cultural de la Embajada de los Estados Unidos, ha preparado una edición escolástica para uso en los colegios y de las universidades de los Estados Unidos.

—¿Cómo considera usted el movimiento cultural de América y en qué sentido estima que debe realizarse mejor?

—La civilización cristiana ha engendrado en el Nuevo Mundo dos grandes culturas: la de la gran democracia del Norte y la de las democracias hispano-americanas, o ibero-americanas para mejor abarcar a la de origen portugués. La compenetración de ambas en esta hora terrible del mundo, ha producido la democracia solidaria que juntas la defienden contra las fuerzas del mal desencadenado en los otros continentes. Tal acción conjunta le demarca ruta recta y amplía al desarrollo de ambas grandes culturas, cuyo equilibrio, por el libre juego de las fuerzas morales genera la civilización propia de América. La civilización que, sin exclusión de razas ni de credos, satisfaga el derecho de todos los hombres a la libertad y al bienestar. Así el Nuevo Mundo corresponderá a la esperanza que la humanidad cifra en él desde su descubrimiento.

—¿A quién considera usted la primera figura literaria de América en todos los tiempos y por qué?

—Es ambiciosa la pregunta, tanto, como sería osado contestarla, ni aun con respecto a la América de habla hispana, en cuyo pensa-



miento desde la emancipación alcanzaron la categoría heroica: Bolívar, Martí, Hostos, Sarmiento...

Pero cada una de nuestras naciones ha podido ostentar con justicia en los diversos géneros literarios auténticos próceres: Bello, Cuervo, Montalvo, Rodó entre los humanistas; novelistas como Galván (dominicano), el brasileño Graca Aranha; y entre los poetas: Díaz Mirón, Valencia, Chocano, Silva... Pero, sin duda por el dominio del instrumento poético si no por el sentimiento, ¿no le corresponde la primacía a Rubén Darío?...

FELIX RAFFAN GOMEZ



EL ALMA CANDOROSA DE RUBEN DARIO

Por FABIO FIALLO

ESTABAMOS EN 1911. El mes no lo recuerdo ya. Desde hacía ocho días, Rubén era huésped muy querido de mi hogar en la ciudad de Hamburgo, donde ejercía mis funciones consulares con rentas de nabab. Había llegado por tres días solamente; pero a cada amanecer su partida, con gran contentamiento mío, se posponía para la siguiente mañana, y esto no obstante las tenaces reclamaciones que de su presencia le hacían varios compromisos de París. El apartamento que habitábamos era confortable en sumo grado; y, además, se comía muy bien, se bebía mejor, y de noche nos íbamos en alegre camaradería por los barrios más aturdidos de la gran ciudad anseática. Claro que el retorno a su estrecha mansión de la *rue Herschel* había de hacersele perezoso; pues, sabido es que a él le encantaba la vida cuando la sentía deslizarse suave y esplendorosa al lado suyo.

Pero en fin había de marcharse y la víspera definitiva de su viaje la dedicamos a complacer la invitación gentil de una bellísima dama que amaba con refinada voluptuosidad el trato de los artistas, y muy especialmente el de los poetas, a quienes ella podía interpretar con clara percepción en tres lenguajes romances: el francés, el español y el italiano.

Su té de los sábados en el gran salón señorial, era dedicado a personajes de altos valimientos en la política, la banca y el comercio; gentes entre las cuales movía sus actividades de agente de cambio el dueño de la casa. Pero, a su té informal, a su té de cualquier día, a su pequeño té "espiritual", como lo llamaba ella, solamente tenían acceso los grandes artistas que pasaban por Hamburgo; circunstancia que los hacía tan exclusivos que nunca vi concurrir a ellos más de cuatro o cinco invitados a la vez. Además, tenía por bien sabido que este esparcimiento de una charla sobre motivos de arte y fina mundología, nunca se prolongaba más allá de las 7 de la noche.

Aquella tarde los únicos convidados éramos Rubén y yo, y desde nuestra llegada, ya pude advertir en las pupilas agrandadas de mi fraterno amigo el deslumbramiento que le produjo, no sólo la aris-



tocrática hermosura de la dama que nos aguardaba, sino, también, la riqueza y elegancia del saloncito en que éramos recibidos: un auténtico boudoir Luis XV, realzado con múltiples obras de arte que encantaban la vista. En verdad, no había allí un solo objeto que no fuera del más esclarecido buen gusto, como si en aquella selección de preciosas naderías se hubiera pretendido formarle marco apropiado a la belleza y distinción de la dama que lo habitaba.

Tras la aromática infusión preparada y servida muy gentilmente por la dueña de la casa con brandy, limón y sabroso cake, sobrevino el champaña en copas que eran altos lirios de bacarat con los bordes ornados de olorosas violetas de Parma; flor preferida de la hermosa dama, porque creía contarla en su blasón.

Escanciada la primera copa, se le pidió a Rubén una recitación de sus versos preferidos, a lo que accedió mi amigo con un breve preámbulo para explicar la similitud que él pretendía encontrar entre las dos composiciones que iba a decir y la dama que había de escucharlas: "Era una aire suave" por su gracia y armonía; y "Blasón", por su exquisita aristocracia.

Y las dijo con una dicción tan perfecta y una maestría tan gallarda, que al terminarlas le aplaudí con entusiasmo. Ni antes ni después oí a mi amigo recitar de tan perfecto modo. Por lo regular, Rubén era tan pésimo declamador como yo, ¡que es mucho ponderar! (57).

La cálida felicitación de su gentil oyente ornó de púrpura la frente del gran poeta, por lo que comprendí cuánto le había halagado aquella felicitación.

La segunda copa de burbujeante elixir señaló mi turno, el cual cumplí con dos poesías de factura reciente: "Seducción" y "Mi Prisión", ambas inspiradas por emociones que nuestra bella obsequiante no desconocía. Al escuchármelas de nuevo, sonrió ella complacida y por premio me extendió sus dos manos que besé con efusión, conquistándome al hacerlo así, los más encendidos aplausos de Rubén.

Mas ¡ay! el horario del reloj avanzaba impenitente y cruel hacia el 7 romano, y como claro indicio de pronta despedida, una última copita de chartreuse fue servida y escanciada con lentitud pesadosa... y entonces . ¡Oh!, entonces, surgió de improviso el más hechicero y radiante y triunfal poema de la vida. Con una acción pausada y plena de suave gracia femenina, al par que de insuperable majestad olímpica la reina de nuestra fiesta se desprendió dos

(57) Darío decía, bromeando, estas ciertas palabras: "El peor enemigo de Fabio Fiallo es Fabio recitador".



broches, deshizo un lazo, lentamente, muy lentamente, dejó rodar por su cuerpo hasta abatirse en sus pies, el pesado traje talar que encubría su hermosura, para quedar —casi podría decir— solamente envuelta en su radiosa desnudez... De tal modo la gasa salpicada de oro que modelaba sus contornos era, tan sólo, un velo impalpable que el más sutil y refinado de los ensueños había arrojado sobre el mármol candidísimo de su cuerpo... Mi compañero y yo quedamos estupefactos, hasta que él, en una súbita explosión de su éxtasis, exclamó: —¡Oh, la maravilla de las maravillas!

Y se hizo de nuevo el silencio. Un silencio tan profundo y tan espeso, como para mí no habrá su igual ni en la vida ni en la muerte. Y quizás nunca hermosura humana recibió homenaje de un entusiasmo tan ardoroso como aquel silencio con que dos poetas consagraban su adoración a la beldad insuperable de una mujer. Y os juro esto. A no ser por sus pupilas que le incendiaban el rostro, y aun pudiera decir, que iluminaban su cuerpo por todas partes, aquella carne radiosa era un mármol mudo y frío!

Ya mencioné sus ojos y fuerza es ahora hablaros de ellos. Eran verdes, de un verde tan límpido y esplendoroso, como jamás pretendió igualarlos la esmeralda más orgullosa de todos los siglos. Y era tal la fascinación que en un momento dado ejercía su extraño fulgor, que allí mismo, en aquella misma noche, nuestras miradas ávidas no volvieron a fijarse más en el impoluto mármol que Rubén había proclamado la maravilla de las maravillas... Y tres o cuatro minutos después del rasgo magnífico con que ella se había despojado de su pesado traje para pagarnos nuestros versos con el poema divino de su carne, sin que su mano hiciera un ademán, sin que su rostro se contrajera en un gesto, sin que la más mínima expresión de su voluntad se advirtiera en uno solo de sus movimientos, brilló en sus ojos, fijos en nosotros, algo tan significativo y de voluntad tan inexorable, que Rubén y yo tomamos de cualquier lugar nuestros sombreros y nuestras capas, hicimos una profunda reverencia y nos echamos a la calle... Y silenciosos y cohibidos transcurrimos hasta nuestra morada.

Y así también sin cambiar palabra, cada uno se dirigió a su alcoba para deshacerse a solas del subyugante encantamiento que nos tenía tan callados y, también quizás, tan vacíos de pensamientos.

Como un autómata me cambié de ropa y me eché a la cama. Al fin me dormí.

Mas, hé aquí que una o dos horas más tarde, alguien entra de rondón a mi cuarto, abre la llave de la luz, se me tira encima... ¡Es



Rubén! Lo creo loco cuando asiéndome por los hombros y sacudiéndome violentamente me gritó con voz de espanto: ¿Era una hama-driada no es verdad?

Y como yo, estupefacto, no le contestara, volvió a sacudirme con mayor ímpetu que la vez anterior y me dijo:

—¿Pero es que estás aún en sueño? Dime: ¿cómo puedes dormir después de haber visto aquella mujer? ¿O es que tú sabes bien que no es ninguna mujer? Dímelo, respóndeme si no quieres que me vuelva loco.

De un salto me incorporé en la cama, porque ahora le creía víctima de un comienzo de delirium tremens.

Pero, no; no estaba ebrio de mosto, sino de ensueños, de lucubración fantástica, del flúido astral que había en él, y que más de una vez había vertido en sus maravillosos cuentos y en su poesía genial.

Atraído suavemente por mí, se sentó en mi lecho y tras algunos momentos de relativa calma volvió a interrogarme.

—Dime: ¿crees tú en la existencia de las ninfas y dríadas? ¿No?... Pero hay gentes serias que juran haberlas visto... San Antonio, de cuya veracidad nadie osaría dudar, nos refiere cómo vio él en el desierto y habló con un monstruo mitad hombre y mitad corcel. Y si han existido los centauros, que son seres de repugnante catadura, criaturas tal vez del Maligno, ¿por qué negarle crédito a la existencia de las ninfas y dríadas, que por su belleza y su gracia deben ser obras de algún arcángel artista?... En cuanto a esta que se nos apareció esta noche, ¿viste cómo su carne era intocable? ¿Reparaste en el alto decoro de sus senos, plenos de suave gracia y armonía, y en la gloria inmaculada de su vientre ostentándose en una celeste margarita de oro?... ¡Oh, sus ojos!... Son ellos los que están allí; en mi cuarto, y no me dejan dormir, y no me dejan pensar, sino en un bosque inmenso poblado de seres sobrenaturales que me martirizan con la ineludible fijeza de sus miradas de un verde embrujador y homicida. Mírame, Fabio, mírame a la cara, tú sabes bien que no estoy borracho; mírame, hermano, mírame en los ojos y con tu fuerte voluntad, arráncame del cerebro todas estas ideas que yo se bien que son disparates, disparates; pero que me obseden y me persiguen y no me dejan volver a razonar.

Sin contrariarle una sola vez, sino suavemente, muy suavemente, fui induciéndole y llevándole por otras vías muy distintas a esas que lo tenían alucinado. Al principio le hablé de versos, y como esta conversación no le atrajera, le hablé entonces de mi vida guerrera



que era tema siempre de su agrado y de su infantil admiración. Y a poco rato de iniciar esta charla y contarle algunos detalles de una sangrienta pelea en las calles de Santiago de los Caballeros, ya le tenía atraído y subyugado; y entonces le increpé de este modo:

—Es esto lo que a ti te ha hecho falta en la vida, un amor poderoso y secreto que te hubiera arrastrado a desafiar todos los peligros y afrontar la muerte en un furioso ataque a otra ciudad vecina, que hube de tomar a sangre y fuego, esquina tras esquina, para ir a ofrecerle al ídolo de mis ensueños el sangriento laurel de la victoria.

—Es verdad —me dijo con su voz blanda y suave— que tú has sido un hombre de acciones estupendas; pero escucha; eso no era para mí; yo nunca hubiera podido dejar tras de mí, un hacinamiento de cadáveres, para llevarle flores ni laureles a una mujer.

Después se tendió en mi cama, y a poco era un dormido inconsciente, mientras yo pensaba en su última frase, y ya no me era dado dormir.

Por la mañana, en la hora del desayuno, me abrazó y me dijo:

—¡Ah, Fabio Fiallo, mi excelente amigo, mi buen hermano; qué bien me curaste anoche! Oh! ¡Si yo hubiera encontrado muchos como tú por el mundo, qué diferente habría sido mi vida!

Y ya en la estación me abrazó de nuevo y me dijo con la voz más suave de su cariño, como para que sus palabras no me causaran el menor disgusto:

—Oyeme, Fabio, esa mujer de anoche no es una hamadriada, como yo la creía en mis disparates, no tampoco, una sirena como tú la pintaste en tus versos; pero, huye de ella, esa mujer tiene el diablo en el cuerpo.

Y yo sonreí ante su candor; mi genial y excelente amigo no se había dado cuenta todavía de que a nosotros los poetas lo que más atrae en la mujer amada, es, precisamente, el pedacito del diablo que ellas siempre llevan en el alma y en el cuerpo.

FABIO FIALLO



MIS RECUERDOS DE RUBEN DARIO

Por RICARDO PEREZ ALFONSECA (58)

I

MI PRIMERA DILIGENCIA al llegar a París como estudiante de derecho, en el verano de 1910, fue escribir a Rubén Darío para decirle mi vehemente deseo de visitarle. Con la carta le envié un ejemplar de mi primera *plaque* de versos, de esa promesa pasmosa que, a reserva de volverse promesa pasmada, suele cualquiera dar en el trópico al frisar los quince años. Pero, una semana después de expedida, mi carta seguía aún sin contestación. Faltando pan, busqué tortas. Visité a Enrique Gómez Carrillo y a Manuel Ugarte, sin formalidades. Gómez Carrillo me recibió con suma amabilidad en el departamento de la casa número 10 de la calle Castellane que él habitaba a la sazón, en la que había un no sé qué acusador del desapego del dueño y una mesa imperio cubierta de libros entreabiertos y esparcidas cuartillas, materiales tal vez para el libro de un viaje por hacer. Salimos juntos. Su negro sombrero aludo de fieltro parecía jactarse del voluntario desorden de los cabellos y la suave mala intención de los ojos. Como quemada maleza era el bigote, entre el volcán yacente de la nariz y el infierno de la boca. Caminaba como un señor por su señoría. Y a ratos portaba debajo del brazo el bastón de notorio puño redondo surgiendo una acción refleja de tambor mayor vestido de paisano. Qué diferencia entre el Gómez Carrillo de la casa y el de la calle. El aire de los boulevares parecía embriagarle como un filtro de travesura. Decía cosas como esta: "cuando Rubén Darío tenía talento..." Lo dejé a la puerta del Café Napolitain, donde él solía ser rey o paje, según la compañía. Y fui a ver a Manuel Ugarte. Aunque en aquel saloncito de la calle la Boetie lleno de con-

(58) Trabajo inédito, inconcluso, que agradezco a su autor. El doctor Pérez Alfonseca publicó en el diario *La Opinión*, de Ciudad Trujillo, 1º febrero 1943, el artículo *Rubén Darío y Compañía, París 1910-13*, como primera parte de una serie de artículos que no pasó de ahí, lamentablemente. No se reproduce por estar en parte refundido en las presentes páginas.



tertulios predominantemente rioplatenses quedaban asientos vacíos, Ugarte prefería estar de pie, como ante una cámara cinematográfica de inmortalidad, queriendo salir de cuerpo entero en la película. Su mismo color de bronce nuevo diríase debido a uno de esos afeites de que se valen los actores para que la piel resulte fotogénica. Hasta la ligera crispatura natural de su pelo era como producto de laborioso proceso capilar. Su rigidez, el traje planchado ejemplarmente, la notoria eficacia del tratamiento de postrapadura, dábanle cierto aspecto de maniquí. Alguien dijo:

—¡Che!, el que ha estado a punto de crepar después de una punta de mamúas feroces ha sido Rubén Darío: por poco su macanudo *Canto a la Argentina* es su mate del estribo.

Lo que según me explicó Ugarte quería decir que Rubén Darío había estado gravemente enfermo a consecuencia de una serie de borracheras feroces, por lo cual le faltó poco para que su magnífico *Canto a la Argentina* fuese su canto de cisne.

Esa mala noticia me causó el efecto benéfico de hacerme suponer que el silencio de que el Maestro hacía objeto mi carta era resultado del mal de Poe y de Verlaine, y no del olímpico desdén al cual venía yo atribuyéndolo. De todos modos, el mil veces razonable interés en informarme de la salud del inmortal enfermo justificaría que yo llamase a su puerta. Y con ese intrépido designio tomé un taxi. Al atravesar el Sena, me acordé del Rubicón.

II

Yo me sabía de memoria la breve calle Herschel, uniendo al familiar Boulevard Saint Michel la recatada Avenida del Observatorio, en forma de H. Desde sus cuatro esquinas me había detenido varias veces, a considerar la puerta de la casa número 4, queriendo con ello consolar y logrando sólo exarcerbar esta esperanza de trasponerla que ahora -- ¡al fin! -- iba a realizarse.

Hice sonar la campanilla y la puerta apenas entreabrióse, y una cara de sirvienta trasnochada apareció riendo nasalmente, mostrando sus dientes como un anuncio de pasta dentífrica.

—¡Pero, Genoveva, qué tonta eres, mujer! —protestaba allá adentro una voz femenina que se acercaba.

Y a Genoveva sucedió una mujer joven pero fatigada. Tenía el aspecto de las honestas y resignadas amas de casa que no buscan sucedáneos de su frustrada felicidad doméstica. Sonrió hospitalariamente y vigilante cuando murmuré mi nombre; y me dijo que ella



era "Francisca" o, si yo prefería, "Paca". Todo ello dicho bíblicamente. Pues ella sabía bien que nadie ignoraba cómo su vinculación con el Maestro no estaba bajo la ley, pero, sí bajo la gracia. "Princesa Paca", llamóla Amado Nervo. Le expliqué lo más discretamente que pude cuál era el único objetivo de mi llamada. Ella pareció tan embarazada como agradecida, sabiendo igualmente que nadie tampoco ignoraba de qué enfermedad solía sufrir a menudo el Maestro; aunque ella me explicaba ahora, convencionalmente, que todo había sido "un serio resfrío que felizmente había pasado ya". Y agregó:

—¡Qué casualidad!, esta mañana estuvo *él* leyendo el librito de versos que usted le mandó con su carta. Me dijo que le iba a escribir citándolo para el domingo... Con que, dése por enterado. Y me introdujo en la antesala.

—Esta es mi hermana, y se llama María —me explicó presentándome a una jovencita de embridados y encendidos ojos, de relucientes trenzas castañas. O ella era sumamente pálida, o sus labios eran extremadamente rojos.

Junto a ella, en un diván, un gato verdinegro se encogía y estiraba como un acordeón, excitado por un infante que tenía aire enfermizo y voluntarioso, el aire privativo de los niños que crecen rodeados de ese cariño morbosamente complaciente por la confluencia de remordimientos paternos y maternos compasiones.

—¡Güicho, ten cuidado!

Y la voz de María era tan dulce como su propio nombre, y tan caprichosa como el apodo del niño.

Pesó y sopesó Francisca, en la balanza del diálogo, mis contestaciones al cuestionario de estilo al cual la cortesía hace que uno someta a los recién llegados para mostrarles especial simpatía; pero que, en este caso, estaba matizado de preguntas propias de la cautela con que Francisca trataba, indagadoramente, a quien podía volverse un visitante asiduo del Maestro. Y en esa situación, ambos nos complacíamos, pues si ella satisfacía su indagación con mis respuestas, yo, con sus preguntas, satisfacía mi vanidad al tener una oportunidad de decir mi autobiografía que, entonces, a los dieciséis años era inagotable.

Pero, hasta lo inagotable tiene fin. Y tendiendo la mano a Francisca, dije:

—¡Hasta el domingo, pues!... ¿Cuántos días faltan? Miércoles, uno; jueves, dos; viernes, tres; sábado, cuatro; domingo... ¡Qué lástima que hoy no sea sábado, por lo menos.



Ellá exclamó, con una compasión que se adivinaba apenas en el acento habitual de mando con que hablan las castellanas:

—¡Espere un momentito!

Y al punto hizo mutis por una puerta interior.

Entre tanto, María me había dicho que volviese a sentarme; pero, sin mirarme, cual si únicamente tuviese ojos para el niño y para el gato. Rehusaba conversar, paloma que rechazara el alpiste, desconfiada. Y cuando creíase obligada a contestarme hacía a regañadientes, a tirones como se mueven sin caer las frutas pintonas en las altas ramas apedreadas.

Volvió Francisca con aire de triunfo y designando al Maestro con la evasiva expresión usada cada vez que lo aludía, me declaró que él iba a recibirme en seguida. ¡Ah, mi agradecimiento a la "Princesa Paca"! ¡Hada Paca!, la llamé yo en mi interior.

Para expresarme a la manera de aquel filósofo pragmatista, muy en boga en 1910, William James, quien proponía que no lloremos porque sufrimos, sino viceversa, diré que sentí el miedo en que se resuelve cierto calofrío de estómago. Gómez Carrillo y Ugarte eran héroes; pero, Rubén Darío era un dios.

Y así, conducido y dejado por Francisca, me encontré, como frente a un cuadro impresionista visto a distancia inadecuada, en un saloncito con muebles de laca blanca y cretona del mismo color a rayas azules; con un piano con un retrato —que luégo supe era del general Santos Zelaya— en la erapapelada pared a la cual se arriaba el sofá; y otro retrato, del Maestro y mi ilustre compatriota el poeta Fabio Fiallo, en la pared opuesta, encima de la repisa de la chimenea, en el lugar destinado ritualmente a un espejo. Y del mismo modo vi la calle a través de las albas cortinas caladas que velaban los cristales de dos ventanas gemelas. Acentuábase en el saloncito esa aparente calma, palpitante de inquietud, que invadía toda la morada; un ambiente de habitación en que se empeñaran en dormir a un niño enfermo, sensación para mí subrayada por el ruido de los tranvías "Montrouge-Gare de l'Est" que pasaban por el inmediato Boulevard Sr. Michel, igual al de los carros en tal canción de cuna de Grieg.

Y como en el saloncito —que a fuerza de claro y limpio me parecía ahora no tener rincones— había dos puertas interiores además de la que lo comunicaba con la antesala, yo miraba, azorado, hacia una y otra, alternativamente, sin saber por cual de ellas iba a aparecerme Apolo en su santuario.



III

Sin embargo, la emoción de encontrarme con el Maestro como personalidad, como genio, fue anulada por la sorpresa que me causara como persona, como figura. Aunque el ambiente de su casa había-me puesto en guardia contra los testimonios que acerca de la bohemia del Maestro confluían en su leyenda personal, quedé vivamente sorprendido al verlo. Un bohemio puede habitar, a pesar suyo, en una casa donde otros imponen la dignidad del orden; pero, ¿quién habría podido imponer a un bohemio tan cabal contextura de gran señor como la de este que parecía cuidar su cuerpo como un templo? En realidad, esa sorpresa era harto gratuita, pues debíase a la circunstancia rutinariamente humana de que mi memoria había acogido lo que se decía del maestro con más facilidad que lo que él dijera de sí mismo. “Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes; gusto de gentes de maneras elegantes”, había él confesado ya.

Ello era que al ver al Maestro había que suponerlo portador de etiquetas de las más exclusivas firmas de sastres y zapateros del otro lado del Sena, o del Canal. Parecía empeñado en atenuar o disimular, como una indiscreción, su orgánica majestad bajo una apariencia de timidez que ponía al temeroso recién llegado a sus anchas. Y no obstante haber aludido años atrás a su “cabello gris”, tenía aún oscuras hasta las sienas; como si lo de gris hubiese sido, en la época de la *Canción de Otoño en Primavera*, más cantado que constatado. La inundación capilar, por otra parte, apenas empezaba a retirarse; por lo que no eran todavía notorios los aluviones que la grandiosa frente se anexaba. Sobre las narices remachadas, empiñábanse unos ojos de almirante.

Me acogió el Maestro con palabras encogidas y apresuradas. Diríase que sus labios se ruborizaban al llamar la atención. Señálome un sillón, y sentóse él mismo en el extremo de un sofa contiguo.

A causa del falso catarro producido por la ablución reciente, usó de un pañuelo que esparció en torno un recatado aroma de agua de colonia.

Preguntóme el Maestro si París me había resultado como lo imaginara; y le contesté que me parecía mejor. Sonrió al punto con sonrisa cuya infantilidad acentuaron sus dientes pequeños y completos. Y fuese por simple curiosidad, o por hacerme hablar a fin de él quedarse callado, me pidió ejemplos explicativos de mi respuesta. Le cité, “por lo pronto”, dos: el ajeno y la mujer. Con respecto al



primer ejemplo, díjele que en América cree uno que el ajenjo que se conocía allá era el mismo que se bebía en París; siendo lo cierto que el de allá era un trago clásicamente amargo. Tan amargo, que el romántico poeta Julio Flórez había intitulado "Gotas de Ajenjo" una serie de versos; mientras que el ajenjo parisiense, el absintio verleniano, el *pernod*, era clásico precisamente por cierta dulzura a la cual se llegaba mediante un cuarto de hora de sugestiva alquimia. Describí la conocida labor de verter, a ratos, de una blanca botella cristalina, el hilillo de agua en el terrón de azúcar destinado a fundirse así a través de la perforada paletilla de plata atravesada sobre los bordes del vaso en cuyo fondo el *pernod* se resolvía en un verdear inimaginable. Hice notar cómo durante esos quince minutos no se oían junto a la mesa del café sino alusiones negligentes, comentarios de alada perversidad literaria, pues la conversación propiamente dicha, o maledicencia formalizada no sobrevinía sino después de uno mover y remover el *pernod* con la paletilla esmaltada de un albo residuo espumoso.

Oyó el Maestro mi relato con halagadora atención. No obstante, me declaró que no recordaba haber tomado *pernod* más de tres o cuatro veces, y ello circunstancialmente. Lo que me causó una sorpresa de corta duración, pues al punto acudió a mi memoria esta otra confesión suya: "yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores".

Entre tanto, del inmediato Jardín de Luxemburgo llegaban hasta el saloncito, a manera de advertencias, las últimas notas del "Ataque al Molino", de Alfredo Bruneau, tocado como fin de retreta. Me levanté y el Maestro insistió políticamente en que volviese a sentarme. Al no lograrlo, me acompañó hasta la puerta, abriéndola. Allí me dijo que volviera sin rodeos, que la calle Gay-Lussac, donde yo vivía, sólo distaba dos cuadras de la calle Herschel. Le prometí disfrutar de su autorización.

RICARDO PEREZ ALFONSECA



UNA OCURRENCIA DE RUBEN DARIO

Por RICARDO PEREZ ALFONSECA (59)

A *Lérido Ricart*

DESPUES DE COMPRAR una orquídea, tomé de nuevo el automóvil —en el cual me esperaba Darío— que partió, en pleno *faubourg* St. Germain, quemando la corta distancia que separara la casa de flores y la de la marquesa des Saints Peres, a donde íbamos a flirtear tomando thé o bostoneando.

Antes de poner pie en calzada, el poeta-héroe de *Prosas Profanas* sacó un frasquito de un bolsillo del sobretodo, y bebió, seco y duro, a la manera ibseniana.

Llegamos en retardo, y fue esto un motivo de galantería.

—Está usted perdonado mi querido Maestro... Y usted también mi querido poeta. Ustedes son capaces de revelarle a la persona más inflexible el sentido del perdón... Ah, los poetas, los poetas...

Mientras la dueña de la casa hablara, yo vi unos labios tiernos y nerviosos sonreírme significativamente. (¿Verdad, oh mi amada Lisa Bollykoff?).

Darío me suplicaba, con sus ojos, siempre tranquilos, profundos (ojos orientales, divinizados por el éxtasis), ahora inquietos, que no le *abandonara*. Hacía un gran esfuerzo por responder a la marquesa halagadora, que frisaba —esto es importante, ¡ya sabéis por qué!— en los treinticinco años. (¡Qué indiscreción!).

Mas, yo dije a la amable —iba a decir adorable— marquesa y al querido gran poeta que *alguien* aguardaba mi compañía, y Darío *resignóse* (¡oh tímido!) a relucir con las de la marquesa, las exquisitas dagas del flirt.

—A los pies de mi señorita la Princesa Lisa Bollykoff.

—Mejor que a mis pies, le veré junto a mí, en este sillón que a usted he guardado...

(59) De la revista *La Cuna de América*, número 41, Santo Domingo, 8 mayo 1914. Reproducido en *Renacimiento*, número 31, junio 1916.



En fin, cuando en aquel salón parecía —por gracia de la charla— como si fuentes mágicas derramasen aquí y allá cristalinos chorros de piedras preciosas, la marquesa des Saints Peres exclamó, con dominador entusiasmo:

—Ah, mis queridos amigos, nuestro querido Maestro Darío acaba de decir una cosa perfectamente admirable, una cosa... ¿cómo decir?... una cosa...

—¿De veras, de veras? —preguntaron algunas dulces voces *di femina*.

Darío parecía satisfecho y algo turbado.

—Pero, ¿quién es ese maestro? —me interroga con gracia indefinible la princesa Lisa Bollykoff.

Ya iba yo a decirle: un gran poeta, el mejor poeta de lengua española, el que sé yo, cuando la marquesa continuó:

—Dice —pero les aseguro que eso es admirable—, dice nuestro querido Maestro, que en la República Dominicana, el bello y lejano país de aquel poeta que hace compañía a la irresistible Lisa...

—Yo creía que era hijo del Shah de Persia —interrumpió una voz de rosa.

...están —continuó la marquesa—, están siempre en guerras civiles que asombran a fuerza de heroísmo. A veces, cuando los militantes de una banda hacen algunos enemigos prisioneros, los fusilan, ¿ustedes oyen?, los fusilan. Y óiganlo bien: ni nuestro muy Santo Padre Pío X podría obtener el perdón para ni siquiera uno.

—Oh, oh...

—Pero, si nuestro querido maestro lo pide, lo obtiene, para uno y hasta para todos.

—N'est-ce-pas, mon cher poete Pérez Alfonseca?

Todas las miradas se volvieron a mí.

—C'est tout-a-fait exact, marquise.

RICARDO PEREZ ALFONSECA



EN HONOR DE RUBEN DARIO

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA (60)

Maestro:

CIERTO DIA SE levantó una voz en las riberas del Plata para decir que no eras “el poeta de América”. Y esa apreciación, recogida por la pluma más gallarda de cuantas han corrido al margen de tu obra—siquiera sea para analizarla en uno de sus aspectos primordiales—ha viajado por el continente como expresión fiel de un sentir casi unánime.

Yo, en verdad, ignoro cuál es la personalidad que se requiere para ser “el poeta de América”. Pero sé que tú, que has lanzado un vibrante apóstrofe a Roosevelt, en nombre de la América española; tú, que has dicho las bellezas del Momotombo en estancias majestuosas; tú, que has cantado la memoria de Mitre; tú, que has levantado un himno en loor de la nación argentina, tienes sobrado caudal de poesía americana para que podamos llamarte *nuestro Rubén*, para que podamos ver en ti al poeta que siente y palpita con todo un continente, que a veces pone en sus versos las emociones de veinte pueblos, comunicándonos deslumbramientos de apoteosis y estremecimientos de epopeya.

Ciertamente, no serás el poeta de América, si por tal se entiende al que no sepa cantar otras sensaciones que las que pueda inspirarle esta gran patria continental, proteiforme y fragante, descubierta un día por Cristóbal Colón. Pero, ni soy partidario de los poetas monocordes, ni creo que necesitas mayor suma de savia americana en la floresta rica y variada de tu poesía.

Tienes mucho de Grecia y no poco de Francia. Cincelas un ánfora helena con igual maestría que un jarrón de Sevres. Has oficia-

(60) Max Henríquez Ureña, *Rubén Darío*. En la revista *El Figaro*, La Habana, 4 septiembre 1910. (Es el discurso pronunciado por Henríquez Ureña en el banquete de escritores ofrecido a Darío en La Habana el 3 de septiembre de 1910, reproducido en el Apéndice de su libro *Rodó y Rubén Darío*, La Habana, 1919, y en la nueva edición de esa obra, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo XV, número 55, Buenos Aires, 1946. Acerca de esta obra véase reseña bibliográfica de Armando Donoso en *Revista Chilena*, número XXIII, julio 1919, p. 343-344.



do en el altar de la belleza y del amor, tal como los soñara Platón. Y también la neurosis que prendió sus garfios en el cerebro enfermo de Verlaine, ha tenido en ti repercusiones intensas y amargas, que son, al cabo, el producto natural de este siglo complicado y morbosos, donde la tristeza secular que azota al mundo con el látigo del desencanto y de la duda, ha asumido manifestaciones aún más agudas y torturantes, haciendo cruzar, por nuestros espíritus exaltados, ráfagas de melancolía y de locura.

Todo encierra tu verso. Con ello había bastante para hacer impecadero tu nombre ilustre. Pero has hecho más. Has prestado un servicio incalculable a las letras castellanas. Has realizado una revolución en la métrica, bien que secundado por tantos poetas de América, que han tenido revelaciones magníficas y hallazgos sorprendentes al hacer combinaciones maravillosas en la alquimia del verso.

Pero la faz fundamental de esa revolución se halla concentrada en tí. Tú fuiste el primero en levantar el pendón de la rebeldía contra la anquilosis tradicional del verso castellano, y en sostenerlo, como lo has sostenido, noble y airosamente, sin responder a las interrogaciones sarcásticas de la muchedumbre. Tú diste al endecasílabo flexibilidad y amplitud en los acentos rítmicos, adoptando una práctica añeja que había sido despreciada por los rimadores de academia. Tú vaciaste la estrofa en moldes nuevos, acogiendo de manera armoniosa en lengua castellana las combinaciones de metro y rima que han sido favoritas de los grandes poetas de Francia. Tú has impuesto el metro libre, dándole brillantez y eufonía. Tú has dado al alejandrino mayor soltura y elegancia. Tú has resucitado el exámetro que sirvió a Homero para encarcelar en su poema eterno el fragoroso estruendo de las batallas.

Así, no sólo eres, por el vigor y la aristocracia de tu sentimiento, por la riqueza de tu léxico, por la variedad y elevación de los temas que cantas, el poeta más grande que tienen las letras castellanas en los albores del siglo XX, sino que además eres tú quien ha realizado una revolución redentora en nuestra métrica. Los inmortales, ¡oh, Maestro!, son los que redimen y crean. ¡Y tú eres inmortal!

MAX HENRIQUEZ UREÑA



RECUERDOS DE RUBEN DARIO

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA (61)

EL 2 DE septiembre (de 1910) se supo en la redacción de *El Figaro* que Rubén Darío llegaba de Europa esa misma tarde, de paso para México, en el vapor *La Champagne*. Catalá, con unos cuantos compañeros de *El Figaro*, salió apresuradamente a recibirlo. La primera pregunta de Rubén al desembarcar fue la siguiente:

—¿Qué ha pasado en Nicaragua?

Bastó resumirle los últimos telegramas publicados en la prensa: el Presidente Madriz, que había sustituido a Zelaya, acababa de ser depuesto por un movimiento revolucionario, y ahora el Presidente era Juan Estrada. Rubén manifestó el deseo de pasar a la oficina del cable para enviar un mensaje de salutación al nuevo primer mandatario, de quien declaró era amigo de infancia.

—Este cambio —murmuró— no puede traer consecuencias enojosas para mí. Voy a México en calidad de embajador especial en las fiestas del centenario del grito de independencia. Mi misión nada tiene que ver con la política...

—Eso es —le dijo Catalá—: usted representa a Nicaragua y no a un gobierno determinado, y, por encima de todo, usted es Rubén Darío.

Rubén dictó a Catalá un mensaje de cortesía, propio del caso. Al terminar, Catalá se lo entregó. Rubén lo revisó rápidamente y lo devolvió a Catalá, diciéndole:

—Está muy bien.

Catalá lo miró, esbozando socarrona sonrisa y, acercándose a la ventanilla, musitó:

—Al fin y al cabo, ésta es una de mis misiones en la vida.

Y, dirigiéndose al empleado, agregó:

—Cárguelo a la cuenta de *El Figaro*.

(61) Del artículo *Anedotario de Catalá*. En *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*, tomo XXIII, La Habana, octubre-diciembre 1942, p. 232.



Volviéndose a Rubén, lo invitó a ir a la Secretaría de Estado para saludar a Sanguily, a lo que Rubén asintió visiblemente complacido. Como Rubén seguía viaje al siguiente día, se organizó a la carrera, mediante llamadas telefónicas, un banquete en su honor, en el Hotel Inglaterra. Catalá ofreció el banquete en breves palabras e hizo mención de la amistad que unió a Rubén con Julián del Casal. Rubén, no sin alguna emoción, preguntó dónde estaba el mármol que perpetuara la imagen del amigo muerto, y aludió a "su verso maravilloso". A nombre de la juventud, me hicieron hablar también; y al tenderme Rubén la mano con efusión, el Maestro Miguel González Gómez se dirigió al piano y tocó, entre aplausos, los himnos nacionales de Cuba, Nicaragua y la República Dominicana. Terminado el homenaje, Enrique Hernández Miyares, Catalá y yo nos fuimos con Rubén hacia el Malecón, para disfrutar del fresco nocturno. Otros se nos incorporaron después, y hasta muy avanzada la noche duró la charla, salpicada de anécdotas y ocasionales recitaciones.

Debido a una confusión lamentable, no recibió Jesús Castellanos el aviso telefónico de la llegada de Rubén y del banquete organizado en su honor. Al día siguiente, cuando, pasado el mediodía, veníamos de despedir a Rubén, iba Jesús, en un bote, a saludarlo a bordo de *La Champagne*. A la una en punto debía estar Jesús en la Audiencia, para dar comienzo a los juicios orales, pero ese día los ujieres lo buscaban en vano. A punto estuvo de que se le formara expediente por su tardanza inexplicable, pues no llegó sino media hora después; pero el doctor Federico Laredo Bru, entonces severo Fiscal de la Audiencia de La Habana, al enterarse del verdadero motivo de la falta de puntualidad de su subalterno—cosa que ocurría por primera vez—desarrugó el ceño y exclamó:

—¡No hay expediente! La orden queda sin efecto.

Doce días después, el 14 de septiembre, regresaba Rubén Darío a La Habana en el mismo buque, *La Champagne*. Dolorosa sorpresa había recibido al arribar a Veracruz: ya no era embajador de Nicaragua en las fiestas del centenario mexicano. Esta resolución inopinada del nuevo gobierno de su país fue para él un golpe terrible. Desembarcó en Veracruz entre vítores y aclamaciones que exacerbaban su dolor, y se dirigió a Jalapa, accediendo a la invitación que le hizo Salvador Díaz Mirón. Lo exhortaron varios amigos a ir de todos modos a la capital mexicana, pero temió ser el motivo o el pretexto de tumultuarias manifestaciones de desagravio, que, aparte de ser inconvenientes en la solemne ocasión del centenario, en nada podían modificar su posición desairada en el orden oficial, y se negó



a ir. La voz afectuosa de su gran amigo Justo Sierra, miembro del gabinete de Porfirio Díaz, llegó hasta él para encomiar su actitud y anunciarle que el gobierno mexicano enviaría una comisión para que lo acompañara hasta La Habana y lo encaminara después hacia Europa. Esa Comisión quedó compuesta por el ingeniero Francisco Mascareñas y el afamado pintor Alfredo Ramos Martínez, que fueron sus acompañantes en el viaje de retorno de *La Champagne*. También regresaba con Rubén su secretario particular, José María Torres Perona, nativo de las islas Filipinas.

Al llegar *La Champagne*, Catalá y yo fuimos a bordo con otros amigos. Rubén era presa de profunda depresión moral, que según nos contaron había tratado de ahogar en libaciones espirituosas. Pudo contestar, sin embargo, con bastante serenidad y reposo las preguntas que le hizo Paco Sierra sobre la situación política de Nicaragua, para una entrevista que publicó *La Discusión*. Pero cuando abandonamos el barco, su rostro revelaba una gran tortura mental y su paso era vacilante. Seguimos con él hasta instalarlo junto con sus acompañantes en el Hotel Sevilla, y allí cayó de súbito en hondo sopor. A veces lanzaba roncros quejidos. Catalá lo hizo conducir al lecho y llamó a Mascareñas.

—¿No le parece —dijo— que Rubén está bastante mal? Su respiración es dificultosa... Mire a ver si le encuentra el pulso... ¿Muy débil, verdad? Lo mejor será llamar un médico. Voy un momento a *El Figaro* y vuelvo.

Pasada media hora regresó Catalá acompañado del doctor Gonzalo Aróstegui. Rubén, despierto otra vez y algo reanimado, clavó en ambos sus ojos asombrados.

—Aquí le traigo al doctor Aróstegui— le explicó Catalá—. Lo encontré en *El Figaro* y lo invité a venir. El le quitará el malestar que usted siente. Es médico de niños, pero ya yo le he explicado que usted es un niño grande.

Rubén sonrió, pero al punto su rostro se contrajo, suspiró con angustia y quedó otra vez como aletargado. Aróstegui examinó con calma al paciente, mientras formulaba algunas preguntas que contestó Torres Perona.

—El Maestro está así desde ayer —informó a su vez Mascareñas—. Por momentos se reanima, pero a poco vuelve a sentirse mal. ¡Da unos quejidos! Por supuesto, desde esta mañana no le hemos dejado probar ni una gota de alcohol.

—Mejor hubiera sido disminuirse gradualmente —indicó Aróstegui—. Un poco se le puede dar de cuando en cuando, para



que no se desespere y lance esos quejidos. Pero no es serio lo que tiene. Voy a recetarle algo y veremos mañana cómo sigue.

Al día siguiente, un tanto mejorado ya, pero con intermitencias de delirio y semi-inconsciencia, Rubén dictó a Torres Perona un par de estrofas que Mascareñas le pidió para leerlas en la velada que se celebraba esa misma noche en el Ateneo para conmemorar el centenario de México. Salvo alguno que otro acierto de expresión, los versos no valían gran cosa, como que eran la improvisación, no retocada, de quien se sentía atenaceado por ideas torturantes y deprimido por otros factores físico-fisiológicos. De esos versos sólo recuerdo que, al final, se hermanaba en ellos la letra de los himnos nacionales de Cuba y México:

*“que morir por la patria es vivir
al sonoro rugir del cañón...”*

Cuando Mascareñas terminó de darles lectura en el Ateneo, Catalá se le acercó diciéndole:

—El Maestro me ofreció esos versos para *El Figaro*.

Y se los arrebató de las manos.

Catalá releyó conmigo los versos, días después.

—¿No cree usted —me preguntó— que publicarlos será un desdoro para Rubén? Se los quité por eso a Mascareñas, antes de que otro lo hiciera. Los dejaré en esa gaveta. Algún día se los mostraré a Rubén, y él decidirá si deben publicarse.

Ignoro si Rubén tuvo ocasión de releerlos, aunque colijo que sí, pues el poeta permaneció un tiempo más en La Habana; pero lo cierto es que los versos nunca se publicaron.

MAX HENRIQUEZ UREÑA





BIOGRAFIA DE RUBEN DARIO

Por OSVALDO BAZIL



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



BIOGRAFIA DE RUBEN DARIO

Por OSVALDO BAZIL (62)

I

CUNA Y SEPULCRO (63)

ESCRIBIR LA BIOGRAFIA de Rubén Darío, aunque sea labor grata a mi corazón, confieso que tal intento requiere no sólo consagración

(62) Contiene los siguientes capítulos: I. Cuna y sepulcro; II. Metapa; III. Infancia; IV. La juventud del poeta; V. Su primera boda; VI. Vida andariega del poeta; VII. Gesto cívico; VIII. Rubén en Buenos Aires; IX. En La Habana; X. En París y Barcelona; XI. La dignidad en el arte; XII. Rubén en la Isla de Oro; XIII. Viacrucis; XIV. Meditación; XV. Epílogo. (A continuación figuran dos trabajos de Bazil: Las mujeres de Rubén Darío y La huella de Martí en Rubén Darío).

(63) Permitaseme aquí un comentario personal y una explicación. Mi amistad con el compatriota Osvaldo Bazil se inició en La Habana, particularmente en el *Hotel Sevilla*, donde él y Rubén se dieron a la íntima fraternidad que les unió desde 1910. Allí, en 1944, en deliciosas charlas, en el rústico *El Criollo*, bar anexo al *Sevilla*, me recitaba sus versos, me hablaba con asombroso saber y donaire de asuntos de la Patria y me refería interesantes cosas de la vida de Rubén y del libro que se proponía dedicarle, ya en preparación: su *Biografía de Rubén Darío*. Nunca pensara el desdichado poeta, víctima de la misma tragedia alcohólica de su dios, de Darío, que su obra quedaría trunca y que me cabría el doloroso honor de publicarla. Apenas dos años después estaba en su tierra natal. En su habitación de la Calle del Conde, Hotel Habana, junto al monton de botellas vacías, yacía su trabajo acerca de Rubén, revuelto, en desorden, como su propia vida. Meses después cayó gravemente enfermo. Era como el mortal retorno de Darío a Nicaragua, camino del sepulcro. Días más tarde, Rafael Paimo Pichardo —modelo de amigos fervorosos—, y yo, fuimos a verle al Hospital *Padre Billini* donde le atendía el doctor Francisco E. Moscoso Puello. El poeta yacente, dormido quien sabe en qué sueño, cerca de la agonia: las manos abiertas y frías sobre la blanca sábana; la frente sudorosa, como nido a punto de ser abandonado; y en el rostro, como yedra intrusa, la barba encanecida. Ni siquiera le despertaron las dolientes esquilas de nuestros corazones, toque de ánimas por el ánima suya, que ya estaba de viaje hacia lo extraterreno. Espíritus piadosos le rodearon y le dieron fastuosa sepultura. El recuerdo, el espíritu de Rubén Darío presidía el cortejo.

Tiempo después, un hermano ilustre de Osvaldo Bazil, como él íntimo amigo de Darío, el doctor Tulio Manuel Cestero, me obsequió los papeles de Osvaldo: una informe masa de apuntes, borradores y pruebas de imprenta, de difícilísima organización. En la faena he querido ser fiel al propósito de Bazil: la ordenación ha sido lo más lógica posible, distribuyendo los confusos capítulos, notas y adiciones, en la forma en que se ha dado a la imprenta. Claro que no he alterado en nada la escritura de Bazil, respetándola fielmente. A este trabajo se agregó la existencia de dos o más escritos sobre el mismo asunto, lo que obligó a selecciones y refundiciones de los diversos textos. Afortunadamente, sin omisión de importancia, ha podido salvarse la obra del poeta. (Los originales quedarán, es claro, a disposición de quienes deseen consultarlos). Con todo, el esfuerzo ha sido bien grato y honroso. Sea en memoria del querido amigo, sea homenaje de admiración y de cariño a Osvaldo Bazil.



para reunir datos dispersos en los países donde el poeta vivió, sino además, impone un plan que no me ha sido dable observar. Más que una biografía, reúno en este libro recuerdos que he ido amontonando sin seguir fielmente el curso de la vida errática del poeta. Pero sí he procurado que en estas páginas la estrella de Rubén *brille de desnuda que está*.

Mi gran devoción por Darío no me obliga a mixtificar ni ocultar la verdad de cuanto ahora diga mi pluma sobre él. Con la sinceridad como guía, escribo este libro y rindo con ello el más alto tributo a su memoria.

El tiempo es factor necesario para esta clase de trabajos. Pensé dedicar el necesario a este libro; pero inesperadamente, por razones de mi vida diplomática, el tiempo se me escapa de las manos. Lo que dejo aquí escrito servirá en todo caso para aumentar o facilitar el material a otros que logren realizar el intento de dar un *Rubén Darío* de carne y hueso, completo y cabal, tanto en el orden físico como en el literario y artístico. Dar un *Rubén humano y divino* sería la gloria de mi vida. Escribir un *Rubén*, por dentro y por fuera, tal como era él, lo está reclamando ya la historia contemporánea de las letras de España y de América. Hasta ahora uno de los mejores ensayos en ese sentido, es el dedicado por el notable escritor chileno Francisco Contreras, *Rubén Darío, su vida y su obra*, editado en Barcelona, en el año 1930. También el escritor colombiano Vargas Vila publicó, a raíz de la muerte del poeta, un *Rubén Darío, íntimo*. Pero, aunque fervoroso en el recuerdo y en el intento, no logró hacer un libro definitivo, sino interesante en algunos episodios que cuenta del poeta. Sobre Darío se ha escrito mucho ya en diarios y revistas. Pero hace falta el libro que talle o cincele su egregia personalidad. Ciertamente que este libro casi nunca llega a escribirse sobre los grandes artistas. Encerrar en un solo libro la vida de un gran hombre es labor de muchos hombres. Sólo reuniendo el aporte de muchos, se plasmará la biografía del hombre que fue suma de hombres de letras.

II

METAPA

En Nicaragua —connubio de cráteres y lagos—, y en un villorrio pedregoso, llamado antes Chocoyos y luego Metapa, perteneciente al departamento o provincia de la Nueva Segovia, vino al mundo, en el atardecer lluvioso del 18 de enero de 1867, el varón que



trajo al nacer el mandato divino de esparcir soberanas esencias líricas en el arco votivo de la Poesía hispano-americana.

Metapa, cuando Rubén nació, apenas era un villorrio de mil quinientas almas. Hoy se llama *Ciudad Rubén Darío* y cuenta con más de doce mil habitantes. Y posee parques y calles y edificios que confirman su progreso e importancia. La hoy *Ciudad Rubén Darío* es un pedazo de tierra cálida y bella, bajo un azul pedazo de cielo nicaragüense, que quema como brasa, bañó con su lumbre cegadora la cuna del niño prodigio, que traía un mensaje de luz que atravesaría los horizontes patrios hasta desbordarse sobre la copa de encaje de la onda atlántica. Parece que el nombre de Rubén Darío, desde el primer instante, en su misterio eufónico de ola y de playa, estuviese predestinado al mar desde pretéritas edades. Del mar parece que salió este nombre y al mar volvió, recibiendo su dominadora influencia. Cuantas veces aludió Rubén al mar lo hizo como un atraído por su misterioso hechizo. En una oda de sus mocedades dedicada al mar, le dice:

*...yo recuerdo
que tú también, con tu pujante aliento,
estremeces la tierra,
y que con tu ronco acento
es el eco tremendo
de la voz del Señor: que son tus olas
hidras inmensas de cerúlea escama;
que en tu seno profundo,
fuerte palpita el corazón del mundo,
y que arde en viva llama;
que por tu ser espléndido derrama
un torrente de mágica poesía
que arrastra y que conmueve el alma mía
y da inspiración...*

Años después, ya lejos los días de los tanteos literarios, en plena posesión del instrumento mágico, cincela esta *Marina*:

*Mar armonioso,
mar maravilloso,
tu salada fragancia,
tus colores y músicas sonoras
me dan la sensación divina de mi infancia,*



*en que, suaves, las horas
 venían en un paso de danza reposada
 a dejarme un ensueño o regalo de hada.
 Mar armonioso,
 mar maravilloso,
 de arcadas de diamante que se rompen en vuelos
 rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto.
 Espejo de mis vagas ciudades de los cielos,
 blanco y azul tumulto
 de donde brota un canto
 inextinguible,
 mar paternal, mar santo,
 mi alma siente la influencia de tu alma invisible.
 Velas de los Colones
 y velas de los Vascos,
 hostigadas por odios de ciclones
 ante la hostilidad de los peñascos:
 o galeras de oro,
 velas purpúreas de bajeles
 que saludaron el mugir del toro
 celeste, con Europa sobre el lomo,
 que salpicaba la revuelta espuma.
 Magnífico y sonoro
 le oye en las aguas como
 un tropel de tropeles,
 ¡tropel de los tropeles de tritones!
 Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,
 brillan piedras preciosas,
 mientras en las revueltas extensiones
 Venus y el sol hacen nacer mil rosas.*

También en el soneto titulado *Caracol*, dedicado a Antonio Machado, parece que el mar vertió en su oído secretos de sabiduría y tesoros de músicas que vagan sobre el enigma de las olas:

CARACOL

*En la playa he encontrado un caracol de oro
 macizo y recamado de las perlas más finas;
 Europa lo ha tocado con sus manos divinas
 cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.*



*He llevado a mis labios el caracol sonoro
y he suscitado el eco de las dianas marinas,
le acerqué a los oídos y las azules minas
me han contado en voz baja su secreto tesoro.*

*Así la sal me llega de los vientos amargos
que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos
cuando amaron los astros el sueño de Jasón.*

*Y oigo un rumor de olas y un incógnito acento
y un profundo oleaje y un misterioso viento...
(El caracol la forma tiene de un corazón).*

Y de su magistral *Epístola a Madame Lugones* copio estos pasajes, que recogen sus emociones frente al mar:

*¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi ser raspira, cuanto mi vida abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos,
los armas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.*

III

SU INFANCIA

Un milagro de liras coronaba el espectáculo del moribundo oca-so en la aldea de Metapa, cuando recibía el favor de los dioses con el nacimiento de este príncipe que habría de sacar de entre el polvo de un olvido de siglos su nombre de villorrio.

Caso singular el de Nicaragua. Produce esa tierra centro-ame-ricana, en la mitad de este siglo, los dos representativos por exce-lencia, los dos arquetipos geniales, de fuerza preponderante de la naturaleza. El primero con Rubén, el segundo con Sandino.

El trópico engendra y determina en esa tierra cálida, de cari-



ciosos lagos y de imponentes volcanes, el prodigio de concentrar soplos errantes de razas próceres en dos seres de selección que asombran la tierra con su dinamismo. Tócale en suerte a Nicaragua, con esos dos nombres, el haber dado dos destacados valores representativos del genio de la raza hispánica. Honra es de Nicaragua que la América comparte, que España aplaude y que Apolo bendice y Marte reverencia. Rubén, con la lira, y Sandino, con la espada, salvan del olvido a su patria y siembran de lauros el campo de su Historia.

En la vida de Rubén Darío, desde que nace, se advierte la presencia del misterio, como elemento que asiste y preside las horas de su vida. Ese misterio, desde el vientre materno, lo ata a la melancolía. Por razón de ese misterio aparece Metapa como lugar donde la madre había de dar el fruto de su entraña. Natural era que naciera Rubén en la ciudad de León y de Managua y no en un triste y solitario rincón de su país, donde no fue concebido y donde no había de vivir, pues sus familiares no eran de allí. ¿Cómo, pues, se produjo este incidente? A esto se debe el episodio doloroso que tanto influyera en la vida del poeta. De él depende la melancolía, la poquedad de espíritu, la taciturnidad que reveleban sus sienes, la preferencia por la soledad que amaba, la inclinación temperamental a lo recóndito, a lo íntimo, a lo fatal.

Su madre, suave, bella, romántica, ojos profundos, ojeras soñadoras, sin voluntad para dominar sus pasiones de mujer, se casa con un primo mestizo, comerciante, aficionado al vino y a las mujeres. A los ocho meses de vida conyugal la abandona. Boda realizada por razones y no por ilusiones como correspondía a un corazón de muchacha romántica.

Ella, Rosa Sarmiento, y él Manuel García, son los padres de Darío. El verdadero nombre del poeta tal como reza en su acta de nacimiento es el de Félix Rubén García y Sarmiento. Como su tatarabuelo se llamaba Darío Mallorca, todo el pueblo llamaba su casa con el nombre de *los Daríos* a manera de patronímico, costumbre frecuente en las poblaciones pequeñas de la América, a tal grado influye esta costumbre que, andando el tiempo, la misma familia termina por adoptarlo e inscribirlo como apellido legal impuesto por la tradición.

La insistencia del pueblo en llamar los Daríos a su familia, consigue a la postre, dar situación legal a su capricho transmitido de generación en generación. De modo despojado del nombre del poeta los legítimos apellidos de García y Sarmiento, para convertirlo por todos los siglos de los siglos en Rubén Darío. Poca gente sabía el



misterio que envolvía su nombre, quizá algunos ancianos de su país lo supieran. Pero en América no se sabía a ciencia cierta, nada. Se hablaba de que era un seudónimo. Fue el mismo Rubén quien reveló el misterio y lo relató de manera clara en su Autobiografía, publicada en Buenos Aires, y en la cual roza ligeramente los problemas familiares que enturbian su vida. Se percibe en ese libro, lleno de vacilaciones, los temores de Rubén al afrontar la verdad y se nota su arrepentimiento una vez insinuada. Comenzó ese libro con una gran intención y emoción de sinceridad. Pero le faltó el valor de un Juan Jacobo. Le estorbaba o le sobraba la pudorosa e infantil vanidad de creer que su gloria menguaba con la revelación del dolor que corría calladamente por sus venas, olvidando que su reino no era de este mundo, sino que pertenecía al azul infinito del Arte.

Su padre y su hermana Rita eran dueños de una tienda o comercio de tejidos de todas clases. Algún dinero poseía el padre de Rubén. Pero como adoraba a su hermana, él consideró su tienda como de la propiedad de ella.

Rosa Sarmiento, madre del poeta, al casarse con su primo Manuel, fue llevada por éste a vivir a casa de su hermana Rita, en cuyo comercio prestaba Rosa ayuda. El matrimonio se verificó el 16 de abril de 1866. Sobrevino la separación a causa, según ella, de los tratos brutales que le daba su esposo, y volvió con la esperanza muerta y la vida rota al lado de su madre adoptiva. La bondad de esta señora dispuso su traslado a Metapa, encinta y enferma, porque ese lugar estaba recomendado por sus aires sanos, y porque además vivía en él una cercana parienta suya que la albergaría. Y allí, sola, triste, destrozado el corazón, Rosa Sarmiento, dio la vida al iluminado redentor del verso español en América. A poco de nacer Rubén vino en su busca el coronel Félix Ramírez, esposo de su tía Bernarda Sarmiento. Y fue entonces bautizado en la Catedral de León.

Sólo tres veces ve Rubén a su madre, a lo largo de su vida. Registró esas tres veces en su libro autobiográfico. En la primera vez recoge el recuerdo de ella y lo mezcla, al recuerdo del solar donde nace. Esta vez su memoria cree recordar, mas no con seguridad. Sus palabras sobre este recuerdo indeciso, aunque bellas, carecen de verdadera ternura; dice:

“Una señora delgada, de vivos y brillantes ojos negros —¿negros?... no lo puedo afirmar seguramente... mas así la veo ahora en mi vago y como ensoñado recuerdo—, blanca, de tupidos cabellos oscuros, alerta, risueña, bella. Esa era mi madre. La acompañaba una criada india, y le enviaba de su quinta legumbres y fru-



tas un viejo compadre gordo, que era nombrado “el compadre Guillén”. La casa era primitiva, pobre, sin ladrillos, en pleno campo. Un día yo me perdí. Se me buscó por todas partes; hasta el compadre Guillén montó en su mula. Se me encontró, por fin, lejos de la casa, tras unos matorrales, debajo de las ubres de una vaca, entre mucho ganado que mascaba el jugo del yogol, fruto mucilaginoso y pegajoso que da una palmera, y del cual se saca aceite en molinos de piedra como los de España. Dan a las vacas el fruto, cuyo hueso dejan limpio y seco, y así producen leche que se distingue por su exquisito sabor. Se me sacó de mi bucólico refugio, se me dio unas cuantas nalgadas, y aquí mi recuerdo de esa edad desaparece como una vista de cinematógrafo.”

Vuelve Rubén a nombrar otra vez a su madre, y relata este encuentro desgarrador:

“Tendría unos doce años cuando un día, una vecina me llamó a su casa. Estaba allí una señora vestida de negro, que me abrazó y me besó llorando, sin decirme una sola palabra. La vecina me dijo: “Esta señora es tu verdadera madre; se llama Rosa, y ha venido a verte desde muy lejos”. No comprendí de pronto, como tampoco me di exacta cuenta de las mil palabras de ternura y consejos que me prodigara en la despedida que oía de aquella dama, para mí extraña. Me dejó unos dulces, unos regalitos. Desapareció de nuevo. No debía de volver a verla hasta más de veinte años después.

La tercera y última vez que Rubén nombra a su madre, a su regreso de su primer viaje a España, lo cuenta de esta manera: “Pasé ocho días sin saber nada de mí, pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentes de las bebidas alcohólicas. Uno de esos días abrí los ojos y me encontré con dos señoras que me asistían; eran mi madre y una hermana mía, a quienes se puede decir que conocía por primera vez, pues mis anteriores recuerdos maternos estaban como borrados”.

Francisco Contreras, crítico y literato chileno, escribe en su libro sobre Rubén, que esta media hermana se llamaba Francisca Soriano. He preguntado a Rubén Darío Contreras, primogénito del poeta, que estuvo en Nicaragua, después de la muerte del poeta, y cuya nación representa en Buenos Aires, y me ha dicho que: “no ha encontrado por ninguna parte a esa Francisca Soriano”. Y que, en cambio no ha visto mencionada a una media hermana de Rubén llamada: Lola Soriano de Turcios, casada, con un finquero y político salvadoreño, y es mujer muy dada a las letras.

Sus tíos criaron a Rubén. Lo educaron, lo tuvieron en su casa



como hijo. ¿Fue dado por la madre a ellos? ¿Fue arrebatado? Misterio. ¿Fue tácito acuerdo por alguna razón de medio ambiente o de medios económicos, lo que determinó a la madre a desprenderse del cuidado de su hijo? Esta vez última que la vio Rubén, ella le presentó a su media hermana. ¿Esta segunda hija suya nace en Metapa? ¿La tiene su madre, por abandono de todos sus familiares o por debilidad de sus pasiones de mujer, que no supo contenerlas? Misterio. Rubén no tenía conocimiento de que esta media hermana existiera. Por cierto que ella junto con su esposo, fueron las únicas personas que lo asistieron en su enfermedad y muerte. ¿Vino la ruptura de Rosa Sarmiento con sus tíos, abuelos, por el nacimiento de este segundo fruto de su entraña, y fue acaso ésta la razón de que Rubén creciera sin saber ni el nombre de su madre? ¿Fue a raíz de entregar su madre a Rubén al coronel Ramírez, que comiezan estos amores clandestinos? Misterio. Lo cierto es que Rubén crece sin calor de madre, ni afecto para ella, sin conocer siquiera su rostro. ¿La responsabilidad o la culpa fue de ella? Los hijos que se dan son hijos que se pierden. Inútil y tardío, el llanto de la madre ante la tristeza callada del hijo que no supo conducir entre sus brazos.

Dice Rubén en su autobiografía: "Mi tío Manuel. Porque don Manuel Darío figuraba como mi tío. Y mi verdadero padre, para mí, y tal como se me había enseñado, era el otro, el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. No sé por qué, siempre tuve un desapego, una vaga inquietud separadora con mi "tío Manuel". La voz de la sangre... ¡Qué flácida patraña romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ése es su padre".

Infancia sin juguetes, sin día de Reyes Magos, sin golosinas mimosas ni mimadas por la mano de la madre, va dejando en el espíritu del niño la huella de una imborrable melancolía prematura. Infancia sin la dulzura que sólo saben verter los labios de la madre auténtica, en los labios infantiles, tal fue la infancia de Rubén, niño precoz, niño sublime que no oyó hablar nunca de su madre, pero que la presentía en el callado misterio de su corazón. El recuerdo de esta infancia hace exclamar a su lira con la maestría melódica que le era peculiar esta invocación lacerante:

*Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...*



Y en otra poesía, embebido en la angustia de sus recuerdos, dice:

*Y en este titubeo de aliento y de agonía,
carga lleno de penas lo que apenas soporto.
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?*

Toda esta poesía bellísima, dedicada a José Enrique Rodó, me hace el efecto de una antorcha autobiográfica, de singular ternura. Rubén quiso recoger en su retina las brumas de su infancia y hacer con ellas una copa de acíbar para sus labios de artista atormentado. Cada estrofa de este ofertorio es una hoja humedecida en lágrimas que Rubén ocultó mucho tiempo en la urna de su corazón.

¿Fue juventud la suya? Sus rosas aún le dejan una fragancia de melancolía. Una suave tristeza irrumpe del misterio de su vida. Lo gris de su infancia baña la teoría de nubes que cubren su espíritu. Lo azul le viene por el lirismo en que anega su queja íntima. Su don apolíneo lo salva de la desesperación. Pero lo hunde en una vida, sin método, sin propósitos, sin espíritu de sacrificio. Y se entrega al alcohol desde temprano como a un aliado mentiroso, como a un falso camarada, cómodo y plegadizo a su voluntad voluble, sin saber que en esta alianza lo ponía él todo y lo perdía todo, hasta el prestigio personal y social, que tanto le deslumbraba, y que él no supo nunca defender. Ninguna coyunda, ni siquiera la universitaria, pudo resistir Rubén en su vida. Dos veces contrajo bodas y dos veces fue infeliz e hizo infelices a sus dos esposas. El sentimiento del sacrificio por los demás lo ignoró siempre. Nada ni nadie tenía derecho a su vida. Justo. Pero olvidaba que el goce del pleno derecho a disfrutar su vida le impedía buscar víctimas para sacrificarlas en la pira de su existencia egoísta.

Era dado Rubén al deleite de los devaneos, a la pasión de los ojos negros, a la delicia de los rizos de la amada. Su adolescencia está llena de embelesos de amor. El era apuesto, presumido, jovencito, ojeroso, en las noches de retreta en el parque, única diversión provinciana y sitio de concurrencia de las parejas enamoradas; parques frondosos, donde generalmente nacen y mueren idilios súbitos en las pequeñas ciudades centroamericanas. El cruce o choque de los ojos luminosos enciende en esos paseos nocturnos los corazones de los jóvenes, que ellos reciben como mensajes de una felicidad eterna. También en los domingos, a las puertas de los templos, al terminar la misa, suelen los adolescentes situarse para flechar las palomas místicas e iniciar sus declaraciones de amor.

IV

LA JUVENTUD DEL POETA

Rubén va formando su espíritu por impulso espontáneo en las lecturas literarias. Y nos cuenta que “en un viejo armario encontró los primeros libros que leyera. Eran *Don Quijote*, las obras de Moratín, *Las Mil y Una Noches*, la *Biblia*, los *Oficios*, de Cicerón; la *Corina*, de madame de Stael; un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de no recuerda qué autor, *La Caverna*, de Strozzo. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño”.

Tal es la primera base de la cultura de Rubén. Después, en plena adolescencia, lee todos los clásicos españoles del Siglo de Oro. Con base semejante no es extraño el dominio que siempre tuvo del idioma. Al ser nombrado secretario de una Biblioteca Nacional de Nicaragua, traga siglos de lectura y los asimila perfectamente. Está en una edad en que el cerebro, joven y brioso, abre sus ventanas para que le entre todo el sol de golpe y lo inunde hasta el fondo. Es un gran lector, sin orden, pero con mucha avidez comprensiva. Su gran talento encuentra en la diaria lectura el remanso que nutre su pensamiento y su fantasía.

Se educó en el Instituto de Occidente, en la ciudad de León; pero allí poco pudo aprender. El no recordaba con exactitud quién le enseñó a leer, como tampoco quién le enseñó a escribir versos. Desde muy niño los improvisaba. Le fue cosa natural y fácil, como nacida al fin y no aprendida. El profesor de literatura que recuerda fue un emigrado polaco, José Leonard. Todo esto ocurre a los trece años de edad. Hugo ya le atrae y le dedica su preferencia, que le habría de durar toda la vida. Su admiración por Hugo la aumenta cuando, en El Salvador, fraterniza con el poeta Gavidia, conocedor del idioma francés, y le traducía los grandes poemas del montañoso genio lírico de la Francia inmortal. Rubén no hablaba francés; fue entonces cuando comenzó a adquirirlo, sin lograrlo jamás a la perfección. No tuvo facilidad para aprender idiomas. No habló ni escribió bien ningún idioma extranjero. Se defendía nada más que regularmente con su rudimentario conocimiento del francés, del inglés, del latín y del italiano. El que mejor leía era el francés. Después de veinte años de vivir en París y leer clásicos y modernos franceses, no pudo adquirir el acento parisiense ni soltura al hablarlo.

En su primero y segundo viaje a París traba relaciones fugaces con Verlaine, con Mallarmé y con otros poetas que le presentó En-



rique Gómez Carrillo. En cambio, en su primer y segundo viaje a España, fraterniza e intima con la excelencia intelectual española que le agasaja, le obsequia, lo admira y lo busca, reconociendo en él un auténtico valor literario ya hecho, para gloria de las letras españolas. Desde don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Juan Valera, la Pardo Bazán, Núñez de Arce, Campoamor, Castelar, hasta la falange de jóvenes y brillantes talentos, le tributan afectuosos homenajes. España entonces se le adentró en el alma y fue cantera grata para sus cantos de exaltación a la raza progenitora. Esto acontecía en el año 1892. Y hasta su muerte sintió a España arder entre sus venas y vibrar en las cuerdas de su lira. La cantó como hijo, la reverenció como artista.

Rubén ocupó altos cargos en la representación exterior de su país. Entre ellos, el de ministro plenipotenciario en Madrid. Pero ni en éste ni en ningún otro cobró a tiempo ni con regularidad sus haberes ni duró mucho tiempo en el desempeño de los mismos. El era el ser menos burócrata o protocolar que existiera. Figuró en Congresos internacionales y fue miembro de varias Academias.

Siempre tuvo como base de su vida económica su colaboración en diarios y revistas que le pagaban, poco, pero con puntualidad. Especialmente tuvo como base de su vida en Europa su colaboración por espacio de veinte años en *La Nación* de Buenos Aires, esa noble y prestigiosa institución periodística que fundara el glorioso adalid de la libertad y de la cultura argentina, don Bartolomé Mitre,

Rubén fue el nervio y el alma en América del movimiento modernista. Su gran personalidad, la debe principalmente a estar considerado en justicia como precursor y maestro y columna de ese movimiento libertario que llevó a plena victoria. Este movimiento lo inició en Chile con *Azul...* y lo terminó en Buenos Aires con *Prosas Profanas*. Desde esos países influyó en el resto de América e influyó en España, hasta su cabal conquista. América le devolvía de este modo a España, en Rubén, un trasunto en oro ideal de sus férreos conquistadores a sangre y fuego, que moldearon en oro bruto la imagen de la raza en el ámbito del Nuevo Mundo.

V

SU PRIMER BODA

Rafaelita Contreras fue una de sus novias. Era característica de Rubén quererle casar en seguida con todas sus novias. La última era siempre la presentida, la esperada, la portadora de su felicidad.



Pero la más distinguida de todas sus novias fue Rafaelita Contreras, dulce, casta, soñadora. Tan pronto como la vio, se prendó de ella. Además, ella le escribía anónimamente páginas literarias, tituladas *Íntimas*, que le llenaban el alma de encanto y curiosidad. Ella firmaba sus poemitas en prosa con el seudónimo de *Stella*. Cada página que Rubén recibía de su hada misteriosa le entreabría un dorado paraíso. Con Rafaelita se casó en 1890, en San Salvador. De este matrimonio nació su primer hijo, que sólo debía volver a ver veinte años después, como contaré más adelante. En el hijo se repite mucho de la historia de su padre: ignoró hasta los veinte años que era hijo de Rubén. Lleva el mismo nombre que su padre.

Rafaelita murió a consecuencia de una operación. No estaba Rubén a su lado. Esta espiritual y fina azucena de mujer no fue feliz. Rubén no supo hacerla feliz.

A este respecto dice el chileno Francisco Contreras en su notable libro citado: "Vivía Darío en San José de Costa Rica, en una antigua casa perteneciente a la familia del historiador Lorenzo Montúfar, calle del Paso de la Vaca, número 265, y hacía su vida acostumbrada de charla nocturna con los compañeros y de frecuentes libaciones. Su esposa le dio entonces su primer hijo, que fue bautizado con el nombre del poeta, y estuvo algún tiempo muy delicada de salud. Parece que las gentes murmuraban que Rubén Darío no era un marido ejemplar y contaban cosas al respecto. La verdad ha de ser que, urgido de dinero e incapaz de moderarse en sus gustos, nuestro poeta no había de andar siempre de buen humor. Pero Rafaelita, que lo comprendía y creía en su genio, lejos de quejarse, lo cuidaba y mimaba con maternal solicitud. Ella, mejor que nadie, gustaba de la bella labor de su marido, pues seguía fiel a las letras".

El poeta, años después, la canta, la evoca dulcemente en estos versos espirituales, que son como nenúfares empapados en luz de luna:

EL POETA PREGUNTA POR STELLA

*Lirio divino, lirio de las Anunciaciones;
lirio, florido príncipe,
hermano perfumado de las estrellas castas,
joya de los abríles.*

*A ti las blancas dianas de los parques ducales;
los cuellos de los cisnes,
las místicas estrofas de cánticos celestes
y en el sagrado empíreo la mano de las vírgenes.*



*Lirio, boca de nieve donde sus dulces labios
la primavera imprime:
en tus venas no corre la sangre de las rosas pecadoras,
sino el licor excelso de las flores insignes.*

*Lirio real y lírico
que nace con la albura de las hostias sublimes
de las cándidas perlas
y del lino sin mácula de las sobrepellices:
¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,
la hermana de Ligeia, por quien mi canto a veces es tan triste?*

Se encontraba Rubén en Nicaragua, en cobro de haberes atrasados, a su regreso de España, a donde había representado su país en el Centenario de las fiestas Colombinas, cuando recibe el telegrama comunicándole la muerte de su esposa. El poeta parece sufrir. Se retira al hotel y llora. Pero de allí, sale, llevado por los amigos a disipar la pena de la muerte de Rafaelita. Y cae de nuevo entre las redes de una apasionada novia que había tenido antes de su matrimonio. En sus segundas nupcias con Rosario Murillo, se prepara la trama, dirigida por un hermano. Allí, a fuerza de alcohol, de besos, de locura, cae en la inconsciencia. Y según él me contara, la escena fue dantesca, villana. Detrás de una puerta, tras una cortina roja, había un cura escondido, que vigilaba, y cuando lo creyó oportuno se abrió la puerta y apareció el cura y los casó. Quiso protestar, resistir, pero surgieron amenazas, se le prometió que todo quedaría en silencio, sin trascender al público. Pero no fue así: la familia de la esposa muerta se enteró, y jamás lo volvió a tratar ni a recibir. No aceptó excusas ni explicaciones. Cuando, al tercer día de encierro en su casa, se dio cuenta Rubén de su matrimonio, tranquilamente se dispuso a partir, a romper para siempre como único castigo. Y así lo hizo. Ella, de nombre Rosario, lo siguió hasta el barco, y allí le dijo él estas palabras: "Si no hubieras hecho eso así y hubieras esperado, otra sería tu suerte y te llevaría conmigo". Ella lloró, suplicó. Pero todo fue inútil. El partió. Volvió a verla en su casa. Ella movió, en distintas ocasiones, influencias de todo linaje para lograr una reconciliación, siquiera una entrevista, y vino a Europa con ese fin, pero no lo logró jamás. Ella rompió una vida para el hogar, para el amor, para la paz y la dicha. El estuvo sin verla por espacio de veinte años. La protagonista de esta página sombría de novela dolorosa aún vive, Rosario Murillo. Amó a Rubén, y lo persiguió has-



ta lograr ser recibida en Guatemala y llevarlo a su país, ya enfermo de muerte. Durante su enfermedad y agonía no se separó de su lado. Lo atendió maternalmente.

Para que esta señora, su segunda esposa, lograra ser recibida por Rubén, se necesitaba que él se sintiese morir de verdad y deseara en sus delirios de muerte, un hueco en su tierra nativa donde arrojar junto con sus despojos, la carga de sus dolores y rencores apagados. No bastaba esto sólo para inclinarlo al perdón, sino que fue necesario cartas de dos obispos para que Rubén se decidiese a dar su asentimiento. Rubén nunca quiso escribir esta historia de sus segundas nupcias. Pero creo que la refirió íntegra al escritor mejicano Federico Gamboa para que la publicara después que muriera. Pero Gamboa acaba de morir y probablemente se llevó a la tumba el secreto de este relato. A mí me la contó, pero no la anoté con sus detalles. Jamás pensé que me tocara el dolor de escribir su biografía. Sólo cuento de esa historia la parte substancial que quedó impresa en mi recuerdo. Rubén sólo se atrevió a escribir sobre esta historia diciendo: "Es una página dolorosa, de violencia y de engaño, que me ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años; pero vive aún quien, como yo, ha sufrido las consecuencias de un familiar paso irreflexivo, y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena".

VI

VIDA ANDARIEGA DEL POETA

No importa el lugar donde se nace ni donde se muere. Importa más donde se vive y cómo se vive. Rubén vivió desde muy joven una vida llena de estrecheces económicas. Vida de bohemia y ambulato-ria. Rico de estrellas, y de quimeras. Careció de sentido práctico.

Desde los catorce años emprende vida periodística. Escribe en diferentes diarios políticos de su país. Su pluma es violenta. Sus editoriales son cáusticos. Al propio tiempo enseña Gramática castellana en un colegio particular. Su azarosa vida de joven periodista lo lleva a recorrer los países centroamericanos. Dirige y edita periódicos y revistas que sirven el ideal de la unión de Centroamérica, apoyado siempre y favorecido por los Jefes de Estado de esos países. De todas esas tierras sale siempre mal. Su entrada es siempre triunfal, pues su nombre es conocido y su genio aplaudido. Pero su salida siempre es penosa y sale pobre de todas sus empresas. A los quince años dice: "Se acentuaban mis melancolías sin justas causas". Y pro-



sigue su peregrinación con frecuentes retornos a su país natal. Su primer viaje importante y el que más dura e influye en su espíritu y en su cultura es el de Chile. Allí, en la culta Santiago, publica su primer libro sensacional: *Azul...* (1888). De la publicación de este libro sale hecho Rubén un gran poeta. Este libro es la avanzada, la insignia, la antorcha de su personalidad. Es el penacho de su juventud triunfante. A este libro, haciendo escala memorable de ascensión al Parnaso, sigue *Prosas profanas* (1893), escrito y publicado en Buenos Aires. Luégo viene, como orla cimera, como pináculo, su libro *Cantos de vida y de esperanza* (1905), publicado en España. Y luégo, *El canto errante* (1907), escrito casi todo en París. Estas obras son los cuatro puntales donde descansa el monumento artístico de su labor de gran poeta del habla española. Antes de *Azul* y después de *El canto errante*, publicó libros fragmentarios o complementarios, que no significaron una etapa en su marcha gloriosa.

El Salvador, primero, y Chile, después, y luégo la Argentina, son los países que determinaron en sus primeras correrías una influencia decisiva en Rubén Darío. Como influyera también más tarde de manera perdurable Madrid y París. Pero Rubén llegó a España ya hecha su personalidad en América. Fue París, en suma y en resumen, la ciudad que más honda y definitivamente moldeó su sensibilidad y determinó una mayor huella deliciosa en su alma de gustador de inquietudes culturales y espirituales. Su cara Lutecia fue la querida predilecta, la amante infiel, pero atrayente, subyugante. El poeta la amaba por las emociones que le producían la gloria de sus poetas y la historia de sus faustos de elegancia en su vieja corte de bellos príncipes y opulentos reyes, de encantadas princesas, de alegres pajes y de abates sabios, que deslumbran su fantasía de hombre impresionable descendido del trópico como de un ignoto planeta. Por eso le atraía más el decoro ornamental de un trono que la ilúcida sencillez de una república.

VII

GESTO CIVICO (64)

Tuvo Rubén Darío, en su juventud, días después de casado en El Salvador, un gesto cívico contra el crimen político. Ese gesto de

(64) Bazil dio a conocer este gesto de Darío en su artículo *Rubén Darío en El Salvador, Cívismo del poeta de Azul*, en el periódico dominicano *Listín Diario*, (7 febrero, 1942), reproducido en su obra *Tarea literaria y patricia*, La Habana, 1943. El caso lo relata Rubén en su extenso artículo *Historia Negra*.



Rubén, eleva su moral y su dignidad. Su alma de artista rechazaba el crimen político.

El cisne es tan arrogante como el cóndor. Desde su altivez orgullosa, el cisne impone su blancura en los aires, tanto como el cóndor su firmeza por sobre los impolutos tálamos andinos. Inclinémonos ante el civismo del poeta. Era el año 1890. Ocupaba la presidencia de El Salvador, el general Francisco Menéndez, anciano militar, probo y patriota. Rubén llegó a este país, como llegó a los demás durante sus andanzas juveniles, sin recursos pero precedido de una reputación de escritor de combate y de poeta inspirado. El Presidente Menéndez abrazaba con pasión la causa de la *Unión Centro Americana*. Rubén era devoto de este ideal y su pluma la puso al servicio de este noble apostolado. Fundó en El Salvador el diario *La Unión Centro-Americana*, apoyado y subvencionado por el Gobierno. Este periódico, en tales circunstancias, gozaba del favor del público y representaba un excelente negocio. Fue una época de prosperidad para Rubén, pero como nunca supo "ahorrar ni en seda ni en flores ni en champagne", el dinero se le licuaba de entre las manos como el aire y el agua.

Su viejo amigo, el señor Presidente, llenaba con su influencia y con sus dádivas los huecos de los despilfarros del poeta. En la mesa del Presidente, siempre había un puesto para el brillante campeón del credo de la Unión Centro-Americana, que tan en alto ponía el estandarte de este ideal en su periódico. El Gobierno era fuerte y popular. Nada hacía temer un cambio. El Presidente descansaba en la lealtad de un bravo oficial, a quien había elevado a Jefe del Ejército. Era como su hijo. El pretendía una hija suya para esposa. Y el Presidente llenó de honores y favores y le preparaba el camino para el Poder. Se llamaba este oficial Carlos Ezeta. El general Menéndez enterado del noviazgo de Rubén con la señorita Contreras, que a la sazón residía en El Salvador, apoyó su boda. Y la ceremonia civil se verificó el 22 de junio de ese año. En la madrugada del día siguiente, cuando se celebraba un gran baile en Palacio, en conmemoración de la victoria que llevó al poder al general Menéndez, tuvo lugar un inicuo alzamiento militar y el palacio fue rodeado y tiroteado por la tropa. El jefe de la traición era el propio general Carlos Ezeta. Cuando el Presidente Menéndez, pudo abrirse paso por entre la concurrencia que invadía los salones en fiesta, salió al balcón, con el revólver en la mano y disparó sobre las tropas que vitoreaban al general Ezeta. Y cayó muerto, fulminado, por un ataque cardíaco, producido sin duda no tanto por la traición triunfante como por oír



el nombre del traidor que la encarnaba. Ezeta fue proclamado Presidente y mandó a buscar a Rubén, para continuar ofreciéndole todo apoyo oficial. Esa misma madrugada tocó el traidor personalmente su puerta para invitarlo a beber un trago por su éxito, pero Rubén se hizo enfermo. Al levantarse decidió sin pérdida de tiempo su viaje casi de incógnito, con destino a Guatemala. Al llegar a este país hizo un fiel relato histórico que publicó en el *Diario de Centro-América*, su lectura hizo exclamar a Ezeta: "Qué lástima, tanto como yo quería a Rubén".

VIII

RUBEN EN BUENOS AIRES

Buenos Aires no puede ser desprendido ni borrado de la vida ni de la obra de Rubén Darío. Rubén fue la montaña que se reflejó en la onda del río que baña la ciudad porteña. Detrás de la montaña su patria desaparece. Delante de la montaña la pampa y el vasto rumor de la gran ciudad que le sirvió de pedestal y de orla suntuaria. Cada vez que se evoque el nombre del Maestro, la imagen de la Argentina cruzará la palabra evocadora. De la historia de las letras porteñas no podrá apagarse el clarín ni el buril del más grande poeta de lengua castellana que han los siglos.

En el otoño argentino del año 1893, llega Rubén a Buenos Aires. Viene nombrado Cónsul General de Colombia. Procede de París. Le encanta Buenos Aires. Su calle Florida le atrae. Es un porteño más que pasea su mirada tras el velo rosado de las sonrisas femeninas. La tierra argentina fue propicia al poeta. En ella encontró su mejor pedestal en la hora en que le era necesaria a su condición de caudillo del movimiento modernista, para la alta resonancia de su acción renovadora. Sabe que tiene un gran país detrás, que fecunda la irradiación de su obra. Rubén encontró en la Argentina el país que necesitaba su ideal revolucionario. Vivió en Buenos Aires algún tiempo. Completó su personalidad. París no le dio personalidad. En cambio, cuando salió de la Argentina, para su segundo viaje a Europa, ya iba siendo un gran poeta. Europa no lo hizo. El fue a Europa hecho ya bajo el sol de América.

En Buenos Aires, publicó *Los Raros y Prosas Profanas*. Escribió sonoros versos monumentales. Su gran poema: *Coloquio de los Centauros*, lo escribió en Buenos Aires. *Sonatina*, *Era un aire suave*, *Responso a Verlaine*, poesías todas culminantes en la mejor hora



de su cosecha armoniosa. Cuando el agudo y acerado crítico Paul Groussac le dedicó dos artículos de estudio a sus obras, Rubén se sintió consagrado. El cáustico crítico, no fue todo acerbidad para con el poeta. Entre sus juicios iban rosas de elogio. Su péñola si bien arrancaba plumas al penacho del lírico genial, engarzaba diamantes a la vez. Viven aún muchos de sus antiguos camaradas. Entre los devotos a su memoria que fueron los fieles de la primera hora, figura Luis Berisso, Leopoldo Díaz, Lugones, Manuel Ugarte, Alberto Ghirardo, entre otros ilustres argentinos. Ese grupo no ha pactado con las paletadas del olvido que en balde quisieron echar sobre la gloria del poeta algunos narcisos. De la extravagancia que no cree sino en los espejos que reproducen sus torpes imágenes. Pero Rubén tiene en la Argentina, un gran país detrás que le sirve de pedestal a su gloria. Cuando Lugones se presentó en Buenos Aires, era un espectáculo de belleza verlo cargado del oro que traía de sus tierras de prodigio. Su presencia fue saludada por Darío, como la de un suntuoso rompimiento de sol sobre la pampa. Rubén lo quiso siempre. Lo colmó de elogios, le tributó ínclitas voces de magníficos interludios. No se secarían fácilmente las fuentes que Rubén Darío abrió por entre los jardines de la lírica porteña. Rubén Darío sembró bien en la tierra argentina. Y lo que está bien sembrado, aunque no sea un huerto propio, dará siempre sana flor lujosa. Ningún poeta de habla castellana, ha cantado tanto ni tan bien la patria de Sarmiento, como Rubén Darío. La belleza de la gran República rioplatense; el milagro de la mujer argentina; el prodigio de su tierra y el hechizo de su cielo, despertaron sonos soberbios en la lira de Darío. Cantó sus héroes, sus patricios, su progreso, su riqueza, su pujanza, con una tan alta convicción de hijo, que todo el que ame a la Argentina, tiene necesariamente que inclinarse ante él, en voz baja: ¡Maestro, qué bien hiciste en amar esta tierra! La Argentina es como tú dijiste, como tú la soñaste, como tú la has cantado.

Pocos días antes de morir, al abandonar el suelo de Guatemala, surge en su mente el recuerdo de la Argentina y penetra su corazón el canto y el aroma de la moribunda poesía de la tarde. Por su mente cruzó el sueño de volver a radicarse en Buenos Aires. Delira más bien con este retorno y habla de las luchas de sus viejos días de juventud y afirma que en Buenos Aires la gente lo quiere. Esta visión y esta emoción, esta *saudade* que echa a volar sobre la brisa del ocaso, le hace tanto bien a su espíritu, que anima su rostro. Justo es que en los labios de Buenos Aires, sea una oración y una alabanza



perenne el nombre de Rubén Darío. Las palabras que él pronuncia casi en vísperas de morir, son como la despedida de un hijo que muere lejos de la patria, pero que la tiene delante de sus ojos. Dice Rubén a un amigo:

“Buenos Aires, es una ciudad que, por su belleza y su actividad, puede parangonarse con cualquiera de las mejores del mundo. Sobre todo, es el centro más importante para los que escribimos en Hispano-América. En Madrid se puede hacer más nombre, conquistar más fama, pero económicamente no se compara con la metrópoli argentina. Yo creo que todos los latino-americanos, particularmente los hijos de Centro América, donde lo que se publica es casi inédito, como decía el gran humorista Batres Montúfar, deberían visitar a Buenos Aires.”

“Yo, cuando mejore, me iré a ese amado país argentino. No te puedes imaginar cómo me atrae —decíale a su amigo Soto Hall—, *es magnífico y me quieren, me quieren...* A tí te encantará. Si yo estoy allí cuando llegues, te aseguro que lo pasarás muy bien”. En su mirada, brilla entonces una lágrima que rueda por entre sueños y delirios como en una égloga final y agrega:

“Buenos Aires es una ciudad que, por su belleza y por su actividad, puede parangonarse con cualquiera de las mejores del mundo”...

“Allí tuve ocasión de tratar a la mayoría de los luchadores de la primera jornada, de la generación pensante argentina, y que después han sentido la caricia del aura popular y que hoy tienen nombres consagrados dentro y fuera de su patria”.

“Darío —dice su comentarista— miraba mucho hacia atrás; le placía rumiar cosas lejanas; desenvolver pergaminos arrollados; hasta rebuscar flores muertas entre el polvo de la larga carretera recorrida”. Y le habló de *La Montaña*, donde trabajó con José Pardo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Macedonio Fernández. Habló de *Atlántida*, en la cual fueron sus compañeros Leopoldo Díaz, los dos Berisso, Carlos Ortiz. “Mira —le dice Rubén a su amigo—, cuando mejore, me iré a ese amado país. No te puedes imaginar cómo me atrae Buenos Aires. Es magnífico, y me quieren, me quieren...”

Buenos Aires, te quiere, te quiere, poeta, tus amigos, tus camaradas de antaño te llevan sobre su corazón.

Me quieren, me quieren, seguía diciendo. Y partió pocos días después para morir en su tierra natal, acaso mirando con su última mirada hacia su amado Buenos Aires. Vivió siempre Rubén hablando en todas partes de la Argentina y de sus artistas, de sus poetas, de



sus elegancias y excelencias. Para él un amigo argentino era siempre un gran señor, con quien se podía contar. Tenía en alta estima las dotes intelectuales y caballerescas de Larreta. Debe Larreta seguramente guardar íntimos recuerdos y sugestivas o confidenciales epístolas de Rubén Darío. Para él Larreta era el gran Ministro, el opulento señor que sabe convertir con mano de príncipe munífico la ayuda que ofrece como si fuera favor que recibe.

Por su amor a Buenos Aires, fue muchas veces atacado a mansalva por rastreras conciencias de escritores hispano-americanos. No conseguían entrar en *La Nación*, le atribuían su fracaso y lo cierto es que el pobre Darío no le cerró nunca las puertas de la Argentina a nadie y menos a los que estaban dispuestos a quererle la ciudad de sus sueños. Rubén no fue nunca intrigante. Esa injusticia de achacarle mezquinas pasiones, era ruin. Jamás la caja de caudales de sus elogios, dejó de estar siempre abierta. Dormía con ella abierta y fácil le era a los ladrones, robarle su oro. Sin embargo, pasó malos ratos, porque todos querían o pretendían que Rubén los impusiese como colaboradores de *La Nación*. ¡Pobre Rubén! ¡Le envidiaban hasta quererle arrebatar su pan escaso que le proporcionaba su constante servicio a *La Nación*, por más de un cuarto de siglo!

Enrique Gómez Carrillo, en su folleto *El alma de Buenos Aires*, dice que confiesa con rubor que cuando Rubén Darío le pronunciaba largos discursos familiares sobre el refinamiento de Buenos Aires, no podía dejar de pensar que todo aquello era una gentil exageración del poeta.

En *La Nación* debe existir mucho del mejor Rubén en prosa, que no ha sido aún reunido en libros (65).

Sé que él envió, como artículos de colaboración, capítulos de su novela *El Oro de Mallorca*, que no se ha publicado todavía en libro. Los dio a copiar en Valldemosa a un pobre escribiente mayorquín a quien pagó bien y nunca se ha podido encontrar o reunir esos capítulos para editar esa novela.

La Nación debe a su memoria y a la historia de las letras ame-

(65) La obra de Darío, dispersa, está siendo afanosamente recogida. Regino Boti, en Cuba; Saavedra Molina, Armando Donoso y Silva Castro, en Chile; Alberto Ghirardo, en Argentina; Andrés González Blanco, en España; Teodoro Picado, en Costa Rica; Zúñiga Pallais, en Nicaragua; y otros, han realizado ya su contribución. Merece especial mención Erwin K. Mapes, a quien se deben los siguientes trabajos: *Escritos inéditos de Rubén Darío* recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por... New York, Instituto de las Españas, 1938, 224 p.; *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile...* Edición crítica y notas de Julio Saavedra Molina y Erwin K. Mapes. Santiago de Chile, 1939; y *L'influence française dans l'oeuvre de Rubén Darío*. Paris, H. Champion, 1925, VII-183. p.



ricanas, la recopilación de las colaboraciones de Rubén, dispersas entre sus hojas, o instalar en su edificio la Sala de Rubén, donde acudan los buscadores de las huellas del poeta en Buenos Aires, a estudiar a Darío, como se va a estudiar la Italia de Dante en Italia, Hugo en Francia y a Shakespeare en Stratford.

IX

EN LA HABANA

Mi amistad personal con Rubén Darío data del año 1910. Antes de esa fecha nuestra relación era epistolar. Su nombre tenía ya los prestigios de un monarca del verso. Todos ansiábamos conocerlo. Había anunciado, por cable, su llegada a La Habana, de paso, para México. Para la juventud literaria de cualquier capital de Hispano-América, la llegada de Rubén Darío, era un acontecimiento. ¡El cetro de la lírica de América era en sus manos! ¡Todas las cabezas se inclinaban a su paso! Natural, pues, que La Habana literaria le rindiera, jubilosa, sus homenajes. La hora de la llegada nos la comunicó Catalá, director de *El Figaro*. Era de seis a siete de la mañana, hora absurda e inconcebible para las estrellas y para los poetas, pero ese día había estrellas rezagadas en el cielo, para verlo llegar. Y poetas, sin dormir, que esperaban al poeta príncipe. Esto acontecía en una mañana del mes de septiembre del año 1910. Ya el poeta está entre nosotros. En un remolcador lo conducíamos, Catalá, Arturo R. de Carricarte, Bernardo Barros, Francisco Sierra, Eduardo Sanchez de Fuentes y yo.

No me lo imaginaba tal como apareció ante mí, a pesar de que ya me era familiar su rostro por los retratos que publicaban las revistas. El Rubén que vi ante mí era así: pálido, marfileña la color, alto, grueso, abdomen abacial, ojos chicos y vivos, casi mongólicos, escrutadores. Sus ojos preguntaban lo que la boca callaba. Manos magníficas, dedos finos, largos, perfectos; la nariz terriblemente ancha y fea; los labios finos y tenuemente rosados. Era un hombre más bien feo, pero no se le veía la fealdad, sin duda, porque la ocultaba la luz espiritual que emanaba de su personalidad. Se sentía ante él, al minuto, la impresión de estar delante de un hombre de genio. Algo búdico había en su gesto y en su rostro. La presencia del hombre superior se manifestaba en él, no por lo que decía, sino por cómo lo decía, o por lo que callaba o por cómo escuchaba a los demás. Nunca he visto a un hombre que, como Rubén, sin pronunciar una palabra, tomara parte activa en una conversación hasta el



punto de dirigirla y hacerla interesante. Rubén era hombre así: gesto lento. Ademán lento. Andar lento. Hablar lento. ¡Majestuosa lentitud de incensario ante el altar de un Dios, era la suya!

Como el poeta venía de Embajador Extraordinario del Gobierno de su país, a la celebración del Centenario de México, la primera visita fue hecha a la Secretaría de Estado. Allí lo esperaba la gentil presencia de Sanguily, de quien escuchó la bienvenida de Cuba. Seguimos a la Legación de México, y después, a la de Santo Domingo, entonces a mi cargo, en donde le ofrecí un improvisado champagne de honor. En la noche, hubo el indispensable banquete de rigor, en el *Hotel Inglaterra*. Entre los oradores de esa noche, tengo fijo en la memoria a Max Henríquez Ureña y Fernando Sánchez de Fuentes. Yo recité versos suyos. En La Habana, se enteró Darío de que el Gobierno que lo había nombrado Embajador había sido derrocado y que el nuevo Gobierno le había sustituido con otra persona, sin avisarle cuál era su situación. Esta América, ¡siempre igual! ¡La inconsciencia, midiendo con la misma vara, todas las categorías! ¡Nadie podía, en su patria, dar la representación que él!

Nadie podía honrar como él, a su patria, y sin embargo, le dejaban abandonado en una ridícula situación. ¡Y todo, porque era amigo personal del Presidente caído! ¡Rubén no sabía qué cosa hacer! Ponía cables a México, a Nicaragua. Nadie contestaba. Por fin, decidió seguir viaje, atraído por el deseo de conocer el maravilloso país azteca, en donde tenía grandes amigos, que no dejarían caer sobre Nicaragua la triste gloria de que su hijo más ilustre padeciera la afrenta del hambre. Pero la situación, al llegar a Veracruz, se hizo casi trágica: en la capital de México, los estudiantes complicaron la situación, tomando el nombre del poeta como bandera de guerra contra los Estados Unidos. Y Rubén no tuvo más remedio de retornar a La Habana, en el mismo barco que lo había llevado. Sus amigos y el Gobierno mexicano, así lo aconsejaron. Le dieron en la persona del pintor Ramos Martínez un noble emisario oficial, para que lo acompañara a Cuba (66).

(66) "En México, en 1910, los estudiantes en manifestación pro-Darío, apedrearon la Embajada de los Estados Unidos, y ésta preguntó al gobierno de Díaz si le haría honores especiales a Darío, como Embajador de Nicaragua. Después de lo ocurrido en México, y de regreso en París, el general Bernardo Reyes le animaba a reseñarlo en un folleto. Le presenté al doctor Angel César Rivas para que le asesorase y me marché a Italia. Porfirio Díaz le nombró Inspector de Bellas Artes, le aconsejamos no aceptar, con 150 dólares al mes. Aceptó y a los dos meses lo dejó cesante. Gómez Carrillo publicó una crónica en *Paris-Midi*, en la que refería que el Presidente Díaz dio la orden de nombrarlo a Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública, el cual le repuso que Darío no aceptaría, pero el Presidente le dijo: *Allez y toujours*, nómbrelo no más. Y en efecto aceptó". (Nota de T. M. Cestero).



De nuevo, el poeta, en La Habana, en el *Hotel Sevilla*, instalado en lujoso apartamento. El poeta está en desgracia, pero ya está en tierra cubana, en donde toda esperanza es como más dulce y de más grata realización. La primera tarde de su regreso de México, fuimos a buscarle al *Hotel Sevilla*, Eduardo Sánchez de Fuentes y yo, para dar un paseo en automóvil! El poeta se preparaba a dar solo este paseo. Pero, se alegró de nuestra compañía. Quería dar muchas vueltas por el Malecón —nos dijo—. ¡Un misterio de amor asomaba en su sonrisa! Rubén no era hombre de amor. ¡Era hombre tímido, ruboroso, callado, miedoso, aunque sensual y artista del amor! ¡Pero, de esto a ser hombre de amor, hay una gran diferencia, como que ambas categorías tienen su naturaleza y su tipo que le son pecu-

Durante el paseo no hacía sino mirar para los pisos altos del Malecón. Su inquietud era evidente. No me atreví a ofrecerle mi ayuda ante tal misterio. Yo lo trataba con gran respeto. Mi intimidad con él sobrevino después, y con ella el cariño profundo y el “tuteo”, irremediable en el trópico.

—“Busco un número —me dijo—. ¿Qué número? —Entonces el poeta buscó y rebuscó por sus bolsillos. No encontró lo que buscaba. Y dijo: ¡he dejado la carta olvidada en el hotel!

—¡Ah!, pero, había una carta —le contesté. ¿Una conquista, una pequeña aventura? El poeta vencido por la mención que hizo de la carta nos dijo que había recibido un mensaje de una bella dama de ojos embrujadores que él había conocido en París, junto a su esposo anciano. ¡El poeta la recordaba como la más apetitosa fruta, por sus labios deseada! ¡La describía con entusiasmo de artista! Yo propuse regresar al hotel, a buscar la carta. Era ya la dulce caída de la tarde. Llegamos al hotel, y Rubén no se ocupó más de la carta. Empezó a beber whisky. Se la hube de recordar, pero ya no le importaba sino el whisky. No se ocupó más de la cita. ¿Veis cómo no era hombre de amor? Después, rebuscando, encontré yo la carta y quise que él no abandonara aquel posible idilio. Pero, el poeta, desde su regreso al hotel, se entregó al demonio de todos los alcoholes y a las furias de todas las tempestades de la dipsomanía, hasta tener yo que luchar con él, brazo a brazo, para que no se arrojara del balcón del hotel a la calle. Hubo un momento en que temía que realizara su intento. Estuvo a punto de lograrlo. Pero, en ese instante, entró un criado y nos ayudó a su Secretario Torres Perona y a mí, a llevarlo a viva fuerza a la cama. Aseguradas todas las puertas, cerradas todas las ventanas, respiré tranquilo. El poeta seguía ingiriendo whisky, desde su cama, de modo incesante. Después de tres



litros de whisky, estaba como loco, y no me atreví a dejarlo solo! Me pasé la noche a su lado. El no dormía nada. Así, amaneció. Continuaba bebiendo. Visitas que no pueden ser recibidas. Flores de fina galantería llegaban al hotel. ¡El poeta era un cerdo! El mismo, años después, en Mallorca, me explicaba que la dipsomanía tiene tres estados: el primero, el de mono, el segundo, el de gallo, y el tercero, el de cerdo. Y después, de cerdo, comienza a bajar a menos cerdo y a menos alcohol, ¡hasta lograr la normalidad! Era una curva dipsómana, que había que subir, como una cuesta, a fuerza de alcohol, y luego bajarla gradualmente.

El doctor Gonzalo Aróstegui lo asistió con su ciencia, y con esa bondad suya que es como un río en perenne desprendimiento de sonrisas. Efectivamente, el tercer día, ya apenas necesitaba mojar sus labios en el vaso de whisky. ¡Y le volvía el juicio y el buen humor y la inteligencia! En este tercer día, ocurrió una cosa, que en verdad, conmovió toda la raíz de su espíritu de hombre y de poeta.

¿Recordáis su libro *Azul*? ¿Recordáis aquel delicioso cuento de *Palomas Blancas y Garzas Morenas*? ¿En donde habla de una prima bella que despertara en él, los primeros deseos sensuales? Esté cuento le dio fama de fino cuentista. El se crio con esta prima, allá en su candente tierra nativa, y naturalmente, se enamoró de ella, con todos los fuegos del sol de su país! Y, como desde los catorce años, Rubén, abandonó casa y país, y empezó su atormentada y andariega juventud, no volvió a verla. Y, pasaron los años. El poeta se olvidó de la prima Julia.

Pero ella leyó el cuento, en donde el poeta había cometido graves indiscreciones. Y posiblemente, si ella se lo encuentra en esa época, lo hubiera pasado mal.

En el *Hotel Sevilla*, todo era penumbra en el cuarto de Rubén. De pronto entra una señora. Yo me alejo un poco. El poeta parecía feliz, radiante, luminoso. Rubén me llama aparte, y me dice con gran misterio, al oído: “Es la prima Julia, ¿te acuerdas del cuento de *Azul*? ¡Es la misma! Está casada con un norteamericano. No nos habíamos vuelto a ver desde que éramos niños. No sabía que estuviese viviendo en La Habana. Se va a quedar a cuidarme hoy”. ¡La pobre y buena señora, todavía algo bella, era de una bondad infinita! ¡Con qué dulce resignación oyó, de nuevo, una velada declaración de amor del poeta! ¿Sería esta mujer el único amor de su vida? ¡Porque, en la vida del poeta, como en su obra, apenas hay huellas de mujer y apenas toma parte el amor!

Ved, cómo Rubén, años después, evocando su niñez, relata des-



de un rincón de campo argentino, este encuentro en La Habana con la prima Julia: —“A tal sazón, llegó a vivir con nosotros y criarse junto conmigo una lejana prima, rubia, bastante bella, de quien he hablado en mi cuento *Palomas Blancas y Garzas Morenas*. Ella fue quien despertara en mí los primeros deseos sensuales. Por cierto que, muchos años después, madre y posiblemente abuela, me hizo cargos: “¿Por qué has dado a entender que llegamos a cosas de amor, si eso no es verdad?”

“¡Ay! —le contesté— ¡es cierto! ¡Eso no es verdad, y lo siento! ¿No hubiera sido mejor que fuera verdad, y que ambos nos hubiéramos encontrado en el mejor de los despertamientos, en la más ardiente de las adolescencias y en las primaveras del más encendido de los trópicos?” Insiste Rubén en afirmar que ella fue quien le diera la primera emoción sensual, al propio tiempo que confiesa que no fue verdad.

Yo presencié este diálogo en el *Hotel Sevilla*. No es ficción del poeta. ¡Me asombra ver cómo años después, lo reproduce exactamente en su *Autobiografía*, que es el libro que ha escrito con la más honrada y sincera de las intenciones, pues se sentía hablar como si estuviera desnudo, ya, ante los ojos de la Posteridad! ¡Sólo olvidó en ese diálogo, recoger su última frase, con la cual cerró aquella íntima conversación, que, por cierto, no le agradaba nada oír a su lejana musa infantil ya convertida en honorable matrona! Y fue esta: “Contigo sí que mi vida hubiera sido otra. ¡Tú, sí que pudiste haberme hecho feliz!” ¡Bella escena, que yo nunca he olvidado! Allí la verdad brilló, junto a la sencillez, en la más candorosa palabra y resplandeció en la mirada más creyente y férvida de aquel hombre desgraciado. ¡Qué rostro más dulcemente severo el de la inspiradora del más bello cuento del poeta al escuchar esta última declaración de amor!

Rubén, ese día, fuera ya de la *crisis* dipsómana, estaba luminoso. Su salud, le permitió darse cuenta del alto precio de las habitaciones que ocupaba en el *Hotel Sevilla*, y de los crecidos gastos que había hecho durante la *crisis*. . . Y cayó en cuenta de la otra *crisis* de dinero, en que lo había dejado la sórdida inconsciencia del Gobierno de su país, pues, en el telegrama nombrándolo miembro de la Delegación, se le decía que en la capital de México, encontraría los fondos necesarios a su misión. Pero, como no llegó a ir a dicha capital los fondos no aparecieron nunca, por más cables urgentes que él pusiera. Algo oscuro había en todo esto.

El se quejaba en la intimidad, y acusaba de traición, negligencia



cia, ingratitud, a varios compatriotas suyos, cuyos nombres le oí mencionar. *El Figaro* pagó la cuenta semanal del *Sevilla*. Y se le buscó al poeta alojamiento aceptable en una pensión francesa de la calle 17, en el Vedado.

¡La nueva instalación era fresca, cómoda, amplia, alegre! ¡Las habitaciones daban al jardín, y por todas partes, árboles! El poeta estaba encantado en su retiro. Para él, Catalá era un semidiós. Y en verdad lo era, para todo literato en desgracia.

Allí, junto a Rubén, vivía el pintor mexicano Ramos Martínez alegrándole la vista, con sus ejecuciones fulminantes, al lápiz. Sobre una hoja de periódico, pintaba un retrato a cada instante. Ramos Martínez era un electrizante retratista. Todas las paredes de los cuartos del poeta estaban llenas de las improvisaciones, al lápiz, del genial pintor mexicano. Aquello era curioso: mientras Ramos Martínez vivía encaramado por las paredes, fijando trazos de carbón, sobre un periódico, con un encarnizamiento juvenil, el poeta Darío, hacía planes en el aire, y leía la Biblia. Era casi su libro único y su única lectura en muchos años.

En todos los países donde llegaba Rubén, adquiría un ejemplar de la Biblia. Exigía que fuera con el texto en latín, con la traducción española, al frente. El no hablaba ni leía latín pero, lo entendía un poco y le gustaba citar el texto en latín, en sus escritos. Los días pasaban. El poeta seguía abrumado por la incertidumbre, que quema más que un horno y hace cenizas los más bellos mástiles de ilusión. Este cuadro se acercaba ya a los dos meses. ¡El poeta sufrió este ciclón, y el otro, oficial, que correspondía a ese año de 1910, que fue terrible! De este último salió ileso, pero tenía delante, el estacionado ciclón de sus vicisitudes económicas.

Yo lo visitaba todas las tardes y le llevaba amigos. No es cierto lo que él escribió, sobre esta temporada, en cuya ilusión deja ver un trasunto de amargura acusadora. Dice él: "Las manifestaciones simpáticas de la ida, no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales..." Salvo, que él se refiera sólo a las autoridades cubanas. Pero olvidó que él había perdido todo carácter oficial.

Carrasquilla Mallarino, poeta y Cónsul de Panamá, en La Habana, y yo, lo acompañábamos todas las tardes. Una de ellas, le llevé de visita al poeta y Ministro de Italia, en La Habana, Giacomo Mondello, un gran espíritu, lleno de ternura! Se encantó con Rubén y éste con Mondello. Y como, para Rubén, las sinceras emociones, tanto las tristes como las alegres, eran motivo de entrar en el primer



estado de la dipsomanía, pidió un whisky, y luégo otro, y otro más, hasta ciento, en celebración de la amistad con Mondello.

En seguida sacó el volumen de la edición extraordinaria del centenario de *La Nación* de Buenos Aires, que pesaba como una montaña, y puso al buen Mondello, a leer su monumental *Canto a la Argentina*. Rubén consideraba ese canto su obra maestra, definitiva. ¡Y cuando se lo celebraban, sonreía con felicidad! Giacomo Mondello se lo leía con su grato acento italiano, con pasión meridional. Aún resuena en mis oídos la voz de Mondello diciendo:

*¡Argentina, región de la Aurora!
 ¡Oh, tierra abierta al sediento
 de libertad y de vida,
 dinámica y creadora!
 ¡Oh, barca augusta, de proa
 triunfante, de doradas velas!
 De allá, de la bruma infinita,
 alzando la palma que agita,
 te saluda el divino Cristóbal,
 Príncipe de las Carabelas.
 Te abriste como una granada,
 como una ubre te henchiste,
 como una espiga te erguiste
 a toda raza acongojada,
 a toda humanidad triste,
 a los errabundos y parias
 que bajo nubes contrarias
 van en busca del buen trabajo,
 del techo para descansar,
 y ver los niños dormir,
 bajo el cual se sueña y bajo
 el cual se piensa morir.*

¡Y, Rubén, oyendo sus versos, bebía y más bebía, de felicidad! Se vistió, para irse con nosotros. Serían las nueve de la noche. Y mientras estábamos Mondello y yo, en el patio de la Maison Dorée, esperándolo, se nos escapó. Alguien nos dijo que lo había visto entrar en un tranvía.

Como ya su estado de embriaguez, fluctuaba entre el mono y el gallo, empezamos una afanosa e infructuosa búsqueda, por toda La Habana. Rendidos nos retiramos Mondello y yo, cuando, a las seis de la mañana llega Rubén, a mi cuarto, y me dice, radiante de



alegría: "Vengo de un círculo de hombres de color a donde entré, porque era el único sitio donde vi luz en la madrugada y me han tratado admirablemente. Me obsequiaron con champagne, y me nombraron "negro honorario". —Y me mostró con regocijo, el curioso diploma. A él le supo, siempre bien, esta aventura, y la recordaba muchas veces como una de sus más simpáticas travesuras haba-neras.

Casi sin lucha, me lo llevé a su pensión. ¡Estaba feliz! Todavía no apuntaba, en su horizonte alcohólico, el cerdo fatídico, fatal, horrible. Parecía que esta vez se iba a librar de él. Y se libró, gracias a la presencia del encantador poeta y Ministro del Brasil, en La Habana, Ada Fontoura Xavier, llegado ese día a Cuba. Rubén tenía en alta estima mental al ilustre y bondadoso autor de *Opalos*, y sin duda, vislumbró en él, a su salvador providencial, como lo fue, en efecto.

Rubén Darío, artista del amor, como del verso, no supo jamás de esos estados profundos de amor inconsolable, como lo supo Espronceda, como lo supo Bécquer, Acuña, Nervo, y como lo supo el gran colombiano José Asunción Silva. Para Darío, el amor era sólo elemento de brillo o de elegancia en el verso. Este concepto, también lo extendía a la amistad. Un día me dijo que la amistad que no se traduce en dinero, era una "Babosada", lo cual demuestra un triste concepto de la amistad. Grave error, o grave impudor, esconde este concepto en la vida del genial poeta. Se enorgullecía de la amistad de los millonarios. ¡Qué espíritu tan infantil!

Rubén decide su marcha. Planea admirablemente sus asuntos, envía cables a sus amigos solicitando ayuda urgente. El sabe que el poeta y Ministro Fontoura Xavier, no le abandonaría, porque era hombre de rasgos nobles, y era además, su amigo y admirador de antiguo. Pero, no dice nada de esto a nadie. Se lo calla. Puló admirablemente una breve carta para Fontoura Xavier, como Cellini, su joya predilecta.

Bebe lo suficiente nada más, con cautela. Escribe artículos. Cumple con *La Nación*, y le avisa, por cable, su salida para París. Elogia en un artículo a Lola de Tió, la cordial alondra revolucionaria. Escribe otros elogios. Dicta una admirable semblanza sobre Fontoura Xavier, a Carrasquilla. Escribe una bella y laudatoria página para *El Figaro* sobre la visita anual a la tumba de Julián del Casal, en el 14º aniversario de la muerte de aquel dulce, supremo y melancólico cisne del trópico. Escribe un prólogo sobre mi libro *Campanas de la Tarde*. La mañana es fecunda para el poeta. Ha co-



brado brío y brillos singulares que mantienen sus nervios en tensión y acción. Está en la víspera de su viaje. Salimos a *Miramar Garden*, en compañía del Conde Kostia, de Mondello y del Ministro de los Estados Unidos, Mr. Jackson, ¡un americano con espíritu latino!

Kostia y el poeta conversan de letras y de literatos, y aquello parece más bien una pugna sacra, a quien más nombres y más obras conociera... Es un pugilato mental.

Los dos quédanse asombrados uno del otro. No hay vencedores ni vencidos. ¡Los dos vaciaron sus treinta años de cultura, de lectura, sobre el mármol de la mesa! ¡Noche de ambrosía intelectual! Rubén era parco de palabra, pero cuando asomaba en el la elocuencia, era adorablemente castelarino. ¡Sólo dos veces le sorprendí en este estado de iluminación! La segunda vez fue en Barcelona, cuando nos habló a un grupo de amigos, entre los cuales estaba el poeta Santiago Argüelles, sobre la dignidad en el arte, que he relatado en el prólogo del *Parnaso Antillano* (67). El Conde Kostia era hombre de extraordinaria vivacidad mental. Y sabía todas las anécdotas, intimidades de editores y de autores célebres franceses de todas las épocas, y nos asombró con su memoria excepcional.

Al filo de la madrugada nos retiramos. El poeta no debió dormir. A las nueve de la mañana lo encontré en *El Figaro*, esperando, nervioso, intranquilo, la llegada de Carrasquilla, portador de la carta de Fontoura Xavier. El pasaje estaba ya apartado para un vapor en puerto, que, debía partir a las dos de la tarde. Como Carrasquilla tardaba, Rubén disparaba nuevos cables a Europa, con carácter de urgentísimos. Aparece, por fin, el cordial y talentoso Carrasquilla, vencedor en toda línea. Fontoura le remitía al poeta quinientos dólares, y una fina esquela lamentando no ser más extenso en la dádiva que tanto honor le proporcionaba. A la una del día casi en marcha Rubén, hacia el muelle, le llegaban remesas cablegráficas urgentes en abundancia, de los amigos ocupados. Tiene tiempo de cobrarlas. El poeta llegó a bordo y se encerró en su camarote, como era su costumbre, en todos sus viajes y empezó a pedir whisky, sin cesar. Ved, cómo dos años después recuerda Darío, su salida de La Habana. Oíd: "Se concluyeron en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del Ministro Sierra (el pintor Ramos Martínez). Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón de huracanes y lluvia en la isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua per-

(67) Bazil se refiere a su propia obra, *Parnaso antillano* (Editorial Maucci, Barcelona). Véase más adelante el Capítulo XI, *La dignidad en el arte*.



manecía, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y sobre todo a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil, y al general Bernardo Reyes, que me envió por cable, desde París, un giro suficiente". ¡Pobre gran poeta! ¡Bien se lo merecía todo, por el don divino que los dioses le otorgaron!

¡La amistad lo salvaba siempre y él contaba con ella, como un valor bancario, en blanco, y en cuenta, para los días sin sol! Dejó Rubén al pintor Ramos Martínez, abandonado en la pensión, sin un centavo. Era egoísta como los niños. Era niño completo cuando se enfrentaba a la vida. De ahí que Enrique Gómez Carrillo me dijera en París, una noche, en presencia de varios escritores franceses y del Cónsul cubano Abela, que Rubén se escondía de los amigos para beber cuando tenía dinero. Y que Verlaine hacía lo mismo. Carrillo, no pudiendo afearlos como poetas, los afeaba como hombres.

"Del tirano, dílo todo" —decía el apóstol José Martí. Y yo digo: del poeta no ocultes nada, porque sólo así se llegará a una completa comprensión de su obra y de su vida. Cada rayo del sol sirve para hilvanar la historia de su reinado de cada día sobre el imponente espectáculo de sombras que se interponen a su paso.

Rubén, no sé si por pereza o por espíritu de aristocracia o por cómodo abandono, gustaba de tener siempre a su lado como servidor a un secretario que le sirviera de valet en sus viajes o de intermediario con las empresas editoras o periodísticas. A él había que hacérselo todo cuando se encontraba en "crisis" o en su convalecencia. El era torpe o fingía serlo, para tratar o dirigir pequeños menesteres de la vida. El quería que quien se encontrase a su lado se lo allanase todo de modo de no ocuparse de nada e ignorar los enojosos detalles. Tenía hábitos de príncipe. De ahí que tuviera necesidad de los servicios de un secretario, que tal era el nombre que le daba a la persona que facultaba para disponer en su nombre. Estos ayudantes no siempre eran amigos desinteresados, sino pobres diablos necesitados del sueldo para vivir. Y Rubén no era hombre que se preocupara de las necesidades de su ayuda de cámara. No siempre tuvo suerte en la elección de estos pintorescos personajes, algunos de ellos escritores en ciernes, pichones de poetas fracasados, de alas rotas pero astutos. No era de los peores el mejicano Julio Sedano, hombre entrado en años, calvo, barba a lo emperador Maximiliano (68).

(68) "Sedano, correveidille de Rubén Darío, mexicano, presumía de hijo del Emperador Maximiliano de Habsburgo y para acentuar su parecido usaba patillas rubias. Lo fusilaron en París, por espía, en 1916 o 1917. Según carta de Darío a Francisca, de julio de 1909



Blanca y rosada la tez, blancos los pocos cabellos, y toda blanca la barba. Era un tipo pintoresco, interesante, prosopopéyico, ceremonioso, educado, frío y sumiso. Se ha hablado muy mal de Senado como burlador de la confianza de Rubén o robador de sus dineros. Yo no voy a hacer la defensa de Sedano. Pero sí aprovecharé como un paréntesis estas páginas, para situar las cosas en su justo lugar. Naturalmente que ninguna persona seria, verdaderamente honorable, podía resignarse al papel de criado de confianza de Rubén. Junto al desorden económico en que vivía el poeta no cabía ningún hombre pulcramente honrado.

Poner orden y disciplina en sus gastos, sobre todo en sus "crisis", era tarea por demás inútil. En ese estado Rubén se creía siempre millonario. Le hacía contraer a Sedano deudas en las tiendas de comestibles. Luégo, era Sedano el que debía, y de algún modo tenía que pagar a los cobradores que le amenazaban. Rubén, a la hora de pagar, siempre ponía el grito en el cielo y creía que Sedano le robaba. Me encargó una vez de ajustarle las cuentas y las revisé y las comprobé como buenas. Otras veces encargaba a Bermúdez, o algún otro amigo, en revisar las cuentas de Senado. Bermúdez tenía gran empeño en desplazar a Sedano y lo tenía intrigado con Rubén, hasta lograr que Rubén lo despidiera. Y cuando Bermúdez se vio solo administrando a Rubén, ya sabéis que se alzó con el santo poeta y con la limosna de los pasajes dados por el marqués de Comillas para Nueva York. El fue el culpable de ese desvarío de Rubén y de su muerte. De haber continuado Darío en Barcelona, posiblemente todavía estaría vivo. Yo le había llevado un médico catalán. El doctor Falgar, para atender su salud. El doctor encontró en su corazón un principio de miocarditis. Pero nada grave si dejaba o aminoraba el alcohol. Volviendo a Sedano, diré que oí y vi muchas cosas en aquella casita de Tiziano, 16, en donde, a la postre, se reconoció la inocencia de Sedano, por lo menos en cuanto al manejo ilusorio de los tesoros de Rubén. Sedano estaba después de salir de casa de Darío perseguido de los tenderos de comestibles y pidiendo un peso para comer. Supe que fue ejecutado durante la guerra eu-

(debe ser enero, 1906), escrita en el mar, en viaje a Río Janeiro, como Secretario de la Legación de Nicaragua en la III Conferencia Panamericana, Sedano iría como Attaché de la Delegación y así figuraría en Río. "Conmigo, dice, Sedano se ha portado como un hermano. Va en mi mismo camarote y me ha atendido durante mi enfermedad, y siempre con mucho afecto". La mujer de Sedano, francesa, puso en máquina la Memoria de la Delegación Dominicana en la Conferencia de La Haya. Pésima mecanógrafa hizo sudar tinta al Padre Tejera, que la corrigió. Romajara, carlista español, boticario, fue otro correveidile de Darío". (Nota de T. M. Cestero).



ropea, en Francia, acusado de ser espía económico, al servicio de Alemania, para hacer bajar en Francia los valores franceses.

He leído después de muerto Rubén que éste se indignó al conocer la publicación de su *Autobiografía* por la casa Maucci y la consideró clandestina. A este respecto recuerdo que una vez visitamos Rubén y yo esta casa editorial y se habló de la publicación de su *Autobiografía*. Pero Rubén quería entregarla sin corregirla y ampliarla. Luégo Sedano me visitó un día para decirme que Maucci estaba dispuesto a comprarla y pagarle bien si Rubén le agregaba el relato de la visita que había hecho a su casa editorial. Y me recomendaba que fuera a ver en seguida a Rubén e influyera en él para agregar este apéndice. Rubén, ni podía ni quería escribirlo. Estaba, además, amargado con Maucci, no recuerdo por qué.

La edición se publicó. Ignoro si Sedano entregó o no el dinero de esta venta a Rubén o si lo engañó. Yo dejé de ver a Sedano. No supe en mucho tiempo de él. Nada extraño es que Rubén fuera víctima de sus propios servidores. Lo sorprendente, dado su modo de vivir, era que le fueran fieles recaudadores. Pero sólo él era el culpable, porque los utilizaba sin recompensarlos. Rubén ignoró siempre el valor del dinero, menos en el minuto en que lo necesitaba. Rubén nunca llevaba dinero encima, y si lo llevaba no hacía ni el gesto de sacarlo para pagar ningún consumo. El siempre fue el invitado, el obsequiado por todos sus amigos aunque tuvieran menos dinero que él. Si alguien fue siempre favorecido por la amistad de sus amigos pudientes fue Rubén. Todos tenían a honor abrirle sus carteras o sus casas o sus fincas. Fue un gran señor en casa de grandes señores, menos en su casa, donde la pobre y abnegada Francisca Sánchez trabajó como ama de llaves y trabajó y luchó como madre de su hijo y guardadora de su salud, sin que le aumentara gran cosa los gastos a Rubén. Esta mujer vive aún en España, en la provincia de Avila, y llora siempre que recuerda a Darío.

Rubén no era tan ingenuo como parecía ni tan irremediablemente nefelibata como parecía ante los ojos de los demás. De vez en cuando aparecía en él un claro sentido común en medio de sus crepúsculos. Entonces, si la deuda le apremiaba, sabía pulir una epístola bella y dirigir un plan y escoger el elegido que le salvara del escollo económico. Rara vez se equivocó. La vida le imponía estas pequeñas claudicaciones, que siempre estuvieron, en rigor de verdad, lejos de parecer o de ser acciones viles. Acudía sólo al préstamo como una cosa natural entre sus amigos y admiradores. Pero, si se lo negaban entonces eran unos ingratos que no agradecían sus fa-



vores. Estos, generalmente, eran elogios de su pluma, que a nadie negó. Era pródigo de su miel ditirámica. Era generoso para los jóvenes como para los viejos que se le acercaban en demanda de un dedal de sus loas consagradorias.

X

EN PARIS Y BARCELONA (69)

En el año 1912 vuelvo a ver a Rubén en París. Estaba curándose, según él, de los demonios del alcohol. Lo cierto es que no quiso tomar té. Me habló horrores del hepático Emilio Bobadilla. Este lo mortificaba en esos días con frecuentes sátiras acerbadas. Para Bobadilla fueron escritos estos versos del poeta:

TANT MIEUX

*Gloria al laboratorio de Canidia,
gloria al sapo y la araña y su veneno,
gloria al duro guijarro, gloria al cieno;
gloria al áspero errar, gloria a la insidia,*

*Gloria a la cucaracha que fastidia,
gloria al diente del can de rabia lleno,
gloria al parche vulgar que imita al trueno,
gloria al odio bestial, gloria a la envidia.*

(69) Refiriéndose a sus relaciones con Darío en Barcelona, dice el escritor colombiano Mario Santa Cruz: "Con él, Osvaldo Bazil y Bermúdez, pasé incontables noches de claro en claro, en un patiecillo interior de la casa, que pomposamente apellidábamos Jardín de Academo". Y en carta de D. Juan Sureda al doctor Julio Piquet —Valdemosa, 6 enero 1914— dice hablando de Darío: "Andábale yo buscando y de nuevo me amparaba de él y tomábale billete en el vapor que a las 6 y media de la tarde salía para Barcelona, a donde efectivamente marchaba Rubén, no sin poner yo telegrama al señor Bazil, Cónsul de Santo Domingo, que lo recibiese". Arturo Torres Ríoseco, *Vida y poesía de Rubén Darío*. Buenos Aires, 1944, p. 127. Otro colombiano, Vásquez Yepes, en su obra *Desde Barcelona* (Valencia, Sempere y Co. Editores, p. 281), recuerda a Bazil en aquella ciudad: "El poeta Osvaldo Bazil animó la reunión (en la Maison Doré) con chispeantes ocurrencias, de las que también hicieron derroche... Rafael Vehils y el Cónsul de mi país Cortés Gregory..." Se observa que los presentes Capítulos IX a XIII, salvo algunos párrafos adicionales, forman parte del estudio de Bazil, *Cómo era Rubén Darío*, que figura en su epúsculo *Vidas de iluminación* (La Habana, 1932, p. 41-76). En su obra *Rubén Darío, un bardo rey* (Buenos Aires, 1946, p. 129), Arturo Capdevilla hace elogiosa mención del trabajo citado. Dice: "Osvaldo Bazil, en su excelente semblanza *Cómo era Rubén Darío*, recuerda el té que en honor del poeta dió en Barcelona, año de 1912, nuestro Cónsul General D. Alberto Cache..."



*Gloria a las ictericias devorantes
que sufre el odiador; gloria a la escoria
que padece a la luz de los diamantes,*

*pues toda esa miseria transitoria,
hace afirmar el paso a los Atlantes
cargados con el orbe de su gloria.*

A poco quiso regresar Rubén a su casa. Al día siguiente me despedí de Rubén. Partía yo para Barcelona, donde era cónsul de mi país. Rubén me llevo de brazo con gran misterio a un rincón de su sala, y me dijo: "en Barcelona vive un hijo mío, a quien no conozco. Debe ser ya un joven de veinte años. Pero él no sabe que yo soy su padre. Su madre murió en Costa Rica, al nacer él. Era mi primera esposa. Y yo tuve necesidad de regresar a Nicaragua y a los pocos días me vi envuelto en una tremenda intriga, de la cual salí casado de nuevo, casi a viva fuerza. La familia de mi primera esposa no me perdonó esto jamás. El chico quedó al cuidado de sus tíos millonarios, y yo empecé mis peregrinaciones por el mundo. Sus padres aparentes le han dado su nombre, no lleva, pues, mi apellido. Infórmate de sus señas, y enséñamelo desde lejos, un día, pues, voy en breve para Barcelona". Indagué sin resultado a mi llegada a Barcelona. Al poco tiempo llega Rubén, en propaganda de las revistas *Mundial* y *Elegancias*, en compañía del uruguayo Guido. Barcelona lo recibe, como Madrid, con honores de un Embajador de la intelectualidad continental americana. Los catalanes más ilustres lo rodean. Se suceden banquetes y veladas. El poeta está en el pleno auge de su gloria.

El Ateneo le dedicó una gran velada literaria, en la cual debía Rubén dar lectura a unos versos. Quería decir su *Canto a la Argentina*, pero su estado no se lo permitió. El poeta hundió su cabeza entre sus hombros. Parecía entrar en el primer peldaño del cerdo fatídico. Me dijo que leyera yo unos versos suyos. Y leí su famosa introducción a *Cantos de Vida y Esperanza*, dedicada a Rodó. A la velada concurrió la excelencia mental femenina y masculina de Cataluña. Mucho antes de terminar la velada me habló al oído diciéndome: "Llévame de aquí". Desde luego, me opuse, y conseguí que esperase hasta el fin de la velada. De ella salimos para terminar la noche con dos rubias hermanas andaluzas y con su madre, aún bien parecida y apetitosa. Nos acompañaba un amigo cubano. Le dimos a Rubén a la madre de las chicas. Al día siguiente me dijo como un reproche: "Me dejaste la vieja, pero lo pasé bien".



Las damas, en los salones de té, en la ciudad condal, al reconocerlo, le envían flores a su mesa, que arrancan de sus pechos. El poeta sonríe sin saber a quién agradecer las gentilezas. El Cónsul General de la Argentina, el escritor Alberto Gache, le ofrece un té, con toda la intelectualidad y con toda la aristocracia. Pero, el poeta está esa tarde bebiendo en su cuarto del hotel y se resiste a ir a la fiesta en su honor. Gache acude a mí para resolver esta grave falta de Rubén, y me veo obligado a ir en su busca. Ya Gache tenía la casa llena de invitados. Era necesario salvarle del ridículo; y parto en busca de Rubén. Lo encuentro casi beodo, fluctuando entre el gallo y el cerdo. Le hablo con gran interés, le digo que va a perder el favor de la Argentina. Le lavo la cara, lo visto, y lo metí con prisa en un coche, siempre protestando él. Cuando llegamos a la casa, ya estaban los invitados en el comedor, cada uno con su copa de champagne, en las manos. Suena un aplauso y todos ofrecen sus copas al poeta. Este toma la primera y brinda con los ojos cerrados, la boca apretada. Recuerdo que comenzó así su brindis: "Bendecido sea el instante de dar mis gracias a la excelencia catalana". Y concluyó su brindis recordando y aplaudiendo la juventud periodística de Gache, junto al viejo Mitre, en Buenos Aires, veinte años atrás. Su éxito fue completo en la fiesta. Esa misma tarde improvisó estas dos bellísimas estrofas, ante una Victoria de Samotracia, que tenía Gache en el Salón, las cuales fueron grabadas en placa de oro y fijadas en dicha estatua:

*La cabeza abolida aún dice el día sacro
en que el viento del triunfo las multitudes plenas
desfilaron ardientes delante el simulacro,
que hizo hervir a los griegos en las calles de Atenas.*

*Esta egregia figura no tiene ojos y mira;
no tiene boca y lanza el más supremo grito;
no tiene brazos y hace vibrar toda la lira,
¡y las alas pentélicas abarcan lo infinito!*

Llamó a Gache, a un rincón de la sala, y con toda solemnidad le dijo: "que quería declararle de modo oficial su voluntad de ser enterrado en Buenos Aires, cuando muriera; que legaba sus cenizas a dicha ciudad". Fui testigo oficial de este testamento verbal. Y Gache me rogó, años después, que lo comunicara oficialmente a la Cancillería de su país. Y hube de hacerlo así. Rubén creyó siempre que



Buenos Aires sería la primera ciudad de América que le levantaría una estatua.

Al día siguiente de esta fiesta, entrando con Rubén a su hotel, un criado me pasa una tarjeta para él. La leo en alta voz: Rubén D. Trigueros... Me la pide y la lee con emoción visible en su rostro. Me dice en voz baja: "¡Mi hijo! ¿Dónde está él?" El criado indica el fondo del salón. Y Rubén se encamina, solo, hacia él. Se abrazan padre e hijo largo rato. El hijo partió para volver más tarde a comer con nosotros. Se acababa de enterar en esos días que era hijo de Rubén, y venía a conocer a su padre. No tuvo más remedio que ser enterado por exigencias de su matrícula para cursar estudios universitarios en Barcelona. Rubén le escribió al día siguiente una breve carta conmovedora explicándole el abandono y pidiéndole que continuara considerando a sus tíos, como padres, ya que ellos habían cumplido como tales. Esa noche se celebraba un banquete y una velada en su honor. El hijo le escribió pidiéndole dinero para comprar un smoking, para asistir a dicho acto, y a Rubén le desagradó la petición y me dijo: "No se da cuenta que a mí no se me puede pedir, que le pida al otro, que es millonario". No le contestó. Pero yo vi al chico después en todas las fiestas, orgulloso de su padre. Era un bravo mozo de un gran parecido con Rubén, joven, con una extraordinaria vocación artística, con una cultura musical alemana completa. Creo que se ha hecho médico y reside en Buenos Aires. Rubén partió para la América del Sur.

XI

LA DIGNIDAD EN EL ARTE

Todos los que estábamos a la mesa, bajo los árboles, en su casita de Tiziano, 16, en las afueras de Barcelona, debíamos consumir un turno. Cuando me tocó el mío, brindé por su gloria y me lamenté de "esta América infeliz que no sabe de sus grandes vivos hasta que no son sus grandes muertos (70)". Como dijo un escritor dominicano sobre la tumba de Eugenio María de Hostos. El poeta se levantó de su silla y abrió cariñosamente sus ojos agradecidos. Aplaudió la frase, que le llegó al alma, y la repitió. El tenía plena conciencia de su grandeza como poeta y sabía que la América, después de él muerto, le levantaría estatuas en homenaje a su gloriosa me-

(70) Frase del maestro Federico Henríquez y Carvajal, quien hoy, 16 de septiembre de 1948, cumple una centuria de existencia, en plena lucidez mental.



moria. En vida sufrió mezquinos ataques y padeció vulgares intrigas de envidiosos que sentían que su nombre era el único obstáculo para llegar a ocupar el puesto ambicioso de primer poeta de la América española. Con él vivo no había lugar a que otro luciera este título, pues ya él no era sólo el primer poeta de su país y de la América, sino el primer poeta en el idioma de Cervantes.

Esa tarde báquica en el patio de Tiziano, 16, Rubén mostróse feliz como nunca lo había visto. De sus palabras recojo estas impresiones que mantengo vivas en la memoria. Habló largamente de *la dignidad en el arte*, con una clarividencia y una elocuencia que no me será dable olvidar jamás. Los que conocieron a Ruben saben que no era él amigo de poner cátedra. Comprenderéis, pues, el ambiente cordial de aquella confianza deslizada entre sonrisas y afirmaciones. Voy a decir algo de lo más esencial de su teoría sobre *la dignidad*. En qué consiste la dignidad —decía él— es imposible explicarlo en un libro. Por los ejemplos se llegará a una más completa comprensión del asunto. Los poetas eran para él: *poetas dignos* o *poetas indignos*. Dentro de los dignos, algunos llegaban a ser *dignísimos*, y otros *suprema dignidad*. Grecia era la madre de la dignidad literaria. Los ingenios helénicos no científicaron en un texto esta dignidad, sino que la esparcieron en sus obras como una fragancia de selección y de distinción espiritual y mental. A veces, esta dignidad se descubre en un giro solamente, en una línea o en un gesto. Es una manera de decir personal, con la más pura sencillez, la emoción del minuto genial, sin una palabra de más ni de menos, el pensamiento. Precisaré aquí algunos de los ejemplos que quedaron fijos en mi memoria, pronunciados aquella tarde en la improvisación del diálogo... Como *suprema dignidad* fueron citados Homero, Hugo, Verlaine, Dante, Benvenuto, Byron, Enrique Heine, Gabriel D'Annunzio, Shakespeare, Shelley, Maeterlinck, James, Wilde, Mallarmé. Recuerdo que el primer poeta español que citó como *dignísimo* fue a Gustavo Adolfo Bécquer. Luégo citó como digno al cubano Julián del Casal, al argentino Leopoldo Lugones y al uruguayo Herrera y Reissig, al colombiano Guillermo Valencia y al catalán Juan Maragall. Y como talentos dignísimos españoles, recuerdo que citó a don Benito Pérez Galdós, a Valle Inclán, a Santiago Rusiñol, a "Azorín". Y de América citó a Juan Montalvo, a José Enrique Rodo y a José Martí como dignísimos. Al llegar aquí noto que olvido que Góngora fue citado por el Maestro como *suprema dignidad*. Y que Chocano fue clasificado entre los poetas indignos, como Julio Flórez y Juan de Dios Peza y otros. Dijo que se podía ser indigno en la vida



y dignísimo en el arte. Contó cosas indignas de Chocano, que publicó unos versos que le hizo en París pero para no ser publicados. Eran versos de sobremesa, alegres, entre camaradas, en un café de París. Se aprovechó Chocano de esta orgía entre amigos para sacarle al Maestro esos versos.

Muy larga fue la lista de los citados como poetas indignos. Pero como el poeta está muerto, no quiero que alguna vanidad herida escarbe innoblemente la tierra de su fosa. Todo lo verboso y lo retórico, en todas las manifestaciones de la mente o del espíritu, lo consideró como indigno. Inolvidable para mí la ática dilucidación estética del grande y querido Rubén. En la lengua castellana no hay a mi ver quien lo supere en dignidad artística. El fue *suprema dignidad*.

Modelo eminente de poesía dignísima es su carta a Madame Lugones, tan incomprendida y zaherida por la mediocridad que se corona reina. En esta epístola lírica puso el Maestro toda la sal y la gracia de su sabiduría. En ella es tan griego y tan ilustre como Platón mismo.

En la manera de recitar Rubén como en la de dictar sus poesías, observaba el consejo de José Martí, de mimar lo que se escribe. Entonces hacía pensar Rubén en el viejo Milton, cuando pobre y viejo, perdido en su *Paraíso*, dictaba en Londres a sus dos hijas los gloriosos cantos de su inmortal poema.

Rubén rezaba el verso y lo pulía en la mente. Luégo volvía de nuevo a mimarlo entre dos dedos de su mano derecha antes de pronunciarlo. Juntaba el pulgar y el índice y los movía suavemente como si quisiera sacarle aún más brillo a la inspiración. Y entonces era una perla la que caía de sus manos de marqués sobre el papel, o era una ala la que se le escapaba de entre sus dedos helénicos, o era creación que volaba de sus labios.

Rubén, generalmente, dictaba sus versos. Mientras los dictaba había en él como una melancolía escrutadora hacia dentro; no necesitaba mirar al mundo para hallar los secretos de armonía del universo. Y de ahí que dictara sus versos con los ojos cerrados, la boca apretada, como para mejor oír el panal misterioso que las abejas áticas habían fabricado en la torre de sus gloriosas inspiraciones.

Rubén rezaba el verso. Es decir, lo daba como un rezo en voz baja, marcando los acentos rítmicos como si sobre cada uno depositara un grano de incienso. Lo elevaba como un voto uncioso, lo esparcía luégo con voz tan limpia que conmovía como un cántico



litúrgico, como un responso, como una plegaria rota en el espacio azul.

No declamaba Rubén el verso. Era un gran recitador en la intimidad. Nadie me ha producido la emoción que él diciendo sus versos. De sus labios caían lentos los versos como si lágrimas de luceros cayeran sobre el manto de terciopelo de una virgen. Era un santo en oración, no un hombre en recitación. La estrofa en sus labios era un corola de unción perfecta.

Todo en Rubén era parsimonioso. Tenía su verso, como su prosa, la transparencia, la elegancia, la dignidad de un vuelo de alondra en el azul cristal de una mañana, plena de dulzura. El lujo intelectual de sus creaciones abría sobre su espíritu un paisaje de suma elegancia como para recibir en su seno una lluvia de jazmines nupciales. Nadie, en la historia de la poesía, ha logrado reunir como él mayor suma de secretos de exquisita y fresca expresión ni mayor sentimiento de la armonía y de la melodía que él poseyó como privilegio excepcional.

XII

RUBEN EN LA ISLA DE ORO (71)

A poco, otra vez, Darío en España. Era el 1913, ahora en Mallorca, huésped de los esposos Sureda, que ocupaban en Valldemosa, como residencia veraniega, el castillo del Rey Jaime el Asmático, al lado de la célebre Cartuja, en donde estuvo de temporada amorosa el pobre y grande Chopin, quemando su corazón en la llama de la genial Jorge Sand. Un día recibo un telegrama de don Juan Sureda, diciéndome: "Rubén muy grave, le suplica venir, quiere hablarle por última vez. Venga, se lo ruego". Inmediatamente dispuse el viaje. Dura sólo una noche de Barcelona a Mallorca, pero cada hora de esa noche me pareció una eternidad.

Llego al Castillo de Valldemosa después de mil preguntas. Entro, no veo a nadie, ni oigo ruido de nada. Ni una voz ni un alma. ¡Qué enorme silencio! Cruzo un patio, luego otro patio, un jardín, otro jardín. Me introduzco en un pasillo, cruzo una sala, y por fin, aparece la gentil dueña, la diminuta, espiritual y fina pintora de aquel paraje encantador, Pilar Montaner de Sureda.

(71) Con este título, que se agrega aquí, Bazil recogió la presente narración, publicada en la revista *La Cuna de América*, número 11, Santo Domingo, agosto, 1923. Hay variantes sin importancia.



—¿Usted es el señor Bazil?

—A los pies de usted, señora...

—Pues, venga conmigo, que le esperábamos con gran inquietud, por la tardanza en llegar. Mi esposo ha ido a esperarle al muelle, pero como no se conocen ustedes, sin duda, debe estar preguntando por usted todavía.

Me conduce al cuarto de Rubén. Me acerco a la cama que él ocupa, con la emoción de quien va a encontrar muerto a un querido ser. Rubén no se mueve. Está bajo mil mantas de lana. Poco a poco, va sacando una mano, me la extiende. La tomo entre las mías. Me atrevo a hablarle y le pregunto cómo se siente. Se descubre media cabeza. Me pide que me acerque. Me siento a su lado. Entonces es cuando comprendo que éste se está haciendo el moribundo, que no hay tal gravedad, sino un estado alcohólico, que no ha llegado a producirle la fatídica curva dipsómana. Me dice muy despacio: "Explícale a esta gente que me están matando. Que necesito me den abundante bebida. Me están mezclando el vino con agua. Dile a Pilar que busque ahora mismo la página (tal) de la *Biblia*. —Y dirigiéndose a Pilar, le dijo—: "Señora: óiganlo, que éste sí que sabe". Me levanté de la cama para hablar con Pilar, a quien le expliqué eso de la curva, y a quien rogué suministrar a Rubén bebidas fuertes para que pudiera estar en breve tiempo fuera de ese estado, que a todos preocupaba en la casa. En Valldemosa no había sino vino tinto.

Pilar me informó que ya Rubén se había bebido esa mañana más de nueve botellas de vino. Buscó Pilar la *Biblia*, y la página indicada por Rubén, y con gran sorpresa de ella, que creía estar engañándolo, vio que en dicha página se encontraba el pasaje cuando Jesús convirtió el agua en vino. Llegó el esposo, y se mandó a Palma de Mallorca por whisky suficiente, y se le dio a beber cuanto quiso. Naturalmente, subió con rapidez la curva. Nos dio una noche espantosa. Como a la una de la noche, por los pasillos oscuros, gélidamente silenciosos del Castillo, corría Rubén llamándome a gritos, agitando en la sombra un cencerro, que la familia había puesto cerca de él para que lo utilizara como timbre. Yo tenía la decisión de no responderle. Mi necesidad de descanso era superior a todo. Pero me gritó: "¡Levántate, que te han puesto a dormir sobre el cementerio de los Caballeros de San Roque! ¡En tu habitación, en otra época, había un cementerio!" Y al oír yo esto, di un salto y le abrí inmediatamente la puerta. Nos fuimos a su cuarto, y ya al amanecer, entraba el poeta en plena crisis de saturación báquica. Dejó de sentir la necesidad de más alcohol. Durmió mucho, y a los dos



días ya estaba fuera de ese estado. Entonces fue cuando lo vestí de cartujo, para llevarlo a la mesa (72). Fue una fiesta la ocurrencia. Gracias a ella escribió una de las más bellas poesías del habla castellana. Bajo aquel hábito él se sentía cartujo de verdad.

Hé aquí algunas estrofas:

LA CARTUJA

*Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.*

*A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y el vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo...*

*¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería,
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y ¡Requiescat in pace!*

(72) En su *Autobiografía*. (Posdata, en España, 1914), dice Darío: "Ya en Barcelona, en la calle de Tiziano, número 16, en una torre que tiene jardín y huerto, donde ver flores que alegran la vida y donde las gallinas y los cultivos me invitan a una vida de manso *payés*, he buscado refugio grato a mi espíritu. Bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna, evoco mis días de Mallorca, sobre el de una tarde en que el poeta Osvlado Bazil se empeñó en vestirme de cartujo. A los Sureda les supo bien la gracia y yo en verdad me sentía completamente cartujo, bajo el hábito que llevaba. Llegué a pensar que acaso era lo mejor y donde hallaría la felicidad..." Refiriéndose a este pasaje, dice Arturo Capdevila en su obra *Rubén Darío, un bardo ret*: "Pero quien ha contado con mayor precisión los dramáticos detalles de esa fatal dipsomanía ha sido, sin duda, el poeta Osvado Bazil, en cuyo opúsculo *Vidas de iluminación*, no se qué deba alabarse más: si la seguridad del dato, la comprensión del amigo o la sagacidad del artista, sin decir nada de la perfección literaria de tan magistrales páginas. Osvlado Bazil supo de la dolorosa intimidad de Rubén Darío, desde que se conocieron en La Habana... Y pensar que alguien ha pretendido sacarle hasta sacrilego porque diz que en la abandonada Cartuja de Valldemosa daba en vestirse de hijo de San Bruno...! Bien distinta es la historia: que fue Osvlado Bazil el que para pacificarle los nervios le vistió de ese hábito, y vestido de él y sintiéndose cartujo, escribió los versos en que clama:

Sentir la unción de la divina mano..."

José Antonio Cabezas, en su libro *Rubén Darío, un poeta y una vida*, (Madrid, 1944, p. 283), dice: "Mientras Osvlado Bazil le hace una fotografía con la cogulla cartujana de los *callados hijos de San Bruno*, Rubén tiene las manos juntas y los ojos vueltos al cielo..."



*Poder matar el orgullo perverso.
Y el palpitante de la carne maligna.
Todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.*

*Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.*

*Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al Angel hace estremecer las alas,
por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablas malas.*

*Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos
redondeces de nieve y labios rojos.*

*Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gula del hombre y del poeta.*

*Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.*

*Darme una sangre que me deje llenas
las venas de inquietud y paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.*

*¡Y quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!*

Mallorca fue siempre tierra propicia a su estro. Todo lo que escribió allí fue una maravilla. Pero lo mejor de toda esa cosecha ma-



llorquina, es su estupenda epístola a Madame Lugones, en la cual dice:

*¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas antes de que las prematuras canas
de alma y cabeza hicieran de mí la mezclanza?
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!*

*¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
al sentir como un caracol en mi cráneo
el divino y eterno rumor mediterráneo!*

*Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron mi barca,
es recordado por mis íntimos sentidos,
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.*

Rubén siguió algunos días más sin beber, escribiendo capítulos de una novela que se llamaría *Oro de Mallorca*, de la cual me leyó varios capítulos que tenía escritos. Se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires. El era el personaje principal de la novela. Recuerdo que uno de los capítulos era un estudio admirable y completo de la dipsomanía. Ningún médico lo hubiera hecho mejor.

Al advertirle que su novela carecía de su personaje central femenino, me contestó: "Bueno, meteré entonces a Pilar en la obra". Y es que él no tenía una mujer que traer a su novela porque no la tenía tampoco en su vida. Allí me enteró que por recomendación e intervención de Sureda, se había confesado con una Padre alemán, que a la sazón residía en Mallorca, convertido al catolicismo y que antes había estado de Capellán en el ejército de Chile, de apellido Uhfohl. Rubén, con gran unción y temor de Dios, comenzó así la dicha confesión: —"Padre, mi vida ha sido una novela". El Padre Uhfohl, le contestó: —"Hijo mío, la mía ha sido dos, recemos". Eso fue toda la confesión. Con Padres así, cualquier diablo se atreve a confesarse, le dije. Luégo hablamos ese día de su obra de alcohol y de la sin alcohol. Me dijo que todo el *Canto Errante* era obra de alcohol, y que también lo era una parte de *Prosas Profanas*, pero que en *Azul*, y en *Canto de Vida y Esperanza*, había muy poco o casi nada. Y son estas sus mejores obras.



Regresé a Barcelona, y a los ocho días, recibo otro telegrama de Sureda, diciéndome: "Se nos fugó Rubén, búsquelo ahí". Efectivamente, llegó a mi casa. Le pregunté a qué hotel quería ir. "Al mejor", me contestó. Lo instalé en el Colón. Había llegado sin dinero y bebiendo mucho ajeno. Al día siguiente pidió papel en el hotel, y le escribió a doña Blanca de Zelaya, la esposa del ex-presidente de Nicaragua esta estupenda carta: "Doña Blanca: enfermo. Rubén". A poco, se presentó doña Blanca, en su auto, y se lo llevó a su casa. El general Zelaya estaba al regresar de un viaje por los Estados Unidos, y tan pronto llegó dispuso el traslado de Rubén a un Hotel. Más tarde lo instalamos en una casita de esas que los catalanes llaman "torre" en la calle Ticiano, 16, en los alrededores de Barcelona. A ella llegó dos meses después Francisca Sánchez, la mártir de Rubén que lo acompañó muchos años, con el hijo de ambos *Güicho*.

En una noche de esa temporada lo llevé a un palco del Teatro Novedades, donde trabajaba Pastora Imperio. Esta insigne medalla del baile flamenco diluía en el tablado, embrujada entre sus pies y entre sus brazos maravillosos, una espectral cadena de sollozos gitanos. Martilleaban sus pies, y de cada golpe se desprendía un dolor de raza esclava o se deshacía una copla gemebunda de una garganta de mujer perseguida. La queja y la querella volaban de los pies a los brazos hasta quemarse en las grandes pupilas extrañas de la genial danzadora. Rubén estaba fijo en la escena; no apartaba sus ojos de Pastora. De pronto veo rodar dos lágrimas de sus ojos. Eran lágrimas de pura emoción estética artística, que el poeta no podía reprimir. Se puso pálido y me dijo que aquello era muy fuerte. Y se levantó y nos fuimos a la calle a respirar aire libre que orease la desgarradura que en lo hondo de la entraña producía Pastora con sus bailes en los corazones de sus espectadores.

Hambre, robo, sangre, crimen, dolor, odio y fuga, compendio de esa raza, temblaban entre sus pies y entre sus brazos. Mirándola bailar lloró una noche el más aristocrático espíritu de los poetas de la América española.

La vida del poeta discurría amable, patriarcal. Pero estalla la guerra europea, y Rubén se llena de pavor ante el fantasma del hambre. De Buenos Aires, no venía el dinero de sus colaboraciones. Y un tal Alejandro Bermúdez, compatriota suyo, lo indujo a una loca aventura por Norte América, para dar conferencias sobre la paz. Sustrajo a Rubén de su casa, de sus amigos. Lo secuestró, lo mantuvo ebrio varios días, sin que nadie pudiera verlo ni saber su paradero durante el tiempo que necesitó para gestionar gratis, en



nombre de Ruben, los pasajes. Me entero tarde del día de su embarco, y voy a bordo del vapor. En su camarote le digo todo el horror de aquel disparatado viaje a Nueva York, en pleno invierno, y me contestó: “¿Y el hambre?” Comprendí que era inútil todo esfuerzo por contrarrestar la influencia malévola de Bermúdez. Rubén estaba ya casi ebrio y no comprendía. Desprecié a Bermúdez, negándole mi mano, ante la suya extendida. El pobre Rubén, de pies, ante Francisca y su hermana María, llorando las dos, me dijo: “Quiero algo tuyo”. Lo que tú quieras, le respondí. Creí que quería mi alfiler de corbata y me lo quité para dárselo, pero me dijo: “Eso no, quiero tus guantes”. Se los di. Me abrazó y me dió un beso. Y me aleje con la impresión de que en aquel primer beso que recibía de hombre, iba encerrado el beso de la muerte y el último adiós de un gran corazón que en breve caería en la tumba. Y así fue. En Nueva York se enfermó gravemente. Sufrió negras calamidades, hasta llegar a ser abandonado y vejado por Bermúdez. Partió ya herido de muerte, hacia Guatemala, y de ahí, a su patria, a morir en brazos de su segunda esposa, abandonada por él durante veinte años.

Tener razón contra un amigo, contra un poeta herido, no es un privilegio que debe ufanar a ningún hombre de corazón.

Me duele tener la razón, en el caso de Rubén, que desoyó mis consejos, contra Bermúdez. Pero él mismo me la da con creces y con largueza cuando dijo en una conversación en Guatemala, con Máximo Soto Hall: “En mis manos, las monedas o los billetes se esfumaban. Siempre me ha pasado eso. Ultimamente en los Estados Unidos, pude comprobar esa amarga experiencia. La verdad es que allí la culpa toda la tuvo mi compañero y compatriota Alejandro Bermúdez. Me han dicho que Bermúdez viene a Guatemala. Es preciso que no le dejen entrar. No debe venir aquí”. Y cuenta Soto Hall, que cuando así se expresaba, una sombra de terror infantil y supersticioso, nublaba su frente.

“No sabría decir —escribe Soto Hall— ni lo sabré nunca, lo que pasó entre él y su socio de conferencias en Norte América, pero es lo cierto que parecía temer la influencia de aquel hombre como la tiranía de un poder hipnótico”.

A mí no me engañó nunca Bermúdez. Lo conocí desde la primera mirada que crucé con él. Y me opuse a su entrada en la casa de Francisca. Descubrí que había venido a España con una misión secreta, tal vez de Rosario, para atraer con engaño a Rubén, hasta el patrio suelo y entregarlo a ella por sorpresa, en estado de embriaguez, para ser víctima de nuevo de una conjura o de una nueva



infamia. Ese viaje no parecía tener otro fin, y por eso Bermúdez temió y esquivó mi presencia en los días que lo fraguaba a espaldas de Francisca, y de mí, que se lo habría echado en cara duramente en presencia de Rubén. Antes de morir este pobre sujeto le dirigí una carta pública desde varios periódicos centroamericanos, cubriéndolo del más violento género de insultos, a los cuales no respondió. Luégo supe su muerte, poco le sobrevivió a Rubén. Ante la idea de su muerte cesa mi ira, pero no mi inconformidad con su plan que aceleró el final de los días del poeta en la tierra. Rubén pudo, sin ese viaje, de haberse quedado en España, al cuidado de Francisca Sánchez, prolongar unos años más su existencia. Ante la tumba de Bermúdez cierro la enconada rosa negra de los odios y abro la blanca rosa del perdón y del olvido.

XIII

VIACRUCIS

Su viaje a Nueva York, en las condiciones lamentables de salud, y con su inconsulto plan de lanzarse a predicar el evangelio de la paz, en momentos en que sólo la voz del cañón era la única voz que reclamaban los pueblos, no podía ser más absurda, aunque su palabra evangélica fuera la de un gran poeta. Contrae Rubén una pulmonía doble en Nueva York y ni siquiera logra darle a su canto las proporciones que él quería de poema monumental. Por cierto que este canto no es de los más felices de su genio, sino mas bien una caída de su estro a pesar de su bello comienzo y de una que otra flor que aroma por entre el manojito de pueriles acentos. Termina el poema con una laudatoria invocación a los pueblos de América, que recuerda al Rubén de los sones épicos de anteriores días:

IO VO GRIDANDO: PACE, PACE, PACE

*Así clamaba el italiano,
así voy gritando yo ahora:
"Alma en el alma, mano en la mano",
a los países de la Aurora...
En sangre y en llanto está la tierra antigua.
La muerte, cautelosa, o abrasante, o ambigua,
pasa sobre las huellas
del Cristo de pies sonrosados
que regó lágrimas y estrellas.*

*La humanidad, inquieta,
ve la muerte de un Papa y el nacer de un cometa:
como en el año mil.
Y ve una nueva Torre de Babel
desmoronarse en la hoguera cruel
al estampido del cañón o del fusil.*

Y termina así su poema PAX:

*¡Oh, pueblos nuestros! ¡Oh, pueblos nuestros! Juntaos
en la esperanza, y en el trabajo, y en la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.
Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos,
Wáshington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.*

*Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha:
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.
No; no dejéis al odio que dispare su flecha;
llevad a los altares de la paz, miel y rosas.
Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.
Y pues aquí está el foso de una cultura nueva,
Que sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur.
Hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva:
The Star Splanged Banner, con el blanco y azur...*

Fue un largo y penoso viacrucis su recorrido desde que embarcó en Barcelona, para Nueva York y de ahí a Guatemala, y luego a su país, donde muere. Indigna y abruma pensar en la torpe humillación y en la profanación vitanda cometida con el cerebro de Rubén Darío. Fue éste a parar en una estación de policía, discutido, perseguido, despedazado, como prenda robada. ¡Qué escándalo! ¡Qué afrenta! Ni por decoro humano respetaron la noble víscera del infortunado poeta. Esa discusión, esa voz ¡ataja! entre unos y otros, disputándose el cerebro de Darío y nó por veneración sino por enturbiado egoísmo, debió resonar lúgubrememente en alguna fibra no muerta



aún del todo en el cerebro de Rubén, en la cual acaso latía la última imagen del torturante sueño que tuvo momentos antes de morir, cuando vio que le arrancaban el cerebro con un serrucho, todo lo cual sucedió desgraciadamente horas después ¡Si algo de ese sueño quedó impreso en su cerebro debió borrarse y desaparecer de pena y de vergüenza, ante el vandálico hecho irreverente! Perdón, Dios mío, para los culpables. Vale la pena recordar esta escena tal y cómo sucedió. La impresionante descripción detallada de su muerte y de su entierro, publicada en la prensa de Nicaragua, la encuentro admirablemente sintetizada por la pluma de Contreras.

“Mas a poco el enfermo empezó a reaccionar; la fiebre bajó y los delirios cesaron. Los doctores Debayle y Lara resolvieron entonces hacerle una nueva operación, pues pensaban que el foco del mal estaba en el hígado, y querían extraerle la pus. Dos médicos, Sacasa y Godoy, consultados. Expresaron opiniones contrarias, y Darío se oponía a la operación, asegurando que no sentía nada en el hígado y que tenía, en cambio, en “el bajo vientre como una placa de fuego”. Mas Debayle persistió en su idea, y logrando calmar al enfermo el 2 de febrero le hizo dos punciones, sin lograr extraer pus. Rendido el paciente se desmayó. Esta operación fue fatal. Darío se agravó, perdió el conocimiento, y el día 7, a las siete de la tarde, empezó a agonzar, a las diez y cuarto expiró en estado de inconsciencia, auxiliado por el presbítero Félix Pereira. A pesar de su aspecto avejentado, no tenía más que cuarenta y nueve años.

Como la prensa había comentado de manera desagradable la acción de Debayle, éste y Lara procedieron aquella misma noche, ¡aquella misma noche!, a las dos, a hacer la autopsia y el embalsamamiento del gran poeta. Conservaron el corazón; las otras vísceras fueron enterradas en el cementerio de la Guadalupe, al lado del sepulcro de la madre adoptiva del extinto. Y como si esto no fuera suficiente, al día siguiente los mismos doctores extrajeron el cerebro del difunto grande hombre. Parece que Debayle había convenido con la esposa de Darío en que aquella víscera le sería confiada; temiendo, empero, de que el cuñado no lo consintiera, así que hubo colocado el cerebro en un recipiente, escapó con él. Pero Murillo lo hizo detener, por los soldados que custodiaban la casa. Siguióse un altercado violento, que dio por resultado que el codiciado cerebro fuera conducido a la Dirección de Policía para esperar la declaración del Gobierno. ¿Pero qué sentimientos movían a estas personas que osaban poner en prisión la parte más noble del más grande de los poetas de América? Debayle quería el cerebro para “hacer un estudio



de esa víscera, como. Antomarchi lo hizo con la de Napoleón". Los Murillos lo querían a su vez para que otro médico tuviera tal honor, y así, cuando el Gobierno resolvió entregárselo a la viuda, lo confiaron a un médico de Granada (la ciudad rival de León), a fin de que éste se llevara la gloria. ¡Miseria de miserias! El pobre gran poeta debía ser atormentado hasta en los despojos de su carne mortal.

Bien que esperada, la noticia del fallecimiento que anunciaron las campanas y el cañón, causó impresión profunda entre los nicaragüenses. El Gobierno declaró tan sensible pérdida duelo nacional, acordó rendir al grande extinto "los honores de ministro de Guerra y Marina que prescribe la ordenación militar" y, ya que no le había pagado en vida todos sus honorarios, sufragó funerales solemnes. Por su parte, la autoridad eclesiástica acordó introducir en las exequias el ceremonial establecido en tales casos para "los príncipes y los nobles". El comercio de la ciudad cerró sus puertas, y tanto en los edificios públicos como en muchos particulares se izaron banderas enlutadas. Los amigos y admiradores del poeta acudieron en muchedumbre a la casa mortuoria, ayer solitaria, y la viuda recibió más de 1.500 telegramas de duelo.

El 8, a las once y media de la mañana, el gran poeta fue conducido en andas, cubierto de un velo negro, al edificio de la Municipalidad, donde tuvo lugar una primera velada de duelo. Trasladado al día siguiente a la Universidad, el cadáver fue vestido de túnica blanca, a guisa de peplo, coronado de laurel, y velado por estudiantes o militares permaneció en capilla ardiente cuatro días, durante los cuales desfilaron ante el gran nicaragüense muchísimas personas de todas las clases sociales, y tuvieron lugar veladas de recitaciones y discursos. El 13, en fin, por la tarde, los restos fueron conducidos a la Catedral, en andas igualmente, entre una profusión de coronas y flores enviadas de todas partes de la República y en medio de un cortejo formado por representantes del Gobierno, de las Municipalidades, de la Iglesia, de la Prensa, de otros Gobiernos americanos, por el Cuerpo Consular, diversas Asociaciones, varios colegios o escuelas y gran muchedumbre, con palmas en las manos, que componían un acompañamiento como de siete mil almas. Ante el cadáver, iba un grupo de niñas vestidas de canéforas, derramando flores, y aquí y allá descollaban las banderas de varias Repúblicas de América, mientras doblaban las campanas de todas las iglesias y tocaban las bandas militares. Después de correr media ciudad, el cortejo ganó la antigua basílica, donde tuvo lugar un solemne oficio religioso, al cual se agregaron ciertas ceremonias alusivas. Mientras "un coro



de matronas", según un periódico local, lanzaba las "lamentaciones clásicas", y la "pira olorosa" del catafalco ardía, "las más bellas vírgenes de León vestidas de canéforas, regaban flores"... A las nueve y cuarto de la noche el cadáver fue descendido a la fosa, a la derecha del templo, bajo la estatua del apóstol San Pablo. Naturalmente, hubo también discursos: uno del presbítero Asarías Pellais, frente a la Universidad; otro de Santiago Argüello, ante la catedral y un panegírico del obispo Pereira; los dos primeros archifloridos de retórica, pero sin sombra de emoción; la alocución del prelado, adecuada, correcta, pero no más emocionada. Empero, la impresión general del pueblo nicaragüense era sincera y honda. El país entero estaba conmovido, y la prensa llenaba sus columnas de artículos sobre el gran poeta, de noticias acerca de su muerte y de sus funerales. Ningún presidente de Nicaragua motivara con su muerte semejante impresión, ni tuviera funerales tan pomposos ni sentidos. El mandarín Díaz anduvo muy discreto al no concurrir a aquellas exequias, que significaban la adhesión de toda Nicaragua al poeta de la América española.

Murió a los cuarenta y nueve años de edad. Había nacido el 18 de enero de 1867 y murió el 7 de febrero de 1916. El día de su muerte, Santiago Argüello, al referirle Rubén un sueño terrible que acababa de tener, en el cual vio que le arrancaban el cerebro y el corazón, con un serrucho, todo lo cual sucedió horas después, sin lo del serrucho, desde luego, quiso calmarlo y darle ánimos diciéndole que pronto volvería a París, a recomenzar su vida. Rubén lo mira con su última mirada y le dice horrorizado: "Eso no, jamás, prefiero morir". Y cerró los ojos, y a poco, murió.

¡Volver a la lucha, volver a sufrir, cuando ya tenía tan cerca la paz de Dios, llenó de espanto el espíritu de aquel grande amador de la vida, de aquel insaciable gozador de todos los vanos placeres de este mundo! ¡Vivió temiendo la muerte, sobrecogido de espanto ante la idea de lo que hubiera detrás de ella, y cuando la ve inmediata, él, que era un niño medroso, la recibe sin miedo por no seguir luchando en este valle de sordideces que le inspiraba más temor que el helado misterio de la tumba!

El cable anunció al mundo la dolorosa noticia. El duelo de las lirás en América enlutó las banderas de las patrias americanas. Recuerdo que Fabio Fiallo me la comunicó en Santo Domingo. Al acostarme esa noche, bajo el peso de esa noticia, tuve un sueño que recogí fielmente en estos versos tan pronto como desperté.



A RUBEN DARÍO, MUERTO

*Salgo de un sueño donde te vi después de muerto.
Diré como te vi en mi sueño aparecer:
era un bosque de lirios, blanco era todo el huerto,
como lluvia de lises era el amanecer!*

*Entre ninfas y sátiros, la fiesta discurría
alegremente. Todo era blanco y jovial
dentro del bosque aquel donde Pan sonreía
con la amable sonrisa de su gozo triunfal!*

*¡Y tú estabas feliz, contento como nunca
lo estuviste en la tierra, que te fue siempre cruel;
un relámpago báquico en tu sonrisa trunca
animaba tu boca, dentro de aquel vergel!*

*La fiesta era como un vibrar de hosanna
para exaltar tu gloria, como una ascensión
de los divinos dioses de la Grecia pagana...
¡Era la ceremonia de tu coronación!*

*Bajo una profusión, de lises, descubriste
tú mismo tu estatua, bajo un suave temblor
de belleza del cielo que amaba tu alma triste
cuando la tierra oyó tu trino de dolor!*

*Cuatro cisnes, príncipes, en un lago cercano
a tu estatua, discurrían con dulce lentitud.
Y su meditativa marcha, como notas de un piano,
reproducían compases de tu inmortal laud.*

*De súbito te vi como cubierto
de hojas de laurel rosa, en la inmortalidad.
Y desapareciste. Desperté. ¡Estabas muerto!
¡Me consolé pensando que el sueño era verdad!*



XIV

MEDITACION

La vida de un hombre de genio no termina en la tumba, sino comienza en ella.

La mano que cierra para siempre los ojos del artista no tiene suficiente blandura para recibir la ingravidez mortecina de los ojos que se van, que se apagan, que se vuelven hacia arriba, como expresando sed de espacio y ansia de azul. La mano que es, no puede aprisionar la última mirada de unas pupilas en las de visiones de infinito. Esos ojos de los grandes muertos sólo la muerte los sabe cerrar y los sabe abrir de nuevo ante el altar de la posteridad.

La vida de Darío se hace más luminosa desde el instante mismo en que desciende al sepulcro.

Su gloria, pese a los negadores engreídos y presuntuosos, lucirá, cada vez más alta. Mientras más tiempo pase, mejor.

Al año de su muerte, una conjura de silencio amenazaba su renombre. Eran voces juveniles, iconoclastas, que maldecían porque no comprendían la grandeza, coronada de sol del ínclito engarzador de gemas siderales, desaparecido cristianamente, como un santo abrazado a su cruz, como un héroe a su espada, como un apóstol a su credo, como un poeta a su lira de oro.

Los nueve rimadores obsesados en la tarea de romper moldes, pretendieron expulsar la belleza del templo y fingían o sentían menosprecio por la obra del bardo excelso. Pero esa nube de irrisoria altivez cesó para dar paso a la majestad del maestro. El prestigio del arte recobró sus fueros definitivamente y el nombre del poeta crece de año en año, elevándose en la admiración de las multitudes.

Plazas, calles y avenidas y jardines llevan su nombre en España, Francia y América. Bustos y estatuas se proyectan y se realizan en los estudios de los grandes escultores europeos.

La crítica de arte se siente cada vez más atraída por el estudio de la vida y la obra del primero de los nicaragüenses, del primero de los americanos en el canto y en la lírica castellana.

A la negación le ha sustituido la afirmación de los pueblos. Hoy su nombre llena el reclamo popular de los que desean sentir sobre sus almas un roce de belleza expresada en versos inmortales.

En el primer centenario de su nacimiento o de su muerte se producirá un vasto rumor de apoteosis universal. Y entonces de to-



dos los cielos lloverán guirnaldas de rosas y de todas las tierras raudales de aplausos sobre el pedazo de tierra nativa que encierra sus despojos. Y será honrado el nombre de su patria, el nombre de su América, el nombre de su España, el nombre de su raza.

Y ahora paz, para el maestro, paz para sus restos gloriosos, paz para su espíritu. Y por sobre la gloria y el laurel y el mirto que rodea su nombre que la gracia de Dios vierta sobre su tumba las ufanas rosas que no tuvo su vida y reúna como en la noche, estrellas que velen el sueño de mármol de su amado sepulcro.

XV

EPILOGO (73)

Esta vez sí que hay que exclamar ante la muerte: despiadada, ¿qué has hecho? El jardín que acabas de segar era suma esencial de jardines que ni tú misma podrás destruir con el horror de tu fealdad ni con tu fuego maldito. Ese estupendo jardín de oro que se llamó Rubén Darío fue el más grande espectáculo de belleza que ha producido la América española y la más alta dignidad artística de la raza iberoamericana.

Cuando anoche un amigo me comunicó su muerte sentí que algo muy grande se desplomaba en mí, tal si un altar se desquiciase y rodase. Querido Maestro, mi cordial Rubén, tú la más grande admiración y devoción de mi vida de poeta, tú el orgullo de mi juventud, tú a quien yo espiritualmente miraba siempre que escribía, ya eres muerto. ¡Y he perdido con tu muerte una de las ilusiones mías en la tierra!

Recuerdo que me indicaste varias veces como el amigo tuyo que tú deseabas que escribiera un libro sobre ti después de tu muerte. Porque según tú yo era de los que más te conocían y comprendían, ¡con lo cual me honrabas tanto! Dios mediante no tardaré en escribir este libro y en contar *tus cosas*, que me eran tan caras y gratas. En ocasiones varias y en países distintos pasamos temporadas juntos y creo haber asistido a los episodios más emocionantes de tu vida, como aquella confesión ante el sacerdote Uffol, alemán, que había estado en Chile en una misión militar y que vive ahora convertido al catolicismo en Mallorca. Padre, mi vida es una novela, le dijiste,

(73) Como epílogo se agrega aquí el artículo *Rubén Darío*, que escribió Bazil el 19 de febrero, pocos días después de la muerte del poeta. La olvidada necrología se publicó en *Lástin Diario*, Santo Domingo, número 8023, de 22 de febrero de 1916.



y la mía son dos, hijo mío, te contestó el Padre Uffol. Así fue el comienzo de esta interesante confesión en la virgiliana y fresca Vall-demosà.

Una novela fue su vida. Vicisitudes, elegancias, locuras, y amores de minuto, mujeres que dejaron secretos deseos y heridas que fueron ahogadas en la alegría pèrfida del vino. Su obra de revolución artística, sus creaciones y "sus maneras" peculiares de sentir y decir siempre como en verbales hallazgos, fue determinada, no cabe duda, principalmente por la influencia del alcohol. Si Rubén Darío no hubiera conocido esta nirvana bulliciosa, hubiera sido un insigne talento de Certamen, pero no hubiera realizado la obra que recoge hoy la humanidad conmovida. *Prosas Profanas* fue escrito todo en Buenos Aires, en una época en que no dio tregua a su "enfermedad", como él le llamaba. Y todo lo más célebre de su obra posterior, me lo confesó él mismo, fue hecho en su recogimiento de noches de alcohol. ¡Bendito sea el alcohol por esta vez!

Sean estas palabras mías las primeras palabras que te lleven el silencio doloroso, pensativo, abrumador, de mi duelo por tu muerte y sean ellas como la primera hoja de laurel que plantaré sobre la tierra de tu fosa y la primera plegaria por tu paz en el seno de Dios! En la poesía contemporánea, tu nombre es una de las tres columnas más altas de la humanidad actual. Las otras se llaman Gabriel D'Aunzzio y Ruyard Kipling. En el idioma castellano, no tienes igual, fuiste la suprema expresión, la estupenda y preclara maravilla rítmica de la lírica española de todos los tiempos. ¡Y tú lo sabías, porque oíste cómo de las plumas españolas más ilustres brotaban los lauros para tu sien!

Tu nombre en España era una devoción, a pesar de tu condición de americano. ¡Imagino el dolor de la juventud española, el desconsuelo de la mentalidad catalana que tanto te quería y entre la cual te complacía vivir!

Te fuiste del mundo con la seguridad de que tu nombre y tu obra serían recogidos por la posteridad. La maravilla de tu estro y la exquisitez poética de tu magno instrumento, imprimió sobre el orbe un nuevo soplo de belleza que honraba la humanidad. Eras como una gran voz de Dios que irá dilatándose más y más, sobre colinas inmortales.

El momento sonoro, el momento grandioso que trajiste sobre los hombros al venir a esta oscura y dura tierra, salvará la América, si un día esta porción del mundo desapareciera. La humanidad mañana pronunciará tu nombre, tan ilustre como el de Anacreonte, como el de Pan, con el respeto que pronunciamos hoy el de Homero.



Caiga sobre tu fosa la trémula guirnalda de mi cariño, del vasto crespón espiritual que me dejó tu muerte, y que mañana, por siempre, por entre el laurel que cubra tu mármol, aparezca Palas Atenea presidiendo un coro de ninfas desnudas que dancen alegremente y viertan allí, como quisiste para Verlaine, rocío, vino, miel. Y así, podrás dormir tranquilo y feliz tu sueño eterno y tu gran alma estará en paz jovial, digna paz de tu vida gloriosa, armoniosa y bella como la de un Júpiter pecador y cristiano a la vez!



LAS MUJERES DE RUBEN DARIO

Por OSVALDO BAZIL (74)

Las musas de carne y hueso eran las preferidas del poeta y no las soñadas o imaginarias musas vagamente entrevistadas al través de los tules de su fantasía. Fueron tres sus mujeres, como las Gracias. Pero de estas tres musas la única que, en verdad, merecía tal nombre, fue la dulce niña con quien contrajo bodas en El Salvador. Me refiero a Rafaelita Contreras, hija de Alvaro Contreras, político y orador de fogosa inspiración, por quien Darío sentía admirativa atracción personal.

Se casó Rubén, con este celeste capullo de fina idealidad. Su boda la celebró primero civilmente. Circunstancias que diré más adelante le obligaron a partir inesperada y casi furtivamente para Guatemala. Allí realizó su boda religiosa, y de esta República, pasó a Costa Rica, en donde Rafaelita Contreras le dio el primer hijo, que honra y venera hoy la memoria de su padre, el doctor Rubén Darío Contreras.

Los ojos de Rafaelita, soñadores, grandes y oscuros eran llenos de esa *dulzura de luz húmeda*, que el poeta añoró siempre en sus versos. Ojos de tan dulce mirar que parecían embebidos en la sonrisa de un niño en la cuna. Ojos cargados de suspiros. Los ojos de Rafaelita Contreras, gloria y musa del poeta, necesariamente debieron causar hondo surco en el impresionable espíritu de Rubén, de este Rubén que fue hechizo de lirás en América, y hoy ornato de la lengua castellana en el mundo.

Cuenta el escritor guatemalteco Máximo Soto Hall, camarada de Rubén, desde los días mozos centroamericanos, que una vez, en casa del cubano trovador José Joaquín Palma, a ruegos de Rubén, el desterrado poeta bayamés, amigo del padre de Rafaelita, y cele-

(74) En *Tarea literaria y patricia*, (La Habana, 1943), Bazil publicó *Mujeres de Rubén Darío*, que es, salvo otras noticias y comentarios, un resumen del presente trabajo. Estas páginas estaban destinadas por el propio Bazil a formar parte de la *Biografía* de Darío, pero nos ha parecido mejor dejarles su forma independiente, antes que intercalarlas en el sitio indicado por Bazil, interrumpiendo el relato de la estada de Rubén en Valldemosa.



brador ferviente de la dulzura de ella, recitó unos versos que le dedicara antes de ser novia de Darío. Estos versos de Palma, describen a la adorable Stella, seudónimo de Rafaelita, que escribía bellas prosas rimadas y efusivas y aladas "Íntimas". Reproduciré aquí las estrofas de Palma, ya que ellas son como un retrato espiritual:

A RAFAELITA CONTRERAS

*Hoy que el otoño al aura gemidora
se deshoja la flor de la ilusión,
al recordar tu infancia encantadora
me duele el corazón.*

*¡Cómo ha cambiado el tiempo! A sus estragos
y llorando las dichas que perdí.
pienso en la tierra de los grandes lagos
y te recuerdo a ti.*

*Pienso en tu padre, espíritu brillante,
alma fundida al fuego tropical;
su palabra terrible y fulminante
era luz y puñal.*

*Y en aquellas dulcísimas veladas
en que tú, niña, con gentil candor,
nos recitabas cuentos y baladas
de algún encantador.*

*Ya eres mujer; en tus pupilas bellas
temblar los sueños mágicos se ven;
han crecido tus formas, y con ellas
tu hermosura también.*

*Eras antes la viola que se pierde
entre las frescas hojas del gramal,
mientras hoy eres la palmera verde
del suelo tropical.*

*Al mirar la radiante primavera
que te corona, exclamo sin querer:
—Más te quería viola que palmera,
más niña que mujer.*



Visible fue la gratitud de Rubén al escuchar estos versos de aquel melancólico cisne antillano, cuando terminada su recitación, pidió papel y allí mismo improvisó esta ofrenda de radiosa orfebrería exaltada, que dedicó a Palma.

A J. J. PALMA

*Ya de un corintio templo cincela una metopa,
ya de un morisco alcázar el capitel sutil,
ya como Benvenuto del oro de una copa
hace un joyel artístico modelo del buril.*

*Pinta a las dulces gracias o a la desnuda Europa
en el pulido borde de un vaso de marfil,
o a Diana, diosa virgen de desceñida ropa,
con aire cinético o en grupo pastoril.*

*La musa que al poeta sus cánticos inspira,
no lleva la vibrante trompeta de m^u-¹
no es la bacante loca que canta o que delira.*

*En el amor fogosa y en placer triunfal;
él tiene entre sus manos la septicorde lira
o rítmica y sonora la flauta de cristal.*

Bellos paraísos tejió Rafaelita en el alma de Rubén. Ella fue **musa** seducida por la magia de su fino don armonioso. Nada le hacía sospechar al poeta que el tallo breve que suspendía a aquella flor, caería tan prematuramente tronchado, en la fosa cruel. Poco duró su felicidad. Años después, el poeta sintiendo sobre su frente la mano febricitante de los pesares íntimos, en la alta noche, evocó en estas estrofas de un Nocturno a la muerta predilecta:

*Lejano clavicordio que en silencio y olvido
no diste nunca al sueño la sublime sonata,
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido
que suavizó la noche de dulzura de plata...*

*Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
del ruiseñor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha; persecución del mal...*



Sin duda fue Rafaelita Contreras la mujer por quien Rubén sintió si no el más grande amor de su vida, por lo menos el sentimiento amoroso más delicado que sintiera el poeta. Darío no sintió nunca la pasión que estalla en larvas sino la seducción fina que se corona de rosas. Creo con Soto Hall, que fue Rafaelita Contreras la mujer que más amor le inspirara, o que fue ella la única que amó el poeta en su vida.

En la *Canción de Otoño en Primavera* Rubén hace un recuento de la historia de su corazón. En esta celebrada poesía, acaso aludiendo a Rafaelita, dice:

*Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.*

*Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera oscura
hecha de noche y de dolor.*

En el libro del escritor Soto Hall, en el cual recoge revelaciones íntimas de Darío, cuenta que una tarde en que el poeta se sentía dichoso, fácil a las confidencias, le interrogó de este modo:

—“¿Has amado alguna vez? Dímelo francamente.”

“Yo conocía la mayor parte de sus relaciones amorosas, las más importantes, por lo menos, y me interesaba saber si mis observaciones sobre su personalidad de amante, eran o no reales y verdaderas.

La averiguación no era fácil, aunque el día fuera propicio. Aquel gran sencillo era un gran complicado. Rubén tenía la suspicacia del indio de su tierra, y a la verdad, no sé si tenía la honra de que corriera sangre indígena por sus venas. Esa malicia primitiva le valió de mucho en la vida. Fue en él una diplomacia particular, ladina y misteriosa que le dio resultados. En su silencio, sabía muy bien las cuatro palabras que era preciso pronunciar para producir efecto, los gestos que convenían y más, de uno, listo y avisado, cayó en las redes del astuto chontal.

Bucearlo, por lo mismo, era cosa fácil de realizar. Arqueando las cejas y mirando con una ingenuidad de ignorante, se escapaba como una anguila. Yo, que felizmente sabía todo esto, llevaba esa ventaja ganada en mi investigación.



Al hacerle la pregunta había hecho el recuento de lo que conocía. Me recordaba entre otras cosas, de su primer matrimonio. Creo firmemente que fue por Rafaela Contreras, por la única en su vida, que sintió el poeta algo que se asemejara al amor, y esto con muchas reticencias. Entre estas lo que antes he dicho del influjo que en su espíritu ejerció el recuerdo del viejo Alvaro Contreras, su padre político y a quien siempre profesó veneración. Por otra parte era Stella, tal su seudónimo en las letras, una criatura encantadora sin ser bonita. Delicada como un pétalo, vibrante como un cristal fino, con una inteligencia dulce y sutil, tiernamente pasional, se había enamorado más del artista que del hombre. Eso entre los espíritus intelectuales tiene un alto valor. Todas esas prendas las estimaba Darío; le halagaba el homenaje de que era objeto, le complacía el tributo de aquella alma sentimental e ingenua que daba a su amor las proporciones de un culto. Sin embargo, aún en los días primeros de su separación, recién casado, no parecía preocuparse intensamente del ser querido. Recibía en Guatemala, cartas interminables de Rafaela, que frecuentemente ponía aparte sin darle lectura. Alguna preocupación de índole literaria lo absorbía y todo lo demás quedaba al margen. En Costa Rica, dicen que fue un marido frío e indiferente y no han faltado quienes lo acusan de cruel, pero desde luego, los que tal afirmación hacen desconocieron la estructura moral del poeta.

Sabía también de su segundo matrimonio. Los amores que dieron origen a ese enlace fueron floraciones de su edad primera maduradas fuera de tiempo, y que él quiso poetizar a su regreso a Nicaragua, después de su primer ausencia del suelo natal, he aquí el hecho:

De niño casi adolescente, tuvo una amiguita, una pequeñuela de nombre Rosario Murillo, con quien jugaba frecuentemente en su amable contacto de vecindad. En memoria de aquellos juegos que debieron tener sus delicados matices de idilio, escribió su cuento *Palomas blancas y garzas morenas* que, entre los primeros de su libro *Azul*, acaso no será lo más bello, pero sí lo más personal y más sentido. ¡Un jirón de alma!

Vuelto al patrio solar, se encontró con la compañerita de otros días, ya hecha mujer, vestida de los encantos y la frescura de la edad, que la hacían parecer bonita. Además era vivaracha y adornada de cierto vislumbre intelectual. Los recuerdos viejos, trabajados por la fantasía, dieron lugar a una simulación de amor. El testimonio de que no era otra cosa lo que movía su alma, es el no haber tenido



empacho en desprenderse de ella en la ciudad de Panamá, tres meses después del matrimonio, siguiendo tranquilamente viaje hacia Colombia, llamado por el Presidente Núñez, quien hacía la obra plausible de abrirle las puertas de oro de Buenos Aires, la ciudad que tanto debía influir en sus futuros destinos. Pero no confirma el aserto solamente la separación. Hubo también ausencia epistolar. Así tuve oportunidad de oírlo de los propios labios de su esposa en un viaje que por mar hicimos en las costas centroamericanas, llevando análogo rumbo. Iba ella en excursión, de negocios, tal me dijo, y al referirme las ingratitudes del consorte, como buena enamorada, absolvía al infiel que por esos días cruzaba la más hermosa etapa de su vida: joven, sano, glorioso y amado.

Bajo el acicate de mi pregunta a quemarropa, Darío me miraba siempre con sus ojos llenos de asombro en actitud que no sabría decirse si era de reserva o de curiosidad. Hasta temí por su rara expresión que mi pregunta hubiera sido inoportuna. No era así.

—Ya lo creo que he amado, y mucho —respondió de pronto. Hizo una pausa y agregó como una dulce reminiscencia—: ¿Te acuerdas de Rafaela? Tú la conociste. ¡Qué espíritu tan delicado! Una preciosa inteligencia. Si hubiera vivido hubiera hecho obra. Tenía fibra.

A medida que hablaba, su acento iba tomando impregnación de pena. No sabría decir si por el recuerdo mismo o por las nostalgias de los tiempos idos.

Tú la conociste —repitió, deteniéndose en una breve pausa silenciosa. Me habló después de una chica mundana con quien tuvo dares y tomares en Buenos Aires. Si mi recuerdo no miente, era francesa y, al decir de él, a más de bella, inteligente y gran artista, y trajo a sus labios algunos nombres más, casi todos de muchachas de vivir alegre. La verdad es que esa casta formó, casi siempre, el círculo de sus aventuras amorosas.

Seguía empeñándose en probarme que había amado y sobre ese tema charlamos un buen rato. Su tenaz insistencia afianzaba mis dudas. Es más, comprendí que no trataba de engañarme sino que era víctima de una autosugestión. El mismo se engañaba.

—¿Era Darío incapaz de amar?

Casi lo creo, pero me parece también que nunca pudo llegar a la mujer o a las mujeres que de una manera honda hubieran penetrado en su alma. Tímido para todo, lo era particularmente cuando de problemas femeninos se trataba. De esta timidez, casi morbosa, me parece que él mismo da cuenta en sus memorias.



Esa debilidad invencible en materia de mujeres le impidió entrar en relaciones que, sin duda, hubieran acabado por despertar en él sentimientos más intensos y que hubieran dado a su lira mágica, armonías que quedaron para siempre dormidas en sus cuerdas. Una mujer bella que hubiera halagado su temperamento de esteta delicadísimo, con brillo y actuación social culminantes para llenar su vanidad mundana, que la tenía y no en dosis pequeña, con una inteligencia, no superior pero suficiente para comprenderle, y, finalmente con un poco de carácter para dirigirle y tino para no dársele a conocer, hubiera sido su Leonora o su Beatriz. Desgraciadamente, mujeres capaces de encuadrar en ese marco, sólo pasaron ante sus ojos como vaporosa ficción de un cuento de hadas. Su timidez le impidió que el cuento cristalizara en historia. Y acaso se consoló, más de una vez, de aquel distanciamiento, murmurando en su interior como la zorra de la fábula, viendo las uvas: "están verdes".

En aquel desflorar de intimidades no vino a colación ni una sola vez el nombre de Francisca Sánchez a quien ha dedicado unos versos muy poco reveladores y hasta con cierto sabor forzoso. No me extraña, persona que conoce esa aventura amorosa del poeta y que tiene todo el crédito de mi fe, me asegura un episodio sin incidente, cosas rodadas y venidas por la ley fatal, en que jugó papel la condición abúlica del bardo y un poco de hambre de hogar y nada más.

Mi criterio quedó definitivamente formado después del buceo. Darío no amó nunca.

De allí que en su obra aparece más la voluptuosidad embellecida con amor pagano, con imaginación helénica, o bien poetizada con distinción de los mejores días de los tiempos galantes. Una voluptuosidad muy siglo XVIII."

¡Dulce Rafaelita Contreras, capullo celeste de amor ido a des-tiempo!

Sería interesante leer hoy las páginas que ella remitía y anónimamente a Rubén. Algunas fueron publicadas en diarios y revistas de Centro América. Si tuviéramos la dicha del hallazgo de los poemitas en prosa de esta sentimental Julieta del trópico, seguramente recibiríamos con su lectura la impresión de un lirio desmayado en las hojas de un viejo misal.

Rafaelita Contreras...

Azucena tronchada por un fatal destino...

En este verso volcó Rubén, la íntima viudez de su alma sin amor y la angustia de sus cielos de errante poeta. Vuelca Rubén en ese verso su pesarosa desolación espiritual. Un solo verso, y toda la elegía cabe en él.

Rafaelita Contreras . . .

Ahora que está a tu lado en la gloria de los cielos tu amado poeta, ¡qué tranquila debes estar abriéndole camino de paz a su espíritu! Sonreirás con tu mejor sonrisa. Mirarás con tu más dulce mirada al compañero de tu corazón.

Azucena tronchada por un fatal destino, ruega ahora a la misericordia de Nuestro Señor, para que bendiga por todos los siglos de los siglos vuestras dos almas abrazadas, frente al silencio estrellado.

¡Ojos de Rafaelita Contreras! Ojos de ruego, de llanto, de cielo, ojos negros, brillantes, los ojos tuyos fueron los ojos preferidos del poeta, en sus horas de evocación de los antiguos días de ensueños nupciales.

ROSARIO MURILLO

Rosario Murillo, la niña voluptuosa, imperiosa, de grandes ojos llenos de verdes tentaciones. Ojos de acecho, ojos de felinidad rampante, malignos y bellos.

Rosario fue la fruta apetitosa en el fresco y ardiente despertar de los años primaverales de Rubén.

El poeta se acercó a ella y quedó cautivo entre sus redes lúbricas. Antes de haber contraído bodas con la señorita Contreras, el poeta había tenido un cálido enredo amoroso con Rosario, que fue el tormento de toda su vida. Rosario fue pasión y muerte de ilusiones en la vida de Rubén. Si hubo tragedia en su vida a ella se le debe. Darío no se lo perdonó nunca. No se resignó. No era hombre de tragedia. Hé ahí el fracaso de Rosario en su breve vida conyugal con Rubén. Es triste, sin embargo, la historia de Rosario. Amar y no ser amada, no es el ideal de ninguna náyade por fogosa y tropical que sea. Es cierto que lo que más importa en materia de amar es amar, más que ser amado. Pero es preciso que el otro se deje amar, se deje abrazar, se deje besar, porque entonces el abrazo y el beso viven su propia vida. Se embriaga de su propia esencia y se nutre del sol que lleva en su seno. Pero el caso de Rosario Murillo, era distinto: amaba a Rubén de lejos sin retorno posible a sus brazos, sin posible ofrecimiento de su boca. Lo amaba sin la esperanza siquiera de que su amor resbalara como caricia por el rostro del poeta du-



rante las horas del sueño en el lecho que se comparte. Sin embargo, no dejó nunca de amarle con el mismo fuego inicial de los primeros días. A tal punto fue fiel a su amor, que al conocer la gravedad de su esposo, no perdió medios ni tiempo para llegar hasta él y conducirlo a su patria, prodigándole todo linaje de atenciones y de cuidados, sin hablarle del negro pasado ni mencionarle nada que no le fuera grato escuchar. Se lo llevó a su casa y en sus brazos murió.

No sospechó jamás Rubén Dario, que moriría en casa de Rosario y entre sus brazos. ¡Ironía cruel de destino voluble!

Acaso, al verla tan humilde ahora y tan sometida a sus caprichos, sintió el poeta en sus últimos instantes la sombra de su tardío arrepentimiento. Pero ya era tarde. El poeta estaba fatalmente condenado a morir. Durante su gravedad en casa de Rosario, el poeta mortificado por las moscas, pidió que le trajera a su cuarto papel engomado para atraparlas. Contestando a un amigo que le preguntó si le había dado buen resultado el papel para moscas, le contestó: la única que se ha pegado es Rosario, y se sonrió. Efectivamente, Rosario, el día anterior al pasar, se le pegó el papel en las faldas. Hasta en esa irónica contestación se revela su poco apego a Rosario...

En el relato de la llegada de Rosario al hotel en Guatemala referido por Soto Hall, podrá el lector comprender hasta donde contrarió a Rubén el anuncio del arribo de Rosario: cuentan que el efecto que produjo en su espíritu la noticia de la llegada de Rosario fue desastrosa. Su rostro se entenebreció.

Parecía más grave y pálido. Estaba furioso. Recorría su habitación como un alucinado. Hubiera querido incendiar el hotel. Cuando se le preguntó por el motivo de esa desesperación que revelaba su rostro, contestó a su amigo:

—Es que viene Rosario. La llamaron para que me cuide. ¡Para que me cuide! ¡Como si yo fuera un niño!

¡Por qué se meten en mis asuntos!

El telegrama de Rosario, que Rubén recibió y sacó a relucir como un dardo emponzoñado decía:

“Me embarco para esa.—ROSARIO.”

Cuando llegó la pobre esposa que venía a recoger lo poco que ya quedaba de vivo de su Rubén se sintió profundamente afectada, pero mujer de ánimo fuerte y decidido, se sobrepuso a su dolor y le prodigó tales cuidados extremos que a poco Rubén experimentó una visible mejoría. Entonces decidió Rosario llevárselo para Nicaragua,



pensando que el aire natal y el beso de su cielo y el sabor de la tierra propia, restabecería la salud del poeta. Y partieron rumbo a la patria, no sin antes escribir a un amigo:

“Me alejo de Guatemala, en busca del cementerio de mi pueblo natal”. Y partieron los dos.

Suelo que no tardó en recibir en su seno el cadáver del mágico cantor, mientras ella con su temblor inconfesado de que su triunfo de mujer sería breve, pues no tardaría en recibir el último aliento y la última mirada de aquel que amó durante toda la vida.

No fue a ella precisamente a quien Rubén le escribiera, como cree Máximo Soto Hall, su célebre cuento *Palomas blancas y garzas morenas*. Fue su prima Julia la inspiradora de este bello cuento, como afirma el propio Rubén, en su autobiografía. Yo presencié en La Habana, el encuentro de él con su prima Julia, y les escuché cuando hablaron los dos de la indiscreción que cometía en ese cuento. Y recuerdo perfectamente, que Rubén me dijo, “esta es la inspiradora de mi cuento, *Palomas blancas y garzas morenas*”. Sin embargo Máximo Soto Hall, escribe que Rubén se lo escribió a Rosario Murillo. Está en un error. Esta segunda esposa de Rubén, musa de carne y hueso, no supo hacerlo feliz, a pesar del gran amor que, sin tibieza alguna le consagró al poeta por más de un cuarto de siglo. Rosario no supo hacerlo feliz, porque Rubén no era hombre de pasión y ella solamente podía ofrecerle pasión. Y, sobre todo, no supo borrar en Rubén la huella infernal de la conjura que tanto le atormentaba, pues le hacía el efecto de un crimen de lesa-boda, contraer segundas nupcias, cuando apenas la tierra acababa de recibir el cuerpo leve de su primera esposa. Le atormentó siempre.

Rubén no era lujurioso. No era perseguidor de mujeres. Era hombre de arte y para el arte. Su sensualidad mas bien estaba en la mirada acariciadora de las formas del pecado, mas bien estaba en los labios golosos pero acobardados a la vez. Y esta Rosario Murillo, fue en su adolescencia odalisca arrebatadoramente sensual. Mientras duró el fuego carnal en el poeta, fueron dichosos. De este encuentro salió a los pocos días para no volver sino ya viejo, enfermo y triste a morir en casa de Rosario, veinticinco años después de haberle abandonado. Mujer de empeño, de tarea, de trabajo, dedicóse a hacer dinero hasta lograr un pequeño bienestar económico, que en varias ocasiones lo puso a los pies de Rubén, como medio de atraerlo a su lado. Pero Rubén rechazó siempre esta oferta y esta invitación. No la perdonaba. En su canción de *Otoño en Primavera*, que es como ya he dicho, relatos de episodios de amor de su vida, parece que alude a Rosario cuando dice:



*Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón.*

*Poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;*

*Y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un edén,
sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también.*

Queriendo yo tener una impresión fiel y personal de cómo son los ojos de Rosario, hube de preguntarle recientemente a Rubén Darío Contreras, ilustre hijo del primer matrimonio del poeta, que reside en Buenos Aires. En una carta que me dirigió dice:

“Todo cuanto puede decirse de Rosario, debes tomarlo como una impresión puramente *personal* mía. Sus ojos me parecieron, desde el primer instante, dignos de un hipnotizador, aun cuando no sean negros, sino, por el contrario, tan claros que más de una vez me hicieron pensar en algún ídolo de esos de los cuentos fantásticos. Cuando Rosario mira, aún hoy que ya está en pleno crepúsculo vespertino de su vida, da una sensación de vigor tal, que si en lugar de ser mujer fuera hombre, yo no concebiría para ella más profesión que la de militar ni más grado que el de general. Como tú ves no es gran cosa lo que puedo decirte de la segunda esposa de mi padre; pero sería injusto con ella si no te hiciera notar que desde que me conoció (Guatemala, 1915), y siempre que me ha tratado, procedió conmigo con grande afecto que quizás sea eco o reflejo del cariño que siempre tuvo a mi padre”.

Ojos de Rosario Murillo, ojos de fuego, de mando, ojos de misterio, ojos que tienen en su verde enigma guardados los secretos del mar. ¡Ojos de Rosario Murillo, los ojos que temió siempre el poeta, que fascinaron su carne pero que amedrentaron su alma!



FRANCISCA SANCHEZ

En Navarzaus, tierra de lobos, tierra arisca, de la provincia de Avila, nació esta pobre muchacha española. Se fue a Madrid, a servir como todas las chicas de los pueblos, que quieren ganar más sueldo. Y allí le fue recomendada a Rubén, para su atención y cuidado de la casa. Mujer sin cultura, sin espíritu, sin letras. Pero hacendosa y honrada, cumplidora y fiel, a poco se hizo indispensable en la dirección de la casa. Era muy joven, muy seria y muy afectuosa con el *señor* de la casa, entonces Ministro de su país en la corte de España. En las *crisis* de Rubén, Francisca se pasaba las noches a su lado, como una hermana de la Caridad.

Hay que saber que una sola noche de *crisis*, bastaba para rendir de fatiga y cansancio a la más fuerte y abnegada compañera, porque Rubén no cesaba de dictar versos, de hablar, de beber, de ordenar. ¡No podía sentirse solo, no consentía que nadie durmiera!

Francisca Sánchez, ¡lo acompañó treinta años! De pensarlo sólo le tiembla a uno en las manos el deseo de coronar su frente con la corona de las santas y de las heroínas. Cuántas noches interminables de espanto, de sustos, de agobio, sin dormir, durante treinta años, cuidando a Rubén, en sus frecuentes crisis dipsómanas.

Ya le había dado a Rubén una hijita que murió y luego un varón que siguió la misma suerte. Los amigos del poeta en París llamaban a Francisca: la *princesa* Paca. (Luego vino Guicho, que vive en Nicaragua, siguiendo al padre en la terrible pendiente del fatalismo alcohólico, según me ha informado su medio hermano Rubén Darío Contreras). Seguramente que en una de esas noches de alcohol, ataraceado de lujuria delirante, Rubén hizo suya a Francisca, acaso contra su voluntad, que, como buena chica católica, resistiría ante la presencia del pecado, entonces vivió con ella bajo el mismo techo, presentándola a sus amigos como su lazarillo de fe y de consuelo. Dos, tres veces la hizo madre. Pero sólo la última vez, logró criar y conservar al hijo que creció y se crió fuerte: Vive ahora en Nicaragua, empleado en una oficina de gobierno. Es ya un hombre de treinta años. Lo conocí de niño. Era taciturno, triste, grave. Cuando Rubén pasaba por su lado siempre le pasaba las manos por la cabeza. El niño no hacía caso a estas caricias. Por lo menos yo no vi en el niño una sonrisa, Rubén quería mucho a este hijito. Le llamaba Guicho. Lo crió con ternura de padre. Y se preocupó de él hasta en la hora de morir, testando a su nombre lo que constituía su única fortuna: la propiedad, sus libros y una casita heredada en Nicaragua, y trató de legarle su nombre o de reconocerlo. No sé cómo lo



hizo. Pero su único hijo legítimo Rubén Darío Contreras (el segundo también se llama Rubén Darío) niega fuerza legal al testamento y al documento de reconocimiento. Pero no quiere, en respeto a la memoria de su padre, discutir sus derechos de único heredero ante ningún tribunal.

Bello gesto de caballero. Le he oído lamentarse de que a su medio hermano Güicho, *le dé con frecuencia por la bebida*, y cometa entonces actos de perturbado, como romper muebles y espejos y todo lo que encuentra a su paso en casa de las viejas parientas de su padre. ¡Pobre Güicho! La herencia fatal, ineludible y cruel, renovando las noches tenebrosas de su genial y atormentado progenitor.

Francisca adora a su hijo. Lo mimó con locura maternal. Esta mujer nació para el sufrimiento. Güicho se fue de su lado hace muchos años y no sabe de él.

Rubén no amó nunca a Francisca. Necesitaba una compañera y la reclamaba cuando estaba lejos de ella, pero espiritualmente la rechazaba, la insultaba, la maldecía.

En noches de alcohol prefería la compañía de la hermana de Francisca, una fina y esbelta muchacha, y bien parecida, espiritual y físicamente interesante. Creo que Rubén la pretendía. Le escribió varias composiciones y en su último libro publicado en Madrid. Se llamaba María, ha muerto ya.

En una de las últimas *crisis* que acompañé a Rubén, se tropezó en el comedor con Francisca y la cubrió de denuestos. Intervine en favor de ella y Rubén me dijo "¡es que tiene ojos patibularios. Su mirada es siniestra!" La pobre y buena Francisca con los ojos llenos de lágrimas, fue a su alcoba y me trajo una composición que Rubén le había dedicado donde la llama su lazarillo, y le dice:

Francisca Sánchez, acompáñame.

Quise quedarme con esos versos. Los copié. Me encantaron. Rubén me hizo prometerle, jurarle, que esos versos no serían publicados sino después de su muerte.

Francisca me dijo esa tarde, que tenía varias poesías más de Rubén dedicadas a ella. Y la paz volvió a reinar en la casa. Francisca sonrió y Rubén también. Esas furias no tenían otra causa que el alcohol, haciendo de las suyas en el sistema nervioso del poeta, para prostrar al fin al pobre espíritu que las sufre sin poderlas evitar.

Ha vuelto a casarse Francisca Sánchez en su pueblo y sigue viviendo en su arisca tierra de lobos, en su Navarzaus. Los ojos de Francisca Sánchez son ojos de ama de casa, austera, bondadosa, honrada, ahorrativa y ordenada. Ojos de resignación que sólo el estado



neuropático de Rubén, podían llenar de ira o de reproche. Ojos que han sabido llorar todos los días a su pobre compañero desaparecido. Los ojos que más han llorado a Rubén, bendecidos seáis en el rincón de lobos, desde el cual miran ahora todo el pasado que huye en un deshielo, por entre sus dedos viejos de mujer reintegrada a sus campos desolados. ¡Pobre Francisca Sánchez!

MARGARITA

Llegó Rubén a la Argentina. Viene de Cónsul General de Colombia. Viene solo, a vivir su arte y su vida. Hace vida bohemia, entre bohemios. Vida de arte entre artistas. Vida de poesía entre poetas, vida de amor entre las fascinantes hurfes de alegre vivir noctámbulo. El cabaret le atrae. Allí se divierte una que otra vez, en cenas y citas amorosas. El oro colombiano de su magnífico sueldo consular, le abre las puertas de esa vida galante. Pero escribe, lee, lucha, triunfa.

Quizás fue en ese ambiente de ruido, de música, de beso tarifado, donde conociera a Margarita, argentina, de grandes ojos negros, de profundas ojeras y frente soñadora, que resbaló por la escala del tango hasta sus brazos, en el tugurio una noche, y se encontró después en sucesivas noches en un palco del cabaret con la mirada pensativa y honda del poeta.

El me dijo que esta Margarita fue una pasión fugaz y que no es cierto que la muerte deshojara por ver si lo quería. El final del soneto, fue buscado como efecto melódico y artístico. Creo que sólo en las dos primeras estrofas hay calor real y cosa vivida. El exaltado romanticismo trasnochado de Margarita, después de apurar algunos copetines, impresionó a Rubén Darío. Las palabras que esta amorosa argentinita le dijera al oído, tejieron en su mente el bello motivo que el poeta grabó luego en este espiritual soneto:

MARGARITA

In memoriam...

*¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita,
en una noche alegre que nunca volverá.*



*Tus labios escarlata de púrpura maldita
sorbían el champaña del fino bacarat;
tus dedos deshojaban la blanca margarita;
"Sí... nó... sí... nó..." , ¡y sabías que te adoraba ya!*

*Después, ¡oh flor de histeria!, llorabas y reías;
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mías.*

*Y en una tarde triste de los más dulces días,
la Muerte, la celosa, por ver si me querías,
como a una margarita de amor te deshojó!*

¿Fue porteña esta musa del poeta o fue una provincianita llegada a Buenos Aires, a refugiarse alguna decepción de amor? Rubén despeja en cierto modo la incógnita, en su *Autobiografía*, y nos da a entender que esta sensitiva, apasionada, y coruscante sílfide rioplatense, era del pueblo de San Martín, próximo a Buenos Aires, o que en dicho pueblo, buscaron los dos refugio a su idilio tormentoso y atormentado. Parece que el demonio de los celos desataba las furias de esta musa de carne y hueso, o tal vez fuera ella la que causara en el poeta las tormentas de los celos. Y de ahí la necesidad de esconder ambos en la paz pueblerina la idílica causa de este romance que vivió Rubén Darío en la Argentina. El poeta dice: "Un soneto hay en ese libro que se puede decir ha tenido mayor suerte que todas mis otras composiciones, pues de los versos míos son los más conocidos, los que se recitan más, en tierra hispana como en nuestra América. Me refiero al soneto *Margarita*. Por cierto, la boga y el éxito se deben a la anécdota sentimental, a lo sencillo emotivo, y que cada cual comprende y siente en sí el sollozo apasionado que hay en estos catorce versos. Entonces sí ya había caído yo en nuevas redes pasionales; y fui a ocultar mi idilio, mezclado a veces de tempestad, en el cercano pueblo de San Martín. ¿En dónde se encontrará, Dios mío, aquella que quería ser una Margarita Gautier, a quien no es cierto que la muerte haya deshojado, por ver si me quería, como dice el verso y que llegara a dominar tanto mis sentidos y potencias? ¡Quién sabe! Pero, si llegásemos a encontrarnos, es seguro se realizaría lo que expresa la tan humana redondilla de Campoamor:



*Pasan veinte años, vuelve él
y, al verse exclaman él y ella:
—¡Dios mío, y ésta es aquélla!
—Santo Dios, y éste es aquél!*

Como esta Margarita, tuvo muchas Rubén, en distintas épocas y bajo cielos distintos, pero ninguna tuvo la suerte de la argentina que logró arrancar a su lira una joya que la América aplaude y recita. ¡Musas de una noche de cabaret!

Fugaces aventuras sin consecuencias, que dejan en el alma una efímera huella que se desvanece al primer beso del sol de la mañana, que nos espera al salir del lecho oscuro.

¡El alma se despierta atolondrada y no acierta a comprender por qué sale el cuerpo con tanta prisa y por qué se sale con el chaleco mal abrochado del cuarto de una vampiresa que nos despidе masticando entre dientes su sueño interrumpido!

No era muy dado el poeta a cultivar estas estrellas de papel. Después de entrado en años difícilmente consentía Rubén en pactar con esos falsos paraísos en donde se respira el aire calcinado salido de la garganta de Satanás.

Sin embargo esta Margarita representa y simboliza un tipo de mujer, que suele encontrarse en un dudoso ambiente caído en él sin querer y deseosas siempre de abandonarlo. Estas muchachitas buenas despiertan un primer deseo grato en el espíritu del hombre, porque esconden tras un velo de tristeza romántica, el dolor de sus vidas rotas y el largo fastidio de sus horas en aquel escenario de miseria cotidiana.

Rubén ha dicho:

Plural ha sido la celeste historia de mi corazón...

Y yo agregó, y no sólo la celeste sino la terrenal y pecaminosa también. Y sigue diciendo:

*¡Y las demás!, en tantos climas,
en tantas tierras siempre son,
sino pretexto de mis rimas,
fantasmas de mi corazón!*

*Mas a pesar del tiempo terco
mi sed de amor no tiene fin.
¡Con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín!...*



¡Por el valor autobiográfico de esta *Canción de Otoño en Primavera*, como musicalidad exquisita y joyante perfección, bien merece perdurar en la memoria de sus admiradores!

Rubén vivió siempre con una sed de amar que no tuvo nunca fin. Siempre vivió aguardando la sonrisa de una musa deslumbrante por su belleza y real por su fortuna, para conducirla al altar. Esta musa de paz, de alegría, que le brindase las lumbres de un hogar tranquilo y risueño la esperó siempre. Pero, en la vida, rara vez se acercan a la orilla las sílfides ideales, las raudas nereidas, las sirenas encantadas. El ideal no llega nunca o llega tarde. El hada que asoma por entre la entreabierto corola matinal o la quimera que boga en el esquite de una nube azul, no siguen el canto del poeta. Se ven pasar, a ló lejós, tendidas en el largo sudario de los horizontes, frente al mar. Y el poeta les entona himnos y loas sin ser escuchado. Pero el verdadero poeta las espera siempre, sueña con la ayuda de Dios, con su favor celeste para encontrar el ideal fugitivo y esquivo y darles las llaves de sus cantos y de sus alcázares errabundos. Poeta hasta el fin, el pobre gran trovador no debió abandonar esta ilusión de paz y de dicha ni aun cuando escribió días antes de morir:

*Ya tengo miedo de querer.
Puesto que aquello que es querido,
se ve en peligro de perder
por engaño, ausencia u olvido.*

Volvamos a Margarita para deshojar a sus pies, si aún vive, vieja y sola, gorda y pobre, en algún rincón del pueblo de San Martín, un puñado de rosas por los remotos días fragantes de aquel idilio que supo inspirar y compartir con el gran artista. Mas si ya no existe, si por fin la muerte la deshojó para siempre, caigan rosas sobre su tumba en nombre de todas las almas románticas y velen esas rosas el hueco sombrío que oculte ya sus cenizas, en la anónima soledad de algún viejo y abandonado cementerio de provincia!



LA HUELLA DE MARTI EN RUBEN DARIO

Por OSVALDO BAZIL (75)

El genio literario que había en José Martí, no sólo dio al mundo la emoción de una prosa nueva, sino que dio, además, la ocasión de que se produjera en América el caso literario de Rubén Darío. Sin Martí, no hay Rubén. Por lo menos, el Rubén que fue estandarte del modernismo, el que aportara al Nuevo Mundo esa lírica cascada de supremas elegancias que empezó en *Azul* y en *Prosas Profanas*, y concluye en *Cantos de Vida y Esperanza* y en *El Canto Errante*. Rubén Darío hubiera sido otra cosa, grande, ¡por supuesto!, pero nunca el caudillo que fue del movimiento liberador de la poesía en lengua castellana. A juzgar por el color y el sabor de toda su obra primigenia y por sus influencias y lecturas reveladas en sus producciones de adolescente, hubiera sido un gran poeta clásico, a lo Quintana. Pero en América había un hombre de genio que desde Nueva York dictaba cánones de arte, embriagando y deslumbrando como hacen las florestas, bajo el sol. Este hombre se llamaba José Martí. Desde las columnas del diario argentino *La Nación* y desde diarios de Montevideo, de Colombia, Venezuela, de Guatemala, lanzaba José Martí su ideal artístico renovador. Era el maestro de la hora inicial del modernismo en nuestra América. Estudiando el alba del modernismo, situándola en 1880, dice en un admirable libro dedicado al estudio de la vida y la obra de Rubén Darío, el notable escritor Francisco Contreras: "Un cubano, aunque también poeta, desplegó sobre todo, su acción renovadora en la prosa. Ideólogo, animador nacional, Jefe de las aspiraciones nacionalistas de su país, hizo continuamente, entre los azares de una vida errante y breve, labor múltiple de periodista, tribuno y poeta. Muy culto, conecedor de la literatura española a la vez que de las letras extranjeras, hasta el punto de escribir en inglés, derramó en sus trabajos, con muchas ideas nuevas y fecundas, raudales de observación personal, de sen-

(75) Del opúsculo de Bazil, *Vidas de Iluminación*. La huella de Martí en Rubén Darío. Cómo era Rubén Darío. La Habana, 1932.



saciones modernas, con gusto y fugacidad incomparables". Ese cubano era José Martí.

No había pluma, en esa época, que fuera más leída que la suya, ni palabra que se elevara más alto que la suya. La América se empujaba para oírlo, o él se crecía tanto como el más alto de sus montes, para que toda la América lo escuchara. El ambiente, pues, de donde debía salir el acontecimiento de la independencia literaria americana, lo creó en sus cumbres espirituales; José Martí, nacido 14 años antes que Rubén Darío.

Desde 1880 a 1890 no cesa Martí de clamar contra la América, enharinada entonces, de Berceo, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Echegaray. El cielo estaba oscurecido de odas pedagógicas, metafísicas, patrióticas. El servilismo mental se había acomodado tan bien (siempre se acomoda bien) en los cerebros, en las lirras y en las péñolas de escritores y poetas, que los más bellos temperamentos se consumían en un aceite de solemne trivialidad literaria.

Desde México, escribía Martí en 1890: "En América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada que no sea manjar rehervido, reciben de España. Ya lo de Bécquer pasó, como se deja de lado un retrato cuando se conoce el original precioso, y lo de Núñez de Arce, va a pasar porque la fé nueva alborea". Y más adelante afirma: "Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, o accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a primar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho qué decir, por lo que, mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacian cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman por gala o entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo o en la ciudad sobrada de literatura".

En esto que acabo de transcribir de José Martí, encontraréis el secreto de la declaración estética, de la profesión de fe artística de Rubén Darío, en su prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza* escrito varios lustros después. La influencia en las ideas, en los pensamientos y en la forma de expresarse, es clara e innegable del Apóstol de Cuba, sobre el bardo de Nicaragua. Rubén Darío, era un "niño prodigio" en su aldea de Metapa, siendo después la más bella promesa clásica de la capital de su país. A los 14 años de edad sale Rubén para la República de El Salvador. Dos años después se encamina a Chile, luégo recorre Centro América. En Chile gana su cultura y



aumenta su caudal lírico. Pero ya había llegado la voz del Redentor cubano hasta él, ya invade a Centro América, el clarín de Martí, resonante de mágicos hallazgos de expresión. Se producen sus crónicas en todas las patrias americanas. ¡Sus juicios sobre literatura nueva de Rusia, de Francia, de Inglaterra, de Norte América, son devorados por la juventud! ¡Todo lo sajón, todo lo eslavo, está ardiendo en el horno del Maestro, que al punto da en crónicas que producen la sensación del día en los más escogidos espíritus! ¡Los públicos se resisten, el ámbito se raja, pero al fin, penetra el buril de oro del primero de los cubanos! El niño prodigio de Nicaragua, se abre el pecho para que el buril vibrante del Maestro le llegue bien adentro, para que el agua pródiga de las fuentes espirituales, de José Martí, le bañase rostro, alma y mente. Ya sale Rubén de nuevo, a recorrer otras tierras vecinas a la suya. Ya anda preocupado de lengua francesa y de todo lo francés. Ya, desde entonces, habría de acompañarle, hasta morir, la preocupación de manifestar su pensamiento, hasta en las más nimias y breves epístolas, de un modo "digno", a lo Martí! Cotéjense las cartas de uno y de otro. Compárense los estilos.

En El Salvador traba íntima amistad desde su primer viaje, con el poeta Francisco Gavidia, a quien se atribuye la iniciativa en lo que se refiere a la forma métrica que abrazó Rubén Darío en su obra. Se afirma que Gavidia le comunicó a Rubén en el año 1883 sus observaciones de la contextura polifona y bicesurada del moderno alejandrino francés, y que ambos poetas se dieron a adaptar aquella forma a nuestro verso de catorce sílabas.

"Vivimos —escribía Martí— en enero de 1882—, los que hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y Virgilio, y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han de ser fruta vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Conocer diversas literaturas es el medió mejor de libertarnos de la tiranía de algunas de ellas".

¡Toda la pauta que siguió Rubén!

Recordando Contreras lo que acabo de decir sobre la iniciativa de Gavidia y aludiendo a la estancia de Rubén en El Salvador, escribe: "Sin recursos, dióse a una bohemia desastrosa de amoríos y vagabundeos, hospedándose en casa de sus compañeros y viviendo como podía, a costa de éstos. Entre ellos figuraba un joven poeta que sabía bastante bien el francés, y leía maravillado a Víctor Hugo:



Francisco Gavidia. Gracias a él, Rubén Darío, que poseía aún más que vagos conocimientos de aquella lengua, tuvo la revelación del gran poeta de la *Legende des Siècles*. Y he aquí que, en horas de comunión artística, Gavidia le comunicó su designio de adaptar al alejandrino español la cesura movible que este verso tiene en Francés, y ambos realizaron tan feliz idea atinadamente”.

Veréis la sinceridad con que Rubén hace justicia a Gavidia, al recordarlo en su *Autobiografía*: “Entre tanto, uno de mis amigos principales era Francisco Gavidia, quien quizás sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América española. Fue con Gavidia, la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetré en iniciación ferviente, en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés que Gavidia el primero seguramente ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde”.

Martí muere a los 42 años, cuando empezaba la madurez de su genio. De no haber vivido con la preocupación fascinante de crear la nacionalidad cubana, habría realizado la obra en verso y en prosa más grande de la América española. Pero, por lo que escribió tanto en verso como en prosa, dejó constancia permanente del paso de su genio por el mundo. Con sus *Versos sencillos*, sus *Versos libres*, quedaba escrita su protesta contra el verso fofo del anquilosado numen español.

En prosa sí que tuvo tiempo de dejar verdaderos templos de elocuencia. ¡La prosa era su arma para la propagación radiosa de la causa libertadora de su patria, a la cual se había abrazado, como el más dulce de los Cristos se abrazara a la más deseada cruz! Sus prosas maravillosas resistirán el roce agobiador de los años. Y eso, que escribió siempre andando, entre saltos, entre llamas, que así discurre su vida, dijo: “se ha de escribir viviendo con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética”.

Rubén lo siguió al pie de la letra. Las normas del Maestro no caían en el vacío. El niño prodigio, era ya el predestinado a recoger el sublime encargo del genio de Martí, de renovar, de descoyuntar el verso español, de llenarlo de alas y de sangre nueva de América.

En el año 1882, prologando Martí *El Poema del Niágara*, de Pérez Bonalde, el primer poeta de Venezuela, lanzó una declaración de principios estéticos. Decía en ese prólogo: “Ni líricos, ni épicos pueden ser hoy con naturalidad y sosiego los poetas; ni cabe más



lirica que la que saca cada uno de sí propio, como si fuera de su propio ser el asunto único de cuya existencia no tuviera dudas”.

La visita de Darío a Martí en Nueva York, dejó en el poeta de Nicaragua una imborrable y decidida orientación de sus deberes artísticos, y voló a cumplirlos a Buenos Aires. El mismo Rubén dice comentando su estancia en Buenos Aires, lo siguiente: “Yo hacía todo el daño que me era posible al dogmatismo hispano, al anquilosamiento académico, a la tradición hermosillesca, a lo pseudo-clásico, a lo pseudo-romántico, a lo pseudo-naturalista, y ponía a mis *Raros* de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Rusia, de Escandinavia, de Bélgica, de Holanda y Portugal, sobre mi cabeza. Mis compañeros me seguían y me secundaban con denuedo”.

Cuando Martí en New York lo recibió entre sus brazos, lo hizo agasajar de los cubanos, y lo llevó a una asamblea política, en la cual habló el Maestro, a su público, de la presencia de Rubén Darío en aquel acto.

Escuchad cómo reseña Rubén en su *Autobiografía* este encuentro con el Maestro.

“Me hospedé en un hotel español, llamado *Hotel América*, y de allí se esparció en la colonia hispanoamericana de la imperial ciudad, la noticia de mi llegada. Fue el primero en visitarme, un joven cubano, verboso y cordial, de tupidos cabellos negros, ojos vivos y penetrantes y trato caballeroso y comunicativo. Se llamaba Gonzalo de Quesada, y es hoy Ministro de Cuba en Berlín. Su larga actuación panamericana es hoy harto conocida. Me dijo que la colonia cubana me preparaba un banquete que se verificaría en casa del famoso restaurateur Martín, y que el “Maestro” deseaba verme cuanto antes. El “Maestro” era José Martí, que se encontraba en esos momentos en lo más arduo de su labor revolucionaria. Agregó asimismo Gonzalo, que Martí me esperaba esa noche en *Hardman Hall*, en donde tenía que pronunciar un discurso ante una asamblea de cubanos, para que fuéramos a verle juntos. Yo admiraba altamente el vigor general de aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables líricas correspondencias que enviaba a diarios hispanoamericanos como *La Opinión Nacional*, de Caracas; *El Partido Liberal*, de México; y, sobre todo, *La Nación*, de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad de música. (Esta plasticidad de música, era la característica de la prosa de Rubén). Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta. Fui pun-



tual a la cita, y en los comienzos de la noche entraba en compañía de Gonzalo de Quesada por una de las puertas laterales del edificio en donde debía hablar el gran combatiente. Pasamos por un pasadizo sombrío; y de pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo, y que me decía esta única palabra: "¡Hijo!"

Era la hora ya de aparecer ante el público, y me dijo que yo debía acompañarle en la mesa directiva, y cuando me di cuenta, después de una rápida presentación de algunas personas; me encontré con ellas y Martí en un estrado, frente al numeroso público que me saludaba con un aplauso simpático. ¡Y yo pensaba en lo que diría el Gobierno colombiano de su cónsul general, sentado en público, en una mesa directiva revolucionaria antiespañola! Martí tenía esa noche que defenderse. Había sido acusado, no tengo presente ya si de negligencia o de precipitación en no sé cuál movimiento de invasión a Cuba. Es el caso que el núcleo de la colonia le era en aquellos momentos contrario; mas, aquel orador sorprendente tenía recursos extraordinarios, y aprovechando mi presencia, simpática para los cubanos que conocían al poeta, hizo de mí una presentación ornada de las mejores galas de su estilo. Los aplausos vinieron entusiásticos y él aprovechó el instante para sincerarse y ya tenía ganado al público y como pronunció en aquella ocasión uno de los más hermosos discursos de su vida, el éxito le fue completo, y aquel auditorio, antes hostil, le aclamó vibrante y prolongadamente.

"Concluído el discurso salimos a la calle. No bien había andado algunos pasos, cuando oí que alguien le llamaba: "¡Don José! ¡Don José!" Era un negro obrero que se le acercaba humilde y cariñoso. "Aquí le traigo este recuerdito" —le dijo, y le entregó una lapicera de plata—. "Vea usted —me observó Martí— el cariño de esos pobres negros cigarreros. Ellos se dan cuenta de lo que sufro y lucho por la libertad de nuestra pobre patria". Luégo, fuimos a tomar té a casa de una su amiga, dama inteligente y afectuosa, que le ayudaba mucho en sus trabajos de revolucionario.

"Allí escuché por largo tiempo su conversación. Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables, luégo me despedí. El tenía que partir esa misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé que precisas disposiciones de organización. No lo volví a ver más".



Ya está Rubén en Buenos Aires, allí se destacó su figura como la del prócer del modernismo. Allí dio sus *Prosas Profanas*. Luégo voló a España, a Italia, a Francia, y en la grata tierra parisiña, permaneció veinte años, con frecuentes salidas al Continente europeo siempre cantando como Martí quería que se cantara. En todas las prosas que escribió Rubén sobre España, se veía la influencia de la prosa de Martí. Fácil tarea sería cazar la reminiscencia de prosa de Martí, en la prosa de *España Contemporánea*, de *Peregrinaciones*; la estructura de la prosa de Rubén, es la misma de la de Martí. Para los entendidos en el secreto de los engranajes del estilo, no hay misterio alguno entre una y otra prosa, reconociendo que la de Martí influyó y modeló la característica de la prosa de Rubén. La actitud espiritual fue la misma en ambos escritores. El gesto ideológico fue idéntico frente a las cuartillas. El mismo amor a ciertas palabras. La misma preocupación en la calificación, ceñida y libre, la misma tortura por encontrar la sencillez y la desnudez, que sorprendiera al mismo tiempo, por luminosas y por fragantes. Las rosas, las auroras, las estrellas, fueron aliadas predilectas de sus plumas esclarecidas.

Las influencias literarias, como las reminiscencias involuntarias, las han sentido, en todas las épocas, todos los escritores y poetas. Gutiérrez Nájera, que fue antes que Rubén en el modernismo, influyó en la prosa romántica y poemática de *Azul*. . . Pero esa prosa de *Azul*. . ., no es la prosa característica de Rubén, como escritor. Es la prosa de *Tierras Solares*, su prosa característica. La crónica de Martí, que es modelo perpetuo en el género, sobre el centenario de Calderón, parece hecha por el Rubén de *España Contemporánea* y de *Tierras Solares*, como la crónica de Rubén sobre Castelar y sobre el Papa León XII, que son dos modelos en el género, parecen hechas por Martí.

Oíd, de esa crónica de Martí, sobre el centenario de Calderón, describiendo el desfile de las carrozas conmemorativas, estos párrafos cuya estructura trae a la memoria la fresca y armoniosa manera de Rubén.

“Ya aparecen, caballeros en negros caballos, cincuenta guardias apuestos, a la usanza de hoy, cruzado el pecho de bandas amarillas, apretado a la pierna el calzón blanco, luciendo en los pies la negra bota, el triangular sombrero en la rapada testa, el ancho sable en la enguantada mano. Los heraldos los siguen: ocho heraldos, en recios corceles, vestidos de azul paño, como en el siglo XVII; colgante a espalda y pecho la amarilla dalmática, realizada en ambos



lados con las armas austriacas; tocados de lujosísimo chambergo; afirmando en los fuertes estribos el banderín tirante, ricamente bordado, con su neura y sus flecos, o el flexible oriflama de asta de oro. Vienen luégo aquellas armazones colosales con que los burgaleses de otro tiempo, y los zaragozanos, y los del viejo Valladolid, y Santander inquieto, celebraban vistiendo de gigantes chinos, o quijotes escuálidos, o togados enanos las alegrías de la ciudad. Cien pajecillos, que la muchedumbre aclama luciendo al sol sereno de Madrid trajes crujientes, varios y vistosos; bellos como ninfas, flotando como alas de colores en sus espaldas las vueltas de los mantos, pasan como visión dichosa, portando en sus cien altos estandartes tantos nombres de dramas del poeta. Vibra el martillo; resplandece la fragua; saltan chispas del yunque; percíbense entre el hervor de entusiasmo, el buen clamor y el buen olor del hierro; ésta fue la carroza de la cerrajería. Ese macizo carruaje que lleva una alegoría del poeta sacerdote, es la del Ayuntamiento. Esta, tirada de doce frisonas, que ahora sigue, es de la Diputación de Madrid. ¡Y qué suntuosa! ¡Vedle sus maceros, tocados de sombreros de riquísimas plumas, con sus grandes mazas, y ese estandarte de terciopelo, y oro en realce, con todas las cabezas de partido, y esa guardia amarilla, tan famosa en tiempo de Oliverio y de Velenzuela! De Valencia, cuyas húmedas vegas rinden junto al higo fresco, la dorada naranja y las crecidas rosas, han venido las flores que de ese carro que pasa ahora vierten sobre las gentes apretadas. Súbito murmullo, como predecesor de maravilla que se acerca extingue el de la vocinglera competencia que por hacerse azucenas y lirios se había alzado; y es que las ancas de doce gruesos bridones, orgullosos de la carga real que portan semejando con sus blancos penachos ambulantes palmeras, y paseando al sol escamas de oro en los vívidos arneses y echando al ancho lomo mantos muy ricos de tejidos blancos, viene como nación que pasa, y como grupo de andaluzas nubes sorprendido y atado, y como monte en que el pincel y los colores hubiesen hecho poderosa fábrica, el suntuosísimo edificio andante con que España celebra a su poeta, y en cuyas voluminosas maquinarias realzada de amarillo terciopelo y grana alegre, aparece aquella nación de los Felipes, ciñendo de magnífica corona las sienas de su muerto muy amado. ¡Oh, sí! La muchedumbre como que sentía temblar sus manos y encogérsele el corazón, y secársele las fauces, de amor y ardor y gloria. ¡Y pasó la carroza y mucho tiempo hacía que era pasada, y el aire estaba aún lleno de vítores!”

Ahora, oíd, un trozo de la crónica de Rubén describiendo el en-



tierra de Castelar. Y sentiréis que os roza la cara la magia descriptiva de Martí:

“Y llegó el entierro. Fluía en el ambiente de la tarde la dulzura de un cielo de acuarela. Madrid se desbordaba como un hirviente vaso. Suspendida la circulación por las calles que debía recorrer el fúnebre cortejo, la concurrencia se aglomeraba, los balcones se tupían. La calle de Alcalá, la Puerta del Sol, la Calle Mayor, estaban inundadas por el río humano. Desde temprano se esperó por largas horas. Por fin, apareció a lo lejos el pelotón azul de la Guardia Civil de a caballo. Se abre paso entre el espeso gentío, y comienza el desfile. Van, precediendo, las profusas coronas; se destaca la de *El Liberal*, enorme y negra, sobre un fondo de seda blanco; van los recogidos del Hospicio y del Asilo de San Bernardino; los grupos de varias asociaciones; los comerciantes, numerosos; la Academia de Historia, el Ateneo, el Círculo de Bellas Artes; allí distingo a Núñez de Arce, pálido y como nervioso; ahí va la barbilla canosa de Zapata, junto al músico Bretón; allí Echegaray con su aire enfermizo y gastado. Ahí el todo Madrid de la celebridad: periodistas, artistas, sabios académicos. Y el clero, de sobrepelliz, anunciando por la manga de la parroquia, embudo negro y oro. Y ahí va Castelar muerto, en su carroza severa. Todo el mundo se descubre, todo el mundo le da su último saludo. Sobre el féretro no se ve más que un aislado ramito de flores... ¡es el ramito de la niña del obrero! La guardia de honor sigue, de soldados de la Civil. De pronto se oye entre la muchedumbre: “¡Bravo! ¡Bien!” Son los militares que vienen, a pesar de la mezquindad ministerial. ¡Bravo! ¡Bien! Es el penacho blanco de Martínez Campos, el último gran guerrero, que asiste de toda gala, es Weyler, que viene sin penacho, pero acorazado el pecho de condecoraciones y medallas; Weyler, de fama terrible, pero que hoy conquista por un momento las simpatías; pequeño, acerado, ceñudo, apretado y reveladora la saliente mandíbula. ¡Bien! ¡Bravo! Son los penachos, son los entorchados, son los uniformes de otros tantos generales, de innumerables jefes y oficiales que honran a Castelar a pesar de todo; es la Comisión del Cuerpo de Artilleros, que lleva su ofrenda. ¡Bien! ¡Bravo! Es España, la antigua, que aplaude a las espadas que no han echado en olvido la hidalguía.

Y pasan más comisiones, y los diplomáticos, llenos de oro, entre los cuales resaltan el Nuncio y el Embajador de China, vestido de seda con su botón de cristal y su pluma de pavón. Y luego la Presidencia del Consejo de Ministros, y la Guardia Civil, que cierra la procesión y detrás aun más gente. Y el murmullo general se acentúa



contra quienes no han sabido honrar la memoria del más grande de los españoles de su época, a quien sus mismos enemigos tienen una palma que ofrecer cuando va camino de la eternidad, a quien no ha habido una sola lengua española que no haya consagrado una palabra de admiración, como al hijo que mejor supo sobre la faz del universo honrar a su madre patria. Y quienes han herido a esa madre patria con rencores inauditos, ante el cadáver de aquel que supo combatirles frente a frente en su vida gloriosa y nobilísima, son los mismos que han contribuido a la desgracia nacional por degenerados y débiles, o ciegos instrumentos de errores y desidias; son los que han vuelto de la derrota con pasmosa frescura y a quienes una voz harto elocuente en el Congreso, condenó a ser ahorcados con los fajines de sus uniformes”.

Tomó al azar, otra prueba, de una de las obras de Martí. Seríame fácil oponerle ejemplos de prosas rubenianas. Esta prosa de Martí que copio, es puro Rubén Darío. Dice así el egregio cubano finalizando su prólogo al *Poema del Niágara*, de Pérez Bonalde:

“Bien hayas, poeta sincero y honrado que te alimentas de ti mismo. ¡Hé aquí una lira que vibra! ¡Hé aquí un poeta que se palpa el corazón, que lucha con la mano vuelta al cielo, y pone los aires vivos de la arrogante frente!... ¡Hé aquí un hombre, maravilla de arte sumo, y fruto raro en esta tierra de hombres! ¡Bien hayas tú, poeta del torrente, que osas ser libre en una época de esclavos pretenciosos, porque de tal modo están acostumbrados los hombres, que cuando han dejado de ser esclavos de la reyecía, comienzan ahora, con más indecoroso humillamiento, a ser esclavos de la libertad. Bien hayas tú, cantor ilustre, y vé que sé qué vale esta palabra que te digo. Bien hayas tú, señor de espada de fuego, jinete de caballo de alas, rapsoda de lira de roble, hombre que abres tu seno a la naturaleza! Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser juego de la mano y divertimento del ocioso ingenio que llamada del alma y hazaña digna de magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescripta, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están los hombres de pie sobre la Tierra, apretando el puño al cielo, demandando a la vida su secreto”.



En la manera de escribir Rubén, de dictar sus poesías, observa el consejo de Martí, de mimar lo que se escribe. Entonces hacía pensar Rubén en el viejo Milton, cuando pobre y ciego, perdido en su *Paraíso*, dictaba en Londres, a sus dos hijas, los cantos gloriosos de su inmortal poema!

Rubén “rezaba” el verso y lo pulía en la mente. Luégo volvía de nuevo a mimarlo entre dos dedos de su mano derecha, antes de pronunciarlo. Juntaba el pulgar y el índice y los movía suavemente como si quisiera sacarle aún más brillo a la inspiración. Y, entonces, era una perla lo que caía de sus manos de Marqués, sobre el papel, o era un ala lo que se le escapaba al azul de entre sus dedos helénicos.

Martí decía: “el verso por donde quiera que se quiebre ha de dar luz y perfume. Pulir es bueno, mas dentro de la mente y antes de sacar el verso al labio”.

En Rubén, cuando dictaba sus versos, había una como melancolía escrutadora hacia adentro; no necesitaba mirar al mundo para hallar los secretos de armonía del universo. ¡Y de ahí que dictara sus versos con los ojos cerrados, la boca apretada, como para mejor oír lo que ocurría en el pañal misterioso que las abejas áticas habían fabricado en la torre de su gloriosa inspiración!

Quiero contar un episodio íntimo, como demostración reveladora de la persistente emoción de la prosa de Martí, en el espíritu de Rubén Darío. Era el año de gracia de 1913, en Barcelona. Rubén había adquirido un compromiso amistoso con Santiago Argüello, de escribirle una “Cabeza” de esas que él escribía tan inimitablemente. Quería halagarlo de ese modo, pero, estaba imposibilitado de escribir ese día. Santiago la esperaba para partir a su patria. Cuando Rubén se excedía en las libaciones alcohólicas, no podía escribir, por eso mandó a mi casa a su secretario, el mejicano Julio Sedano, quien me hizo entrega de una cuartilla borrosa, ilegible casi, de letra de Rubén, para que con ella hiciera yo una “cabeza” de Santiago Argüello, y la firmara como suya, y la publicara en *La Vanguardia*, periódico catalán, cuyo director era entonces el notable periodista mayorquín Miguel de los Santos Oliver. Sedano me dijo de palabra todo el apremio y el ruego de Rubén, como también su “estado”. El artículo debía salir al día siguiente, que era domingo. En la cuartilla, sólo logré leer algo muy confuso, sobre un proyecto de depósito oficial de café de Nicaragua, en El Havre, que Santiago Argüello debía gestionar, al regresar a su país. ¡Ni una palabra sobre el poeta ni sobre su obra, que era musical y bella! Desecho la cuartilla



y me pongo a escribir, bajo la tenaz preocupación y la febricitante idea fija de imitar a Rubén, en su estilo y en sus giros, y firmo la "cabeza" con el sello gomígrafo de la firma de Rubén, que Sedano me había traído. La remití al director de *La Vanguardia*, y se publicó en rito de honor, con gran preámbulo elogioso para Rubén, del director de dicho periódico. Era domingo y salgo con el periódico, a ver a Rubén, muy temprano, a su torre de Tiziano 16. Allí encontré, en el patio, a Santiago Argüello, que había ido a dar gracias al poeta por el artículo. Pero, Rubén, no lo había querido recibir. Paso a la habitación de Rubén y le digo: ahí está Santiago, en el patio, ¿por qué no lo recibes? Me contestó, entre miedoso y asombrado: "¿Y el artículo? Yo no sé lo que te mandé, estaba como loco". Te lo traigo aquí, le dije. Se sentó seguido en el lecho, abrió nerviosamente el periódico, leyó el artículo, sin respirar y me abrazó diciéndome: "¡Del mejor Martí! Dile a Santiago que pase".

Deploro no tener a mano esa "cabeza" para que vierais que parece hecha por Rubén, tal esfuerzo hice por parecermele, y sin embargo, él la sintió hecha como por Martí (76). Y es que, en el fondo y en la forma de su prosa, se caracterizaba con los años, la influencia de Martí. ¡Divina y bienaventurada sea esa influencia espiritual, que dio al prestigio de América, la gloria que nos sirve a todos de orgullo, alcanzada por Rubén, en la literatura española, como prosista y como poeta máximo del verbal instrumento castellano!

Martí, hombre excepcional, tenía que influir necesariamente, no sólo en Rubén Darío, sino en todo el cauce mental hispanoamericano. En toda naturaleza delicada tenía que dejar Martí una imborrable impresión, por la ternura luminosa que ascendía de todas sus palabras. Era natural que influyeran en el temperamento de Rubén Darío, curioso de toda novedad artística, las crónicas del Apóstol de Cuba. En sus correspondencias, Martí, vertía las nuevas doctrinas literarias o políticas, que estaban en marcha en los países de avance de Europa, pero que, en España, ni siquiera se sospechaban entonces. Como Martí leía en inglés y en francés, como en lengua propia, devoraba las literaturas extranjeras, y nutría y ensanchaba su mundo cultural que tuvo por base, desde luego, a los clásicos españoles, señalándose a Gracián, como uno de los que más influyó en la formación de su estilo. Y, así, entró, como gran señor, lo mismo que Rubén, en todos los secretos del castellano. No descansaba la

(76) Probablemente sea la semblanza de Argüello que aparece en Rubén Darío, *Obras completas*, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo, Vol. XV, p. 135.



pluma del Maestro: ya escribía sobre la pintura impresionista, describiendo sus cuadros célebres; revelaba a la América, los nombres de los más avanzados pinceles: Manet, Rendir, Meissonier, Degás, Pizarro, Montemard. Si de poesía y de poetas hablaba siempre era su palabra el cofre que encerraba la última esencia y la última lumbré. Su pluma reveladora de todas las tendencias artísticas, descubría cual era el pontífice del día y cual era el credo palpitante, sacándole luz a la última página que leyera. ¡Y toda esa lúcida divulgación la hacía en una prosa llena de símiles fragantes, vivientes, como si la naturaleza se le acercara, embebida, y se le acurrucara, encariñada, en el hueco de la mano!

Así, sucesivamente, dio a conocer a Oscar Wilde, en 1882, cuando aquel atormentado espíritu era sólo un joven inglés, que paseaba su arrogante y sospechoso estetismo por Norte América. Cada vez que Martí habló de poetas y pintores, se escapaban de sus manos, al mismo tiempo, astros y rosas. Y era orgullo para todos el espectáculo de sus músicas supremas. "La aristocracia intelectual que viene de pensar y padecer", era en Martí, como era en Rubén, la divisa espiritual y la norma de sus producciones.

¡Oíd, esta prueba de fina y doliente aristocracia espiritual, en estos versos de Rubén en los cuales tiembla esa expresión emocionada que era tan suya! No sé de versos más delicados ni más bellos:

VERSOS DE OTOÑO

*Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma,
tu mirar es tan dulce, que se torna profundo.
Bajo tus pies desnudos aún hay blancor de espuma,
y en tus labios compendias la alegría del mundo.*

*El amor pasajero tiene el encanto breve,
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.
Hace una hora que un nombre grabé sobre la nieve
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.*

*Las hojas amarillas caen en la alameda,
en donde vagan tantas parejas amorosas.
Y en la copa de Otoño un vago vino queda
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.*



Y para terminar y como última demostración de la semejanza que guarda en su estructura, la prosa del discípulo genial con la prosa del inmortal Maestro, reproduzco aquí, un final de discurso de Martí sobre Heredia, y reproduzco también párrafos del artículo que escribió Rubén, cuando llegó a él la noticia de la desgracia continental de la muerte de Martí. Dice el mártir cubano sobre Heredia:

“Un día, un amigo piadoso, un solo amigo, entró, con los brazos tendidos, en el cuarto de un alguacil habanero, y allí estaba, sentado en un banco, esperando su turno, transparente ya la mano noble y pequeña, con la última luz en sus ojos, el poeta que había tenido valor para todo, menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas. Temblando salió de allí, del brazo de su amigo; al recobrar la libertad en el mar, reanimado con el beso de su madre, volvió a hablar, para despedirse del universo, los acentos con que los había asombrado en su primera juventud; y se extinguió en el silencio nocturno, como lámpara macilenta, en el valle donde vigilan perennemente doradas por el sol, las cumbres del Popocatepetel y el Itztalnzihuatl. Allí murió, y allí debía morir, el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y hermanos; por su padre con Santo Domingo; semillero de héroes, donde aún en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya; por su niñez con Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad; y por su muerte, con México, templo inmenso edificado por la naturaleza para que en lo alto de sus peñaños de montañas se consumase, como antes en su teocalis los sacrificios, la justicia final y terrible de la libertad de América.

“Y si hasta en la desaparición de sus restos, que no se pueden hallar, simbolizase la desaparición posible y futura de su patria, entonces, ¡oh Niágara inmortal!, falta una estrofa, todavía útil, a tus soberbios versos. Pídele, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!

“Las voces del torrente, los prismas de la catarata, los penachos de espuma de colores que brotan de su seno, y el arco que le



ciñe las sienes, son el cortejo propio, no mis palabras, del gran poeta en su tumba.

“Allí, frente a la maravilla vencida es donde se ha de ir a saludar al genio vencedor. Allí, convidados a admirar la majestad del portento, y a meditar en su fragor, llegaron, no hace un mes, los enviados que mandan los pueblos de América a juntarse, en el invierno, para tratar del mundo americano: y al oír retumbar la catarata formidable, ¡Heredia! dijo, poniéndose en pie, el hijo de Montevideo; ¡Heredia!, dijo, descubriéndose la cabeza, el de Nicaragua; ¡Heredia! dijo, recordando su infancia gloriosa, el de Venezuela; ¡Heredia!... decían, como indignos de sí y de él los cubanos de aquella compañía. ¡Heredia!, dijo la América entera; y lo saludaron con sus cascos de piedra, las estatuas de los emperadores mexicanos, con sus volcanes Centro América, con sus palmeras el Brasil, con el mar de sus pampas la Argentina, el araucano distante con sus lanzas. Y nosotros, culpables, ¿como lo saludaremos? ¡Danos, oh padre, virtud suficiente para que nos lloren las mujeres de nuestro tiempo como te lloraron a ti las mujeres del tuyo; o haznos perecer en uno de los cataclismos que tú amabas, si no hemos de saber ser dignos de ti!”

Y ahora, réstame recoger el hondo sollozo y el grito lúgubre de Rubén Darío, ante la gloria rota y la blancura escapada, ante el humo siniestro y la inconsciencia trágica de las balas en Dos Ríos. Exclama así el insigne nicaragüense:

“Para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí, necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. ¡Sí, americanos, hay que decir quién fue aquel grande que ha caído! Quien escribe estas líneas, que salen atropelladamente de corazón y cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes en América... Somos muy pobres... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. ¡Debemos llorar mucho por esto al que ha caído! Quien murió allá en Cuba era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso; vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de *La Nación*, tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie, Martí, hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, capri-



chos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!”

“¡Oh, Cuba! ¡Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre: y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía: pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros; pertenecía al porvenir!”

“Y ahora, maestro y autor y amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento. Ya sabrá el mundo lo que tú eras, pues la justicia de Dios es infinita y señala a cada cual su legítima gloria. Martínez Campos, que ha ordenado exponer tu cadáver, sigue leyendo sus dos autores preferidos: Cervantes... y Ohnet. Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora; pero ¡oh, Maestro!, ¿qué has hecho?...”

“Y paréceme que con aquella voz suya, amable y bondadosa, me reprende, adorador como fue hasta la muerte del ídolo luminoso y terrible de la patria; y me habla del sueño en que viera a los héroes: las manos de piedra, los ojos de piedra, los labios de piedra, la espada de piedra...”





A P E N D I C E



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



RUBEN DARIO

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA (77)

*Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana;
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.*

RECORDAIS EL PRINCIPIO de la *Eneida* del grande y humano Publio Virgilio Marón? Pues si andáis de recuerdos clásicos no es difícil que os venga también a la memoria el principio de *La Gatomauia* del grande y regocijado Lope.

En la vida de los poetas ocurre un momento en que se gusta de mirar hacia atrás y rememorar en síntesis la propia evolución psíquica. Así, Rubén Darío, el niño pasmoso de *Azul...*, el joven mundano y galante de *Prosas Profanas*, dedica un tributo a su pasado en el pórtico lírico de sus *Cantos de Vida y Esperanza*, obra plena y melancólica de hombre. Triste nó: disonancia sería la tristeza en estos himnos optimistas, y de ellos la ha desterrado el poeta; pero, ¿cómo no ha de sentir melancolía, la d'annunziana *malinconia virile*, quien a la juventud amó con un amor que era a un tiempo mismo ingenuo y sabio, mezcla de candor helénico y de perversidad gálica?

Darío canta:

(77) Este ensayo juvenil de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), que tanto le agradó a Darío, figura en la obra del ilustre humanista dominicano, *Ensayos Críticos* (La Habana, 1905), reproducido con algún retoque en *Horas de Estudio* (París, 1910). E. Díez-Canedo consideraba este trabajo, en 1916, como "el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho". Henríquez Ureña reproduce algunos conceptos de este ensayo, junto con opiniones y noticias nuevas, dignas de tenerse en cuenta —como toda la obra del gran Maestro dominicano— en su libro *Literary currents in Hispanic America* (Harvard University Press, Cambridge, Mss., 1945). Esta obra ha sido traducida del inglés por Joaquín Díez-Canedo, y figura entre las obras de próxima publicación del Fondo de Cultura Económica, de México. También se refiere a Darío, dándole su ubicación justa en el movimiento modernista, el citado Maestro, en su obra póstuma, *Historia de la Cultura en la América Hispánica* (Fondo de Cultura Económica, México, 1947).



*¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!*

Y en unos *humanísimos* versos íntimos que quizás no pensó llegarían a la publicidad, pero que demuestran cómo subsiste en él la genial vena humorística, declara su dolor de verse "viejo, feo, gordo y triste".

I

Cuántas para el artista sugerencias profundas, hay para el crítico estudios interesantes en el examen de las labores pasada y presente de Rubén Darío. Todos saben que este poeta se inició temprano en la vida literaria, en la década de 1880 a 1890, y bajo la influencia de los poetas españoles. Bien pronto cambió su orientación, deslumbrado por la literatura de Francia, principalmente por la de las últimas escuelas, y combinó ambas tendencias, equilibrando lo francés de las ideas con lo castizo de la forma. Pero desde *Azul...* el escritor se muestra gallardamente original; en *Prosas profanas* es más personal aún, y hoy, en *Cantos de vida y esperanza*, es en un todo independiente, a la vez que más rico de erudición cosmopolita y de experiencia humana.

Sabido es también lo que Rubén Darío ha significado en las letras hispano-americanas: la más atrevida iniciación de nuestro *modernismo*. Fue él mucho más revolucionario que Casal, Martí y Gutiérrez Nájera, y en 1895 quedó, con la muerte de estos tres, como corifeo único. Su influencia ha sido la más poderosa en América durante algunos años, y su reputación una de esas que en la misma actualidad se tornan legendarias (78).

Su leyenda lo pinta como un Góngora desenfrenado y corruptor. Y cuando se busca en su obra el origen del mito, sólo se en-

(87) En *Horas de Estudio* (París, 1910, p. 201), dice Henríquez Ureña: "Pero el talento en la América española, no escoge, para brotar, solamente los países grandes y prósperos: si México da un Gutiérrez Nájera, Nicaragua da un Rubén Darío; si la Argentina produce un Andrade, el Uruguay produce un Zorrilla de San Martín; si en Chile hay un Lastarria, en el Ecuador hay un Montalvo; si en Cuba nace un Varona, en Puerto Rico nace un Hostos. Confíemos en que Santo Domingo siga dando su contingente intelectual al espíritu hispano-americano". Al cabo de treinticinco años, Medardo Vitier completó justamente ese párrafo. En su valiosa obra *Del ensayo Americano* (Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 215), en el capítulo que le dedica a Pedro Henríquez Ureña, dice que éste "repite el caso de Rubén Darío, pues, en efecto, nace en Nicaragua, pequeña república del Centro, el poeta más grande de la América hispana; y es hijo de la República Dominicana, otro país menor, el más ilustre de nuestros humanistas contemporáneos".



cuentran dos o tres detalles que lo sugieren pero no lo justifican: las innovaciones métricas, saludables en su mayoría; el repertorio de imágenes exóticas, siempre pintorescas, rara vez desproporcionadas; las ocasionales sutilezas de estilo, vagamente *simbolistas*; y los detalles de humorismo, como este paréntesis explicativo en *El reino interior*:

(*Papemor: ave rara. Bulbules: ruiseñores*).

La alarma del vulgo lector fue hija del irreflexivo espíritu rutinario (79). Rubén Darío es un renovador, no un destructor. Los principiantes, como es regla, le imitaron principalmente en lo desusado, en lo anárquico. El, por su propia vía, ha ido alejándose cada vez más de la turba de sus secuaces, impotentes para seguirle en sus peregrinaciones a la región donde el arte deja de ser *literario* para ser pura, prístina, vívidamente *humano*.

Sin embargo, la parte meramente *literaria* de su obra tiene altísima importancia, puesto que las historias futuras consagrarán a Rubén Darío como el Sumo Pontífice de la versificación catellana: si no el que mejor ha dominado ciertos metros típicos de la lengua, sí el que mayor variedad de metros ha dominado.

Han faltado en castellano, hasta estos últimos tiempos, versificadores que cultivaran con igual éxito distintas formas: Villegas en el siglo XVII, Iriarte y Leandro de Moratín en el XVIII, Bello, Zorrilla, Espronceda y la Avellaneda en el período romántico, ensayaron combinaciones varias, pero por lo general fueron, como los más de nuestro idioma, *poetas de endecasílabo y de octosílabo*. Antes de la aparición del *modernismo*, sólo a Bécquer puede citarse como no ceñido a lo tradicional; y el propósito de Bécquer no era crear formas nuevas, sino, como lo indica el carácter sutilmente espiritual de su poesía, *eludir la forma*.

La versificación castellana parecía tender fatalmente a la fijez y a la uniformidad, hasta que la nueva escuela americana vino a popularizar versos y estrofas que antes se empleaban sólo por rareza. En realidad, la escuela no ha inventado nada nuevo: lo fundamental de su métrica ha sido resurrección de antiguas formas castellanas o adaptación de formas francesas; pero el propósito de

(79) Si a alguien pudiera darse el título de Góngora americano (título de nobleza no corrompida pero sí peligrosa por su osadía), a Leopoldo Lugones le correspondería en todo caso: él es quien ha popularizado entre nosotros un estilo imaginativo singular, cuyo más notorio recurso es la trasmutación de lo objetivo en subjetivo y viceversa.—(Nota de P. H. U.).



renovación ha obedecido, en nuestros escritores más conscientes, secundados hoy por la brillante juventud de España, a una tendencia lógica, sugerida por la imperiosa necesidad de la época; tendencia que se ha desarrollado en plan metódico y progresivo, y que es de sentirse no haya encontrado expositor doctrinal, como lo ha sido Remy de Gourmont de las recientes evoluciones del estilo francés.

Rubén Darío —en cuya obra mejor que en otra alguna puede estudiarse la evolución de la nueva métrica— emplea constantemente versos eneasílabos, decasílabos (dos formas), dodecasílabos, (tres formas), alejandrinos, pentámetros, exámetros, y versos de quince, diez y seis y más sílabas (80). Con tal variedad de elementos ha realizado innumerables combinaciones estróficas, desde los pareados y el terceto monorrímo, que también usó Casal, hasta llegar a la versificación que los franceses llaman *libre*.

La principal innovación realizada por Darío y los *modernistas* americanos ha consistido en la modificación definitiva de los acentos; han sustituido con la acentuación *ad libitum* la tiránica y monótona del eneasílabo, del dodecasílabo hijo de las viejas coplas de arte mayor, y del alejandrino (81). Los dos últimos han alcanzado, con esta variación, inmediata y estupenda boga; no así el eneasílabo, que aún está en su período de re-elaboración y se sigue usando generalmente con acentos fijos.

Van más lejos las modificaciones ensayadas en la pausa intermedia de los versos compuestos. Hay, no sólo la terminación del primer hemistiquio con palabras agudas o esdrújulas:

*Y sigue como un dios que la dicha estimula,
y mientras la retórica del pájaro te adula...*

(Alma mía)

sino, también la transformación de esdrújulos en agudos, imitada de la versificación inglesa:

(80) Este aspecto de la obra poética de Rubén ha sido estudiado por el profesor dominicano Juan Francisco Sánchez, *De la métrica en Rubén Darío*. (En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, O. T., número 35, 1946). Forma parte de este ensayo un laborioso *Cuadro demostrativo de la frecuencia con que Darío usó cada metro en cada obra*, todavía inédito.

(81) En su obra *La versificación irregular en la poesía castellana*, (Madrid, 1933, p. 323), Pedro Henríquez Ureña acepta rectificaciones a este pasaje. Dice: "Lauzar (Oswaldo Crispo Acosta, *Rubén Darío y José Enrique Rodó*, Montevideo, 1924, p. 123-140), tiene razón al rectificar antiguas opiniones mías sobre el alejandrino de Darío (en mi ensayo juvenil *Rubén Darío*, 1905, del libro *Horas de Estudio*, París, 1910), indicando que el poeta nicaragüense lo escribió tripartito en diversas ocasiones ("Ojos de víboras de luces fascinantes...")."



*Sus puñales de piedras preciosas revestidas,
ojos de víbora de luces fascinantes...*

(*El Reino Interior*)

y la división de palabras, cuya primera porción, perteneciente al primer hemistiquio, se considera unas veces grave:

Y los moluscos reminiscencias de mujeres...

(*Filosofía*)

y otras veces aguda, como en francés:

*¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto...*

(*Canto de Esperanza*)

Si estas innovaciones son discutibles, no lo son menos los recientes exámetros y pentámetros de Darío. El exámetro es un fantasma que resurge de cuando en cuando en las literaturas modernas, sin que haya llegado a convertirse en ser viviente y activo. Todos los traductores de la *Iliada* han debido sentirse tentados de verterla en su propio metro; y, entre los más conspicuos, el inglés Chapman y el alemán Voss han cedido a la tentación. Luego, varios eminentes poetas modernos, desde Goethe hasta Tennyson, Longfellow y Carducci, han intentado resucitar este verso en que están escritos los magnos poemas épicos de la Europa antigua.

El problema de la adaptación del exámetro se plantea de dos modos: o se atiene a las leyes de los idiomas modernos (esto es, al isocronismo silábico, y aun al ritmo de acentos), o se procura imitar la cantidad de los idiomas clásicos. En el primer caso, el verso resulta monótono y nunca en realidad simple. Rubén Darío se ha decidido por el segundo procedimiento. ¿Podemos decir que ha realizado la adaptación, esto es, lo que en vano han ensayado otros altísimos poetas? Debe contestarse que no, porque la prosodia de los idiomas modernos, radicalmente distinta de la de los antiguos, hace imposible hoy la existencia de un verso que equivalga *cabalmente* al exámetro.



Esto aparte, y sin ser precisamente exámetros, ni pentámetros clásicos, los versos de Rubén Darío tienen su valor propio y están animados por un ritmo enérgico, que es elogio llamar *bárbaro*, a la manera de Carducci:

*Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
aspíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar, nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto...*

La desigual medida de estos exámetros y pentámetros trae inmediatamente a la memoria los versos que los franceses llaman *libres* y que en castellano suelen ser clasificados erróneamente como prosa rítmica, —de los cuales hay muchos ejemplos en Darío. La cuestión no es ya discutible, puesto que está resuelta en otros idiomas, y no exclusivamente por *modernistas*: la versificación libre, esto es, la sucesión de versos de medidas y ritmos desiguales, se conoce y emplea con más o menos frecuencia, en alemán, desde Goethe; en inglés, desde Walt Whitman; en francés, desde la era del decadentismo; si en italiano no está generalizada, ya aparece triunfalmente en D'Annunzio. La virtualidad musical de esta versificación la demostró, aprovechándola en sus dramas, Wagner, maestro sin rivales en el arte de fundir la palabra con la música.

Contradictorio parecería legislar sobre el ritmo del verso *libre*. En realidad, como antaño se decía justamente de los endecasílabos, *sueltos* o *blancos*, éstos son los más difíciles versos. Su balance rítmico dependerá siempre del buen oído, del ritmo interior del poeta. Cabe, sin embargo, la sujeción a un ritmo más o menos fijo. José Asunción Silva, en su más célebre nocturno, construyó sobre una base disílaba versos que oscilan entre cuatro y veintitrés sílabas. Rubén Darío adopta la base trisílaba en su *Marcha Triunfal*, con grandioso efecto:

*Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
los vientos y nieves del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan
(la marcha triunfal.*



Con su última radical innovación, este gran revolucionario ataca precisamente el óptimo tesoro de nuestra métrica: el endecasílabo (82). Ya, en el espléndido *Pórtico* al libro *En Tropel* de Salvador Rueda, había resucitado el endecasílabo anapéstico del período preclásico, acentuando en las sílabas cuarta y séptima:

*Joven homérica, un día su tierra
vióle que alzaba soberbio estandarte...*

Si en el *Pórtico* no mezcló este endecasílabo con el yámbico, en otras composiciones, no sólo los mezcla, sino que liberta completamente el ritmo de nuestro verso heroico, como se ve por esta cuarteta:

*Tal fue mi intento: hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.*

(*Pórtico de Cantos de Vida y Esperanza*)

Sólo el curso del tiempo decidirá la suerte de esta innovación. La intercalación de endecasílabos anapésticos entre los yámbicos, aunque tradicional en lengua tan hermana de la nuestra como lo es el italiano, desde Dante hasta D'Annunzio, quizás no esté destinada a ser tan permanente como la incorporación del verso acentuado a medias⁸² (esto es, solamente en la sílaba cuarta), que sugiere deliciosamente, sobre todo en final de estrofa, una caída, un descenso:

*Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía.*

(*Pórtico de Canto de Vida y Esperanza*) (83).

(82) Hay interesantes alusiones a Darío, es claro, en el erudito estudio de P. Henríquez Ureña, *El endecasílabo castellano*, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, número 49, 1944, p. 725-824. Hay separata, Buenos Aires, 1945, 104 p.

(83) Es tan incompleto cuanto se ha escrito sobre métrica castellana, que no se encuentra explicado por ningún autor el uso que hacían los poetas clásicos de este verso que hoy nos parece nuevo en Darío, Neruo y Lugones. Los más minuciosos tratadistas, desde Bello hasta Benot, no lo distinguen de otros mal contruidos; Eduardo de la Barra



Otras novedades ha implantado Darío, como la colocación de pausas después de palabras *a-rítmicas*, y muchas de menor importancia. Si hay exageración en algunas, es porque toda revolución contra un sistema tradicional tiene que tocar a veces el extremo contrario.

II

Todo lo dicho y aun todo lo citado quizás no bastarían a justificar el alto puesto que el futuro asignará a Rubén Darío en la historia del verso castellano, si en ello no fueran implícitos el alto ingenio y la genial inspiración del poeta. Axioma es ya: cada gran manifestación artística crea su propia forma. La forma sólo debe interesar cuando está hecha para decir alguna belleza: armonía del pensamiento, música del sentir, creación de la fantasía. "Todo lo demás es *literatura*".

Con el cincel del estilo modela Darío el tosco mármol de la versificación, y crea la estatua, ya deidad olímpica, ya miniatura alada, plástica y rítmica como las cosas vivas. El modo de expresión de su temperamento *hiperartístico* pareció en un tiempo flor exótica, porque el genio de la lengua —en apariencia esquivo a su necesaria evolución— tendía a cristalizarse en líneas severas y fijas. Y sin embargo, la suma sapiencia, la donosa ingenuidad, la flexible sutileza de ese estilo siempre claro y brillante, tienen su origen tanto en el estudio del arte más espiritualmente bello de Grecia y del Lacio, de Francia y de Italia, como en el dominio de los secretos y re-

trata de justificarlo con una pretendida *cesura de compensación* que debe dar fuerza de acento a palabras que en modo alguno pueden tenerla. Pero un atento examen del endecasílabo de los siglos de oro revela que esta forma (la acentuada solamente en la sílaba cuarta) era de uso corriente en casi todos los grandes poetas; pues lo que en Boscán, primer afortunado cultivador del más noble verso castellano, y en Garcilaso, su inmediato continuador, podría atribuirse a falta de maestría, y en Góngora a descuido, ya que en ellos aparece mezclado con verdaderos errores, resulta inequívoco, por su persistencia, en versificadores más correctos, como Herrera, Fray Luis de León, los Argensola, Jáuregui, Valbuena, Calderón y Tirso. Esta misma forma suele encontrarse en los poetas más sapientes del siglo XVIII, con Leandro de Moratín a la cabeza, en quienes no concurre con otro defecto que el venial de hacer recaer el acento rítmico en palabras de acento prosódico débil; y ya en el siglo XIX la usó el más brillante versificador del período romántico, Espronceda. Por último, en los sonetos escritos en castellano por José María de Heredia, el francés, con ocasión del centenario de José María Heredia, el cubano, se repite la misma forma:

Al evocar a los conquistadores...

Seguramente Heredia, cuyas lecturas españolas debían de ser principalmente clásicas, creyó que la construcción de este verso se ajustaba a una tradición aún subsistente en nuestro idioma.—(Nota de P. H. U.).

cursos del castellano. Después de dos siglos de poesía, que cuando quiso ser delicada, fue muchas veces hueca, se olvidaba aquella facilidad dificultosa, tan sencilla como sabia, de la antigua *gracia* poética en la expresión sentimental o filosófica, en el brillo del ingenio humorístico o de la fantasía descriptiva, que encanta desde Jorge Manrique y el Marqués de Santillana, deleitosamente espontáneos, hasta Calderón y Góngora, los fecundos imaginíficos.

Principiando con poesía como *Anagke*, de *Azul...* (y entonces lo advirtió con aplauso hombre tan pagado de lo castizo como lo fue Valera, autoridad por demás concluyente en este punto), hasta llegar a los recientes sonetos en honor de Góngora y Velázquez, Rubén Darío es realmente un maestro del idioma, y sería, entre los poetas contemporáneos, el más genuino evocador del estilo de los siglos de oro, si en la nueva generación de España no lo hubieran revivido dos admirables bardos *naturalistas*: Eduardo Marquina y el malogrado Gabriel y Galán.

Contra lo que generalmente piensan los que confunden la sencillez con la vulgaridad, la revolución *modernista*, al derribar el pesado andamiaje de la ya exhausta retórica romántica, impuso un modo de expresión natural y justa, que en los mejores maestros es flexible y diáfana, enemiga de las licencias consagradas y de las imágenes *clichés*.

He definido la gracia como la cualidad primordial del estilo de Rubén: la gracia que suele adquirir, quintaesenciada, "la levedad evanescente del encaje", y conlleva otra virtud que era (esta sí) casi desconocida en castellano: la *nuance*, la gradación de matices. *Prosas profanas* es un libro lleno de esa gracia imponderable, quizás por lo constante algo monótona. *Cantos de Vida y Esperanza* pone de relieve otra cualidad: la fuerza, que es ritmo grandioso en la *Marcha Triunfal* y en la canción *A Roosevelt*, y cuyos orígenes se descubren en ciertas odas, hoy desconocidas, prometedoras del poeta de combate que se ha revelado recientemente, después de un período en que se mantuvo indiferente a las luchas sociales.

José Enrique Rodó dijo en su admirable crítica de *Prosas Profanas*, guía casi imprescindible para el estudio del Rubén Darío de hasta ayer: "Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos la realidad del mito del pelicano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso a través de los versos de este artista



poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia”.

Hoy Darío proclama: “Si hay un alma sincera, esa es la mía”, y explica:

*En mi jardín se vio una estatua bella:
se juzgó mármol, y era carne viva:
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.*

Pero no es dudoso que él mismo creyese antes que la sinceridad a medias de la exquisitez era la mejor norma de expresión. En su anterior obra poética presentó siempre sus estados de alma en cuadros simbólicos (*El Reino Interior*, *Las Anforas de Epicuro*) o en notas líricas de abstracto subjetivismo (*Margarita*, *El Poeta Preguntado por Stella*). La revelación de su credo moral se encuentra entonces, no en su propia obra, sino en una de las más hermosas poesías de Julián del Casal, *Páginas de Vida*. El pesimista cubano describe a su amigo:

*Genio errante, vagando de clima en clima,
sigue el rastro fulgente de un espejismo,
con el ansia de alzarse siempre a la cima,
mas también con el vértigo que da el abismo...*

y lo hace hablar:

*...Mas como nada espero lograr del hombre,
y en la bondad divina mi ser confía,
aunque llevo en el alma penas sin nombre,
no siento la nostalgia de la alegría.*

*¡Ignea columna sigue mi paso incierto!
¡Salvadora creencia mi ánimo salva!
Yo sé que tras las olas me aguarda el puerto;
¡yo sé que tras la noche surgirá el alba!*

Con muy semejantes conceptos, Darío cuenta la historia de su yo y hace su profesión de fe, en el Pórtico de *Cantos de Vida y Esperanza*, pórtico que es la más alta nota de toda su obra pasada y presente, porque es la más humana, el coronamiento de su evolución psíquica, que en sus libros de prosa puede seguirse grado a grado,



desde el delicado fantaseo de los cuentos de *Azul*... hasta la amplia filosofía que en *Tierras Solares* va unida a impresiones de vida y de arte.

Si hasta ayer se le juzgó desafecto a predicar evangelios, a asumir el rol de *poeta civil*, hoy quiere ser paladín de causas nobles, predica el culto reverente del arte, "fecunda fuente cuya virtud vence al destino"; el amor de la vida, la sinceridad ("ser sincero es ser potente"), y canta los ideales de la familia española.

Ha exultado con tal fervor, en los cantos de su último libro, los ideales de la raza, y ejerce hoy tal verdadera y poderosa influencia en la literatura de España, que ha llegado a ser el poeta *representativo* de la juventud de nuestro idioma en este momento. Como D'Annunzio, contemplativo y refinado que se convirtió en apóstol de renovación, espera un resurgimiento del espíritu latino: lo anuncia en *La Salutación del Optimista*. ¡Cuántos no lo esperan también, en ese concierto nuevo de vibrantes voces de la intelectualidad española, al que acaba de unirse la voz entusiasta, cada vez más límpidamente sonora, de Chocano!

Rubén Darío acaso pertenece hoy, más que a la América, a España (84). América, en verdad, nunca lo poseyó por completo. Pero no hay temor de perderlo: él pertenece a toda la familia española; su *latinismo*, su hispanismo actual, acrecen su americanismo antes indeciso: su oda *A Roosevelt* es un himno casi indígena, es un reto de la América española a la América inglesa.

No que esta actitud me parezca totalmente plausible. ¿Por qué ese anti-sajonismo que le lleva hasta a interrogar al Cisne, su ave heráldica:

¡Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

El bardo debe ser viviente, debe ser la avanzada del futuro, y profetizar, como *Almafuerte*, "un mundo celeste, sin odios, ni mu-

(84) Uno de los más fervorosos admiradores que Pedro Henríquez Ureña tuvo en España, E. Díez-Canedo, se refiere así a este pasaje: "Un juicioso crítico de la América española, a quien se debe el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho, escribió en él las palabras que siguen: "Rubén Darío acaso pertenece hoy, más que a la América, a España". Esta opinión de Pedro Henríquez Ureña no es más que el complemento, a muchos años de distancia, de la tan conocido de José Enrique Rodó: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América". El joven maestro dominicano y el reconocido maestro oriental convienen, pues, por exclusión, en una característica del poeta muy digna de ser tenida en cuenta: en su no-americanismo. Nohay que tomar con todo, en un sentido de rigurosa literalidad tales pareceres, por autorizados que sean. En el de Pedro Henríquez, hay ya una palabra que atenúa". (E. Díez-Canedo, *La poesía castellana y Rubén Darío*, en la obra de Juan González Olmedilla, *La ofrenda de España a Rubén Darío*, Madrid, 1916, p. 137).



ros, ni lenguas, ni razas". *La civilización es el triunfo del amor*. Entonces, ¿por qué hacer hincapié en rivalidades de raza que el tiempo barrerá, por qué suponer un Dios que entienda la justicia a nuestro modo y sea quizás protector de los latinos?

Curioso rasgo, que a los pesimistas ha de parecerles síntoma de nuestra inconsistencia mental, es la religiosidad barroca de muchos escritores hispano-americanos. Por lógicos y sinceros, se justifican tanto el deísmo cristiano de Andrés Bello y José Eusebio Caro como la duda de Pérez Bonalde y el ateísmo de Arrieta; pero las concepciones religiosas de Juan Montalvo y de poetas tan preclaros como Lugones y el ya citado *Almafuerte* son contradictorias en fuerza de querer ser conciliatorias.

Rubén Darío, si no contradictorio —porque me inclino a creer que sus alusiones a la intervención directa de lo divino en lo humano son meras imágenes poéticas— es *duplex*: en el orden moral, es cristiano con ribetes de epicúreo moderno; frente a la naturaleza, ante la armonía del gran Todo", es panteísta helénico. Contempla con ojos paganos el universo, y se inflama en ardor hierático escuchando el primitivo, eterno y misterioso palpitar de la Vida: la belleza es el río de oro que fluye del Olimpo, la fuerza perennemente juvenil que brota de tierras y de mares, y en el infinito, sonoro con el himno de las esferas, reina la ley de amor que dicta la *diva potens Cypri*. El culto de la naturaleza le exalta y embriaga; así canta, con la palabra desnuda y poderosa, el más franco y atrevido himno a la Hembra:

*¡Eva y Cípris concentran el misterio
del corazón del mundo!*

Así como es adorador de la pasión primitiva, ha sabido ser, en la vida moderna, maestro del amor, y será algún día clásico de lo galante: ha amado con el ardor español, con la delicadeza artificiosa de la época de Luis XV, con la melancolía germánica, con la felina sensualidad del París coetáneo, con éxtasis de abandono o con calculado deleite, nunca con la mística tristeza de la carne.

Triunfando de sus simpatías por el decadentismo francés y de su devoción por Verlaine, su temperamento viril y jocundo le ha libertado casi siempre de los anacrónicos misticismos y de las aspiraciones enfermizas en que se agotan otros talentos hermosos de América. Ha robustecido con los años y la experiencia su fe en la Vida y en el Ideal, dos fuerzas que los espíritus sanos tienden a hermanar, como lo predica el poeta de la *Epístola moral a Fabio*:

Iguala con la vida el pensamiento.



Para él ha sido la literatura de sus antiguos maestros franceses fuente, no de pesimismo, sino de luminosas enseñanzas de belleza, que le iniciaron en el dominio de un arte vario y completo. Partiendo de tal iniciación, su vigorosa originalidad, auxiliada por el genial instinto que deriva ciencia de cuanto observa y conoce, le han llevado a la realización de un alto y fecundo ideal artístico: una obra en que se armonizan diversos estilos y maneras: desde la nativa gracia griega hasta la estudiada belleza del *parnasianismo*, desde la simplicidad del romance español hasta la complejidad *simbolista*: vasto concierto que preludia con el derroche rítmico de la *Sonatina*, anexa el color y la forma con la *Sinfonía en Gris Mayor*, reproduce la naturaleza salvaje en *Las Estaciones*, el mito en las *Recreaciones arqueológicas*, la tradición heroica de España en *Cosas del Cid*, la ciudad moderna sur-americana en *Canción de Carnaval*, el ensueño en *Era un Aire Suave*; revela *El Reino Interior*, celebra alegrías juveniles, arrulla dolores secretos, y al llegar a la compleja melodía del amor, desata la polifonía orquestal, rica en motivos de pensamiento y emoción, que culmina en himnos a la vida y a la esperanza, y sigue todavía desarrollándose en *Allegro maestoso*...

* * *

Poeta *inaprehensible e inadjetivable*, en el decir de Andrés González Blanco, Rubén Darío ha sabido encontrar la nota genuina en cada modalidad de su talento. Espíritu legendario, en la cuna de las razas europeas nació con el soplo primordial de los instintos geniales, dominadores del porvenir que habían de inundar de luz los ámbitos de la tierra; tal vez vio las enormes selvas de la India, viviendo su vasta epopeya, y contempló las viejas civilizaciones asiáticas; moró por siglos en Grecia, oyó la flauta de Pan y los coloquios de los Centauros, aprendió a sorprender el sigiloso ritmo y la íntima belleza de las cosas y a confundirse con el alma universal de la naturaleza. Junto a la margen del Iliso, oyó a Sócrates discurrir sobre el amor y la belleza. Cuando el último resto de paganismo jovial y sincero se extinguió con los idilios de Teócrito y los epigramas de Meleagro, halló consuelo fugaz en la Roma helenizada.

Después, no se sabe. Dicese que estuvo encerrado, durante la Edad Media, en una mística torre terrible; pero es más de creerse que anduviera recorriendo las tierras musulmanas y recogiendo relatos de las *Mil y Una Noches*. Luégo reapareció en España en un garrido garzón, requebrador, pendenciero y cantor de amorosas endechas, que, como el *Don Juan* de Byron, salió a viajar por Europa,



tuvo mucho partido en Italia con Leonardo, quien le enseñó a amar los Cisnes y estimuló su curiosidad multiforme, estuvo entre bohemios, a cuyo andar errante cobró afición por algún tiempo, y más tarde decidió quedarse en Francia, seducido por las *precieuses* e instado por la amistad de un gascón narigudo y originalísimo que gustaba de desrazonar tomando por tema la Luna. Allí fue, en el siglo XVIII, un duque-pastor que cortejaba marquesas sentimentales y discretas, atormentadas por los amorcillos de Fragonard en las sonrientes campiñas de las *fiestas galantes*.

Cuando un siglo después reaparece en América, algo huraño ante el bosque indígena y las barrocas villas democratizadas, recuerda su vida caballeresca de España y sueña con "versos que parezcan lanzas". Un hálito de la Cosmópolis moderna le trae efluvios de la vida mundial; rememora su legendario pasado, contempla nuevos horizontes, y se siente palpar en los latidos del corazón de una gloriosa raza. Canta: su canto crece, se eleva, se esparce, puebla dos mundos: ¡canción de sol, peán de gloria, poema de optimismo, himno esperanzado del fecundo porvenir!

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

(1905).



LETRAS

Por FEDERICO GARCIA GODOY (85)

HE RECORRIDO CON viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor que tan hondamente ha marcado su huella luminosa en el moderno florecimiento de las letras hispano-americanas.

Sean cuales fueren los yerros más o menos resaltantes que un sereno espíritu crítico desprendido de prejuicios de escuelas o de cenáculos podría señalar en uno que otro aspecto de su obra literaria ya felizmente poco discutida, no es posible para ningún sincero y consciente observador de toda su fecunda actuación intelectual poner en tela de duda que Rubén Darío ocupa merecidamente, ganado en buena lid, el puesto quizás de más alta resonancia en el curioso, vario y aún poco conocido movimiento de renovación de la anémica vida literaria hispano-americana.

Nadie desconoce su obra de innovación o remozamiento de formas métricas de acentuado prestigio secular en el fecundo sentido de capacitarlas cumplidamente para la expresión, serena y exquisitamente artística, de diversas y flamantes ideas de expansión estética.

Había forzosamente que modificar o transformar esa literatura enteca, empantanada en un falso e incongruente clasicismo y en exageraciones y extravagancias de sabor pronunciadamente romántico, curándola más o menos radicalmente de la anquilosis tradicional y en cierto punto académico que la condenaba a permanente monotonía, esterilizando todos los esfuerzos, aun los más resonantes, de inteligencias privilegiadas e impidiendo que llegase hasta ella el aire vivificante de la vida contemporánea en sus más salientes y prolíficos aspectos.

Se imponía de todo punto la necesidad apremiante de iniciar vigorosamente un proceso de renovación amplio y comprensivo, en

(85) De la obra *Páginas efímeras*, 1912. Aunque García Godoy (1857-1924) no trató personalmente a Darío, se reproduce este artículo por ser del más caracterizado crítico dominicano contemporáneo del poeta.



sentido principalmente artístico, de arte libre, de arte humano, libertado casi enteramente de cierto retoricismo convencional, vacuo e incoloro.

De urgencia era ya un modo o modos de expresión artística capaces de traducir con potente fuerza personal acentuadas modalidades de nuestro tiempo, estremecimientos y orientaciones de la mentalidad contemporánea, ideales en continuo propósito de adopción que marcan rumbos siguiendo el movimiento social, y cosas que en cierto sentido trascendente caracterizan, precisan o intensifican algo de actualidad, no de mera *literatura*, sino de verdadero valor humano privativo de la vida que en nosotros y en torno nuestro se desenvuelve conforme al ritmo de un obscuro y misterioso dinamismo.

En ese empeño de imprescindible renovación de una literatura enmohecida y cada día más menesterosa de vivificante savia, empeño plausible desde cualquier punto de vista que se le mire, ha sido Rubén Darío el genuino y más caracterizado paladín, y ello sin darse en ningún momento tonos de maestro indiscutible, dogmático, lo que sin duda le hubiera disminuído gran parte del mérito leal y tesoneramente granjeado.

Esas novísimas orientaciones ya no sólo en la América de origen hispano, sino en la misma España, siempre impregnada de cierto espíritu muy visible de tradicionalismo, han determinado, en la juventud principalmente propensa de continuo a todo linaje de arres-tos, más o menos potentes corrientes de ideas encaminadas a remover en forma apropiada modos de sentimiento y de expresión en vías de fosilizarse y a dar mayor amplitud, flexibilidad y matices al idioma estancando en un concepto estérilmente restrictivo.

En ese movimiento adviértense verdaderos propósitos de sinceridad, deseos de alcanzar y aprisionar en las áureas mallas del ritmo y en una prosa pictural y sugerente exquisitas visiones de belleza, y en todo eso, en la mayoría de los consagrados a tal labor, culminando en un casi completo desligamiento de toda proyección espiritual bastarda, de todo lucro mezquino, puesta sola la mirada en un ideal soberano y excelso de arte bello, de casi exclusiva finalidad estética.

Para el genial autor de *Cantos de Vida y Esperanza*, ese ideal constituye el supremo goce y su verdadero *desideratum* como artista únicamente consagrado al culto de lo bello, de la eterna belleza, esparcida con profusión en la realidad que nos envuelve y penetra, pero sólo bien observada, bien aprendida, bien sentida por muy contados espíritus de selección.



Quizás en estos últimos tiempos el encrespado oleaje de resalantes realidades mundiales tocando con alguna fuerza en su espíritu lo ha desviado en algo, en contadas ocasiones de la apacible y radiante senda primitiva, de su arraigada creencia de arte exclusivo, desinteresado en el más noble sentido del vocablo, insinuándole que el poeta, el escritor, son y deben ser de su tiempo, que quien por gracia de lo alto posee una lira o maneja una pluma no puede ni debe permanecer aislado, sibarita solitario, en la olímpica torre marfileña de un radical subjetivismo, comprendiendo la vida como condensación unilateral que se compendia y resume en la visión artística, que se concreta al disfrute constante y exclusivo de lo bello, sino como lo que es la vida íntegramente, como debe verse y sentirse, en toda su vasta urdimbre, proteiforme, sin linderos que la circunscriban, desenvolviéndole en perspectivas infinitas...

Así comprendida, el poeta, el genuino poeta como él, el escritor de ideas y no de gárrula palabrería, no deben permanecer aislados de la realidad hirviente y tumultuosa, a modo de sacerdotes apolíneos encerrados en mármreo templo, sino bajar de continuo a la candente arena en que chocan estrepitosamente los arduos problemas que tan hondamente preocupan a la mentalidad contemporánea, empuñar el fuerte escudo y lidiar con firme decisión por el triunfo de las cosas que entrañan objetivos ingentes y salvadores, poner todas sus energías espirituales en el magnífico empeño de cristalizar ideales que se encaminen resueltamente a operar graduales y necesarias transformaciones en la vida colectiva cada vez más orientada en el sentido de amplios y efectivos adelantos culturales...

Cerca de treinta años, como quien nada dice, han pasado desde que leí unos versos de Rubén Darío, de los primeros partos de su numen, sin duda, unas preciosas redondillas al Arte publicadas en la *Revista Científica*, de Santo Domingo, y las cuales, ni por su fondo y sus peculiaridades de forma permitían vislumbrar al audaz innovador, al remozador de viejos moldes rítmicos, que tiempo después iba a revolucionar la métrica castellana con el empleo de formas desconocidas o poco menos, plenas de extrañas cadencias y sonoridades.

Después de eso he seguido con creciente interés, con no cansada atención, toda su vasta y rica labor —no toda de oro puro, naturalmente— pero que en su porción más numerosa, en su parte netamente artística, vincula relevantes cualidades de brillantez y de relativa perdurabilidad como poquísimas producciones de estas últimas décadas. Desde *Azul*, el primoroso librito que mereció un jui-



cio muy notable del autor insigne de *Pepita Jiménez*, me es familiar cuanto ha producido este maravilloso artista de la frase, este mago de la rima, sin que en ningún momento hayan menoscabado sus altos quilates intelectuales ciertos rumbos falsos, ciertos extravíos de imaginación, ciertas artificiosidades que, aquí y allá, en medio de incontables bellezas de pensamiento y de expresión pueden advertirse en algunas partes, las menos salientes y celebradas, de su riquísimo acervo poético. Todo innovador, queriéndolo o no, incurre, por regla casi general, en tales pasajeros y poco importantes deslices.

Aun poseyendo, en alto grado, como acaece a muchos, el verdadero sentido de la medida, de las proporciones, de la trabazón armónica de las partes, de la visión sin deformidades de las cosas, cualidades peculiares de todo genuino artista, son rarísimos, como diamantes de a libra, los que en su trayectoria de innovadores, de reformadores, en cualquier aspecto de la vida, saben abstenerse prudentemente de traspasar ciertas fronteras detrás de las cuales sólo impera con absoluto dominio, lo exageradamente hiperbólico, lo extravagante, los alucinamientos imaginativos, lo que en cualquier forma rompe la línea serena y bien precisada de las cosas, lo que siempre suena a hueco por más que aparezca revestido de exterioridades deslumbrantes, de apariencias miríficas y exquisitas.

En determinados casos --Rubén Darío no se encuentra comprendido en ellos-- la evidente carencia de un bien equilibrado y depurado criterio estético hace fracasar irremisiblemente, no obstante cualquier resonante éxito momentáneo, el propósito innovador que no tenga firme asidero en modos o aspectos de la realidad íntima u objetiva forzosamente circunscrita a demarcaciones más o menos precisas determinadas por nuestro organismo sensorial al aprehender la faz positiva del mundo fenoménico con que vivimos estrechamente compenetrados...

En Rubén Darío he admirado siempre el dominio de cierta técnica peculiarísima, su originalidad en continua tendencia de evolución, su potencia imaginativa, su riqueza verbal, su sentido exquisito de los matices, su permanente inclinación a ciertos refinamientos de expresión en su mayor parte adecuados y felices, y cierto simbolismo, raras veces obscuro e incongruente, de contornos de vaga y sugestiva imprecisión en que tiende a encerrar aspectos efímeros de la vida que en ciertos momentos de inspiración (de *inspiración*, aunque esta palabra carezca ya de positivo sentido para algunos escritores superficiales) tienen para él como valor sustantivo, por más que los vea por lo general casi inmediatamente esfumarse en un nue-



vo aspecto de esas mismas cosas siempre en proceso de constante renovación.

No es posible analizar en los estrechos límites de estas líneas cuanto integra la compleja psicología del eximio autor de *Prosas Profanas*, cosa que juzgo indispensable para ahondar en los más curiosos y relevantes aspectos de su obra literaria, la más curiosa e interesante quizás del movimiento intelectual de estas repúblicas.

La personalidad del ilustre poeta nicaragüense o argentino (se dijo que últimamente se había hecho argentino, aunque no lo sé a ciencia cierta) ha sido ya bien estudiada por la crítica seria y circunspecta (conozco excelentes estudios de José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Pedro Henríquez Ureña, etc.) que ha sabido poner de relieve todas las peculiaridades de su fecunda actividad mental que forman el conjunto de su individualidad poderosa, típica, la más representativa del más fecundo movimiento de renovación que puede señalarse en el florecimiento de las letras en Hispano-América.

La última obra de Rubén Darío, motivo de este somero estudio, intitulada *Letras*, se compone de fáciles y agradables artículos de crítica espontánea, *vivida*, sincera, de escasa profundidad, plena de *nuances*, suave y luminoso rozamiento de un alma de selección con otras almas escogidas en que se sienten las palpitaciones de un espíritu exquisitamente artístico, noble y amplio, exento casi siempre de prejuicios y de convencionalismos ofuscadores.

En prosa grácil, alada, luminosa, refleja su pensamiento o su emoción, atento sobre todo a aprisionar en ella sugestivas visiones de las cosas bellas esparcidas con profusión en las creaciones de los ingenios que han motivado sus rápidos y serenos juicios.

De estos estudios de escasa cohesión, de cierto impresionismo casi enteramente superficial, se desprende a cada paso un fulgor de arte puro, personal, libérrimo, y un perfume de serena y radiante belleza no enturbiada por el hálito de utilitarismos mezquinos, de escepticismos disolventes, de perturbadores y negros pesimismo...

Quizá algo del concepto crítico de Rubén Darío se aproxime a lo que sugiere esta frase que copia Arthur Symons (objeto de un bello estudio de Rubén en este libro) dice que "posee en el más alto grado ese don de animación que hace de la crítica, no una fría policía literaria, sino una viva y ardiente interpretación"... En todos estos estudios, saturados de un amplio y generoso estudio de benevolencia, se siente a cada instante el soplo de un sentir cosmopolita, poco *literario* en lo esencial, aunque casi siempre de tonos profundamente humanos.



Parece como la obra de un artista nacido y educado en un medio de refinada, compleja y avanzadísima civilización. La nota hispano-americanista resuena pocas veces en estas páginas.

Algo de eso muy vago brota, sin embargo, a modo de tenuísimo aroma en los bellos conceptos que consagra al malogrado escritor José Nogales. Algo como una fugacísima evocación de la tierra se desprende de un párrafo de ese artículo en que rememora ligeramente algo de su infancia en la ciudad de León, en Nicaragua.

El artículo *Letras dominicanas* resulta incompleto, demasiado rápido, insuficientemente artístico, de cambiantes y hermosos reflejos, en que un arraigado concepto de sano y vibrante optimismo como que impide el crecimiento de gérmenes morbosos de pesimismo, de ese pesimismo elegíaco que forma la más resaltante modalidad de muchos poetas modernos; alma sin honda emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores. Rubén Darío es, ante todo y por encima de todo, artista, artista genial y soberano.

Peregrino de la eterna Belleza, su única diosa, donde quiera que posa la planta recoge con íntima fruición cuanto aparece para él como estructurado para evocar sensaciones artísticas; paladín exclusivo de lo armonioso, raro, perfecto, menospreciando o viendo con desdeñosa indiferencia lo demás, pasa por la vida sin fijarse, ofuscado por los resplandores de su hermoso ideal, que también hay en el mundo otras grandes excelsitudes: Verdad, Justicia, Patria, que reclaman a toda hora el entusiasta concurso de todas nuestras almas y prolíficas energías espirituales.

FEDERICO GARCIA GODOY



INTIMIDADES DE RUBEN DARIO

Por J. ESTEBAN BUÑOLS (86)

CUANDO COMENZARON A despertar en mí las aficiones literarias, siendo yo muy joven, eran mis autores favoritos Luis Bonafoux, Leopoldo Alas y Rubén Darío, y muy particularmente este último, cuyos versos y cuentos tan delicados y exquisitos, de puro sabor parisiense, le habían dado gran popularidad en toda América, considerándosele un prodigio de las letras, primero en Nicaragua, donde nació en una aldea bastante humilde, llamada Metapa, de la cual pasó niño a la ciudad de León. En ésta escribió los versos que lo apellidaron el Cisma de América, no sin causar ellos una revolución literaria.

Nunca pensé conocer personalmente a Rubén Darío y me lo imaginaba un sér apolíneo, por sus facciones, esbeltez, blancura y refinadas maneras, codeándose en aristocráticos salones con duquesas y marqueses y otra gente del gran mundo, apurando exquisitos vinos, en medio a las crujientes sedas, sonoridades de abanicos que se abren y se cierran, en cuyo país artistas famosos habían pintado paisajes versallescós, perlas y brillantes, bajo el derroche de luz de arañas de cristal. Todo esto en París.

El tiempo transcurría y seguía siempre admirando a Rubén Darío. Leía y releía sus versos y cuentos y cada vez me sentía más atraído hacia tan raro y celebrado autor, de quien la crítica no acertaba a comprender cómo un hijo de Nicaragua, en plena adolescencia, antes de salir de allí, ya había producido versos dignos del más refinado de los poetas franceses y lo cual no lograban poetas españoles residentes por años en París aspirando a calzarse el coturno de un Alfredo de Musset.

Era el año de 1907, si mal no recuerdo. Me encontraba en Nueva York como Canciller del Consulado General Dominicano, siendo el Cónsul General el poeta Fabio Fiallo, muy amigo de Rubén Darío, y con quien sostenía correspondencia. Mi amor a las letras, no sé



por qué, se había disminuído —me refiero a las puramente literarias— prefiriendo la prosa de índole didáctica; pero siempre venía a mi mente el recuerdo de Rubén Darío, con sus cuentos primorosos como *La Muerte de la Emperatriz de la China*, *La Ninfa*, y la crónica sobre el entierro de Castelar, “lengua y gesto de su raza”, y aquellos versos como *El Faisán*, *Blasón*, *Era un Aire Suave* y *La Princesa Está Triste*, hechos de seda, de perfumes, de rayos de luna y burbujas de champaña; sí, Rubén Darío no se apartaba de mi mente y lo consideraba como la encarnación de su propia poesía.

El consulado se encontraba situado en un viejo caserón de cinco pisos, en Broadway, casi frente al poderoso edificio del Standard Oil. Consistía en dos cuartos, uno de oficina para el Cónsul y el otro de despacho de los asuntos consulares para el Canciller, y ambos se comunicaban por una puerta de cristal opaco. Una tarde, que voy a hablar con el Cónsul, no bien empujo la puerta, siento una resistencia, y ya medio abierta, me dice Fiallo, en voz baja, que no pasara porque Rubén Darío, completamente ebrio, dormitaba sobre el sofá de terciopelo rojo, y lo velaba para cuando estuviera en condiciones llevarlo a su casa en automóvil. Pude ver por primera vez, al poeta de más ilusiones juveniles, al Cisne de América, allí tendido, de macizo cuerpo, color amulatado, facciones más bien toscas y un tanto abotagadas por el alcohol. Fue un golpe de rápida vista y la puerta quedó cerrada con gran misterio.

No bien transcurrieron algunas semanas, cuando una mañana suena el teléfono del Consulado. Es Rubén Darío que tiene urgencia de hablar con Fabio Fiallo, quien se pone al punto el auditivo al oído para escuchar con avidez. Tan pronto termina, me dice: “Rubén Darío tiene necesidad de que lo vea sin pérdida de tiempo, porque se encuentra en un trance que me hace gracia”.

Existía en Nueva York una alegre casa de citas, muy conocida y costosa, que llamaban *One, Two, Three*, precisamente porque el 123 era el número de la casa. Se encontraba en los alrededores del Times Square, distrito de los teatros y de mucha animación a todas horas del día y de la noche. Entró Rubén Darío solo a dicha casa, pasadas las once de la noche, cuando comenzaban a visitarla algunas coristas de las comedias musicales entonces en boga —tales como *Modelos Parisienses*, *Los Alegres Solteros* y *La Reyna del Molino Rojo*— y otras vendedoras de caricias, quienes al transitar por la calle, parecían damas de la alta sociedad. La apariencia de Darío era la de un príncipe hindú y sólo le faltaba el turbante. Era un parroquiano a quien había que prestarle especial atención y así lo com-



prendió la dueña de la casa. Fue presentado al punto a varias de las muchachas allí reunidas, jóvenes, bellas y rubias las más. Entonces no había restricciones en Nueva York para rendirle culto a Venus, diosa perseguida a veces por la policía a nombre de la moralidad, pero siempre triunfante y demostrando que dirige los destinos del mundo. Encerrado en una de las habitaciones de lujo, rodeado de varias de las muchachas en trajes vaporosos tras los cuales se veían sus cuerpos blancos y esculturales, tentadores, Darío se creería un Sultán en su harén, pensando en la Noche de la Fuerza que existió en Turquía en que había que dar prueba de virilidad, y las botellas de champaña se sucedían unas después de otras en medio a las caricias. Las paredes de la habitación, revestidas de espejos, reproducían las escenas y las multiplicaban a la luz de un verde pálido y sólo faltaba que del cielo raso llovieran rosas, muchas rosas, que el poeta sin duda se las imaginaba, él que soñaba con *Los Cuentos de las Mil y Una Noches*.

Al mediodía siguiente Darío despertaba. Todo había pasado como en un sueño y volvió a la realidad cuando la dueña de la casa se le presentó con la cuenta, bastante crecida, no teniendo Darío consigo lo suficiente para pagarla. En vano trató de que la dueña de la casa fuera amable y esperara hasta por la tarde cuando él regresaría a dejarla cumplida, explicando quién era él y las relaciones que tenía en la ciudad. Nada, que uno de sus amigos valiosos viniera a pagar la cuenta y entonces quedaría en libertad. Pensó que nadie mejor que su hermano en lo azul, el poeta Fiallo, comprendería su situación sin censurarlo, y lo redimiría. Y así fue, pero no sin mediar en el rescate el Cónsul de Nicaragua.

Noches después, en lujoso palco de la Opera Metropolitana, estaban Rubén Darío y Fabio Fiallo, a quien aquél había invitado, oyendo *La Tosca*, en que cantaba el célebre tenor Caruso. Y la mirada de Darío se extasiaba en ver por sus binóculos, cuando se iluminaba el teatro en los entreactos, la hilera de palcos que parecían canastillos de flores, *las gargantas blancas con los collares de brillantes* y los caballeros de rigurosa etiqueta que era la clase de gente que él amaba, porque aquella de *malas trazas mantenían sus entusiasmos mudos*, y según solía repetir prefería que le dijeran *todo en la vida*, menos que era pobre, porque él siempre se consideró millonario, por lo menos en su mundo interior, poblado de grandezas y de ensueños.

Pasaron los meses y como que me había olvidado de Rubén Darío, cuando una tarde, frente al Hotel Astor, me dice Fiallo: "Vamos a saludar a Rubén Darío, quien se encuentra hospedado en este



hotel, de paso para Madrid, a donde va a presentar credenciales de Ministro de Nicaragua, y desea verme”.

Después de anunciarnos, subimos por el ascensor al piso de su habitación precisamente en momentos en que el Secretario de Darío le hacía el nudo de la corbata, preparándose para hacer una visita ya anunciada. No bien vio a Fiallo, mostró mucho regocijo; pero pude observar que Darío se tambaleaba. Estaba bajo la influencia del alcohol. Confirmé que era más bien alto de estatura, fuerte, facciones toscas y de raza nada blanca y sí de una mezcla de mulato o indio. El decía que tenía las manos de marqués, pero sangre de indio chorotega. Ya hecho el nudo de la corbata, se plantó Darío delante de Fiallo y le preguntó si debía o nó hacer la visita. Fiallo comprendió que en su estado de embriaguez, no debía tener lugar la visita, y con diplomacia le persuadía que se quedara conversando entre nosotros. Entonces Darío se le encaró a Fiallo y le dijo: “Pues voy a la visita”. No se le podía contrariar y Fiallo se inclinó a su parecer. Se pone Darío a reflexionar y exclama: “Ya no voy a la visita y me quedo con ustedes conversando”. Se sentó, medio somnoliento, a una mesa sobre la cual había algunas cuartillas y libros, y dijo que estaba concibiendo una poesía a la Seminola y deseaba que Fiallo le fuera a buscar un disco de fonógrafo que tenía impresa la música de ese canto que quería oír para inspirarse. Fiallo le dijo que como era sábado, pasadas las seis de la tarde, ya los establecimientos estaban cerrados. Darío insistía y recitaba algunas de las estrofas de la poesía en preparación y luego hablaba de mitología y otras cosas de arte. Lo encontraba muy interesante y era de lamentarse su estado de embriaguez. Pude notar realmente que tenía sus manos finas, y que su alma encerraba muchas delicadezas. Fiallo lo miraba con una mezcla de admiración, cariño y lástima. “Aprovecho esta ocasión, le dijo, para pedirte que le dediques uno de tus libros a Jacinto B. Peynado, de Santo Domingo, que tanto te admira y se sabe muchas de tus poesías y las recita entre sus amigos”. Extendió Darío la mano y cogió un ejemplar de *Cantos de Vida y Esperanza* y escribió en él la dedicatoria solicitada, poniendo antes de la fecha Océano Atlántico en vez del Hotel Astor o New York, donde nos encontrábamos, sin duda porque él pensaba que estaba navegando rumbo a España, en dicho Océano, bajo el mareo que le producía el alcohol.

Nos despedimos, dejando a Darío sumido en un gran sopor, y fue la última vez que lo vi en la vida.

Ya no estaba yo en el servicio consular. Andaba como agente viajero por Centro y Sur América, perdiendo el contacto de hom-



bres de letras hispano-americanos que había conocido en Nueva York como Bolet Peraza, Zumeta, Chocano, Jacinto López, etc. En mi itinerario figuraba Nicaragua, la tierra de Rubén Darío, y al pisarla vuelve de nuevo a ocupar mi mente el Cisne de América, y no bien llego a León, visito la Catedral donde se encuentra enterrado, en la nave principal, en un mausoleo que custodia un león de mármol.

Recuerdo que doña Fidelina de Castro, esposa de don Chico de Castro, ex-Ministro de Hacienda del extinguido gobierno de Zelayas, residía en León, y en Guatemala me había ofrecido su casa para que los visitara cuando llegara a aquella ciudad. Ellos fueron amigos íntimos de Darío desde la niñez y conservaban muchos recuerdos del célebre poeta. La visita la hice un domingo en la tarde. Nos encontrábamos reunidos en la galería de la casa que da al patio y se me obsequiaba con un refresco de granadilla, que gustaba mucho al poeta. La conversación giraba sobre él y evocaban las temporadas que pasaron en su compañía en un lugar de mar nicaragüense llamado Escardón, si mal no recuerdo. Allí estuvo con ellos la niña Margarita Debayle, a quien escribió Darío aquella poesía que se ha hecho tan popular. Mas luego fui presentado a Margarita, ya una señorita bastante crecida. Doña Fidelina me mostraba abanicos de seda en los cuales había escrito Darío sonetos a ella y cartas desde París. Me decía qué fino y delicado era Darío, qué conversación tan amena, con sus conocimientos de la Mitología, la historia de los reinados de Francia, los nombres de las flores, de los perfumes y de las comidas y vinos exquisitos, y sus maneras de mesa tan elegantes, y su pulcritud en el vestir y su buen corazón. Don Chico de Castro y el doctor Luis Debayle, que fueron sus compañeros de escuela, se dieron cuenta al comenzar a escribir, siendo niño, que sería un gran poeta de América, mostrándome don Chico una poesía muy ingeniosa de Darío que le dirigió, en tan tierna edad, en solicitud de un préstamo. “Qué lástima —exclamó doña Fidelina— que el vicio del alcohol lo hubiera dominado. Me parece ahora estarlo viendo, sentado en ese banco de piedra del jardín, quizá meditando alguna de sus poesías, mientras un alcaraván le pasaba por delante con sus pasos misteriosos. ¡Y que impresión le hacía el alcaraván!” En ese instante vi un alcaraván salir del jardín, atravesar la galería y perderse en las habitaciones interiores de la casa, dando zancadas, con su cuello largo, alas blancas y negras y resto del cuerpo rojo.

Y yo con gran interés escuchaba todo lo que me refería doña Fidelina, quien traía a su memoria los últimos días del malogrado poeta y amigo. Muy enfermo, llegó Darío a León, viniendo de la



ciudad de Guatemala, donde se encontraba por cuenta del Presidente Estrada Cabrera, que solía proteger a los poetas cortesanos hispano-americanos. Sucedió que Darío, mal de salud y desprovisto de recursos, se encontraba en New York. El cónsul guatemalteco lo comunicó a Cabrera, quien al punto ordenó que se atendiera al poeta por su cuenta y tan pronto lo permitiera el estado de salud de éste, lo embarcaran para Guatemala. Ya en esta ciudad, fue alojado Darío en el Hotel Imperial, con todos sus gastos a cargo de su protector. Allí visitaban con frecuencia al poeta sus admiradores y amigos y todos los aficionados a las letras de la ciudad, formándose verdaderas tertulias, en que las botellas de Champaña eran destapadas a todas horas. Cuando vio la cuenta el Presidente Cabrera, crecida en demasía, consideró lo más prudente que doña Rosario, esposa de Darío, residente en León, viniera por él cuanto antes. Ellos estaban separados hacía tiempo y el infortunio de Darío los volvía a unir, siendo para éste en nada grato la presencia de su esposa.

Los primeros días de la llegada de Darío a León, en tanto que doña Rosario preparaba casa, los pasó con la familia de don Chico de Castro, a donde iba muy a menudo a verlo. Doña Rosario entró un día a la habitación con una pisada muy ligera que no pudo evitar que despertara Darío, quien al verla de cerca, lleno de ira, exclamó: "No camines como un fantasma, sino taconeando fuerte para sentirte venir, ¡o mejor no vengas!" Se mantenía en un estado nervioso y lleno de caprichos. Llama a doña Fidelina y le pide que traigan al patio algunos animales como una vaca con su becerro, chivos, pavos reales, palomas, etc., para hacerse la ilusión que estaba en una granja, en plena poesía bucólica. Había que complacerlo y se trajeron algunos animales. Una mañana oye berrear el becerro y llama un criado para que le meta un tiro a ese animal que lo molesta, diciendo que la casa se ha vuelto un infierno y "¡al diablo con la poesía bucólica!" Otra mañana se despierta gritando. Corren a ver lo que le pasa. "Una cosa muy horrible —dice— en la calle se están disputando mi cerebro y ha tenido que intervenir la policía". "Tranquilízate", le contestaron, y abrieron la ventana del cuarto para que viera la calle tranquila y luminosa.

Muere Darío a pocos días y el doctor Luis Debayle procede a la autopsia del cadáver, en la madrugada, y ya terminada en la mañana, se presenta la viuda acompañada de algunos de sus familiares a reclamar el cerebro que el doctor Debayle deseaba poseer. Como se negara a la entrega, surge una disputa que se acalora y culmina en un pleito en que corre la gente e interviene la policía. Por fin, se



conviene en que el doctor Debayle se quede con el corazón del querido amigo y poeta Darío, y la viuda con el cerebro, por el cual diz que la Argentina ofrecía una suma considerable.

No transcurrieron unos minutos de oír estas narraciones de la vida de Darío y se disponía doña Fidelina a referir otras, cuando se estremece la tierra rajando las paredes, saltan del techo de la galería las tejas, y nos pusimos de pie y corremos al patio, vacilantes nuestros pasos con el movimiento del suelo, y al llegar cerca de una pila, sus aguas se desbordan en una sacudida y nos salpican. El temblor fue de corta duración y como a las seis y media de la tarde.

Me despido en breve de don Chico de Castro, su esposa y sus hijos, quedándoles muy agradecido por su amabilidad y atenciones. Temo que la tierra volviera a temblar y por precaución camino por el medio de la calle. Paso por delante de la Catedral, antigua construcción española y no exenta de mérito arquitectónico, hecha con piedra de sillería, veo algunos grupos de personas que habían salido de sus casas por el temblor; pero la ciudad, que en otro tiempo fue Capital de Nicaragua, con sus casas bajas y humildes, la tranquilidad que reina siempre en sus calles, de día, bañada por los rayos de un sol que nunca he visto ni más luminoso ni más alegre en parte alguna, y de noche, por los resplandores de la luna y del fulgor de las estrellas, desde un cielo de terciopelo azul oscuro, me pareció que en ese ambiente de romántico amor, palpitaba un poema, que existió en el alma de Rubén Darío y que nunca escribí.

J. ESTEBAN BUÑOLS



UN HOMENAJE A LA MEMORIA DE RUBEN DARIO

Por R. EMILIO JIMENEZ (87)

ENTRE LOS TRABAJOS de la Comisión de Etnografía e Historia de la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, correspondiente al día de ayer, figura una Ponencia de gran interés espiritual inspirada en el gran lírico nicaragüense Rubén Darío, cuya fama en las letras sobrepasó las fronteras de su patria para adquirir valor continental. Se trata de que la Asamblea recomiende, por la vía orgánica procedente, a centros e instituciones culturales americanos, la conmemoración del XXV aniversario de la muerte del insigne autor de *Azul*, el 7 de febrero de 1941, y su proponente es el Licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, Delegado a esta Conferencia del Caribe por la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.

El referido autor de la ponencia hizo notar que entre la patria del gran poeta y la patria dominicana hay un puente ideal constituido, de nuestra parte, por el ilustre escritor y sacerdote Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de Nicaragua y más tarde de Santiago de Cuba, y cuya cuna fue la ciudad de Santiago de los Caballeros, y de aquella parte, el inmortal poeta que nos ocupa (88).

(87) Editorial del diario *La Nación*, C. T., 4 junio, 1940, escrito por el ilustre prosista y poeta dominicano D. Ramón Emilio Jiménez. Se refiere a la Ponencia que acerca del homenaje a Darío presenté en la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, realizada en Ciudad Trujillo en junio de 1940. El 6 de febrero de 1946 fue celebrado en Ciudad Trujillo el 30º aniversario de la muerte de Darío. El Consejo Administrativo de Santo Domingo le dio el nombre de *Plaza Rubén Darío* a una explanada frente a la Avenida Washington, en la que se levantó un monumento conmemorativo: una lira de bronce sobre un pedestal de granito, en el cual figuran dos placas de bronce con las inscripciones *Plaza Rubén Darío* y *El Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo en homenaje fraternal a Nicaragua*. El mismo día, en el Auditorium del Palacio del Partido Dominicano, efectuóse una velada homenaje a Darío. El entusiasta y principal promotor de estos actos, señor J. Sansón Balladares, Encargado de Negocios de Nicaragua en la República Dominicana, recogió en el opúsculo *Nicaragua y su Rubén Darío en la República Dominicana* (C. T., 1946) las crónicas, discursos, etc., relativos al homenaje, así como diversos escritos dedicados a Darío en la ocasión. Al cabo de seis años se realizaba el proyecto de homenaje a Darío, presentado en la Segunda Reunión del Caribe, efectuada en Ciudad Trujillo en junio de 1940.

(88) Entre los vínculos más notorios de las relaciones entre Santo Domingo y la Patria de Darío, se cuenta el escritor y sacerdote Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), natural de Santiago de los Caballeros, Obispo de Nicaragua y luego de San-



También explota el distinguido proponente la circunstancia, digna de especial mención, de haber sido aquí tal vez donde primero se vaticinara la poderosa altura a que había de llegar, en su vuelo lírico, el más descollante propulsor del modernismo literario en América, en la feliz ocasión en que la *Revista científica, literaria y de conocimientos útiles*, dirigida por el doctor Guillermo de la Fuerte y el insigne bardo José Joaquín Pérez, se refirió, en su edición del 5 de mayo de 1884, a un breviarío lírico titulado *El Arte*, con que el célebre poeta nicaragüense revelaba su vocación poética a los veintidós años de edad, mereciendo de la dirección de la Revista un elogio pocas veces adquirido por un poeta en las primeras manifestaciones de su espíritu creador.

La Comisión de Etnografía e Historia aprobó, con aplausos, la bella ponencia, para su recomendación a la Asamblea que hoy conocerá de ella y que seguramente acogerá con significativas muestras de entusiasmo tratándose de quien, como Rubén Darío, vive en el corazón de nuestra América como uno de sus más puros y legítimos valores, ya que sus versos, de una espontaneidad y frescura singulares, han volado por todas las ciudades del Nuevo Mundo y sobrepasado los límites continentales, y están en casi todas las escuelas y viven en todos los ambientes donde se rinde culto y pleitesía a la Belleza.

Rubén Darío es un símbolo americano. Nicaragüense de origen, su arte lo ha hecho ciudadano de América. Como tal es digno del homenaje que se pide para su memoria. La ponencia en que se propone una especial conmemoración de tan gloriosa vida el día en que la muerte fue para él la confirmación de su derecho a la inmortalidad, halla de nuestra parte la viva simpatía que siempre tendrán para nosotros los actos de pública gratitud a los que han sabido dar a la humanidad, por vocación y generosidad de sentimientos, grandes ideas, levantados esfuerzos, capital para alivio de miserias sociales, y obras de arte para satisfacer necesidades del espíritu.

El arte desempeña una función educadora, higiénica y moral. Alegrando la vida, compensando con lo bello el lado feo de las cosas, contribuye poderosamente a la felicidad humana. Cuanto más se elevan los espíritus superiores nacidos para el arte, mayor servicio prestan a los pueblos, y mayor ha de ser, por natural correspondencia, a la hora del reconocimiento definitivo, la pública estimación que se

tiago de Cuba. El poeta comenzaría a conocernos a través de los Historiadores de Indias, que con tanta extensión hablan de la Isla. Lo dice Darío en su *Autobiografía*: "Yo ya estaba nutrido de Oviedo y de Gomara".



haga de ellos, para estimularlos, si viven, y si han muerto, hacer ostensibles, a los que han de seguirlos, sus saludables enseñanzas, que al fin o al cabo, con sobrada razón se ha dicho siempre que los grandes valores humanos sobreviven a la muerte física inmortalizados en sus obras.

Rubén Darío, nuestro como grande de América, merece la forma apoteósica con que se desea exaltar su memoria.

R. EMILIO JIMENEZ



NOTAS ADICIONALES

I.—UNA ESQUELA DE FABIO FIALLO.—El propósito de publicar este libro data de 1940. Honrado con la representación de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua ante la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, celebrada en Ciudad Trujillo en junio de 1940, presenté una Ponencia acerca del homenaje de América a Rubén Darío, publicada en el diario dominicano *La Nación* el 21 de junio. A ella se refiere la breve esquela de fecha 8 de julio, de Fabio Fiallo, a la sazón en Santiago de Cuba: “A Emilio Rodríguez Demorizi en Ciudad Trujillo. Querido amigo: Leí y aplaudí su trabajo sobre Rubén Darío. Siento no haber estado, pues según me dijo un amigo yo también había sido designado para representar el Ateneo de Nicaragua. Quizás usted habría aceptado mi firma debajo de la suya. Le escribo de pie, mientras arreglo mis maletas en viaje hacia La Habana. Perdóneme pues la prisa y dele un abrazo en mi nombre a Silvia. Muy suyo, FABIO FIALLO”.

II.—GIRÓ Y EL MODERNISMO EN SANTO DOMINGO.—Por ser el poeta Valentín Giró de los primeros iniciadores del modernismo en Santo Domingo, se incluyen aquí estos párrafos de carta del 9 de diciembre de 1947, que me dirigió desde San Pedro de Macorís, R. D., algunos de cuyos conceptos son susceptibles de aclaración. Es una interesante polémica abierta desde ahora, desde antes: “Puedo decirle a usted que el primer sopló modernista se dio en Santo Domingo con mi poemita *Virgínea*, laureado en un certamen poético en 1907. A ese poemita, de filiación modernista, siguió *Clemente*, y otros poemas más publicados en *La Cuna de América*, entre los cuales recuerdo *Mármoles Griegos*, una serie de sonetos alejandrinos, culminando todo eso con otro poemita también laureado, *Ensueño*, en 1911.

“Así es que resultó obra completamente mía, y en eso no hay controversia, la introducción del modernismo en la literatura nacional. La polémica Deligne-Giró, suscitada a propósito de *Virgínea*,



y de la cual tiene usted conocimiento, evidencia las cuestiones estéticas debatidas. (Acerca de esa polémica, en la que intervino el Maestro Unamuno, en 1907, véase Deligne, *Páginas Olvidadas*. Colección de E. Rodríguez Demorizi. Ciudad Trujillo, 1944, p. 145-154).

“Deligne era un neorromántico, a la manera campoamoriana, y defendía el credo artístico de su época: el arte es arte cuando es útil. Yo seguía el credo modernista: el arte por el arte. Me siguieron en este empeño, Ricardo Pérez Alfonseca, J. Furcy Pichardo, Primitivo Herrera, Osvaldo Bazil y otros pocos más.

“Cuando apareció mi poemita *Ensueño*, el poeta Gastón Deligne lo recibió elogiosamente, quedando con esa actitud suya terminada la polémica, y quedó aceptada la nueva modalidad poética en la lírica nacional. Debo recordarle, cosa sumamente necesaria para un buen entendimiento de cuanto acabó de apuntar, que no fue con Rubén Darío que apareció el modernismo en América. Cuando Darío culminó en el modernismo ya se habían señalado como iniciadores de esa nueva tendencia, José Martí, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva y otros muchos más, bajo el influjo de los poetas franceses Baudelaire, Rimbeau, Mallarmé y principalmente Verlaine, que yo también estudié alentado por los conocimientos que había adquirido en sus viajes y lecturas, nuestro inolvidable compatriota Pedro Henríquez Ureña, quien, con harta frecuencia me enviaba revistas y libros nuevos, de autores franceses.

“¿Qué más debo decirle? ¿Hablarle de la influencia de Darío en la poesía dominicana? Darío apareció dentro del modernismo como un rey. Inspirado, cincelador maravilloso, innovador de la técnica poética, influyó sobremanera en hispano-américa. Pero en nuestro país su dominio fue muy escaso. Combatiéndome el poeta Deligne combatía también el modernismo en que militaba Darío. Recuerdo que cuando Max Henríquez Ureña publicó en una revista semanal, *El Ideal*, la poesía *Sonatina*, de Rubén, hubo una repulsa casi unánime. Lo de Rubén era apenas leído. No encajaba ese arte por el arte con la tónica del arte útil. Imagínese usted cuál pudo haber sido la influencia del estilo de ese gran maestro en la lírica nacional: cero.

“Pero no debe olvidarse que si Darío modernista, innovador en *Cantos de Vida y Esperanza*, su verdadera obra modernista, no era estimado en la poesía dominicana en esta modalidad, lo era en la de neorromántico, a lo Campoamor. Fue muy bien acogido su libro *Rimas*, en que le rendía sumisión a aquel muy leído y comentado entonces por la mediocridad dominante, el poeta Campoamor”.



III.—MEDIDA DE LA INFLUENCIA DE DARIO. — La “intrascendencia” de la influencia rubeniana, apuntada por Giró, la explica el inteligente y estudioso joven Carlos Federico Pérez en carta, acerca de Darío, que me dirigió el 20 de diciembre de 1947: “Ese gran seductor que fue Darío dejó entre nosotros sus huellas inconfundibles a igual que en todo el continente de habla española y aun fuera de él. Para su tremenda popularidad tuvo un aliado poderoso: el hechizo del manejo sonoro del idioma como tal vez no ha sabido hacerlo otro. Entre los poetas nuestros formados en las dos primeras décadas del siglo me parece que muy pocos, por no decir ninguno, escaparon a su influjo. Mérito de la consistencia intelectual de Deligne es que no vacilara ante aquella tremenda solicitud. Tal vez por ese influjo poderoso sea poco trascendente la poesía dominicana de ese período, en lo que se refiere a su valor intrínseco; y su papel se destaque realmente cuando se le toma como período de transición hacia las etapas posteriores, porque Rubén sin la magia musical y arquitectónica de su verso deja de ser él; y como esa cualidad fundamental de su genio no es fácil de darse, se explica la intrascendencia de quienes le imitaron o siguieron. En nuestro modernismo, inclusive, es frecuente la incorrección de forma; la agilidad necesaria para la persecución de la imagen preciosista, valga el ejemplo, tal característica de Darío requería un dominio del verso que solamente lo tenía él en la medida suficiente para hacerla notable o perfecta”.

IV.—OPINION DEL DOCTOR MAX HENRIQUEZ UREÑA.—En la crítica literaria dominicana falta aún el estudio del movimiento modernista en el país. Entre las alusiones al tema la más extensa y autorizada es la que ofrece el doctor Max Henríquez Ureña en su *Panorama histórico de la literatura dominicana*, (Río Janeiro, 1945, p. 183-188): “El gran movimiento que se generalizó en las letras hispanoamericanas, a partir de 1888, bajo la influencia preponderante de Rubén Darío, y que se dio en llamar modernismo, tuvo, al nacer, un eco apagado en la República Dominicana; a pesar de que, al menos en uno de los aspectos, el de una mayor libertad de metros, fue acogido sin grandes reservas por los poetas dominicanos de mayor relieve. No era posible, sin embargo, pedirles que cambiaran de orientación, ni en la métrica ni en la ideología poética, ya que su formación intelectual correspondía a una época anterior. José Joaquín Pérez no se mostró reacio al empleo de metros nuevos, como el de diez y seis sílabas:



*¡Pobrecitos los descalzos, pobrecitos los desnudos
pobrecitos los hambrientos, los que vagan sin hogar!
(Contornos y relieves)*

O el dodecasílabo, en dos diferentes y novedosas formas:

*Con temblor pudoroso las hojas nuevas...
en los troncos seniles del bosque brotan...
(Retoño)*

*Pinta el vasto, rojo incendio, del crepúsculo
donde flotan los jirones de azul pálido...
(Símbolo)*

El mismo metro de doce fue utilizado con diferente cláusula rítmica por Rafael Deligne:

*Dó bogan fugaces, las tímidas barcas...?
(Por las barcas)*

Y por su hermano Gastón:

*En la noble, suave, feraz Occitania,
refugio de bardos y Cortes de Amor...
(Montbars el exterminador)*

“Aún cabe agregar que Salomé Ureña de Henríquez en sus últimas páginas íntimas (Umbra-Resurrexit), si bien alterna endecasílabos y eptasílabos de ritmo y acentuación corriente, adopta una nueva libérrima combinación de estrofas y rima, que pudo ser un rompecabezas para los retoricistas impenitentes...

“Se dirá que estos ejemplos son un pálido reflejo de la gran transformación a que se vieron sometidas todas las formas poéticas; pero lo cierto es que los poetas dominicanos que florecieron de 1888 a 1900, o sea en el momento en que el modernismo llegaba a su apogeo, tampoco hacían gala de audacias métricas. De los precursores e iniciadores del modernismo sólo tuvo entonces algún ascendiente Gutiérrez Nájera. Y todavía, muchos poetas dominicanos de la generación subsiguiente llegaron con retraso al modernismo, cuando ya el movimiento iba de pasada. En la poesía dominicana no encontraremos producciones de factura francamente modernista sino después de 1900, esto es, cuando ya el modernismo había cumplido su misión revolucionaria y no tardarían en dibujarse en el horizonte nuevas tendencias. Estas nuevas tendencias de época posterior sí tuvieron rápida repercusión en Santo Domingo... Después de 1900, hay que repetirlo, es cuando se inicia tímidamente el modernismo



en la poesía dominicana. ¿En Valentín Giró (n. 1883), que recogió en 1902 su primera cosecha lírica, *Ecos Mundanos*? Tal vez sí aunque si bien se mira, la primera manifestación de poesía modernista que tuvo amplia repercusión en Santo Domingo, fue la delicada composición *Mi Vaso Verde*, con la cual se dio a conocer, en 1903, Altagracia Saviñón (1886-1942)".

El doctor Henríquez Ureña menciona a otros poetas afiliados al modernismo: Apolinar Perdomo, Víctor E. Garrido, José María Bernard, Juan Tomás Mejía, Porfirio Herrera, Gabino Alfredo Morales, José Audilio Santana, Altagracia Saviñón. Valentín Giró, tiene especial significación en este grupo de poetas: el doctor Henríquez Ureña se refiere a su discutido soneto *Virgínea*, y agrega que otra composición de Giró, *Ensueño*, fue considerada por muchos, en 1910, como "expresión de poesía novísima".

Opuestamente a Giró y a Henríquez Ureña, el doctor Joaquín Balaguer afirma resueltamente que Apolinar Perdomo (1882-1918) fue el primero que, en verso, se acogió a la inédita norma literaria de Darío, "el verdadero precursor del movimiento modernista en la poesía dominicana". (Balaguer, *Azul en los Charcos*, Bogotá, 1941). Observa el doctor Balaguer que los acentos rítmicos se mueven, en la poesía de Perdomo, con lenta flexibilidad y ligereza, como en el alejandrino de Darío; y ofrece diversos ejemplos comparativos, de los que basta señalar algunos:

Ayer el pavimento sonoro de Florida...
(DARIO, *Porteña*)

Espíritu del arte, esencia milagrosa...
(PERDOMO, *Canto a Aurora I*)

Al cavar en el suelo de la Ciudad antigua...
(DARIO, *Guticotzimí*)

Tú no sufras tan solo por los despojos yertos...
(PERDOMO, *1º de noviembre*)

Tú tienes el poder de la lengua y la lira...
(DARIO, *A Rubencito*)

Poner sus corazones y dejar sus latidos...
(PERDOMO, *Canto a Aurora I*)



Balaguer señala, además, que Federico Bermúdez (1884-1921), fluctuó entre las influencias de Baudelaire y de Darío.

V.—CANTORES DOMINICANOS DE DARIO.—Entre los más interesantes cantores dominicanos de Darío figura Armando Alvarez Piñeyro (1873-1920). El conocimiento de los siguientes versos, escritos en París en 1916, bajo la influencia rubeniana, se debe al poeta Francisco Rafael Mejía.

RUBEN DARIO

Por ARMANDO ALVAREZ PIÑEYRO

*Tu nombre es una gama multicolora
de aladas refulgencias: ¡Rubén Darío!
Destello constelado de luz de aurora,
de estrellas cintilantes y de rocío.*

*Tus lirismos son finas piedras preciosas
de tu lira incrustadas en los marfiles,
son magnolias fragantes y tuberosas,
del cerco embalsamado de tus pensiles.*

*Tu espíritu es un cáliz de exquisiteces
que consagran tus dulces trovas divinas,
bruñido con reflejos y brillanteces
de perlas sonrosadas y nacarinas.*

*Sintiendo el sortilegio de tus halagos
los cisnes pensativos, de alas de seda,
curiosos interrogan sobre los lagos
al blanco y voluptuoso cisne de Leda.*

*Tu numen prodigioso, selecta gracia
da al ritmo peregrino de tus canciones.
Tus versos son cual gemas de aristocracia:
lumínicos, floridos, de blandos sonos.*

*¿Quién supera el encanto de tu idealismo,
tu decir armonioso, sensible y suave,
el suave sortilegio de tu lirismo,
tu estrofa que simula canto de ave?*



*La estirpe en que blasonas debe admirarte:
porque en tu clara fuente ya, ¿quién no bebe?
Cuántas innovaciones, te debe el arte.
Y el verso castellano, ¡cuánto te debe!*

*Por tus refinamientos y exquisiteces
cediendo a un inaudito, raro estupor,
menguados escritores, ¡oh! ¡cuántas veces!,
te apedrearon furiosos, noble cantor.*

*Mas tú, peregrinando las altas cumbres
te empinaste, afirmando tu pedestal:
que tú no eres poeta de muchedumbres
bardo excelso y altivo, regio y triunfal.*

*Sin que tus ansias nobles jamás extingas
las bocas de las ninfas su miel te dan;
vibran las cornamusas y las siringas
en los labios lascivos del viejo Pan.*

*Los sátiros atisban en la espesura
el paso de las ninfas, la casta Diana
dispárales su flecha. Cuánta hermosura
antigua resucita tu alma pagana.*

*Si tus evocaciones vienen de Grecia,
tu musa soñadora fue parisina:
y amaste sobre todo la gran Lutecia
por frívola, armoniosa, galante y fina.*

*Y con la aristocracia de sus noblezas
su sprit maravilloso te dio París,
y ufano de sus gracias y sus bellezas
en tu solapa prendes la flor de lûs.*

*Por tus refinamientos y exquisiteces,
tus metros libertados, bardo Rubén,
y tus innovaciones, tus altiveces,
y por tu aristocracia ¡salve mil veces!
Salve, salve, por siempre jamás. Amén.*



VI.—UNA CARTA DE D. TULIO M. CESTERO.—A manera de epílogo, ya impresas las páginas anteriores, se incluye la siguiente carta del doctor Cestero:

Santiago de Chile, noviembre 20 de 1948

Señor don Emilio Rodríguez Demorizi.

Bogotá (Colombia).

Amigo y compatriota:

Quiere usted, con benevolencia muy grata, aumentar mi colaboración en el libro *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*, feliz iniciativa de usted, y lo habría complacido sin la urgencia editorial que posteriormente me ha comunicado por cable, Límito, pues, esta carta a mis personales relaciones, a manera de prólogo o de epílogo de la parte correspondiente.

A la vera del Mar Caribe, desde hace años, el nombre de Rubén Darío en plaza de principal y hermosísima avenida de la antigua Santo Domingo (hoy Ciudad Trujillo), cuna gloriosa de la cultura hispano-americana, promulga la admiración cariñosa de los dominicanos por el máximo poeta de América. A tal homenaje ha de sumar este libro la virtud dinámica de la palabra. Y séame permitido al agregarle una hoja de laurel y una rosa, repetir con fruición el vaticinio con que terminé mi discurso en El Ateneo de La Habana en el primer aniversario de la muerte de Rubén Darío: “Un día, el turista, en una ciudad de nuestra América, en las orillas del Plata, o en las márgenes del Caribe, se detendrá ante una estatua. Mármol florido de rosas, rosas de sangre, rosas de nieve, rosas de oro, los capullos treparán hasta la boca voluptuosa que libó besos y vinos y ceñirán la cabeza de fauno, nido de tan armoniosas, de tan bellas canciones”.

Sin embargo de haber aparecido mi nombre alguna vez, a fines del siglo XIX, en revista literaria sudamericana, junto con el del salvadoreño Arturo Ambroggi, aún ambos adolescentes, como los pajes que escoltaban a Rubén Darío, ¡cuántos años!, hasta principios de 1907, en París, no tuve con él relaciones personales. La mutua repercusión de ellas está en las cartas y escritos reproducidos en este libro.

La noche del 25 de octubre de ese año de 1907, acompañé a Rubén Darío que se dirigía a Nicaragua vía a New York, en el tren,



de París a Le Havre: me hizo confidencias de su vida, con recomendación de publicarlas post-mortem. En otra vez, Rubén Darío, me honró pidiéndome un prólogo para un libro suyo de próxima publicación. Mas, como expreséle que sólo la verdad justificaría ese prólogo, me repuso: "déjame pensar", y días más tarde: "mejor es que no lo escribas".

Tal concepto de sinceridad, no importa que me doliese, prima en mis escritos acerca de Rubén Darío, que han sido por orden cronológico: Primero: Las notas íntimas que, a instancias del poeta Manuel S. Pichardo, Director de *El Figaro* de La Habana, excelente amigo de Rubén Darío, publiqué en dicha revista el 6 de junio de 1909.

Segundo: *Rubén Darío (el Hombre y el Poeta)*, artículo escrito en 1916, a poco de su muerte, para edición dominical de *Heraldo de Cuba*, diario de La Habana, cuya dirección técnica ejercía yo a la sazón. De éste tiróse Separata de 300 ejemplares.

Tercero: Disertación en homenaje a Rubén Darío del Ateneo de La Habana, en el primer aniversario de su muerte, inserta en *El Figaro* (febrero 4 de 1917) y que leída en el segundo en el Ateneo de San Juan de Puerto Rico, reprodujo la revista *Puerto Rico Ilustrado* el 9 de febrero de 1918.

Cuarto: Las cartas que me dirigió Rubén Darío, entre 1907 y 1913, inéditas hasta hoy, menos la que tiene fecha 19 de agosto de 1907, incluida sin mi intervención en *El Archivo de Rubén Darío*, editado por Alberto Ghirardo (Editorial Lozada, Buenos Aires). La mayoría de estas me las dirigió a La Haya Rubén Darío, cuando veraneaba en La Pagode-Queleron en Roscauvel (Finisterre), y yo asistía como Secretario de la Delegación de la República Dominicana en la Segunda Conferencia de la Paz. En varias de ellas manifiéstanse las rivalidades literarias y de otro orden, que el poeta sufría en París y que trasplantáronse a La Haya, por la presencia en aquella Conferencia, de don Crisanto Medina, Delegado de Nicaragua, de José Tible Machado y Enrique Gómez Carrillo, Delegados de Guatemala, pues, la enemiga existente entre los respectivos Jefes del Estado, el General Santos Zelaya y el Licenciado Estrada Cabrera, fermentaba en los señores Medina y Tible Machado; mientras Enrique Gómez Carrillo, cultivaba amistad íntima con el primero y malquerencia con el segundo, su tío carnal. En los primeros días de la Conferencia, circularon entre las Delegaciones villanas hojas sueltas impresas, contra Tible Machado y contra Medina, a cuyo padre achacábase la muerte del abuelo materno de Rubén Darío.



Don Crisanto Medina, había llegado a París a fines del Imperio de Napoleón III como Secretario de la Legación de Nicaragua y desde entonces había ejercido la representación diplomática de su nación también en Berlín, Madrid y Londres. Cordial, buen burgués, sin aficiones literarias aunque con abundante biblioteca en su residencia de París. En mi libro *Hombres y Piedras*, recogí sabrosas anécdotas suyas con Víctor Hugo y con Bismarck.

Los celos literarios de Gómez Carrillo con Darío provenían de tiempo atrás y a la sazón, manifestábanse contra los propósitos de vida regular del poeta, que el cronista en la intimidad tildaba de “manía de grandeza”. En carta de 2 de julio de 1907, Darío refiérese a una “emanación” en el *Imparcial* de Madrid. Tratábase de crónica acerca del veraneo de las artistas teatrales francesas y de su costo en las diversas playas al alcance de los respectivos bolsillos, en la cual, Gómez Carrillo, a contra-pelo, estampó, que Rubén Darío veraneante en La Pagode (Bretaña), “pagaba por él y su buena Paca 10 francos diarios todo comprendido”.

En otras oportunidades, la travesura del cronista producíase en presencia. En varias de sus cartas Rubén Darío hace mención de una “serviette”: en viaje mío a París le había gustado un portafolio de piel adquirido en La Haya y hubo de encargarme uno igual. Pero como no pude encontrarlo, le envié otro de la misma calidad aunque de distinta forma, pues tenía dispositivo para pliegos de mayor tamaño enrollados. Tan pronto como Rubén Darío lo recibió, fue a visitar a Gómez Carrillo, de levita y chistera (traje de calle todavía entonces), con el portafolio plegado bajo el brazo. Gómez Carrillo, más perspicaz, en seguida vió el portafolio, le dijo: “este no es de abogado, es de músico”; y al marcharse se lo llenó con tres botellas de tizana de champaña. Días más tarde Rubén Darío, aún mohino, al referírmelo, hizo este comentario donoso que definía los respectivos valores literarios: “qué tiene que hacer la Bella Otero con Sarah Benhardt”. Grandes niños ambos, pero el gran poeta con menos malicia.

En otra de las cartas de La Pagode se lee: “Con Gibbes creo que no habrá nada. Yo no vendo la “propiedad” por un plato de frijoles”. Tratábase de nuestro compatriota Lucas T. Gibbes, entonces Sub-Director de la Librería P. Ollendorf de París y a cargo de la sección española. Y en otra de París (octubre 3 de 1907): “Tengo un libro para Ollendorf. Si tú estuvieras arreglarías eso bien. Y ahora necesito vender bien”; y en la siguiente (octubre 9): “El libro para Ollendorf está como te dije listo; pero prefiero esperar tu ve-



nida. Es mejor". Sin embargo, cuando llevé el libro a Gibbes no fue aceptado ni aun por los 200 francos que pagaba Garnier Hermanos, pues, arguyóme, que se trataba de un "refrito" (crónicas ya publicadas en *La Nación* de Buenos Aires), que no tendría venta. En otras cartas de esas vísperas del viaje a Nicaragua, y cuando fue padre otra vez, le angustiaban los apuros pecuniarios. "La vil melancolía", que dijo Lord Byron, le oprimió siempre; también, sin duda, cuando Ministro en la Corte de España, me escribió el 9 de octubre de 1908: "No creas de ninguna manera en que yo me sienta feliz; la gloria no es todo en este mundo".

De los escritos míos que se reproducen en este libro, *Rubén Darío (El Hombre y el Poeta)* es el que más notoriedad ha alcanzado, adversa y favorable; figura en la bibliografía, entre otras, de *Rubén Darío (Su Vida y su Obra)*, y lo cita Ventura García Calderón en *Semblanzas de América* (Biblioteca Ariel. Editado por la *Revista Hispano Cervantes*), en la semblanza de Rubén Darío, que es la traducción castellana del prólogo de *Páginas Escogidas*, publicadas en francés por el Comité France-Amérique de París; y señalo estas dos últimas, por adversas.

Según escribe Francisco Contreras en su citada obra, la "adversidad", ha perseguido a Rubén Darío, "más allá de la muerte". Apenas agonizaba despedazaron su cadáver y se disputaron sus vísceras. Luégo, un escritor dominicano, que le debía servicios, publicó un folleto para comentar y exagerar las debilidades del hombre". Leí tan falaz alusión, cuando ya su autor había muerto, por eso mi silencio; pero, como es fuente en que otros abreven, repudio su autoridad para juzgar la dignidad y la sinceridad ajenas, de quien, con la acucia repulsiva del escarabajo de la fábula, depositó las lamentables y dolorosas miserias domésticas, físicas y morales del hombre, en la cauda de su numen soberano.

Otras dudas plantea la lectura de su libro. Hubo hombría en el afecto y verdad en la admiración de que presume, quien relata lo que sigue: "Deseando, (Darío), procurarse algún dinerillo, formó con sus últimos artículos un volumen al cual dio el título de *Letras* y me lo entregó, para que le pusiera como introducción, un estudio sobre su obra, y lo colocara en seguida en la casa Garnier. "Quiérame, me dijo, quiérame bien y escriba después". Yo, que conocía su susceptibilidad infantil, decliné tal honor pretextando falta de tiempo".

¿Es fidedigno como memorialista? Con referencia al viaje a Nicaragua en 1907, escribe: "El día de la partida, a fines de octu-



bre, fui a dejarlo a la estación Saint-Lazare, justamente con un viejo profesor español que se había constituido en su secretario. Como todavía era temprano (el tren no partía hasta la noche) nos refugiábamos en un bar próximo, donde Luis Bonafoux acostumbra a reunirse con sus amigos. Tomamos allí el aperitivo en compañía de este escritor, de otros españoles y de un joven dominicano: Tulio Cestero. (Por cierto de la misma edad que el presuntuoso memorialista). Luégo cenamos todos en el restaurante de la estación". Pues bien: no estuvimos Darío ni yo en el Bar Criterium, frontero a la Gare Saint-Lazare, el de tertulia del periodista puertorriqueño Luis Bonafoux, y sí, éste y Darío comían conmigo en el restaurante de la estación cuando llegó Contreras y le invité también. Y prosigue: "Contagiados por la vivacidad de Bonafoux, Darío parecía animado". "Necesito ir a mi tierra", nos decía sonriendo por los ojos; respirar ese aire, ver ese cielo... y no saber nada de literatura". Pero en realidad estaba preocupado, sobresaltado, nervioso. Temía que su obstinada consorte viniera a la estación a armarle querrela, y por lo menos lo vitriolará o le pegará un tiro. Instalose, pues, en el tren con gran anticipación. Poco después, Rosario Murillo aparecía, en efecto, en el andén, con la mujer de Sedano, una francesa frescota y regordetilla. Pero nosotros, los amigos del poeta, ocupamos las puertas del vagón. Contentóse, pues, la celosa esposa, con pasearse ante el tren, lanzando hacia el interior miradas escrutadoras. Y el pobre poeta acompañado por Cestero, partió en paz hacia Cherbourg donde debía embarcarse". Pues bien, tampoco ocurrió así. Aún de sobremesa, acudió presurosa la persona que Contreras designa "viejo profesor", de apellido Romojara, pintoresco español, que decíase boticario y carlista, sustituto del mexicano Julio Sedano en equívocos menesteres secretariles, y con ademán dramático dijo a Rubén Darío: "Ahí está". Anuncio de que su esposa legítima estaba ya en la estación, y Darío, aunque había tenido con ella entrevista apacible meses antes en La Pagode, siempre miedoso, me dijo, al encaminarnos al tren: "tú a mi lado". En el andén estaba Rosario Murillo y otra señora, que no era la francesa de Sedano, sí, rica y distinguida compatriota de Contreras, que para ayudarla pecuniariamente tenía-la como "dama de compañía". Darío sentóse en el tren junto al ventanillo; yo quedéme en pie en la plataforma del mismo vagón y Bonafoux y Contreras, debajo al estribo. Ambas señoras permanecieron al frente pero separadas por el ancho andén y sólo cuando el tren arrancó, la esposa tuvo "un gesto de ira", apóstrofe mudo, pues lo descifré por el movimiento de los labios. El tren, además, no se



dirigió a Cherbourg sino a Le Havre: otro error más de Contreras. (*).

Pero todavía muestra más desparpajo, irrespeto e ignorancia cuando refiérese a la presentación de Credenciales de Rubén Darío como Ministro de Nicaragua en el Palacio de Oriente, así: "Como el Rey debía partir pronto de viaje, Rubén Darío tuvo en seguida la satisfacción de departir con testas coronadas. No habiendo recibido aún su uniforme, púsose el del Ministro de Colombia; Sedano, que le acompañaba en calidad de Secretario, se arregló con el de Amado Nervo. Parece que el Rey y la infanta Isabel fueron bastante amables con nuestro poeta, y que la Reina Cristina recordó haberlo conocido en las fiestas colombinas de 1892. Mas Rubén Darío, según me contó Sedano, se mostró poco oportuno y menos elocuente". Primero, en la Corte, a las audiencias de presentación de Credenciales acompañaba al recipiendario exclusivamente el personal diplomático, es decir, el designado por el respectivo gobierno. Segundo, ¿es siquiera concebible que Rubén Darío incurriese en el desacato de presentar como tal a quien era su casi doméstico?

Cuenta Contreras en páginas anteriores, que cuando la segunda esposa de Darío, Rosario Murillo, fue a Francia "resuelta a reconquistar ante la ley al que era su esposo" se confabuló con Medina (don Crisanto) y con Sedano, a quien Darío, Cónsul de Nicaragua entonces, tenía como canciller; y "parece —continúa Contreras—, que nuestro poeta, siempre necesitado, no pagaba a Sedano puntualmente y que éste que no tenía medios de vida, solía quedarse con los dineros del consulado. De allí tempestuosas amonestaciones de parte de nuestro poeta que el canciller escuchaba impertérrito. Cuentan que un día Darío exasperado, le lanzo a la cabeza una maceta con flores y todo. Así, pues, el pobre poeta que había tenido que vérselas con su irritada esposa, vivía sobresaltado, temiendo que ésta recurriera a argumentos de violencia, que Medina lo indispusiera con su gobierno y que Sedano lo ayudara. En realidad, este mexicano de poco espíritu era sinuoso, bien que se mostraba ingenuo y contemporizador. Como algunos amigos lo encontraban parecido a Maximiliano de Austria y propalaban que era bastardo del emperador de México, reía él de buena gana, visiblemente halagado. ¡Quién le iba a decir que iba a tener el fin trágico de su supuesto padre! Y en nota al pie (página 122) agrega: "*Aprehendido* (la subraya es mía) y

(*) Gulcho (Rubén Darío Sánchez), a cuyo nacimiento se refiere Rubén en una de sus cartas a Cestero, murió en México el 22 de julio de 1948, según crónica del poeta español Alfonso Camín, inserta en *El Diario Ilustrado*, de Santiago de Chile, edición del 24 de octubre de 1948.



condenado como espía, Julio Sedano fue fusilado en París, en 1916. Las cartas comprometedoras que se hallaron, ¿las había traído de España, sin sospechar su carácter peligroso, como se ha dicho? *Tristissima rerum*, en verdad, la existencia del gran poeta, y aún la humilla más tan inconsulto biógrafo!

En mi ensayo luégo de puntualizar el ambiente supersticioso de la infancia de Rubén Darío, según los detalles de su *Autobiografía*, escribe: “Tales visiones de imaginación entelerida subsistieron en él y se advierten en el íntimo escrutinio de su psicología, pueril y sencilla a las veces. Así, aquel perspicuo y vario espíritu, catador de todas las mieles de la vida, aleccionado por sus amarguras, curioso del más allá del bien y del mal, creía por igual: en los dogmas católicos, en la doctrina cristiana, en las verdades filosóficas, en la metempsicosis budista, en el eliseo pagano, en las prácticas maniqueas, en las ciencias ocultas de Stanisla de Guaita y en la dama blanca, la clueca con pollos y el clérigo bigardo, que según las consejas populares, purgan el conticinio en grimosas callejas y plazuelas aldeanas. Jamás olvidaré esta escena. En París, de noche, en el número 4 de la rue Herschel, cerca del atrio en donde impera el *Pensador* de Rodin. Había acudido al incesante reclamo del poeta por la tercera vez en el día, para mediar en acre desaveniencia doméstica. Darío, envuelto en una bata marrón, a cuadros, con aire de bonzo, al rescoldo de la chimenea, en el cual ardía el cock con flamas sangrientas. En el umbral, en vela, en los lindes de la desesperanza, la paciente mujer que con devoción servil le acompañaba. Molesto, urgido también, pues iba camino de un baile de máscaras, aconsejé la reconciliación. Sus pupilas alucinadas por el alcohol fulguraron y con voz esotérica prorrumpió: “es muy buena, sí, pero tiene un gesto, porque en otra vida, ella fue bruja y yo inquisidor y la quemé”.

Y cata ahí, como solía exclamar mi abuela, que Ventura García Calderón en la semblanza de Rubén Darío, que antes he citado, escribe: “Hasta los seres más inofensivos infunden pavor al receloso (Rubén Darío). Un día llama con urgencia a su grande amigo Julio Piquet, que es quien me ha referido la anécdota. “Quieren asesinar-me”, le anuncia en su carta. El gran periodista de Buenos Aires, que fue el “buen samaritano” del poeta durante su melancólica madurez, acude y procura sosegarlo. ¿Cómo puede sospechar sombríos designios en tan humilde y pasiva Cenicienta? Pero todo es inútil con Darío. “Mire sus ojos, mire el odio negro de su mirada”. “Porque hace mucho tiempo —añade luégo, con aquel profundo acento que nos hacía estremecer—, hace ya siglos que yo fui inquisidor y la



mandé quemar". Para quien conocía bien al poeta, aquellas palabras no eran despropósitos de un hombre que ha bebido. Del mismo linaje que Edgard Poe, Darío también tuvo fe en sus sueños "como en las únicas realidades". Pero en nota al pie de la página, agrega: "Tulio M. Cestero refirió esta anécdota, con ciertas variantes en su ameno e injustísimo folleto *Rubén Darío (El Hombre y el Poeta)*, La Habana, 1916. Es indudablemente la misma escena, algo compuesta por la imaginación del novelista dominicano.'

Pues bien, es arbitraria tal afirmación: he reproducido lo que vi y escuché aquella noche sin variar lo mínimo. Rubén Darío me había escrito (27 de febrero de 1911) esta breve carta: "Mi querido Tulio: Te necesito urgentísimamente. Tuyo RUBEN". A ella siguieron llamadas por teléfono al hotel en que alojaba, pero por la experiencia de anteriores crisis alcohólicas, no decidí visitarle hasta que el gerente del hotel me advirtió que Rubén Darío había pedido cuarto en él para el día siguiente. Mi folleto antecedió al libro de García Calderón, y sólo por éste he conocido la versión de Piquet, de cuya fidelidad no dudo. Si entre una y otra hay variantes de palabras, ¿por qué no las atribuye el escritor peruano, como era más lógico, al propio Rubén Darío? También es arbitrario el concepto de "injustísimo". En el escorzo realista, que es mi ensayo, hay sólo verdad. Acaso expuesta con pasión, pero no mezquina: sí, la ardiente reacción del espíritu ante el trágico derrumbe del poeta, que pudo y debió ser, el más alto perpetuo faro en el imperio de la cultura hispana en ambos continentes.

Y no anima esa pasión los siguientes trazos goyescos, crudelísimos, de la semblanza de Ventura García Calderón: "Todo lo ama, la carne que tienta con sus frescos racimos, el oro, alegres franquichelas y vinos caros. Es un pobre hombre desamparado y medroso, que todo lo desea y con nada cuenta, incapaz de darse vida de burgués, como los demás, incapaz de beber algo menos, un pobre Edipo sin Antígona, que huele a alcohol y a mal ambiente. En su desgracia, la tragedia parece perfecta y se podría decir predestinada. Infancia de huérfano y sin serlo, pues vive alejado de sus padres, a quienes sólo conocería tarde y casi casualmente, precoz adolescencia, juventud que arde con prisa; la felicidad entrevista, pues trata un primer ensayo de dicha apacible, conoció la trágica befa de un matrimonio a media noche, organizado por amigos mendaces cuando el poeta no había vuelto de su embriaguez; soledad moral, el destierro donde quiera; la afición a discretas y refinadas mujeres, y toda su vida pasada en compañía de una cocinera; la absurda vergüenza de ser



mestizo y la timidez que ella causaba; afanes pecuniarios de un hombre que no sabía guardar el dinero, que no puede ganarlo, puesto que a veces se queda entorpecido por espacio de largas semanas; finalmente el alcohol, su enemigo cotidiano, cuyo imperio conoce con lucidez abrumadora... “Torres de Dios, poetas pararrayos celestes”, dijo en magnífica elegía, sin duda acordándose de unas palabras de Huysmans acerca de los monjes. Rubén Darío habrá sido para nosotros como la víctima propiciatoria que salva a todos”.

En próximo libro *Hombres del Caribe*, incluiré con anotaciones el ensayo *Rubén Darío (El Hombre y el Poeta)* Mientras, contraste opiniones adversas con la de un grande de América, por la sabiduría y la moral cívica, la del filósofo cubano Enrique José Varona, en esta carta que he conservado inédita treinta y un años: “Señor Tulio M. Cestero, La Habana. Mi buen amigo: Permítame que le felicite por su estudio sobre Rubén Darío; especialmente por la conclusión que me parece un juicio definitivo. Muy bien, muy bien. Suyo afectuosamente, ENRIQUE JOSE VARONA. Vedado, 20 de agosto de 1916.

Y para terminar, cítome una vez más: he aquí la conclusión del discutido ensayo:

Rubén Darío, por el don lírico prodigioso, pudo ser un *poeta mayor*, en el sentido latino, de estro eterno, encarnación y voz de su gente, pero le faltó un amor: amor a Dios; amor a la patria; amores de hombre; siquiera una gran pasión carnal, exaltadora de ambiciones, fuente de dolor, para que su palabra, plena de música y color, repercutiera lacerante y formidable, por los siglos de los siglos”.

Amigo y compatriota le abraza,

TULIO M. CESTERO



BIBLIOGRAFIA (89)

- Bazil Osvaldo. — **Rubén Darío y sus Cantos de Vida y Esperanza.** Habana, agosto de 1906. En **Listín Diario**, Santo Domingo, 30 agosto 1906.
- Bazil, Osvaldo. — **Vidas de iluminación.** La huella de Martí en Rubén Darío. Cómo era Rubén Darío. Habana, 1932. (Se incluye en esta obra).
- Bazil, Osvaldo. — **Tarea literaria y patricia.** La Habana, 1943. (Incluye diversos trabajos consagrados a Darío, algunos de los cuales figuran en esta obra).
- Cestero, Tulio M. — **Rubén Darío, el hombre y el poeta.** Imprenta Universal, La Habana, 1916. (Reproducido en **La Nación**, C. T., el 5 de julio y el 25 de noviembre 1944).
- Cruz Alvarez, Arquímedes. — **Rubén Darío y su nacionalidad.** En la revista **Blanco y Negro**, Santo Domingo, No. 140, mayo 1911.
- Fiallo Cabral Arístides. — **En torno a los grandes poetas del siglo XIX.** En la revista **Cosmopolita**, Nº X, Santo Domingo, 30 de octubre 1920. (Extenso ensayo, anticipo de una obra que el autor, 1871-1931, no llegó a publicar. Trata especialmente de Darío. Estudio laborioso, pleno de originales conceptos acerca de Darío y de los poetas franceses de su época).
- García Godoy, Federico. — **La obra de Rubén Darío.** En la Revista **La Semana**, Santiago, R. D., Nº 9, 23 marzo 1919.
- García Aybar, José Ernesto. — **Rubén Darío y Amado Nervo.** En **Listín Diario**, Santo Domingo, 10 junio 1921.
- Lamarche, Angel Rafael. — **Rubén Darío, poeta hispano-americanista.** En la revista **La Cuna de América**, Santo Domingo, Nos. 16-17, de 1932. (Reproducido en la revista **Renacimiento**, Santo Domingo, Nº 109).
- Llanes hijo, Manuel. — **Rubén Darío.** En la revista **Renacimiento**, Santo Domingo, Nº 45, octubre 1916).
- Henríquez Ureña, Max. — **El intercambio de influencias literarias entre España y América.** La Habana, 1926.
- Henríquez Ureña, Max. — **Les influences francaises sur la poesie hispano-americaine.** París, 1938. **Cahiers de politique étrangere**, Nº 40) Edición española, México, 1940).
- Henríquez Ureña Max. — **Rodó y Rubén Darío.** En la revista **Cuba Contemporánea**, La Habana, 1918, y en volumen aparte, La Habana, 1918, 152 p, Reimpreso en **Boletín de la Academia Argentina de Letras**, Buenos Aires, 1946, Nº 55, p. 203-271 la parte relativa a Da-

(89) Este apunte bibliográfico, incompleto, sólo registra escritos de dominicanos relativos a Darío. En las notas del texto pueden verse otras referencias bibliográfica omitidas aquí.



- río. La relativa a Rodó en el Nº 57, p. 573-635. (El **Discurso** en honor de Darío, que figura como apéndice en las ediciones de 1919 y 1946, se reproduce en esta obra).
- Henríquez Ureña, Pedro. — **El modelo estrófico de los "layes, deires y canciones" de Rubén Darío.** (Reseña acerca de estudio de J. M. Cossío En **Revista de Filología Española**, XIX, 1912, p. 421-422. De esta reseña dice Arturo Marasso en **Rubén Darío y su creación poética**: "Pedro Henríquez Ureña descubrió que Darío había encontrado los modelos de sus Deires, layes y canciones en el **Cancionero inédito del siglo XV**, de Pérez Gómez Nieva, publicado en Madrid en 1884".
- Henríquez Ureña, Pedro. — **Rubén Darío**, en su obra **Ensayos críticos**, La Habana, 1905. (Reproducido con algún retoque en **Horas de estudio**, París, 1910, y en esta obra).
- Henríquez Ureña, Pedro. — **Eleven poems of Rubén Darío**, translations by Thomas Walsh and Salomon de la Selva, introduction by Pedro Henríquez Ureña..., New York, 1916.
- Henríquez Ureña, Pedro. — **Rubén Darío**. En el periódico **Las Noveidades**, Nueva York, 17 febrero 1916. (Es traducción al español de la introducción de la obra anterior. Apretada síntesis de lo que significó Darío en la poesía española).
- Henríquez Ureña, Pedro. — **Rubén Darío y el siglo XV.** (Separata de **Revue Hispanique**, París, 1921, vol. 50, 4 p.).
- Henríquez Ureña, Pedro. — **La versificación en la poesía castellana.** Prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Madrid, 1920. (Segunda edición, Madrid, 1933, 369 p.). Figuran en esta obra, en el Cap. V, **Resurgimiento de la versificación irregular en la poesía culta (1895-1920)**: **Rubén Darío**; **Los contemporáneos y sucesores de América**; y la **Versificación amétrica en la poesía hispano-americana**, páginas 317-336, fundamental para el conocimiento de la métrica de Darío y de las principales figuras del modernismo.
- Sánchez Juan Francisco. — **De la métrica en Rubén Darío.** En **Cuadernos dominicanos de Cultura**, C. T. Nº 35, 1946. (Forma parte de este ensayo un **Cuadro demostrativo de la frecuencia con que Darío usó cada metro en cada obra**, inédito).
- Sansón Balladares, Justino. — **Nicaragua y su Rubén Darío en la República Dominicana.** Recopilación hecha por la Legación de Nicaragua. Editorial Stella, Ciudad Trujillo, R. D., 1946, (84 páginas sin numerar y 4 de fotografías). Contiene: **Introducción**, por J. Sansón Balladares; **A Rubén Darío**, por doña María Martínez de Trujillo; **Rubén Darío**, por F. de Nolasco; **Homenaje a Rubén Darío**, por Carmen Natalia Martínez Bonilla; **Rubén Darío**, por M. A. Peña Batlle; **Mi homenaje a Rubén**, por Julio Vega Batlle; **A Rubén Darío**, por L. F. Thomen; **Mi Rubén**, por Osvaldo Bazil; **Nicaragua en la República Dominicana**, por Mario A. Bobea Billini; **Homenaje**, por Luis Cuneo Harrison; **Darío o la capacidad de sorpresa**, por Héctor Incháustegui Cabral; **El Rubén inmortal**, por R. Emilio Jiménez; **Significación de Rubén Darío**, por José Alvarado Sánchez; **Merecido homenaje a un poeta excelso**, por M. A. Amiama; **Rubén Darío**, por Luis E. Aybar Delgado; **Inmenso, único, solo y todos**, por J. R. Cordero Infante; **Acerca de Darío**, por Rafael Herrera; **Homenaje a**



Rubén Darío, por Mariano Lebron Saviñón; **Rubén Darío y Santo Domingo**, por Emilio Rodríguez Demorizi; **En el homenaje a Rubén Darío**, por Domingo Moreno Jimenes; **De soslayo**, por Rafael Damirón; **A manera de estampa de la ciudad**, por Julián Díaz Valdeparés; **Roca, aceite y vino**, por José Almoína; **Martí, Rubén Da-**

rió y el modernismo liberador, por Manuel Valledepares; **La República Dominicana glorifica a Rubén Darío**, por Aurelio Cucurullo; **Rubén Darío**, por Rafael Paíno Pichardo; **Discurso**, por J. M. Bonetti Burgos; **Discurso**, por J. Sansón Balladares; **Reseña**, del diario **La Nación**; y **A Nicaragua**, por M. A. Pellerano López-Penha.





INDICE DE PERSONAS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



INDICE DE PERSONAS

A

Abela: 161.
Acosta, Osvaldo Crispo (Lauzar):
226.
Acuña: 159.
Aguilar, Enrique: 30.
Alas, Leopoldo: 243.
Alfonso XIII: 84.
Almafuerte: 234.
Almoína, José: 271.
Alvarado, Lisandro: 100.
Alvarado Sánchez, J.: 270.
Alvarez, Agustín: 15.
Alvarez Piñeyro, A.: 29, 30, 258.
Ambroggi, A.: 260.
Amiama, M. A.: 270.
Anacreonte: 94, 195.
Andrade, O.: 39, 224.
Antomarchi: 180.
Aranha, Graca: 108.
Arcipreste de Hita: 86.
Arcipreste de Talavera: 86.
Argensola: 230.
Argüello, Santiago: 160, 181, 214,
215.
Aróstegui, Gonzalo: 126, 155.
Arrieta: 234.
Asniere: 96.
Augusto: 94.
Avellaneda: 225.
Aybar, Andrejulio: 15, 16, 41.
Aybar, Luis E.: 270.

B

Balaguer, Joaquín: 257, 258.
Barra, E. de la: 229.
Barrés, M.: 100.
Barros, B.: 152.
Batrés Montúfar: 14, 150.
Baudelaire: 33, 254, 258.
Bazil, Osvaldo: 9, 15, 16, 19, 21, 24;
25, 30, 31, 41, 55-57, 81, 131-219;
254, 260, 269, 270.
Beatriz: 193.
Bequer: 30, 47, 52, 104, 159, 168,
225.
Bello, Andrés: 108, 225, 229, 234.
Benot: 229.

Berceo: 205.
Berisso, Luis: 149, 150.
Bermúdez, Alejandro: 162, 164, 175-
177.
Bermúdez, Federico: 29, 258.
Bernard, J. M.: 257.
Bernhadr, Sara: 103.
Betances, Luis M.: 105.
Billini, F. G.: 16, 40.
Bismarck: 262.
Blanco Fombona, Horacio: 19.
Blanco Fombona, Rufino: 15, 19, 69,
71, 73, 74, 103.
Blixen, S.: 14, 62.
Bobadilla, Emilio M.: 270.
Bobeá Billini, M.: 270.
Bolet Peraza, N.: 101, 247.
Bolívar, 93, 108, 178.
Bollykoff, Lisa: 120, 121.
Bonafoux, Luis: 95-97, 103, 243, 264.
Bonetti Burgos, J. M.: 271.
Borrero de Luján, Dulce M.: 18, 48.
Borgia, Rodrigo: 81.
Boscán: 230.
Boti, Regino: 151.
Bremond, Abate: 35.
Bretón: 212.
Bronteaux, H. de: 99.
Bruneau, A.: 119.
Byron: 92, 94, 168, 235, 263.
Buñols, J. E.: 243-249.

C

Cabezas, J. A.: 172.
Cabral, Manuel: 36.
Cabrera Malo: 102.
Cabrera, Presidente: 248.
Cáceres Ramón: 75, 76.
Calcagno, Julio: 100.
Calderón: 210, 230, 231.
Camin, A.: 265.
Campoamor, R. de: 52, 142, 201 205,
254.
Caonabo: 105.
Capdevila, A.: 164, 172.
Carducci: 93, 226.
Carlos: 85.
Carlos V: 93.
Caro, J. Eusebio: 234.



Carrasquilla Mallarino, E.: 15, 157, 159, 160.
 Carricarte, Arturo R. de: 152.
 Casal Julián del: 14, 101, 125, 159, 168, 224, 226, 232, 254.
 Caso, Antonio: 105.
 Castelar, E.: 83, 142, 209, 210, 212.
 Castellanos Jesús: 125.
 Castillo de Bosch Pearson, Luz M.: 72.
 Castro, Chico de: 247-249.
 Castro, Fidelina de: 247-249.
 Catalá: 21, 124-127, 152.
 Catina, Juana: 82, 90.
 Cellini, Benvenuto: 159, 168.
 Cervantes: 168, 219.
 Cestero, Mariano: 16, 40.
 Cestero, Tulio M.: 9, 15, 20, 21, 25, 26, 28, 39-41, 44, 45, 52, 55; 61-67; 74, 81-108, 131, 162, 260, 269.
 Cicerón: 141.
 Colón: 14-16, 40, 46, 86, 107, 122.
 Coll, P. E.: 100, 102.
 Comillas, Marqués de: 162.
 Conde Kostia (V. Valdivia Aniceto)
 Contín Aybar, P. R.: 16, 68.
 Contreras, Alvaro: 187, 191.
 Contreras, Francisco: 11, 12, 132, 138, 143, 179, 204, 206, 263, 265.
 Contreras, Rafaelita: 97, 142-144, 147, 187-194.
 Contreras Ramos, J.: 13.
 Cordero Infante, J. R.: 270.
 Correa Luna, C.: 15.
 Cornille: 94.
 Cortés Gregory: 164.
 Cossio, J. M.: 261.
 Cristo: 32, 49, 81, 83, 91.
 Cruz Alvarez, A.: 269.
 Cucurullo, A.: 271.
 Cuervo, R. J.: 108.
 Cúneo Harrison, L.: 270.
 Curie Madame: 45.

Ch

Chacón y Calvo, J. M.: 88.
 Chapman: 227.
 Chenier: 33.
 Chopin: 83, 170.

D

Damirón, Rafael: 27, 29, 271.
 D'Aunzio, G.: 19, 21, 32, 51, 94, 168; 185, 228, 229, 233.
 Dante: 152, 168, 229.
 Darío Manuel: 139.
 Darío Contreras, Rubén: 138, 187,, 197-199.
 Darío Sánchez, Rubén (Guicho): 68, 73, 116, 175, 198, 199, 265.
 Debayle, Dr.: 71, 72, 179, 247-249.
 Debayle, Margarita: 247.
 Degas: 216.
 Del Monte, Félix M.: 15, 40.
 Del Monte familia: 40.
 Deline, Gastón F.: 12, 16, 28, 31-36, 40, 51, 52, 104, 107, 253; 254.
 Deline Rafael: 16, 28, 34, 40, 104, 107, 256.
 Desangles, Luis: 105.
 Deschamps, Eugenio: 16, 40.
 Despradel, Fidelio: 12.
 Díaz: 181.
 Díaz Porfirio: 93, 153.
 Díaz, Leopoldo: 149, 150.
 Díaz Mirón, S.: 34, 106, 108, 125.
 Díaz Ordóñez Virgilio (Ligio Vizardi): 30.
 Díaz, Rodríguez M.: 40, 46, 48, 101, 102.
 Díaz Valdeparés, Julián: 271.
 Díez-Canedo, E.: 223, 233.
 Díez Canedo, J.: 223.
 Dionisio: 83.
 Dominici, P. César: 100-102.
 Donoso, Armando: 87, 122, 151.
 Ducoudray, Humberto: 30.
 Du Plessys: 88.
 Dupuy, Marta: 33.

E

Echegaray: 205, 212.
 Espronceda: 225, 230.
 Estrada Cabrera: 248, 265.
 Estrada, Juan: 124.
 Ezeta, Carlos: 147, 148.



F

- Falgar, Dr.: 162.
 Felipes: 85.
 Fernández, Enrique: 161.
 Fernández, Macedonio: 150.
 Fernández de Oviedo y Valdéz, Gonzalo: 251.
 Fiallo Rodríguez, Antinoe: 68.
 Fiallo, Atala: 17-19, 73.
 Fiallo Cabral, Aristides: 269.
 Fiallo, Fabio: 9, 15-19, 26, 28, 30, 40, 46-50, 52, 65, 68-78, 100, 104; 107, 109, 117, 181, 243-246, 253.
 Fiallo de Rodríguez, Julia Amelia: 75, 76, 78.
 Fiallo, René: 73.
 Flórez, Julio: 119, 168.
 Flórez M. M.: 33.
 Fontaura Xavier, Ada: 159-161.
 Fragonard: 236.
 Fuente, Guillermo de la: 11, 251.

G

- Gabriel y Galán: 83, 231.
 Gache, A. G.: 15, 164, 166.
 Gache, Roberto: 15.
 Galván, M. de J.: 16, 40, 52, 108.
 Gamboa, F.: 145.
 García, J. G.: 16, 40.
 García Aybar, J. E.: 269.
 García Calderón V.: 263, 266, 267.
 García Godoy, Fed.: 237-242, 269.
 García, Manuel: 136, 137.
 Garcilaso: 26, 56, 230.
 Garnier: 18
 Garrido, M. A.: 28, 101.
 Garrido, Víctor E.: 257.
 Gastibelza: 41.
 Gautier, Margarita: 200, 201.
 Gautier, T.: 88.
 Gavidia, F.: 141, 206, 207.
 George, Félix: 33.
 Ghirardo, A.: 21, 46, 68, 69, 76, 149; 151, 215, 261.
 Gibbes, Lucas T.: 64, 262, 263.
 Gide: 57.
 Gil Fortoul, José: 100.
 Giró, Valentín: 27, 28, 253-257.

- Godoy, Dr.: 179.
 Goethe: 88, 227, 228.
 Gomara: 251.
 Gómez Carrillo, E.: 14, 62, 63, 69, 84, 97, 103, 114, 117, 142, 151; 153; 161, 261, 262.
 Góngora: 86, 168, 224, 225, 230, 231.
 González Blanco, A.: 151, 235, 241.
 González Gómez, Miguel: 125.
 González Olmedilla, J.: 233.
 González Prada, M.: 33.
 Gorberich, A. H.: 107.
 Gourmont, R. de: 96, 97, 226.
 Gourmont, J. de: 97.
 Goyo: 82, 90.
 Gracián: 215.
 Grieg: 117.
 Guaita, Stanislas de: 82, 91.
 Guarocuya: 217.
 Guerin, M.: 89.
 Guicho (V. Darío Sánchez, Rubén).
 Guido: 165.
 Guido Spano: 39.
 Gustavino, J. T.: 15.
 Gutiérrez Nájera: 18, 34, 210, 224, 254, 256.

H

- Habsburgo Leopoldo de: 84.
 Heine, E.: 16, 19, 30, 47, 88, 94; 104; 168.
 Henríquez Enrique: 104, 107.
 Henríquez y Carvajal, Fed.: 12, 14, 16, 40, 46, 71, 167.
 Henríquez Ureña, Max: 15, 16, 21, 27, 31, 41, 122-127, 254-257, 269.
 Henríquez Ureña, Pedro: 15, 16, 27, 28, 32-35, 41, 223-236, 241, 254, 270.
 Heracles: 32, 33.
 Heredia, J. M. de: 40, 230.
 Heredia, J. M.: 40, 217, 218, 230.
 Heredia (familia): 15, 55.
 Herrera: 230.
 Herrera y Reissig, J.: 35, 168.
 Herrera, Porfirio: 29, 257.
 Herrera, Primitivo: 30, 254.
 Herrera, Rafael: 270.
 Hernández Miyares, E.: 101, 125.
 Heureaux, Ulises: 75.



Hidalgo: 177.
 Hidalgo, Gladio: 36.
 Hohenzollerns: 94.
 Holguin, Jorge: 61, 62.
 Homero: 94, 168, 185.
 Horacio: 94, 206.
 Hostos, E. M. de: 36, 105, 108, 167, 224.
 Hugo Víctor: 11, 33, 51, 52, 88, 141, 152, 168, 206, 207, 262.
 Huysmans: 96, 101.

I

Ibsen: 62.
 Imperio, Pastora: 175.
 Inchaustegui, Héctor: 270.
 Ingenieros, José: 15, 150.
 Iriarte: 225.

J

Jackson: 160.
 Jacob: 55.
 James, W.: 117, 168.
 Jammes, Francis: 55.
 Jáuregui: 230.
 Jesús (V. Cristo).
 Jiménez, R. Emilio: 250-252, 270.
 Julia: 155, 156.

K

Keats: 89.
 Key Ayala, Santiago: 100.
 Kipling, R.: 185.

L

La Jeneusse: 44, 88, 89.
 Lamarche, Angel R.: 260.
 Lara, Dr.: 179.
 Laredo Bru, F.: 125.
 Lasterria: 224.
 Lauxar (V. Acosta, O. Crispo).
 Lebrón Savión, M.: 271.
 Leonard, José: 141.
 Leonora: 193.
 León, Fray Luis de: 91, 230.
 Levey: 55.

Longfellow: 33, 227.
 Longino: 35.
 López, Jacinto: 247.
 Lora, J. E.: 62, 65.
 Louys, Pierre: 101.
 Lugo, Américo: 15, 16, 28, 40, 46, 52; 69; 76; 104.
 Lugones, L.: 15, 35, 52, 73, 101, 149; 150; 168; 225; 229; 234.
 Lugones, Madame: 135, 169, 174.
 Luis XV: 234.
 Lulio, R.: 83.

Ll

Llanes, Manuel: 260.
 Llorens Castillo, Vicente: 33.

M

Machado, Antonio: 134.
 Machado, José Tible: 62, 261.
 Madriz, Presidente: 124.
 Maeterlinck: 168.
 Mallarmé, S.: 32, 33, 102, 141, 168, 254.
 Manet: 216.
 Manrique J.: 231.
 Mapes, E. K.: 151.
 Maragall, Juan: 168.
 Marasso, A.: 32, 261, 270.
 Marceaux: 69.
 Marquina: 231.
 Martí, José: 12, 28, 36, 46, 101, 108; 131, 161, 168, 169, 204-219, 224, 254, 260.
 Martínez Bonilla, Carmen N.: 270.
 Martínez Campos, A.: 212, 219.
 Martínez de Trujillo, María: 270.
 Martínez Sierra, G.: 97.
 Mascareñas, F.: 126, 127.
 Mata, Andrés: 100.
 Maucci: 163.
 Maximiliano: 161.
 Medan: 92.
 Medina, Crisanto: 61, 66, 261, 265.
 Meisen, H. de: 94.
 Mejía, Frco. R.: 257.
 Mejía, J. T.: 257.
 Meissonier: 216.



Meleagro: 235.
 Mendes, Catulle: 19.
 Menéndez, Francisco: 147.
 Menéndez Pelayo, M.: 31, 40, 51, 142.
 Menéndez Pidal, R.: 270.
 Merat: 89.
 Meriño, F. A. de: 15, 40, 104, 105.
 Meso Mónica: 15, 40.
 Midas: 26.
 Mises Burgos, Franklin: 36.
 Miguel Angel: 94.
 Milton: 169, 214.
 Mitre, Bartolomé: 122, 142, 166.
 Mitre, Luis: 15.
 Moisés: 32.
 Mondello, Giacomo: 57, 157, 159, 160.
 Montalvo, Juan: 104, 108, 168, 224, 234.
 Montaner de Sureda, Pilar: 170.
 Montenegro: 95, 102.
 Montemard: 216.
 Montúfar, Lorenzo: 143.
 Montesquieu: 42.
 Morales, Gabino A.: 257.
 Moratín: 141, 225, 230.
 Moreas: 88, 89.
 Morell de Santa Cruz, P. A.: 250.
 Moreno Jimenes, Domingo: 27, 30, 35, 271.
 Morral: 96.
 Moscoso Puello, F. E.: 131.
 Moscoso, Rafael M.: 106.
 Mozart: 51.
 Muñoz, Gabriel: 100.
 Murillo, Rosario: 144, 176, 191, 194-197, 248, 264-266.
 Murillo: 179, 180.
 Musset: 19, 30, 50, 92, 94, 243.

N

Napoleón: 180.
 Neruda, Pablo: 35.
 Nervo, Amado: 87, 116, 159, 229, 260, 265.
 Nogales, José: 242.
 Nouel Monseñor A. A.: 67.
 Núñez de Arce, G. 52, 142, 205, 212.
 Núñez, Presidente: 192.

O

Obligado: 39.
 Oexmeling: 93.
 Ohnet: 219.
 Oliverio: 211.
 Ollendorf: 16, 64, 65.
 Ortiz, Carlos: 150.
 Otero, G. A.: 65.
 Otón, M. J.: 33.
 Oyuela: 39.

P

Palma, J. J.: 187, 189.
 Palma, Ricardo: 91, 97.
 Pardo Bazán, E.: 142.
 Pardo José: 150.
 Pascal, Jacqueline: 51.
 Patmos, Juan de: 32.
 Pellais, Asarías: 181.
 Pereyra, Pbro. Félix: 179, 181.
 Perdomo Apolinar: 257.
 Pellerano Castro, A. B.: 16, 28, 40, 104, 106.
 Pellerano López P., M. A.: 271.
 Penson, César N. 16, 28, 40.
 Peña Batlle, M. A.: 270.
 Pérez, B. Olegario: 28.
 Pérez, Carlos Fed.: 255.
 Pérez Alfonseca, R.: 9, 15, 16, 19, 20, 28, 30, 31, 36, 51-54, 114-121; 254.
 Pérez Ayala, R.: 85, 92.
 Pérez Galdós B.: 168.
 Pérez Gómez Nieva: 270.
 Pérez J. J.: 11, 16, 27, 28, 40, 106, 251.
 Pérez Triana S.: 62.
 Pérez Bonalde, J. A.: 16, 100, 207, 213, 234.
 Pericles: 35, 85, 94.
 Perozo, Luis: 30.
 Peynado, Jacinto B.: 24, 246.
 Peza, Juan de Dios: 168.
 Picado, Teodoro: 151.
 Picón Febres, Gonzalo: 100, 101.
 Pichardo, J. Furcy: 254.
 Pichardo, Ml. Serafin: 67, 95.



Pichardo R. Paino: 131, 271.
 Pierret Annie: 62.
 Pinturicchio: 81.
 Piquet, Julio: 164, 266.
 Pizarro: 216.
 Platón: 123.
 Pliego: 161.
 Poe: 267.
 Poirier, Eduardo: 87.
 Pougny, Liane de: 45.
 Prozor, Conde: 62.

Q

Quesada, Gonzalo de: 208, 209.
 Quevedo y Villegas: 100.
 Quillard, P.: 88, 89.
 Quintana: 204.

R

Rafael: 19.
 Raffan Gómez, Félix: 99, 108.
 Ramírez Félix Rubén (Rubén Darío): 91.
 Ramírez Félix: 137, 139.
 Ramos Martínez, A.: 126, 153, 157, 160, 161.
 Rendir: 216.
 Reyes, Alfonso: 32.
 Reyes, Bernardo: 153, 161.
 Reyes, José: 105.
 Richepin, J.: 33.
 Rimbaud: 254.
 Rivas, Angel C.: 153.
 Rivas Groot, J.: 33.
 Rocha, Agustín de la: 74.
 Rodembach, G.: 33.
 Rodín: 82.
 Rodó, J. E.: 85, 87, 101, 108, 140, 165, 168, 226, 231, 233, 241, 260.
 Rodríguez, Abelardo: 105.
 Rodríguez Demorizi, E.: 32, 250, 253, 254, 260, 271.
 Rodríguez Larreta, E.: 84, 151.
 Rodríguez de Tió, Lola: 159.
 Rojas (familia): 15, 40.
 Romajarra: 97, 264.
 Rostand, Maurice: 51.
 Roosevelt, T.: 71, 122.

Ross: 57.
 Rousseau, J. J.: 137.
 Rueda, Salvador: 229.
 Rusiñol, Santiago: 168.

S

Saavedra Molina, J.: 151.
 Sabina, Doña: 41.
 Sacasa, Dr.: 179.
 Salas, Tito: 102.
 Saint-Paul-Roux: 90, 96.
 Sánchez, Francisca: 21, 62-65, 68, 72, 116, 117, 161, 163, 175-177, 193, 198-200, 262.
 Sánchez Juan F.: 226, 270.
 Sánchez, María: 116, 117, 176, 199.
 Sánchez de Fuentes, E.: 152, 154.
 Sánchez de Fuentes, F.: 153.
 Sand, Jorge: 82, 170.
 Sandino: 135.
 Sanguily, Manuel: 101, 125, 153.
 San Martín: 178.
 Santana, José Audilio: 257.
 Santillana, Marqués de: 86, 231.
 Santos Chocano, J.: 70, 108, 168, 169, 233, 247.
 Santos Oliver, M. de los: 214.
 Sansón Balladares, J.: 250, 270, 271.
 Sarmiento, Bernarda: 137.
 Sarmiento, Rosa: 136-139.
 Saviñón, Altagracia: 257.
 Scanlan, Eduardo: 27.
 Sedano Julio: 161-163, 214, 215, 264-266.
 Selva, Salomón de la: 270.
 Serapia: 82, 90.
 Shakespeare: 35, 94, 152, 168.
 Shelley: 168.
 Sierra, Francisco (Paco): 152.
 Sierra, Justo: 126, 153, 160.
 Silva, José Asunción: 9, 28, 108, 159, 228, 254.
 Silva Castro, R.: 151.
 Simons: 57.
 Sócrates: 235.
 Soffia, J. A.: 33.
 Soler y Meriño, M.: 32.
 Soriano de Turcios, Lola: 138.
 Soriano, Francisca: 138.



Soto-Hall, M.: 150, 176, 187, 190, 195,
196.
Stael M. de: 141.
Stella (V. Contreras, Rafaelita).
Stendhal: 33.
Strozso: 141.
Sureda, Juan: 81, 164, 170-175.
Sux, Alejandro: 15.
Symons, A.: 241.

T

Tailhade, L.: 83.
Tejera, Emiliano: 15, 40, 75.
Tejera, Emilio: 75, 76, 78.
Tejera, Pbro. Apolinar: 162.
Tellez, Fray G.: 230.
Tennysson: 227.
Teócrito: 235.
Terán: 21.
Teresa, Santa: 91.
Thomen, L. Franklin: 270.
Tirso de Molina (V. Tellez, Fray G.)
Torre, Guillermo de: 35.
Torres Abándaro, Leopoldo: 100.
Torres Perona, J. M.: 126, 127, 154.
Torres Rioseco, Arturo: 164.
Trujillo Molina, R. L.: 106.

U

Ugarte, Manuel: 114, 115, 117, 149.
Ugolino: 89.
Unfoll: 174, 184, 195.
Unamuno: 254.
Ureña, Nicolás: 15, 40.
Ureña de Henríquez, Salomé: 16, 27,
28, 40, 52, 106, 256.

V

Valbuena: 230.
Valderrama: 89.
Valencia, G.: 9, 108, 168.
Valdivia, Aniceto (Conde Kostia):
88, 89, 160.
Valera, Juan: 12, 13, 142, 231, 240.

Valery Paul: 32, 33.
Valledeperes, ML.: 271.
Valle Inclán: 168.
Vargas Vila: 61, 85, 100, 101, 132.
Varona E. J.: 81, 101, 224.
Vásquez Yepes: 164.
Vega Batlle, Julio: 270.
Vega Carpio, Lope de: 223.
Vehils, R.: 164.
Velásquez, Fed.: 69, 76, 77.
Velázquez: 91, 231.
Verlaine, Paul: 11, 33, 35, 47, 84, 88,
91, 92, 115, 123, 141, 161, 234,
254.
Villacastín: 68.
Victoria: 94.
Villaespesa, F.: 53.
Villegas: 225.
Villena, Enrique de: 86.
Villemain: 100.
Villemain: 100.
Vinci, Leonardo de: 19, 236.
Virgilio: 94, 206, 223.
Vigtier, Medardo: 224.
Voss: 227.

W

Wagner: 228.
Walsh, Thomas: 270.
Watteau: 35.
Washington: 178.
Weyler, V.: 212.
Wilde, O.: 57, 168, 216.
Whitman, W.: 101, 228.

Z

Zapata: 212.
Zawanovich: 99.
Zelaya, Blanca de: 175.
Zelaya, Presidente: 74, 117, 124, 175,
247.
Zorrilla José 52, 225.
Zorrilla de San Martín, J.: 224.
Zumeta, César: 100, 247.
Zúñiga Pallais: 151.





INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
EXPLICACION	9
E. Rodríguez Demorizi, DARIO Y SANTO DOMINGO.....	11
RUBEN DARIO, LETRAS DOMINICANAS	
<i>Letras dominicanas</i> (Tulio M. Cestero)	39
<i>París y los escritores extranjeros</i> (T. M. Cestero).....	44
<i>Fabio Fiallo</i>	46
<i>Un Benjamín</i> (R. Pérez Alfonseca)	51
<i>Los diplomáticos poetas</i> (O. Bazil)	55
EPISTOLARIO DE DARIO	
<i>Cartas a T. M. Cestero</i>	61
<i>Cartas a Fabio Fiallo</i>	68
<i>Cartas varias</i>	76
DARIO Y SUS AMIGOS DOMINICANOS	
T. M. Cestero, <i>Rubén Darío, el hombre y el poeta</i>	81
— <i>Aniversario de la muerte de Darío</i>	88
— <i>Rubén Darío</i>	95
— <i>Darío y la cultura americana</i>	99
Fabio Fiallo, <i>El alma candorosa de Darío</i>	109
R. Pérez Alfonseca, <i>Mis recuerdos de Rubén Darío</i>	114
— <i>Una ocurrencia de Rubén Darío</i>	120
Max Henríquez Ureña, <i>En honor de Rubén Darío</i>	122
— <i>Recuerdos ne Rubén Darío</i>	124
Oswaldo Bazil, BIOGRAFIA DE RUBEN DARIO	131



	<i>Págs.</i>
— <i>Las mujeres de Rubén Darío</i>	187
— <i>La huella de Martí en Rubén Darío</i>	204

APENDICE

Pedro Henríquez Ureña, <i>Rubén Darío</i>	223
Federico García Godoy, <i>Letras</i>	237
J. E. Buñols, <i>Intimidades de Rubén Darío</i>	243
R. Emilio Jiménez, <i>Un homenaje a la memoria de Darío</i>	250
<i>Notas Adicionales</i>	253
<i>Bibliografía</i>	261
<i>Índice de personas</i>	265





Esta primera edición de "Rubén Darío y sus Amigos Dominicanos" dada al público por Ediciones Espiral, se terminó de imprimir el día 30 de noviembre de 1948 en los talleres de la Editorial Iqueima, carrera 10ª, número 21-22, Bogotá, Colombia.